



*Los saltos
de Sara*

Susanna Herrero

Los saltos de Sara

Sara Summers, 1

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

1ª edición, marzo 2017

ASIN: B06XCSTFX7

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Daniel y Ariane.

Sinopsis

Sara Summers es superdotada, lo que le acarrea más problemas que beneficios. A los nueve años, y sin que pueda hacer nada para evitarlo, su padre decide matricularla, junto a sus hermanos, en un internado elitista ubicado en el centro de Escocia. Sus patines son su única vía de salida, el hielo es su refugio. Pero eso cambia cuando choca con la primera persona que conseguirá arrancarle una sonrisa: Adam J. Wallace. La presentación a su grupo de amigos no va todo lo bien que debería. Es un grupo un tanto peculiar; más bien, Oliver Aston lo es, pero no será ella la que hable de peculiaridades con lo que lleva sobre las espaldas. Un salto al agua desde once metros los unirá para siempre y sus vivencias entre los muros del *Crowden School* se convertirán en el eje que decidirá sus destinos.

Amistad, familia, amor, celos, venganza y competitividad son algunos de los nuevos sentimientos que Sara tendrá que aprender a gestionar.

ÍNDICE

Sinopsis

ÍNDICE

Prólogo

1 Una nueva vida

2 El primer día de clase

3 Conociendo a Pear

4 Problemas psicológicos

5 Los lazos emocionales

6 Hola, pubertad

7 Hacia el Grand Prix Intercolegial

8 La venganza se sirve en plato frío

9 El concierto de Navidad

10 Navidades en Suiza

11 Primeros besos

12 ¿Quieres ser mi novia?

13 Quiero ser tu novia

14 Dulces dieciséis

15 La apuesta

16 La competición

17 Consecuencias

18 Operación Zorrón del desierto

19 Operación Zorrón del desierto II

20 La fiesta

21 Mi primera resaca

22 *Vendetta*

23 Hay que recuperar la guitarra, como sea

24 Patines al agua

25 La prueba de amor

26 Novios, de nuevo

27 Mi diecisiete cumpleaños

28 Una noche muy especial

29 El día después

30 Las cosas van bien

31 El secreto de Pear

32 Ataques

33 El partido de hockey

34 Celebraciones

35 El principio del fin

36 El fin

Agradecimientos

Prólogo

Cántame, me dijiste cántame...

Creo que suena el despertador, pero no me importa porque hoy no me pienso levantar, como dice la canción de aquel famoso grupo pop español. Y mañana ya veré, así que puede seguir sonando todo lo que quiera.

...cántame por el camino, y agarrado a tu cintura te canté...

Joder, y sigue. «Ignórala».

...a la sombra de los pinos...

Y encima es la cancioncita de las narices que me ha puesto mi mejor amiga, Pear, como despertador del móvil. Resulta que ahora le ha dado por el folclore español, influencia de su madre. ¡Qué manía tiene de tocar mis cosas!

Sin pensarlo ni un segundo más, doy un manotazo al móvil para silenciarlo.

Cántame, me dijiste cántame...

¿¡No se va a callar nunca!?! Estiro la mano para alcanzar el maldito aparato, que se encuentra encima de la mesita al lado de mi cama, pero no lo alcanzo. Me estiro más hasta que... «Vale, ya lo tengo». A continuación, lo lanzo con toda la fuerza que mi brazo derecho me permite, teniendo en cuenta mi posición boca abajo en la cama. Me trae sin cuidado donde aterrice, solo quiero que se calle. Solo quiero dormir.

...cántame por el camino, y agarrado a tu cintura te canté...

«¡Imposible!».

Definitivamente, el mundo está en mi contra. Siempre cuidando del puñetero móvil como si fuera una joya preciada, porque al mínimo golpe se rompe, y ahora que quiero que se muera, ¡ni tirándolo al vacío!

Me levanto de la cama y lo busco. «¿Dónde habrá caído?».

No distingo nada entre tanta oscuridad, por lo que decido guiarme por el sonido. Me agacho y palpo la superficie del suelo hasta que por fin doy con él, lo agarro con una mano y apago la alarma. «Ya está».

Me vuelvo a la cama y, entonces, sí que sí, no pienso levantarme jamás.

Friends will be friends...

«Y, ahora, ¿qué pasa?!».

Tardo medio segundo en darme cuenta de que alguien me está llamando por teléfono. Es Adam, mi mejor amigo. Esa es su canción, la suya y la de... la de mi otro mejor amigo. No pienso responder,

hoy no estoy para nadie. No quiero hablar, no quiero pensar, no quiero recordar, no quiero que duela tanto. Tan solo quiero intentar dormir y olvidarme del mundo.

... when you're in need of love they give you care and attention...

«Suficiente». Me levanto de la cama (por segunda vez) y apago el teléfono, aunque sé que no queda demasiado tiempo para que Adam cruce el escaso espacio que nos separa y aparezca en mi dormitorio para nuestra sesión matutina de *footing*. Lo llevamos haciendo desde que teníamos trece años, todas las mañanas sin excepción. Bueno, alguna excepción sí hay, como, por ejemplo, cuando llegamos a casa a horas intempestivas porque hemos salido de fiesta, o como toda esta semana pasada en la que yo no he querido salir de casa por estar atrapada en una profunda depresión emocional... Pero, si hablamos en días ordinarios, esa es nuestra manera de comenzar la mañana, los tres juntos, siempre los tres juntos: Adam, Oliver y yo. Y que me acabe de llamar por teléfono solo puede significar una cosa: que se me acabó la tregua.

Aunque es posible que todas nuestras cómodas y arraigadas rutinas vayan a cambiar en un futuro (demasiado) próximo, o quizá ya hayan cambiado. Hoy no es un día ordinario, hoy se cumple una semana desde que comenzó mi nueva vida, mi nueva vida sin él. Jamás vamos a poder recuperarnos de lo que ha pasado. Y jamás volveremos a ser las mismas personas. Me estremezco solo de pensarlo.

«No. No puedo pensar en eso». Y no quiero llorar más, aún tengo los ojos hinchados después de toda una semana (con sus noches y sus días) de llorar sin descanso, y no quiero empezar otra vez. Hoy no me permito pensar en él ni un segundo. Solo quiero que me dejen en paz, todo el mundo, que me dejen hundirme en mi miseria. Y Adam lo sabe. Aun así, estoy segura de que vendrá a levantarme de la cama, porque no soporta verme así. Su llamada de teléfono solo ha sido un aviso, para que me vaya haciendo a la idea. Vivimos en la misma casa y tan solo nos separan un par de dormitorios. Tiene gracia, casi todas las mañanas lo tenemos que arrastrar Olly y yo fuera de la cama, porque siempre se le pegan las sábanas. Si por él fuera, se perdería todas las sesiones de *footing*, pero sé que esta mañana se ha despertado temprano con una clara intención. Solo tengo que esperar.

Minutos después, alguien toca a la puerta de mi habitación: toc, toc, toc.

«Qué considerado». Teniendo en cuenta que jamás llama a mi puerta... No contesto. Va a entrar de todas maneras. Mi amigo del alma abre la puerta y aprecio cómo se filtra la impertinente luz matinal en mi dormitorio. Me

molesta en los ojos y me cubro la cabeza con la almohada.

—*Totó* —me llama.

Totó es mi apodo, solo unas pocas personas me llaman así: mis amigos más cercanos. Ellos saben que me irrita, pero les da lo mismo. El apodo me lo puso mi hermano mellizo Daniel cuando apenas teníamos cinco años. Era su manera de llamarme tonta sin que nuestro padre le echara la bronca. No sé qué relación puede tener *Totó* con tonta. Para saberlo, debería adentrarme en el eterno misterio que era la cabeza de mi hermano a los cinco años. El caso es que a Adam le pareció que me pegaba ese apodo y empezó a llamarme *Totó* de forma cariñosa.

—Déjame en paz, Adam.

—Ni en tus mejores sueños. Llevas así una semana y no pienso consentirte ni un día más.

No le contesto. Y no solo eso, sino que, para dar más énfasis a mi respuesta negativa a su sugerencia, me doy la vuelta (con almohada incluida) dándole la espalda a mi amigo.

—Muy bien, *Totó*, tienes dos opciones. Por las buenas o por las malas. Y por las malas significa que voy a descorrer las cortinas del todo y a meterte en la ducha con el pijama aún puesto. Tú decides. No sería tu primer remojón con ropa. Y creo recordar que el primero no te entusiasmó.

Lo miro amenazante y entrecerrando los ojos, aunque sé que no me va a servir de nada. Adam tiene esa expresión en la cara de «no pienso ceder y vas a hacer lo que yo diga».

No tengo fuerzas ni para darle pena ni para camelármelo y que me deje hacer lo que yo quiera, por lo tanto, no me queda más remedio que decirle lo que siento.

—Adam, por favor, no tengo fuerzas para levantarme, no quiero hacer nada. Solo quiero que el mundo deje de girar porque mi vida es un auténtico asco y ya no puedo más. —Percibo cómo se me escapan dos lágrimas por el rostro, demasiado tiempo llevaban acumuladas en mis ojos.

—Sara, escúchame. —Adam se sienta en mi cama y me sujeta la cara con las manos, rozando mis mejillas con sus pulgares—. Ya sé cómo te sientes, y tienes razones para estar así, pero dentro de cinco días empiezan los exámenes finales y terminar dos carreras a la vez, incluso para una cerebrita como tú, requiere un mínimo de esfuerzo. Levántate, dúchate y nos vamos a la biblioteca a estudiar. Cuando acaben los exámenes, te prometo que voy a dejar que te derrumbes, llores y chilles todo lo que quieras. Yo estaré ahí contigo

cada segundo, pero vas a tener que darle una orden específica a ese cerebro privilegiado que tienes para que olvide, de manera temporal, lo sucedido en la última semana.

—No puedo. —Mis lágrimas ya caen libres por mis mejillas, no puedo contenerlas más.

Adam me estrecha entre sus brazos, y joder, qué bien sientan sus achuchones. Hacen que me sienta segura, hacen que piense que aquí cobijada nada malo me puede pasar, pero sé que no puedo vivir así para siempre.

—Sí, podemos. —Me besa la cabeza—. Entre los tres vamos a salir de esta como siempre hemos hecho. Olly está esperando en la biblioteca, hoy nos libramos del *footing*. —Arqueo una ceja por el pesar de su comentario. Seguro que se siente terrible por saltarse el ejercicio matutino—. Y, respecto a Olly —«no, eso no, por favor»—, tienes que hablar con él, ya arreglaréis vuestros problemas cuando finalicen los exámenes.

«Está bien. Tengo que intentarlo». Voy a esconder los recuerdos de la última semana en un lugar remoto dentro de mi cabeza, durante un mes. No es la primera vez que tengo que hacerlo, ya debería ser toda una experta.

Es increíble cómo funciona el cerebro humano, tropezamos una y otra vez con la misma piedra, pero no aprendemos, o eso al menos es lo que me sucede a mí. En ocasiones, reflexiono sobre qué hubiera pasado si no lo hubiera conocido nunca. ¿Sería mi vida la misma? ¿Estaría igual de vacía?

«No, no puedo permitirme pensar más en eso». Necesito, por mi propio bien, dejar de echarle la culpa a Oliver por todo lo que ha pasado (y lo que pasó) porque, en el fondo, sé que no la tiene. No en su totalidad, yo también tengo parte de culpa por no haberme enfrentado a la realidad de mis sentimientos cuando debí haberlo hecho. Hubo muchas cosas que deberíamos habernos dicho antes, y otras que no deberíamos habernos dicho jamás. Pero, cuando estás disgustado, dices lo primero que se te pasa por la cabeza.

Y ya es tarde, demasiado tarde para todo. ¿Cómo he llegado a esta situación? ¿Cuáles han sido las decisiones erróneas que he tomado en la vida? O ¿será acaso que la felicidad no existe? No, no lo creo, puede que la felicidad plena no exista, pero sí existen momentos felices, y yo he tenido muchos.

PRIMERA PARTE

1

Una nueva vida

Agosto de 2001

Me bajé del coche y miré al frente. Ante mí se presentaba una de las instituciones de educación más selectivas y prestigiosas de Europa. Nos encontrábamos ante el edificio principal: una gran estructura de ladrillo rojo y piedra caliza con extraordinarios ventanales de madera blanca, que se erguía orgullosa sobre sus doce plantas. Ese edificio es la sede donde se desarrollan la mayoría de las actividades de la escuela. Mi padre me explicó que en él, además de las diferentes aulas que albergan a estudiantes desde los seis hasta los dieciocho años, la zona de Dirección y del profesorado, también se hallaba el auditorio, una sala de exposiciones musicales, la biblioteca, una pequeña sucursal de la oficina de correos, el comedor y la cafetería. Me pareció inmenso, y me pregunté si mi padre también lo vería tan grandioso o si la percepción de las cosas cambiaría según ibas creciendo.

Era mi nuevo hogar, el internado *Crowden School*. Mi padre ya no pudo más y tuvo que tirar la toalla. Supuse que debía de ser duro para él criar por sí solo a cuatro hijos. Lo intentó, pero la situación lo desbordó. Sin duda, eso es lo que intuía en sus ojos siempre que lo miraba.

Mi madre había muerto hacía cuatro años, cuando yo apenas tenía cinco. Sucedió por una complicación en el parto de mi hermana pequeña, Kate. Desde aquello, mi padre nos había criado junto con una sucesión interminable de niñeras, pero, dado que su trabajo le exigía viajar prácticamente la mitad de los días del año, tomó la decisión de matricularnos en un internado para que otros se ocuparan de la educación que él no podía darnos.

Entonces no lo supe, pero aquel colegio se convertiría en el lugar donde conocería a las personas más importantes de mi vida, y también a mi gran amor.

Mi padre se llama John Summers y es norteamericano, aunque nuestros orígenes son irlandeses. Desde la década de 1820 hasta la década de 1880, se

abrió la primera era de migración en masa, donde alrededor de quince millones de inmigrantes llegaron a Estados Unidos. Nuestro tatarabuelo era uno de esos quince millones, y se asentó en la ciudad de Nueva York a finales de 1850, cuando esta última había sobrepasado a Filadelfia como la ciudad más grande del país.

A lo largo de mi vida siempre he escuchado cómo mi familia se enorgullece de que el tatarabuelo Summers contribuyera al establecimiento de Central Park, el cual se convirtió en el primer parque paisajístico de la ciudad en 1857. Desde luego, es para enorgullecerse, teniendo en cuenta la precaria vida que tuvieron los irlandeses en Estados Unidos en aquella época.

Los hijos de mi tatarabuelo siguieron el legado de su padre, contribuyendo de igual manera a la creación de la ciudad, y también los hijos de sus hijos, y así fue durante el siguiente siglo hasta el día de hoy, en que mi abuelo posee una de las más importantes oficinas de arquitectura del país.

Mi padre siguió con la tradición familiar y estudió arquitectura en la Universidad de Cornell, considerada la mejor del ramo en el país. Al terminar, estudió un postgrado en la Escuela de Diseño de la Universidad de Harvard y después se tomó un año sabático para viajar por Europa y conocer sus orígenes.

Al pasar por Escocia conoció a mi madre, se enamoraron, y mi padre ya no regresó a su país natal, para gran consternación de mi abuelo. Decidió abrir una filial de la empresa en Europa y, a pesar de tener que viajar día sí y día también, fijó su residencia habitual en Edimburgo.

Mi padre se bajó del coche y nos hizo una señal para que nos adentráramos en el edificio. Respiré hondo y cogí fuerzas. Mi hermano Daniel y yo nos miramos. Me exigió, a través de sus ojos increíblemente azules, que obedeciera y no diera problemas. No era ningún secreto para mi familia que yo no quería estar allí.

Los cuatro hermanos tenemos los mismos ojos, de un azul turquesa tan intenso y cristalino como el mar Caribe, herencia de mi padre, y a su vez de mi abuelo. Es el «sello Summers». El resto de mis características físicas no resultaban tan llamativas: cabello castaño y rizado como el de mi padre; bajita, delgada, y poca cosa, como solía decirme Daniel. Mis hermanos también tienen el cabello castaño, más oscuro que el mío, y son más altos que yo. Kate es la única rubia de la familia Summers.

Aquel año comenzábamos nuestra nueva vida mi hermano mayor, Alex, Daniel y yo; Kate aún era muy pequeña, por lo que demoraría algo más en

trasladarse a nuestro nuevo hogar.

Daniel y yo somos mellizos, aunque él siempre dice que es mayor que yo porque nació antes. Yo le he intentado explicar, durante media vida, que no tiene por qué ser así. Hay diversas teorías sobre quién de los mellizos es el mayor, y no siempre lo es el primero en nacer. En pura teoría, el mayor sería el primero en formarse, algo imposible de saber, pero ni caso, es como hablar con una pared. Ya no me molesto más, sobre todo teniendo en cuenta que legalmente es el mayor. Alex nos lleva dos años.

Ascendimos por una escalinata que daba acceso al edificio principal. Al final de la misma, un hombre próximo a los sesenta años, con el cabello cano, pose orgullosa, y ataviado con un traje de chaqueta negro, nos abrió la puerta y nos dio acceso al interior. Una vez dentro, nos dirigimos al despacho de la directora del *Crowden*: Amanda Peters.

El edificio, por dentro, me pareció impresionante: los suelos de mármol negro y blanco imitando un tablero de ajedrez, las blancas y brillantes escaleras de caracol, los elevados techos, las robustas columnas dóricas. Fue abrumador. Intimidante.

Mi padre conocía bien el recorrido, no era la primera vez que lo visitaba. La directora es una antigua amiga suya, estudiaron juntos en el *Crowden School* de California. Se trata de un colegio para millonarios elitistas que en aquella época se encontraba localizado en varios estados del nuevo continente. Amanda Peters, al advertir que cada vez más compatriotas se trasladaban a Europa por temas laborales, estableció un nuevo *Crowden School*, aquí, en Escocia, para que sus futuros hijos tuvieran acceso a una educación como la que ellos habían recibido: rigurosa y de una rectitud modélica. Sin duda, también alberga a los hijos de pudientes familias europeas, sobre todo, escoceses. Y allí estábamos.

Avanzamos a la segunda planta y caminamos por un amplio corredor adornado con retratos de lo que parecían ser exalumnos ilustres del centro. Al final del pasillo, nos dimos de bruces con una puerta colosal de madera maciza, y al abrirla, encontramos una antesala custodiada por una joven secretaria, con cara de pocos amigos, que al instante llamó a la directora. Segundos después, la susodicha salió a recibirnos.

Amanda Peters era una mujer de gran estatura y constitución delgada, aunque, si le quitáramos los tacones que llevaba en los pies a diario, es probable que disminuyera unos quince centímetros. No entendí cómo era capaz de andar en semejantes zancos. Llevaba el cabello negro, corto y liso, muy al

estilo de Liza Minelli. Los ojos del color de la miel hacían que su rostro fuera agradable, pero severo a la vez.

—¡John! ¡Ya estáis aquí! —Saludó a mi padre con un fuerte abrazo y después se dirigió a nosotros—. Bienvenidos al *Crowden School*, yo soy Amanda. Como ya sabéis, soy la directora de esta institución, y estoy aquí para cualquier cosa que necesitéis. —Terminó de darnos la bienvenida con una sonrisa estudiada en la cara.

—Hola, yo soy Alex —contestó mi hermano mayor, tan educado como siempre.

Mi hermano Alex siempre ha sido un buen hijo, con buenos modales, estudioso y tranquilo. Y me figuro que el hecho de que Daniel y yo fuéramos tan problemáticos, le hacía, si cabe, más bueno. Yo lo adoro, y él a mí. En la época escolar, él era con quien mejor me llevaba de mis tres hermanos.

Mi padre y la directora empezaron a hablar sobre las clases, los horarios, las actividades deportivas y los dormitorios. Yo deserté al instante. Siempre he sido una chica muy observadora y suelo dar una gran consideración a los pequeños detalles que, para algunas personas, pasan desapercibidos.

Paseé una mirada escrutadora por toda la estancia. Me fijé en sus robustas estanterías repletas de libros. Me encanta leer, es una de mis pasiones. Soy capaz de permanecer horas y horas leyendo sin cansarme.

Me pregunté cómo los tendría ordenados, no parecía que fuera al azar. Mi primera impresión de la directora fue que era una persona metódica y ordenada. La observé y la analicé una vez más. Definitivamente, descarté el azar. Eché un vistazo rápido a los títulos. Eran, en su gran mayoría, grandes clásicos, y observé que no se ordenaban alfabéticamente sino cronológicamente, pero no atendiendo a la fecha de edición del libro sino a la fecha en la que se desarrollaba la historia del libro. Pero había un error.

—Esos dos libros de la izquierda no están bien colocados.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. «¡No!», me recliné. Tenía que dejar de hacer ese tipo de cosas si quería que todos me consideraran una persona corriente. Debía trabajar más en el filtro entre mi mente y mi boca, pero ya era tarde, así que tiré para delante.

—¿Perdona? —inquirió Peters molesta. «No le agrada que la interrumpas», pensé.

—Los libros del tercer estante a la izquierda están al revés. Según el orden que ha establecido, primero va *Orgullo y Prejuicio* y después *Mujercitas*. Están invertidos.

Advertí cómo cuatro pares de ojos me observaban fijamente. Los de la mujer, sorprendidos y curiosos. Los de mi padre y Alex me requerían lo mismo: «Ahora no, Sara». Y los de Daniel lucían condenatorios. Mi padre y la directora se contemplaban entre ellos. Ella me hizo un asentimiento con la cabeza y continuaron con su conversación. Me quedó claro que la directora Peters ya conocía mis particularidades, pero, aun así, creo que la sorprendí.

Salimos del despacho y nos dirigimos a nuestros correspondientes dormitorios. La directora encabezaba la marcha y conversaba en susurros con mi padre:

—*Tranquilo, John, van a estar bien. Yo me ocuparé de ello, te lo prometo. Haces lo correcto.*

—*Tengo mis dudas, Amanda. Alex se adapta bien a los cambios y es un chico manejable, pero Daniel y Sara, no. Y no se llevan bien.*

Según se alejaban por el amplio corredor, el murmullo se hacía más lejano, hasta que no alcancé a entender nada. Solo escuchaba el repiqueteo de los tacones de la directora. Retumbaban con tanta fuerza en el brillante suelo de mármol que pensé que podría empezar a resquebrajarse en cualquier momento.

Los dormitorios se encontraban en otro edificio, perpendicular al edificio principal, conocido como «la residencia». Eran construcciones similares. Ambas tenían la misma altura, aunque esta última era más extensa, mucho más extensa.

Realicé un cálculo mental rápido: teniendo en cuenta que había veinte alumnos por clase y dos clases por curso, seríamos en total unos cuatrocientos ochenta alumnos, y, si la residencia constaba de doce plantas, significaba que había cuarenta habitaciones por planta. No estaba nada mal.

Según nos acercábamos, la directora Peters nos explicaba que los pisos inferiores eran para las muchachas y los superiores para los muchachos (palabras textuales). Nos dirigimos, en primer lugar, a mi dormitorio. Abrimos la puerta, y lo primero que detecté fue que ya estaban allí mis maletas. Después, curioseé el que sería mi hogar durante los siguientes nueve años.

La habitación era cuadrada y los suelos, de madera color chocolate. A mi derecha descansaba una cama vestida de color azul y blanco. A su lado había un armario de madera blanca que no era ni grande ni pequeño. De frente, un amplio ventanal permitía ver un frondoso bosque y una fracción de un río. A la izquierda, al lado de la ventana, se situaba un escritorio con estanterías en la parte superior; y, un poco más hacia la puerta de entrada, otra puerta. Me acerqué y la abrí. Era el baño. Era pequeño, pero albergaba lo suficiente: un

tocador con un lavabo, un inodoro y una ducha. Todas las toallas eran blancas y mullidas, como en un hotel.

Mi padre me ayudó a instalarme, se despidió de mí y prometió llamarme todos los días. No dudé que lo haría. Era un buen padre, solo se había visto superado por las circunstancias.

2

El primer día de clase

Sonó el despertador a las siete de la mañana, pero yo ya estaba despierta. Había pasado una noche más en la que no pude conciliar el sueño más de cinco horas. Tenía problemas severos de sueño. Según decían, efecto colateral de mi gran cociente intelectual y de mi memoria eidética.

Desayuné algo rápido con mis hermanos en una mesa vacía del comedor. Era bastante pronto, por lo que no había demasiados alumnos. Mejor. No me apetecía ser la chica nueva a la que contempla todo el mundo.

Mi padre me había explicado que el colegio contaba con un gran programa musical. Como aún era temprano para ir a clase, me encarrilé a buscar la clase de música: tenía que haber una sala llena de instrumentos.

Próximo a la recepción del colegio, localicé un mapa con todas las instalaciones. Se asemejaba al típico plano que se puede encontrar en cualquier gran almacén. Lo observé y localicé la «Sala de exposiciones musicales», pero no era lo que yo buscaba. Lo más probable era que esa sala se utilizara solo para conciertos, por lo que permanecería cerrada. Lo que yo buscaba era el aula donde se ensayara a diario y se impartieran las clases extraescolares de música.

Seguí buscando hasta que la encontré: «Sala de música». Tenía que ser esa. Con el resto de información a mi alcance, aproveché y busqué también la clase a la que debía dirigirme a primera hora.

Caminé hacia las escaleras y subí hasta la quinta planta. Una vez allí, no me demoré mucho en localizar mi objetivo. Descubrí que el centro disponía de un ascensor, pero de acceso limitado al profesorado. Los alumnos teníamos que subir y bajar por las interminables y extensas escaleras de caracol. Para mí no suponía problema alguno, estaba acostumbrada a hacer ejercicio.

Por lo que pude atisbar en el plano, todas mis clases se impartían en la segunda y tercera plantas, por lo que no tendría que moverme mucho.

Me acerqué a mi destino, abrí la puerta y oteé una sala enorme, espaciosa y luminosa. Desde allí se podía ver toda la parte trasera de los jardines del colegio. Tras un enorme claustro, había unas escaleras que llevaban a una

cancha de baloncesto y, después, más escaleras, que conducían a un campo de fútbol con gradas a ambos lados. Un poco más lejos, se distinguía un camino de madera que terminaba en un pequeño embarcadero. Todo ello, rodeado por multitud de árboles.

Dado que el colegio se ubica en el norte de Escocia y cerca del fiordo de Tay, supuse que el vasto río al que se accedía por el embarcadero debía de ser el propio río Tay, que pasa por allí.

Me giré hacia los instrumentos y al instante localicé el que me interesaba: el piano. Toco el piano desde los cuatro años y me apasiona. Cuando interpreto una pieza, me pierdo en mi mundo particular y se me pasan las horas. Comencé con un preludio de J. S. Bach, y me perdí tanto que, cuando me quise dar cuenta, ya era la hora de mi primera clase. ¡Llegaba tarde!

Volé por el corredor y bajé a la segunda planta. Recordé que debía girar a la izquierda cuando percibí por el rabillo del ojo que alguien venía corriendo por la derecha directo hacia mí. Demasiado tarde. Chocamos tan fuerte que incluso se me cayó al suelo la mochila que llevaba en la mano y todo lo que había dentro de ella. Me agaché a recoger todas mis pertenencias, y unas manos que no eran las mías también lo hicieron. Levanté la vista y me encontré con un niño que debía de tener mi edad, más o menos, con expresivos ojos marrones y el cabello negro ondulado y alborotado. Nos quedamos mirándonos el uno al otro sin hablar, hasta que él tomó la iniciativa.

—¿Eres nueva? —me preguntó.

—¿Tú eres nuevo?

—No, yo no. —Me sonrió. Tenía una gran sonrisa. Sincera y de las que llegan hasta los ojos.

—Entonces, supongo que se trata de una pregunta retórica, dado que si tú no eres nuevo y no me habías visto antes, será porque yo soy nueva. —Lo reconozco. Entré a ese colegio muy cerrada y, en ocasiones, me costaba ocultar mi naturaleza irónica y sarcástica.

—No sé lo que significa pregunta retórica, pero tú tienes los ojos más azules que he visto en mi vida. Me gustan.

—Gracias, me lo dicen a menudo.

Seguía sonriendo de oreja a oreja. Le devolví la sonrisa. Aquel chico me cayó bien desde el principio. Me transmitía... algo. Algo que nunca antes había sentido. No supe darle nombre. Tuve la sensación de que nos conociéramos de toda la vida, aunque sabía que solo habían pasado unos segundos desde nuestro recién accidentado encuentro.

Me despedí y me dirigí a mi clase. Segundos después, reparé en que «Chico Sonriente» venía detrás de mí. Resultó que estábamos en la misma clase y los dos llegábamos tarde. Después de llamar a la puerta con decisión, entramos, y lo primero que distinguí fue a una profesora bajita, pelirroja, regordeta y sin expresión alguna en la cara.

—Señor Wallace —se dirigió, perceptiblemente molesta, a mi compañero —, va a batir su propio récord, llegando tarde desde el primer día. Siéntese, Adam.

Después me miró a mí, escrutándome.

—Y sospecho que usted es Sara Summers, la alumna nueva de este año. — Se dio la vuelta y caminó hacia su mesa—. Las clases comienzan a las nueve en punto, no lo olvide, señorita Summers.

Adam, así se llamaba «Chico Sonriente», me miró socarrón y me dijo moviendo los labios «¿ves cómo eres la nueva?». Sonreí, otra vez. Aquel chico había conseguido en escasos minutos lo que mi familia no fue capaz de hacer en semanas: que sonriera una y otra vez.

—Summers, siéntese donde vea un sitio libre, por favor —me ordenó la simpática profesora a continuación. Eso sí, con mucha educación.

Encontré una silla libre al final de la clase, próxima a una de las cristaleras, y me senté. Adam se acomodó en el extremo opuesto. La sala era rectangular. Al fondo, había un atrio donde se asentaban la pizarra y la mesa de la profesora. La pared de la izquierda, donde yo me sentaba, era la parte que daba al exterior. Los pupitres se distribuían en dos bloques, cuatro filas de tres en cada bloque.

Observé a mis nuevos compañeros, pero nadie me llamó en especial la atención. Mi hermano Daniel no se encontraba en esa aula, desde Dirección decidieron que cada mellizo estuviera en una clase diferente. De modo que él estaba en A y yo en B. Cuando menos, algo positivo de aquel lugar.

Después de comer, por segunda vez, en una mesa solitaria con mi hermano Alex, (Daniel ya había reunido su propia pandilla) salí al patio del colegio a echar un vistazo. Aquel primer día de clase teníamos toda la tarde libre, dado que las clases de natación aún no habían comenzado.

Me deshice del uniforme del colegio, que consistía en una falda escocesa de cuadros verdes y granates, un polo amarillo y un jersey granate con cuello de pico, y me puse unos pantalones cortos vaqueros, aprovechando que todavía teníamos buenas temperaturas. No es que el tiempo en este país sea muy cálido, pero, si no me ponía pantalones cortos en agosto, no me los

pondría nunca. Completé mi atuendo con una sudadera azul marina y unas playeras Nike blancas.

Nada más salir al exterior me tropecé con Adam y tres chicos más, que retiraban los candados a unas bicicletas. Descubrí una pila de bicicletas apoyadas en una barra metálica. Eran muy diversas entre sí, por lo que deduje que no pertenecían al colegio. Tendría que pedirle a mi padre, esa noche por teléfono, que me acercara mi bici el próximo viernes cuando viniera a recogernos. Al residir en Edimburgo, teníamos la gran ventaja de poder pasar un fin de semana al mes en casa. Los estudiantes que no gozaban de tal proximidad con sus respectivos hogares solo abandonaban el colegio en vacaciones.

Intenté pasar desapercibida, pero Adam enseguida me vio.

—¡Hola, Ojos Azules! —me saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Mi cabeza pugnaba por seguir llamándolo «Chico Sonriente». Le hice caso.

—Hola, Chico Sonriente.

—Mis amigos y yo hemos descubierto un lugar secreto a varios kilómetros de aquí. Vamos a ir en las bicis, ¿quieres acompañarnos?

No me dio tiempo a declinar su invitación. Uno de sus amigos se adelantó a mis intenciones. Era un chico rubio y demasiado alto para nuestra edad.

—Adam, no queremos a chicas en nuestro grupo; de hecho, no queremos a nadie más en nuestro grupo. No invites a desconocidos a nuestras actividades secretas.

«¿Nuestras actividades secretas? ¿Nuestro grupo? ¿Pero este qué se cree?», pensé. «¿Quieres pelea, rubito? Perfecto». No pensaba unirme a sus *actividades secretas*, pero me apeteció fastidiarlo. Por impertinente.

—Oliver —lo reprendió Adam.

«Así que se llama Oliver. Interesante». Me lo puso bastante fácil.

—¿Atom? —le pregunté, bromista, al rubio. Así era como se apellidaba el protagonista de los dibujos animados de fútbol que veía Daniel en casa.

—¡Aston! —me replicó, irritado.

—Vale, voy con vosotros —contesté, antes de que alguien pudiera añadir algo más. Y, mientras lo decía, obsequié al rubito con mi mirada más retadora: «Que sepas que lo hago solo para fastidiarte». Me devolvió la expresión, y creo que me entendió, porque le salían chispas por los ojos.

—¡Bien! —Adam me asió de la mano—. Vamos, Ojos Azules, te llevo yo en mi bici de paquete. Por cierto, a Oliver ya lo conoces —dirigió la cabeza al rubio—, y ellos son Brian Mac Gregor y Marco Verti. A Oliver no le gustan

las personas, ya lo irás descubriendo poco a poco.

Yo no diría que «poco a poco», me hubiera gustado replicarle, pero me contuve. ¡Bien por mi filtro, que en esa ocasión decidió hacer acto de presencia!

Entonces se trataba de eso. Al rubio no le agradaban las personas. No le di mayor trascendencia, desde luego no sería yo quien criticara las rarezas de los demás. Bastante tenía con las mías.

Al lado de las bicicletas, advertí dos cabezas que me saludaban. Eran los otros dos amigos de Adam. Uno de ellos era de aspecto desgarbado, aunque de mirada penetrante. Llevaba el cabello largo y liso casi a la altura de los hombros y no apartaba la vista de mí. El otro chico, alto y con unos ojos negros intensos, no me prestó demasiada atención una vez me hubo saludado con un leve movimiento de cabeza. Parecía estar más centrado en comprobar el estado de las ruedas de su bicicleta. No supe quién era Brian y quién Marco. Ya lo averiguaría más adelante.

Nos montamos todos en las bicis, y comprobé (una vez más) que el rubio me observaba con clara antipatía. Salimos de los alrededores del colegio a través de un sinuoso camino escondido tras unos árboles. Al momento me di cuenta de qué significaba aquello: no habíamos pasado por las verjas de entrada que daban acceso al colegio. Ignoraba si nos permitían salir por allí, pero no dije nada. No iba a poner resistencia a transgredir las normas del colegio. Considero que vivimos en un mundo donde todo son normas y nunca he sido muy amiga de ellas. Además, las normas están para romperlas, ¿no?

Descendimos por una carretera. Era la misma carretera por la que habíamos venido en el coche con mi padre. Llegó un punto en el que nos adentramos en el bosque por un camino embarrado. Anduvimos por el camino durante bastante tiempo, penetrando cada vez más en el frondoso bosque, hasta que, de repente, nos detuvimos.

Miré hacia ambos lados. Era un bosque tranquilo y solitario, sin nada especial.

—Ojos Azules, acércate. —Adam me cogió de la mano. Sus manos eran suaves, y su tacto provocó que me subiera una sensación cálida y agradable por todo el cuerpo.

Dimos unos pasos siguiendo un arroyo, y lo que divisé a continuación me dejó sin palabras.

En mitad del bosque había un agujero enorme donde desembocaba el arroyo. Era increíble. Jamás había visto algo tan extraordinario, ¿cómo podía

existir semejante maravilla en mitad de la nada? Me recordó a los cenotes que había visitado el año anterior con mi familia en la Riviera Maya. Tenía su característica forma cilíndrica y era totalmente abierto.

Me asomé al precipicio y observé cómo moría el arroyo. Al fondo, había una poza gigante de agua cristalina y las altas paredes tenían una flora espectacular. En medio, una roca sobresalía del agua, y hierba fina rodeaba toda la poza.

—¿Habéis saltado desde aquí? —pregunté emocionada a Adam.

—Sí, claro. Todos los días —me contestó Oliver sarcástico.

El rubito impertinente también era un listillo y dominaba las técnicas de la ironía igual que yo. Empezó a asustarme lo parecidos que éramos.

—Por si no te has dado cuenta —continuó explicándome *el listillo*—, es una caída de once metros, y no sabemos si la poza que está situada debajo cubre lo suficiente como para soportar el salto.

—¿Cómo sabes que son once metros de altura? A mí no me parece que haya tanto. —Sí que los había, once metros, centímetro arriba centímetro abajo, pero mi cerebro es peculiar. ¿Cómo lo sabía él? Necesitaba indagar más en aquel joven.

—Son once metros de altura —me manifestó de manera tajante.

No creí que muchos chiquillos de nueve años calcularan una cosa así *a ojo*. Oliver tenía algo inusual. Además de un don especial para tocarme las narices.

—Yo creo que cubre lo suficiente como para que saltemos —informé a todos en general.

Recordé un documental que había visto hacía unas semanas con mi padre sobre saltos de altura. Un famoso saltador explicaba los riesgos que existían en ese tipo de actividades y las circunstancias que debían darse para que el salto fuera un éxito y no una catástrofe. Me acordé de los saltos que mostró y de las alturas desde las que saltó. Teniendo en cuenta esa información, consideré que necesitábamos como mínimo cinco metros de profundidad para poder saltar desde allí sin matarnos.

Reparé en que no se vislumbraban marcas en las rocas de las subidas y bajadas de la marea, lo que significaba que se hallaba en su momento más álgido y, dado que el color del agua era de un azul muy oscuro, lo que indicaba profundidad, resolví que podíamos saltar sin peligro alguno.

—En el hipotético caso de que tuvieras razón y saltáramos, ¿cómo subimos después? —cuestionó Oliver.

Me encogí de hombros. Ya lo había pensado. Ellos no lo habían visto, pero en una de las paredes sobresalían unos salientes por los que podríamos escalar sin ningún problema.

Adam, Brian y Marco nos contemplaban curiosos. No se atrevían a inmiscuirse en la conversación porque no tenían ni idea de si cubría o no lo suficiente, lo único que querían era que alguno de nosotros dos les asegurara que sí podíamos saltar. Pude apreciarlo en sus expresiones, deseaban saltar. A saber cuánto tiempo llevaban pensándolo, ¿cuándo habrían descubierto aquel paraíso?

Miré detenidamente a Oliver y comprobé que él también quería lanzarse al agua, aunque su cabeza se interpusiera en sus deseos.

En ese momento la decisión ya estaba tomada. Les contesté, a la vez que me despojaba de las playeras y la sudadera.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Me aproximé al precipicio y me lancé al vacío.

Salté. Y es una de las mejores experiencias que recuerdo en toda mi vida.

Me tiré en posición vertical, con los brazos pegados al cuerpo para evitar lesiones. Siempre que recuerdo ese momento es como si lo viviera de nuevo: la impresión de estar volando, la emoción de la libertad absoluta. Algunos expertos creen que se pueden alcanzar velocidades de hasta sesenta y cuatro kilómetros por hora desde un trampolín de diez metros.

Pasaron escasos segundos, y enseguida mis pies entraron en contacto con el agua hasta que me sumergí por completo. Sentí frío. Fue como si miles de cuchillos afilados me atravesaran por todo el cuerpo, y se me cortó la respiración. Me entró agua por la nariz y me desorienté por unos segundos, pero nadé a braza hacia arriba y salí a la superficie.

Capté cuatro golpes en el agua próximos a mí.

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

Habían saltado los chicos. Los cuatro.

¿Qué es lo que les llevó a ellos a seguir a una chica que no conocían de nada en un disparate como ese? Lo hemos discutido en muchas ocasiones y no lo sabemos. En la vida, no siempre todo tiene una explicación. Fue una confianza ciega en que yo tenía razón y se podía saltar.

Y allí, nadando con ellos, no podía imaginarme que esos cuatro chicos se convertirían en cuatro pilares importantes de mi vida. Sobre todo, dos de ellos.

Un rato después, accedimos al comedor para cenar. Estábamos famélicos.

Los demás alumnos nos observaron extrañados.

—¿Por qué estáis mojados? —nos preguntó un niño bajito y delgado con gafas. No conocía su nombre. No era de mi clase.

—No estamos mojados —le respondí con la mayor seguridad del mundo.

El niño me miró extrañado, pero no dijo nada. Mis cuatro compañeros de aventuras tampoco dijeron nada, pero percibí que se reían. Incluso Oliver no pudo evitar que le asomara una sonrisa y me pareció ver que un par de hoyuelos querían hacer acto de presencia. Seguimos nuestro camino. Es una buena manera de evitar que sigan preguntando: la negación segura y absoluta.

—No irás a sentarte con nosotros, ¿no? —La voz venía de detrás de mí, pero no me hizo falta darme la vuelta para saber quién me había hecho esa pregunta.

No me planteé en ningún momento la posibilidad de sentarme con ellos; una cosa era que hubiésemos vivido juntos una experiencia inolvidable, y otra muy diferente que nos hiciéramos amigos íntimos. Pero, después de aquel ataque directo por parte de Oliver, decidí sentarme con ellos. «Solo por esta noche», me dije a mí misma. «Solo para fastidiar al rubio».

—La verdad, sí. Pero, si te sientes incómodo, no te apures; te puedes sentar tú —enfaticé el *tú*— en otro lugar.

—Está bien —claudicó—, pero no empieces a traer a chicas a nuestra mesa. Están prohibidas. Son muy pesadas.

No dijo que *éramos* pesadas, dijo que *eran* pesadas. A mí no me consideró una de ellas.

Lo escuché refunfuñar. Me adelantó y se dirigió a una de las mesas del centro del comedor mientras todos lo seguíamos.

Siendo sincera, la comida de aquel sitio no era mala del todo para tratarse de un colegio interno. El comedor tenía varios turnos. Primero comían los alumnos de los cursos inferiores y, después, comían los mayores.

Cada uno de nosotros alcanzó una bandeja y nos colocamos en la fila donde las cocineras servían los platos principales. En el fondo, a la derecha, se localizaba la cocina, que comunicaba con el comedor a través de una ancha ventana sin cristal. Y por las diferentes esquinas del comedor, contábamos también con una zona de lácteos y fruta, otra zona de galletas y una última zona de bebidas.

Cuando ya nos habíamos servido la cena, mis nuevos *amigos* me hicieron infinidad de preguntas sobre mi familia y mi procedencia. También me contaron cosas sobre ellos, como que Marco era italiano (me lo imaginaba por

su nombre y apellido) y que los otros tres eran edimburgueses como yo.

Cuando acabamos de cenar, Adam me comentó que pretendían formar un grupo de música. Llevaban todos estudiando música desde los seis años y quería que los acompañara a su primer ensayo.

—¡Adam, deja de invitarla a todas partes! —Oliver rozaba ya su límite de sociabilidad.

—Tranquilo, no me apetece nada ver cómo tocas la *guitarrita*. —Le lancé mi mirada más burlona.

—¿Y por qué tengo que tocar la *guitarrita* y no otro instrumento?

—Porque llevas una púa de guitarra eléctrica colgada del cuello —lo informé muy segura. Lo había notado cuando nos bañamos en la poza.

—¿Me estás diciendo que diferencias una púa de guitarra de una púa de bajo?

—¿Me estás diciendo que tú no lo haces?

—¡Por supuesto que sí, pero yo toco la guitarra!

—¿En serio? Qué sorpresa...

Sara 1 – Rubito antipático 0.

3

Conociendo a Pear

Tras la intensa experiencia vital del día anterior que me llevó a conocer a los chicos, me levanté y me preparé para el segundo día en el *Crowden School*.

Lo primero que hice fue embutirme en la minúscula ducha. Siempre me ducho por las mañanas, me ayuda a despejarme y aclarar mi mente. Una vez lista, abandoné mi dormitorio en dirección al aula. Al entrar, se me acercó una niña de mi misma estatura, es decir, bajita, con el cabello corto castaño oscuro y flequillo hasta los ojos.

—Hola.

—Hola.

No me dijo nada más. Solo me observaba. Me puse nerviosa. ¿Qué le sucedía a esa niña? No pude evitar romper yo el silencio incómodo que ella no parecía notar.

—¿Necesitas algo? ¿Un bolígrafo, lapicero, sacapuntas...? ¿O solo mirarme fijamente?

—No, solo quería acercarme a ti para verte los ojos. Hasta ahora no había visto un azul tan bonito. Me llamo Pear.

—Sara.

—¿Como Sarah Jessica Parker, la actriz?

—No, como Sara Summers.

—Ah, qué pena. Serías mucho más interesante con nombre de famosa. Pero aun así me gustas. ¿Quieres ser mi amiga?

«Qué chica más directa». Continuaba mirándome, pero a la vez me sonreía. Decidí observarla yo también a ella. Había algo que me incitaba a seguir hablando con ella. Era como un hilo invisible que nos unía y se negaba a soltarnos. Era una chica extraña y tenía un nombre igual de extraño ¿Pear? Yo también era algo peculiar, por lo que deduje que quizá ese era nuestro hilo invisible. En ocasiones, con un primer encuentro con una persona ya sabes si te da buenas o malas sensaciones. Y Pear me dio muy buenas sensaciones, igual que Adam.

—¿Dónde están tus otras amigas?

—Oh, solo tengo una amiga más, es aquella de allí. —Hizo aspavientos para que se aproximara una chica algo más alta que nosotras—. Se llama Olivia. Nuestras madres son españolas —me informó Pear. El dato de sus madres no lo entendí. Quizás sintió la necesidad de decírmelo. O quizás se hicieron amigas por ese motivo. No sabemos qué es lo que nos lleva a juntarnos con unas personas y no con otras. La susodicha se acercó y me saludó con la mano.

—Siéntate con nosotras, tenemos un espacio libre en la segunda fila. A no ser que te quieras sentar con Adam y su pandilla al final de la clase, ayer te vi cenar con ellos. No entiendo cómo lo has conseguido porque jamás aceptan a nadie nuevo. —Se acercó a mi oído y le hizo una señal a Pear para que acercara su cabeza también. Nos susurró al oído—. Todos creemos que es por Oliver, el rubio guapito. —Me miró a los ojos y le confirmé con un gesto que sabía de quién me hablaba. ¡Como para no saberlo!—. Es muy antipático y no quiere a nadie más en su *grupito*.

—Mejor me siento con vosotras, no quiero que a Oliver le dé un ataque de ansiedad a horas tan tempranas. Lo dejaremos para la comida —les susurré igualmente.

Pear y Olivia soltaron una gran risotada y nos sentamos en *nuestra fila*. Miré hacia el fondo de la clase y distinguí que Adam me dedicaba un mohín de tristeza. Deseaba que me sentara con ellos.

A la hora de la comida, nos aproximamos al comedor y, al entrar, advertí que Adam se levantaba y me hacía gestos con la mano para que nos acercáramos a ellos. Lo miré y no supe qué hacer. Estaba a punto de irme en otra dirección cuando lo oí vociferar a través de todo el comedor:

—¡Siéntate con nosotros, Ojos Azules!

«Fantástico». Como me examinaba todo el comedor, decidí acercarme para no seguir llamando la atención. Cuando llegamos y fuimos a sentarnos, escuché con claridad las quejas de Oliver.

—Perfecto, ya no viene sola, sino que se trae a más como ella. Como se lo permitamos, al final nos van a superar en número.

—A Oliver Atom no le agrada la gente. —Me volví hacia mis dos nuevas amigas—. Os acostumbraréis, solo tenéis que ignorarlo como hago yo.

Nos reímos todos, excepto Oliver, que se reclinó apoyándose en su silla y cruzó los brazos adoptando una postura despreocupada.

—Es Aston, mi dulce y encantadora... ¿*Totó*?

Se me abrieron los ojos como platos ante su descubrimiento. Se lo debió

de escuchar decir a Daniel en algún momento que yo desconocía. Supo que había ganado nuestra batalla personal porque me dirigió una mirada de triunfo y sonrió. «Ojalá sonriera más», me dije a mí misma. Me empezaba a cautivar su sonrisa.

Rubio antipático 1 – Sara 1.

Esa misma tarde me encaminé hacia el polideportivo del colegio. El *Crowden School* ofrecía una gran gama de actividades deportivas. Había para todos los gustos, pero yo ya tenía el mío bien decidido: patinaje sobre hielo. Lo practico desde siempre, aunque en aquellos momentos supongo que *siempre* no era demasiado tiempo, considerando que tenía nueve años.

Una de las primeras cosas que me explicó mi padre cuando pretendía (sin éxito) meterme por los ojos el *Crowden School* era que contaba con una pista de hielo y que podría practicar mi deporte favorito a diario. Aquella tarde quedé con el entrenador para ver si me permitía entrar en el equipo de patinadoras.

Cuando llegué a la pista, había una gran aglomeración de alumnos patinando. Eran las pruebas de acceso tanto para los chicos que querían formar parte del equipo de hockey como para las chicas que queríamos entrar en el equipo de patinadoras. Me puse mis patines y me aproximé a la pista.

Apenas había entrado cuando percibí que alguien se tiraba encima de mí. Casi me hizo perder el equilibrio. Lo había hecho a propósito. No necesité girarme para saber quién había sido: mi hermano Daniel. Ya sabía que se hallaría allí pujando por el equipo de hockey, era una de sus pasiones.

—Muy mal, *Totó*. No creo que te acepten en el equipo de patinadoras si apenas mantienes el equilibrio.

—Cállate, imbécil.

—Cállate, imbécil —se burló imitando mi voz. Sabía que odiaba que hiciese eso.

Escuché unas risas bastante desagradables que provenían de las gradas. Me giré para ver quién era, porque tenía la sospecha de que se reía de mí, pero antes de llegar a una conclusión por mí misma las palabras de mi hermano me lo confirmaron.

—Will, esta es mi hermana pequeña, *Totó*. —Para acabar de incordiarme hizo especial hincapié en el «pequeña».

El susodicho se levantó del asiento y se aproximó a nosotros. Era un chico alto y con cara de pillo. Me miraba con la sonrisilla típica de los chicos malos que se creen los dueños del mundo. Es increíble cómo a la tierna edad de nueve años afloran ya ese tipo de personalidades.

—Así que tú eres la hermana lista... No lo aparentas, eres pequeña, delgaducha y todo ojos. ¿Seguro que te han hecho bien los tests de inteligencia?

Era increíble que Daniel le hubiera contado mi secreto al tipejo ese. «¿Qué tendrá que ver ser bajita y delgada con ser inteligente?», pensé. Lo obsequié con todo el odio que una niña de mi edad era capaz de transmitir.

—Eso yo no lo sé. A mí es lo que me han dicho, pero ¿sabes lo que sí sé? Que no hace falta que a ti nadie te haga ninguna prueba, porque eres gilipollas y salta a la vista. —Di media vuelta y volé sobre los patines para que no pudiera alcanzarme, por si acaso quería revancha.

Jamás he sido cobarde, pero tampoco tonta. Eran dos contra uno. No tenía nada que hacer. Era mejor una retirada a tiempo.

—¡Hasta luego, Sarita! —escuché que me gritaba. Miré hacia atrás y el tal Will me acechaba desafiante. «Qué bien, segundo día de colegio y mi hermano tenía que buscarse como colega al más macarra de todos. ¡Típico de Daniel!».

Me acerqué al profesor de patinaje y me presenté. Se llamaba Andrew y era un chico joven, de unos diecinueve años. Nos caímos bien al instante. Hice las pruebas y entré en el equipo. Ya sabía que entraría. Era realmente buena sobre los patines.

4

Problemas psicológicos

Llevaba dos semanas en el *Crowden School* y ya había adquirido una rutina. Me gustan las rutinas. Soy muy perfeccionista en todo lo que hago. Entre las clases, el piano y el patinaje no tenía mucho tiempo para nada más, pero el escaso tiempo del que disponía lo pasaba con mis nuevos amigos.

Solíamos ir a «Once metros» a bañarnos. Ese fue el nombre secreto que le pusimos a aquella especie de cenote que me mostraron los chicos el primer día de clase. Incluimos a Pear y Olivia en nuestras visitas secretas, aunque ellas no saltaban. Les daba miedo, por lo que bajaban como podían por los salientes por donde luego subíamos los demás. Queríamos aprovechar aquellos últimos días estivales de primeros de septiembre porque, en cuanto entrara el otoño, sería imposible bañarse. Adam y yo conectamos rápido. Nos llevábamos muy bien y nos gustaba hacer las mismas cosas. También pasaba mucho tiempo con Pear, aunque solíamos andar casi siempre todos juntos.

En clase, las chicas nos trasladamos a las filas de atrás y nos sentamos unos al lado de los otros. También compartíamos mesa de comedor todos los días, para infortunio de Oliver.

Oliver llevaba fatal lo de hacer nuevos amigos. Tendría que informarme sobre patologías infantiles, porque a ese chico le sucedía algo y me podía la curiosidad. No le agradaba que lo tocaran, siempre rehuía el contacto físico y odiaba que tocaran sus cosas. Además, era muy escrupuloso. Un par de días atrás, Pear se quedó sin pan y partió un trozo del pan que tenía más próximo, que resultó ser el pan de Oliver. Decir que casi se inició la Tercera Guerra Mundial es quedarse corto.

Eran las nueve y, como todas las noches, sabía que no conseguiría conciliar el sueño. Decidí dar una vuelta por el colegio. O quizá me acercara a la sala de música a tocar el piano. Mi padre me había dicho que de aquella semana no pasaba sin que me trajera un piano digital para mi dormitorio, y que así pudiera practicar a cualquier hora. Pidió permiso a la directora Peters y esta accedió, con la condición de que a altas horas de la noche me pusiera los auriculares para no importunar a las alumnas que dormían en las habitaciones

contiguas.

La residencia tiene toque de queda. A las diez y media a más tardar, debíamos estar todos dentro, y no volvían a abrir las puertas hasta las siete de la mañana siguiente.

Deambulé por los corredores de los cursos superiores y contemplé que habían planteado diversos problemas matemáticos en unas pizarras colocadas justo a la salida de cada clase. Fui hacia una de las pizarras, donde descansaba un chico concentrado, observando la operación. Me aproximé lo suficiente como para que se percatara de mi presencia.

El chico se giró sobresaltado y, al mirarlo a la cara, algo me resultó familiar. ¿Dónde había visto yo a ese chico antes? Hice un repaso por todos los rostros almacenados en mi cerebro y me di cuenta de que no lo había visto en mi vida, pero, aun así, me sonaba mucho. El chico no me dijo nada y continuó examinando la pizarra.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—El problema que hay en la pizarra —me respondió amigablemente—, ¿no sabes qué es?

—Sí sé qué es, pero no entiendo qué hace en esa pizarra.

—Es muy sencillo de explicar. Verás que hay una pizarra a la salida de cada clase, una por curso, pero solo para alumnos mayores de diez años. Yo tengo doce. En ellas, se exponen problemas matemáticos de un nivel superior a ese curso y el alumno que consiga resolver el problema sin pedir ayuda gana un premio. Hace años que no se consigue, por lo que no sé qué tipo de premio puede ser. Por supuesto, nadie puede resolver pizarras de cursos inferiores. Es una de esas *americanadas* ya sabes, tipo *El increíble Will Hunting*, pero hace que todos nos rompamos la crisma para resolver el problema y descubrir el misterioso premio.

—Y tú estás aquí intentan...

—¡Joder, te veo hasta en la sopa! —Una voz ya conocida sonó detrás de mí. ¡Oh, sí! Era mi pesadilla particular. El rubito.

—Buenas noches a ti también.

—Olly, ¿tienes una amiga nueva y no me la has presentado? Y vigila ese lenguaje o a mamá que vas —lo amenazó el chico desconocido.

—No somos amigos —manifestamos los dos al unísono.

—Yo soy su hermano mayor, Nicholas Aston —se autopresentó el desconocido, ya no tan desconocido. Por eso me sonaba su cara, porque eran hermanos. Se parecían mucho, muchísimo. Me imaginé que veía al Oliver del

futuro. Era guapo, muy guapo—. Y estoy intentando conseguir que mi querido hermanito pequeño me diga cuando menos en qué libros tengo que buscar para lograr resolver este problema. Todos los años andamos igual y nunca me quiere ayudar.

—Yo puedo ayudarte —le dije, sonriendo antes de que pudiera evitarlo. «Mierda, mierda, mierda».

—¿En serio? —dudaron ambos a la vez. Nick me miró esperanzado, y Oliver me juzgó sospechoso. Fue entonces cuando formuló la gran pregunta.

—¿Cuál es tu cociente intelectual?

—Esa es una pregunta muy personal a la que no pienso contestar, ¿te pregunto yo a ti acaso cuál es tu talla de calzoncillos?

—La más pequeña, tengo las caderas muy estrechas. ¿Tu cociente?

—¿Cuál es el tuyo?

—No se contesta a una pregunta con otra pregunta; además, yo he preguntado primero.

—Ahora mismo sí que parecéis dos críos de vuestra edad —nos dijo Nick sonriendo.

Me daba lo mismo lo que pensara Oliver de mí, pero Nick me había caído bien y no quería que pensara que era una estirada. De modo que me arriesgué a que pensara algo peor: que era rara.

—Ciento cincuenta.

—Vaya, entonces tú eres como Oliver, pero más lista. Te has topado con la horma de tu zapato, hermanito.

—¿Cuánto? —le pregunté a Oliver. Le tocaba a él exponerse.

—Ciento cuarenta y siete.

Lo sabía. Sabía que ese chico tenía algo diferente. Resultó ser un listillo muy inteligente. Me pregunté cuál era la probabilidad de que dos superdotados coincidieran en la misma clase. No creí que fuera muy alta. Debió de ser cosa del destino.

—¡Ah, ya lo entiendo! Oliver no puede ayudarte con tu problema, Nick, porque es demasiado difícil para él.

—No digas gilipolleces, por supuesto que sé hacerlo. No es más que una simple derivada.

—Sí, claro, y con eso, problema resuelto. Vamos, Nick, pon en la pizarra: «Es una simple derivada». Firmado: Nick Atom. Perdón, Aston. Culpa de la maldita costumbre. Y a esperar a ver si te dan el premio.

—¿Atom? —nos preguntó Nick extrañado. Yo le quité importancia con la

mano y Oliver lo ignoró.

—Es una derivada logarítmica, no tienes más que ir al final del libro de matemáticas que tienes este año para ver cómo se calculan. La derivada logarítmica de una función f queda definida por la fórmula... —Se aproximó a la pizarra y empezó a escribir la solución al problema. A la vez, explicaba cada paso que daba. En dos minutos la tuvo terminada. La borró y se marchó sin decir adiós.

—¡Ha sido increíble! ¡Cómo exasperas a mi hermano! —Nick se reía sin control—. Jamás lo había visto perder así los nervios.

—Ahora tendrás que rehacerlo tú, pero te ha dado bastantes pistas.

—Más que suficiente. No soy tan listo como vosotros, pero tampoco soy tonto. Y tú eres una niña muy guapa y aún no me has dicho tu nombre.

—Sara Summers.

—Encantado, Sara Summers. Y muchas gracias por tu ayuda.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Crees que soy rara? —Tenía miedo de lo que pudiera responder. Quería encajar en el mundo.

—No, no eres rara. Eres especial. Los dos lo sois. —Alivio. Sentí mucho alivio—. Oliver no solo es un niño superdotado, es una persona muy compleja. Tiene varias fobias sociales y, además, es tremendamente escrupuloso. No deja que casi nadie se le acerque, pero contigo creo que tengo esperanzas.

—Y eso, ¿qué significa?

—Lo sabremos en el futuro.

Dos días después, me hallaba en uno de los ensayos del *grupo musical* que habían creado los chicos. No tenían nombre, lo único que tenían aprobado por unanimidad era que Oliver y Adam eran los guitarristas, Brian estaba a la cabeza de la batería y Marco al bajo. Tampoco habían decidido aún quién sería el cantante.

Se lo tomaban en serio. Estaban muy concentrados ya que, según decían, tenían que empezar a componer melodías interesantes. ¡Como si fuera tan sencillo! No creí que estuvieran muy familiarizados con la composición y la armonía, de modo que era difícil que compusieran algo decente. Eran muy jóvenes. Aunque Oliver... Lo observé con su guitarra. Se le había formado una pequeña arruga en el entrecejo que lo hacía adorable. Lo escuché, y sí parecía que podría conseguir algo, aunque aún no era nada.

Desde que Oliver y yo compartimos nuestros respectivos cocientes intelectuales, algo cambió en nuestra relación. No lo hablábamos, pero teníamos la complicidad que tienen dos personas que guardan un secreto. No era algo palpable, pero ahí estaba.

Permanecimos en la sala de música un rato más, hasta que vino uno de los vigilantes nocturnos a informarnos de que debíamos irnos ya a nuestras habitaciones. Advertí cómo Oliver se resistía a irse porque andaba cerca de conseguir algo con su guitarra. Sentía verdadera pasión por la música, al igual que yo.

Cuando llegó el momento de separarnos y los chicos se encaminaron a los pisos superiores, me dispuse a agarrar del codo a Oliver para frenarlo, pero me paré a mitad del movimiento antes de que nuestros cuerpos se tocaran. Debía tener cuidado con él. No quería que le diera un *patatús* o algo peor por cogerlo de la mano. De modo que me acerqué y le hice una señal con la cabeza para que se aproximara a mí. Le pregunté si quería venir a mi dormitorio a seguir con su cuasi composición. No tenía guitarra, pero sí un piano.

—¿Tienes un piano en tu dormitorio? ¿Me tomas el pelo?

—¡Chss! ¡No hables tan alto si no quieres que nos pillen! Venga, ven a mi habitación.

Conseguimos escabullirnos sin ser vistos por el vigilante.

Al entrar en mi pequeño dormitorio, observé cómo Oliver echaba un vistazo rápido, analizando la disposición de mis cosas y cada objeto personal que se encontraba a simple vista. Se detuvo a ver las fotos que tenía con mi familia, pero no formuló ninguna pregunta. Cuando terminó de curiosear todo, nos aproximamos al piano.

—Nunca me ha dado por tocar el piano, así que no sé cómo hacerlo —me informó Oliver con sinceridad.

—Yo te enseño, no creo que te cueste demasiado.

Me miró arqueando una de sus rubias cejas.

—¿Es eso un cumplido?

—Sentémonos.

Ahí vino el primer problema. Solo había un taburete y no era muy grande. Sería complicado sentarnos en él sin rozarnos. Como los dos estábamos delgados, nos sentamos uno en cada esquina con casi medio cuerpo fuera.

Le expliqué las nociones más básicas del piano y empezamos a tocar. No se le dio mal del todo. Le faltaba práctica, claro, pero algo ya tocó. Estuvimos practicando con los acordes que Oliver había mezclado con la guitarra.

Permanecimos en el piano durante varias horas, y nuestros cuerpos se fueron aproximando por instinto hasta tocarse. Nos rozábamos las piernas, las caderas, los brazos... Todo su costado izquierdo tocaba mi costado derecho. No quise mirarlo por si acaso no se había dado cuenta. No quise levantar la liebre.

En algunas ocasiones, me sentía perdida con él, no sabía muy bien cómo tratarlo. Otras veces, mis movimientos hacia él salían naturales. Debía buscar algo en la biblioteca que me ayudara a entender bien las patologías de aquel rubito mío. «¿Mío? ¿De dónde ha salido eso?». Inexplicablemente, sentía algo cuando lo tenía cerca. Era como si todo estuviera donde debía estar.

De repente, dejó de tocar y nos miramos a la cara. Me dijo que era tarde y que tenía que irse a dormir. Miré la hora en mi reloj de muñeca. La una de la mañana.

—Cuidado, que no te vean al salir —le dije—. Yo me quedaré practicando sobre esto último que hemos anotado.

—¿Ahora? ¿Has visto qué hora es? Tendrás que dormir.

—No te preocupes, no duermo demasiado. No más de cuatro o cinco horas diarias.

—¿Y eso por qué?

—Tengo problemas para conciliar el sueño.

—¿Qué tipo de problemas?

—Tengo memoria eidética, mi cabeza almacena durante todo el día muchísima información. Lo que se ha escrito en la pizarra, el menú del comedor, los carteles de los pasillos, páginas de libros, sonidos... Cuando me meto en la cama y cierro los ojos, mi cabeza reproduce toda la información recopilada durante el día como en una especie de bucle; es agotador.

—¿Y te pasa todas las noches? —me preguntó, interesado. Permanecíamos los dos de pie, aún próximos al piano.

—Sí.

—¿Tu madre nunca te ha leído cuentos para que te duermas?

—No tengo madre, murió hace cuatro años.

—Lo siento.

—Tranquilo, no me acuerdo de ella. Es curioso que, con la cantidad de información que mi cerebro es capaz de recordar, información absurda y sin sentido, sin embargo, no guarde apenas recuerdos de mi madre.

Siempre que salía el recuerdo de mi madre en cualquier aspecto de mi vida, no podía evitar entristecerme por todos los momentos que me había

perdido con ella y por los que me quedaban por perderme durante el resto de mis días. Oliver se dio cuenta y tomó una rápida decisión para distraerme del asunto.

—Tumbate en la cama y te cuento un cuento. Tenemos que recuperar muchos años perdidos. —Se dirigió a mi cama y se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza.

Dudé. «¿Contarme un cuento? Pero ¿este qué dice? Que no tengo cuatro años».

—¿Estás tonto? Tengo nueve años, no necesito que me lean libros para dormir.

—Claro, claro, eres muy adulta. Y entonces, ¿qué necesitas para dormir?

No lo sabía. Ojalá lo hubiera sabido.

—No lo sé —susurré con tristeza.

—Venga ven, ojitos azules.

Oliver dio unas palmaditas sobre la cama e insistió en que me acercara. Me aproximé y me tumbé junto a él con cuidado de no rozarlo.

—¿Conoces el cuento de *Los Tres Cerditos*?

Lo miré arqueando una ceja.

—¿En serio? ¿Crees que hay alguien que no conozca el cuento de *Los Tres Cerditos*?

—Yo qué sé, ¿lo conoces o no?

Afirmé con la cabeza.

—Vale, pues empecemos. Lo primero de todo es que te imagines a los tres cerditos, concéntrate en ellos.

—Vale.

—¿Están en tu cabeza?

—Sí.

—Describémelos. —Aquello me confundió. ¿Quería que le dijera cómo era un cerdito? Oliver me trastocaba muchísimo, no sabía por dónde iba a salir—. Quiero que te los imagines y que te concentres en ellos. —Se adelantó a mi pregunta—. Que en tu cabeza solo estén los tres cerditos: qué ropa llevan, cómo son de altos, qué color de piel tienen...

«Está bien, está bien». Acepté. Me concentré en los cerditos.

Le describí a Oliver de manera precisa lo que veía en mi cabeza: cómo eran los cerditos. Uno de ellos era más alto que los otros dos hermanos. Otro era más gordito. Cada uno de ellos vestía de un color diferente: rojo, verde y azul.

Oliver comenzó a contarme la historia, pero, antes, yo debía describirle cada escenario, cada personaje, cada detalle. No me permitió pensar en nada más que en los cerditos y en sus localizaciones.

Al cabo de un rato, empecé a ver a los cerditos algo borrosos. Se me cerraban los párpados. Escuchaba la suave y melódica voz de Oliver más lejana, hasta que, por fin... la oscuridad.

El ser humano suele complicarse la vida de manera voluntaria buscando siempre las respuestas más difíciles a preguntas sencillas.

5

Los lazos emocionales

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

¿Qué era ese horrible sonido? «Ah, el despertador». Hacía mucho tiempo que no me despertaba el despertador, siempre amanecía yo antes que él. «Qué extraño». Lo apagué. Sonaba a las siete todas las mañanas, así tenía tiempo de sobra para ir a nadar un rato a la piscina. Me gustaba nadar, me despejaba la cabeza.

Me sentía más descansada de lo habitual, como si hubiera dormido veinticuatro horas seguidas. ¡Como si eso fuera posible! Y calor, tenía mucho calor. Me percaté de que había alguien conmigo en mi cama... ¡Oliver! Se debió de quedar dormido contándome el cuento, pero lo que más increíble me resultaba era que yo también me quedara dormida. Y todo porque me leyó un cuento. Consiguió en una noche lo que no habían podido hacer tantas pruebas y psicólogos durante los últimos años de mi corta vida.

Dormíamos tan pegados que hasta sentía su respiración en mi oído. Me recordó a cuando solía meterme en la cama con mi hermano Alex. Claro que a Alex no le incomodaba el contacto humano. Pensé que era mejor separarme antes de que se diera cuenta de que me tocaba con todas las partes de su cuerpo. Me giré por curiosidad para verlo bien. Estaba profundamente dormido, despeinado y relajado. No había oído el despertador, sí que debía de estar cansado. Algo lógico, teniendo en cuenta a la hora que nos habíamos acostado. No recordaba en qué parte de *Los tres cerditos* me había quedado dormida. La gratitud que sentí en aquel momento por él era incuantificable.

Me separé un poco de él e intenté despertarlo.

—Oliver —lo llamé con suavidad—, despierta.

Ni caso. Seguía dormido.

—Oliver —insistí con menos suavidad—, te has quedado dormido en mi habitación. No sé si podemos tener problemas por esto. Despierta.

Nada.

—¡Oliver! —lo zarandeé.

Mi cuentacuentos particular abrió los ojos despacio. Aquellos ojos verdes a los que empezaba a volverme adicta. Me calmaban como nada antes lo había conseguido.

—¿Dónde estoy? —me preguntó adormilado.

—En mi dormitorio. Te quedaste dormido contándome un cuento, rubito. —
Lo miré a los ojos y sonreí.

El resto del día transcurrió sin incidentes, excepto por el pequeño percance que tuve con William Von Kleist, el amigo macarra de Daniel. Su solo nombre ya implicaba respeto. Por lo que había escuchado, su familia era alemana, aunque, a mi entender, lo único que tenía de alemán era el apellido y la convicción de creer saberlo todo. Desde aquel encontronazo que tuvimos en la pista de hielo, la había tomado conmigo y se pasaba el día haciéndome la vida imposible. Mi hermano se había buscado un buen compinche.

—Buenos días, Sarita —escuché que me decía mientras pasaba por su lado en la hora del recreo.

Lo ignoré.

—Qué calladita estás esta mañana, no me sueltas ninguna de tus perlas.

Continué ignorándolo hasta que advertí cómo me perseguía. Se puso delante de mí con los brazos en jarras, cortándome el paso. Frené en seco y enfoqué los ojos en mi hermano Daniel. No esperaba que me defendiera, pero la esperanza es lo último que se pierde. Por lo menos, no tenía intención de unirse a su amigo. Solo permanecía impasible.

—¿No vas a decirme nada, Sarita? Yo he sido educado y te he saludado.

Lo enfrenté. Intenté mantenerme callada, pero no pude evitarlo. No soy de las que se callan.

—¿Decías algo? No suelo rebajarme a discutir con idiotas, me ganarías por experiencia.

Me miró y sonrió, pero no era una sonrisa amable. Era una sonrisa de las que dicen: «Ahora verás, mocosa».

Justo a nuestros pies había un charco de barro, consecuencia de la lluvia de primera hora de la mañana. William dio un golpe seco con el zapato y me salpicó pequeñas gotas por todo el rostro y el uniforme. Ahora sí que me había enfurecido. Arrastré el pie por todo el charco y lo salpiqué... ¡en toda la cara! Vaya puntería que tenía, ni Robin Hood con su arco.

—¡Pero qué...!

No lo dejé continuar porque eché a correr. Me persiguió y, en aquella ocasión, consiguió atraparme. Intenté resistirme. Forcejeé para liberarme,

pero no pude. Él era más fuerte que yo.

Me arrastró hasta otro charco y me tiró en él, de manera que toda mi espalda estaba en el agua y sus rodillas también. Me cogió de las coletas y me las embadurnó bien en el charco. ¡Maldito niño! Decidí utilizar la técnica que usaba siempre con Daniel cuando nos peleábamos. Dirigí mi rodilla a sus partes más íntimas y le di un rodillazo.

—¡Ay! ¿Estás loca? ¡Qué dolorrrr!

Hice caso omiso de su comentario y lo arrastré por el fango. Me subí a horcajadas encima de sus caderas y le metí todo el pelo en el barro.

Bien, prueba superada. Al levantarme, descubrí que todo el colegio nos observaba. Mi hermano Alex se acercó para ver si necesitaba ayuda. Venía riéndose con su nuevo grupo de amigos. Uno de ellos me dijo:

—¡Eh, pequeña Summers! ¡Te acabas de ganar todo mi respeto!

Giré sobre mis talones y me marché con la cabeza alta (también llena de barro). Me alejé bastante, pero aún era capaz de entender las conversaciones, y escuché cómo Daniel, riéndose a carcajadas, le decía a William:

—Ya te dije que *Totó* era dura de pelar, desde que ha descubierto dónde está nuestro punto débil no hay quien pueda con ella.

Y, así, los enfrentamientos con William se convirtieron en parte de mi rutinaria vida. En contadas ocasiones llegábamos al contacto físico (nunca con daños desmedidos), pero lo más habitual era que yo le dirigiera algún comentario despectivo, echara a correr y él me persiguiera por todo el colegio.

Esa noche, Oliver apareció en mi habitación con una pila de libros en las manos. Me dijo que había pasado por la biblioteca y que había seleccionado algunos cuentos para leerme por las noches. Él también era un chico de rutinas, y no iba a ser yo quien le cambiara la rutina de leerme libros por las noches después del éxito cosechado.

Todas las noches se quedaba dormido en mi cama. Y todas las mañanas nos despertábamos acurrucados uno al lado del otro. Por supuesto que Oliver era consciente de nuestra proximidad, pero no decía nada. No le importaba; de haberlo hecho, me habría leído los cuentos sentado en la silla de la habitación, pero no, siempre lo hacía tumbado a mi lado y con la pequeña luz de la mesita de noche encendida. Ya no temía su reacción por el contacto. Al contrario, lo buscaba. Creo que el ser humano tiene la necesidad de tocar y ser tocado, para expresar ternura, apoyo, confianza, amor... y así se lo intenté transmitir.

Por las mañanas, la luz de la mesita estaba apagada, de modo que todo

indicaba que Oliver esperaba hasta que me durmiera para apagar la luz y cerrar los ojos.

Así permanecimos durante semanas, hasta que, un día, al abrir la puerta de mi habitación, no me topé con Oliver, sino con Adam.

—Olly va a pasar la noche fuera del colegio con sus padres y me ha pedido que te lea un cuento para que puedas dormir.

Y, sin más preámbulos, entró en mi dormitorio. Localizó los libros infantiles en mi estantería y seleccionó uno: *Hércules*. Después, se tumbó en mi cama boca arriba. Era la misma postura que solía adoptar Oliver. No me preguntó por qué debía leerme un cuento, solo... su amigo le había dicho que lo hiciera y eso fue lo que hizo.

Oliver y Adam eran muy cercanos, eran mejores amigos. Me di cuenta de cómo en ocasiones Adam le sujetaba del brazo a Oliver, tocándolo conscientemente, o incluso le pasaba el brazo por los hombros. Oliver no se quejaba, ni parecía percatarse, porque no hacía ningún tipo de mueca; supuse que entre ellos los movimientos eran también así de naturales.

No pasaba lo mismo con el resto del mundo. Oliver siempre mantenía las distancias. En un principio, pensé que lo hacía a propósito, pero, después de observarlo durante semanas, entendí que era algo instintivo. Llevaba tantos años comportándose de aquella manera, repeliendo el contacto humano, que ya le salía solo. Había personas que no entendían su actitud. Pero Adam sí lo comprendía. Porque así es Adam: no pregunta, no juzga, te acepta tal como eres, sin prejuicios y sin intentar cambiarte.

Al día siguiente, Oliver regresó al colegio y, por la noche, vinieron ambos a mi cuarto a leerme el cuento correspondiente. Nos quedamos los tres dormidos en la cama, y, así, se sucedieron los meses. Algunas noches venía Oliver, otras noches venía Adam y algunas otras venían ambos.

Desde aquel momento hasta mis veinte años, puedo contar con los dedos de mi mano las noches que he dormido sola.

Aunque no siempre fue así de sencillo. Hubo noches, muchas noches, en las que mi cabeza se negaba a relajarse y a olvidar los datos recolectados durante el día.

Todas las mañanas, en mi sesión de natación, coincidía con una chica de nuestra clase que también nadaba. Ella lo hacía por motivos distintos a los

míos; me explicó que había heredado la constitución de su madre y que, si no se cuidaba, no podía comer todas las galletas que le gustaban a su antojo. Era un motivo tan fuerte como otro cualquiera. Su nombre, Natalie. Lo que más me llamó la atención de ella fueron sus enormes ojos color chocolate.

A menudo, después de finalizar la actividad deportiva matinal, nos quedábamos charlando un rato, hasta que se acercaba la hora de la primera clase. Era agradable y, charla tras charla, nos hicimos amigas.

Uno de los días que volvíamos juntas de la piscina, nos cruzamos con una de sus amigas en la puerta del comedor; se llamaba Moira. También era de nuestra clase, como Natalie, pero hasta aquel día apenas habíamos cruzado cuatro palabras. Nos adentramos juntas por la puerta del comedor y las invité a sentarse en nuestra mesa. Me apetecía seguir hablando con ellas. Aceptaron con gusto.

—Buenos días a todos —saludé a mi nuevo grupo de amigos—. Ya conocéis a Natalie y Moira. Natalie y yo nadamos juntas en la piscina todas las mañanas.

Cuando nos sentamos, conté internamente: tres, dos, uno y...

—¡Esperad! ¡¿No pretenderéis sentaros aquí?! —Mi rubio preferido no se hizo de rogar y se puso como un basilisco. Ay, Oliver, Oliver.

Le envié una mirada asesina y entendió que no tenía nada que hacer. En los últimos meses, habíamos aprendido a comunicarnos con los ojos. Ya apenas discutíamos. Escuché cómo susurró en el oído de Adam:

—Te dije que al final serían ellas más que nosotros.

Y allí estábamos. Cinco chicas y cuatro chicos. Nadie más se sentó en nuestra mesa, no de manera permanente. Y aquellas ocho personas se convirtieron en mi gran familia dentro y fuera de los muros del *Crowden School*.

Una tarde, en una de mis sesiones semanales con Brenda, la psicóloga del colegio, me encontré con Oliver y Adam en el despacho. Nos habían reunido allí para explicarnos que sabían que dormíamos juntos cada noche y que habían llamado a nuestros padres para comunicárselo.

—Se ha creado una dependencia muy fuerte entre vosotros —nos explicó—. Este tipo de relaciones no siempre se pueden explicar, ¿qué es lo que provoca que con algunas personas nos llevemos mejor que con otras? No se

sabe. Afinidad, gustos similares, atracción física, intelectual... El asunto es que os hacéis mucho bien entre vosotros. Sara está durmiendo mejor. También habéis creado un pequeño grupo de amigos que Oliver ha aceptado y... lo que quiero explicaros, chicos, es que es un buen comienzo. Lo estáis haciendo bien, y tanto el colegio como vuestras familias aceptamos que paséis las noches con Sara, de momento. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí —asentimos sin rechistar.

—Bien, pues que así sea. Según mi entender, esta situación no debería prolongarse mucho, no más de un año. Cuando pase ese plazo, Sara deberá ser capaz de dormir sola y vosotros volveréis a vuestros dormitorios.

SEGUNDA PARTE
Cinco años después

6

Hola, pubertad

Septiembre de 2006

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

—Apaga el maldito despertador —gruñó Adam.

—Venga chicos, arriba. —Escuché la voz entusiasta de Oliver lejana. Ya se había levantado y trasteaba por el dormitorio—. No quiero perderme la sesión de *footing*. Hoy me apetece correr.

El año anterior, había sustituido mis largos matutinos en la piscina del colegio por sesiones de *footing* con mis dos chicos preferidos.

—Id vosotros primero, luego os alcanzo —volvió a gruñir Adam.

—Adam, no seas vago. —Me levanté de la cama con ganas de enfrentarme a un nuevo día—. Todas las mañanas igual contigo.

No me contestó, se había vuelto a dormir.

Cinco años habían pasado ya desde aquel día en el que nos comunicaron que podíamos seguir durmiendo juntos hasta que yo aprendiera a hacerlo por mí misma. Un año de plazo me concedieron. Un año para vencer mis demonios nocturnos y convertirme en la niña perfecta que ellos querían que fuera. ¿Fue suficiente?

La versión de cara a la galería era que sí. Llevaba desde los diez años durmiendo sola en mi habitación.

La versión real, la que solo conocíamos nosotros, era que no. La realidad era que tenía catorce años y era incapaz de dormirme por mí misma. Ya no necesitaba cuentos. Necesitaba escuchar la respiración de Adam y Oliver. Necesitaba notar su presencia, pero sobre todo, necesitaba seguridad. La seguridad de saber que, si tenía uno de mis ataques, alguno de ellos estaría ahí para calmarme. Necesitaba su cercanía más que el latir de mi corazón. Así de jodidas estaban las cosas.

Al principio, no fue sencillo. Cuando nos comunicaron que ya era hora de

que cada uno durmiera en su habitación, nos sometieron a una vigilancia continua para que no nos escapáramos los unos a los dormitorios de los otros. Y nos descubrieron tantas noches que tuvimos que acabar fingiendo que nos habíamos rendido. Pero no lo hicimos.

Pasé muchas noches en vela. Aprovechábamos las tardes para tumbarnos en cualquier rincón del bosque y que yo pudiera descansar. Con el transcurso de los meses, se convencieron de que lo habíamos superado.

Fue entonces cuando comenzaron nuestros encuentros clandestinos. Recuerdo que las primeras noches me tumbaba en la cama con el corazón acelerado por si nos descubrían. Pero nunca lo hicieron.

Empezaba un nuevo curso escolar. Mi padre y yo habíamos decidido varios años atrás que, a pesar de que podía asistir ya a la universidad, preferíamos que cursara los estudios acorde con mi edad. No tenía urgencia por crecer. Quería llevar el ritmo de una persona corriente. Oliver también tomó la misma decisión junto con sus padres.

Desayunábamos toda *la pandilla* (así es como nos llamábamos a nosotros mismos) en el comedor, mientras manteníamos la típica conversación de chavales de catorce años.

—¿Le metiste la lengua o no le metiste la lengua, Adam? —interrogó Brian.

—¿Pero tú por quién me tomas? Claro que le metí la lengua.

Adam se había convertido en un chico muy resultón con su media melena rizada hasta las orejas y ese aspecto de rockero perdonavidas. Tenía la nariz pequeña, una sonrisa sincera y el color de sus labios de un rosado muy intenso. En las horas lectivas debía vestir el uniforme del colegio, pero, por las tardes, después de clase, y los fines de semana, ya se le veía su tendencia a vestir con ajustados pantalones vaqueros, playeras Converse, camisetas negras y sudaderas con capucha. Su intención siempre ha sido ir de chico duro, pero en realidad es un buenazo. Yo lo quiero tanto o más que a mi propia familia.

—¿Y tocaste teta? —le preguntó Marco.

Adam se rio con esa sonrisa que tanto me gusta y que le llega hasta los

ojos. Tan sincera. Tan alegre. Y tan pagado de sí mismo.

—Sí, a dos manos.

—¡Oeoeoeoeoeoe! —.Todos vitorearon e hicieron la ola, dando golpes en la mesa. Todos excepto Oliver, Moira y yo. Nos parecía una reacción desmesurada para un simple beso de tornillo y, además, lo único que consiguieron fue que nos observara todo el comedor.

—¡Yo también quiero darme besos con lengua! Y, a poder ser, con tu hermano, Sara. ¡Qué guapo es!

Pear, por aquel entonces, vivía enamorada platónicamente de mi hermano y siempre expresaba en alto sus más íntimos pensamientos. Tenía el mismo filtro que yo, es decir, ninguno. ¿Es posible que dos personas que pasan muchas horas juntas acaben hablando y comportándose de la misma manera? Sospecho que sí, porque Pear y yo pensamos y nos comportamos igual. Mucha gente nos decía, en aquel tiempo, que parecíamos hermanas. Debía de ser porque siempre andábamos juntas y haciendo las mismas cosas, porque físicamente no teníamos casi nada en común, aparte de la escasa estatura. Ella tenía el rostro ligeramente redondeado y llevaba su media melena lisa hasta la altura de los hombros, aunque ya no llevaba flequillo. Mi rostro, por otra parte, era alargado, y lucía la melena ondulada hasta la cintura.

—Aunque no nos llamemos Daniel Summers, si quieres, cualquiera de nosotros podría ayudarte con el asunto del beso —le respondió Brian, subiendo ambas cejas intermitentemente. Brian no era tan guapo como Adam, pero tenía un algo que lo hacía atractivo. Quizá era la intensidad con la que te miraba con sus ojos azules o el contraste de su cabello negro con su blanca piel—. Bueno, cualquiera no —se corrigió—, no creo que Oliver mezcle su preciada saliva contigo.

—Oliver, colega —le dijo Marco—, eres el único tío de la pandilla que aún no se ha enrollado con ninguna chica. Tendrás que dejar esas gilipolleces de escrupuloso y lanzarte. Te va a gustar, te lo aseguro.

—Qué sabrás tú dónde he metido yo la lengua, idiota.

—¡Uuuuh! —gritaron casi todos mis amigos—. ¿Te has enrollado con alguna tía? No me lo creo, Adam y Sara nos lo habrían contado.

—Lo que pasa es que es muy selectivo y no se va a enrollar con cualquiera —lo defendió Adam.

—Sí, no como tú, Adam, que te enrollas con todas —le recriminó Pear—. Así compensáis la balanza.

—¡Exacto!

Pear le sacó la lengua a Adam, que respondió de la misma manera.

—Entonces, qué, chicas —insistió Brian—, ¿queréis que os ayudemos a practicar el arte de los besos? A mí no me supone ningún inconveniente enrollarme con cualquiera de vosotras. Yo, por ayudar a una amiga, lo que sea.

—No, gracias, el día que me den mi primer beso, lo hará alguien especial —contesté yo, soñadora.

—¡Oh, qué boniiiito! —gritaron, de nuevo, todos juntos.

—Sara, cariño —me dijo Pear—, tienes que dejar de leer esos libros tuyos románticos, no creo que en nuestro primer beso veamos el cielo y sintamos esas famosas mariposas en el estómago de las que todo el mundo habla. Más bien va a ser un intercambio de babas, y eso si el chiquillo lo hace medianamente bien, porque, si lo hace mal, será un intercambio asqueroso de babas.

—Totalmente de acuerdo —afirmó Oliver, tajante. Se levantó y nos explicó que debía marcharse, ya que había quedado con el profesor de biología para comentar unos temas.

Cuando abandonó el comedor, Natalie nos confesó sus más íntimos pensamientos.

—¿Sabéis? No lo entiendo.

—¿El qué?

—A Oliver. No entiendo qué le espanta del contacto humano.

Yo tampoco lo entendí al principio, pero, después de informarme sobre diferentes fobias y comportamientos sociales, lo tuve bastante claro. Intenté explicárselo a Natalie de manera que lo entendiera.

—Nómbreme algo que no te guste.

—¿Qué?

—Algo habrá que te desagrade en exceso. Piénsalo y dímelo.

Mi amiga lo meditó durante unos segundos.

—Las arañas. No me gustan las arañas.

—Y, si te encontraras ahora mismo una araña, ¿la tocarías?

—¡No! —enfaticó su reacción poniendo cara de asco.

—¿Dejarías que se te subiera por la mano?

—¡Por supuesto que no!

—¿La besarías?

—¡Sara, qué asco! ¡Claro que no!

—Pues es lo mismo. Donde tú ves una araña, él ve una persona.

—Pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque las personas no son repulsivas como las arañas.

—A mí las arañas no me parecen repulsivas, no me gustan, pero no me provocan rechazo. Las fobias no hay que entenderlas, Natalie, hay que aceptarlas. Te sorprendería saber la cantidad de fobias que existen. Hay personas que temen cosas u objetos con los que tú tratas, a diario, sin inmutarte.

—¿Y por qué no le incomoda nuestro contacto? Cada vez permite que lo toquemos más.

—Porque a nosotros no nos ve como a arañas. Nos ve como a... —pensé la respuesta—... ¡ositos de peluche!

—¿Y qué es lo que hace que cambiemos de una cosa a otra?

—No lo sé, Natalie. Eso solo lo sabe él.

Adam se levantó de su silla y me dio un beso en la cabeza.

—Yo jamás lo habría expresado mejor.

Más tarde, abandoné frustrada mi consulta semanal con Brenda, la psicóloga. Todavía me obligaban a conversar con ella todas las semanas: que si qué tal dormía, que si cuáles eran mis inquietudes, bla, bla, bla. Inventarse mil y una mentiras resultaba agotador.

Me dirigía a mi clase de química, en el cuarto piso, cuando divisé a un chico alto observando atentamente una de las pizarras con los problemas matemáticos propuestos para aquel curso. Reconocería esa figura incluso a cien metros de distancia.

William Von Kleist.

¿Qué miraba tan intensamente? No creí que fuera el problema matemático. No era que William sacara malas notas, pero tampoco era una lumbrera. Me acerqué y me situé a su lado izquierdo. Había mañanas en las que me irritaba él a mí y mañanas en las que lo irritaba yo a él. Decidí que aquella mañana me tocaba a mí.

—Son números y letras, y, todos ellos juntos, forman una fórmula. Una fórmula demasiado complicada para tu inexperto cerebro, pero, si vas al pabellón de infantil, los vas a dejar a todos impresionados. Serás su héroe en cuanto descubran que sabes sumar. Porque sabes sumar, ¿cierto?

William (me negaba a llamarlo Will, había que mantener ciertas distancias) ni me miró cuando me dijo:

—Tocándome los cojones desde tan temprano, ¿eh, Sarita? ¿No has desayunado *All Bran* esta mañana? ¿O es que estás en *esos días*? Porque ya

eres una mujer, ¿no? Y ya sabes lo que dicen... —Cómo les complace a los chicos decir palabras malsonantes desde bien jovencitos, yo pienso que se creen más masculinos hablando así.

William se había convertido en toda una leyenda en el colegio. Todos los chicos buscaban ser sus amigos, y todas las chicas ansiaban ser su novia. No me extrañaba que su ego ya no cupiera en el colegio con semejante panorama. Y que fuera guapillo no ayudaba.

—Pues, si hablamos de topicazos, ya sabes lo que dicen, que los guapos son tontos. Por lo tanto, ya puedes ir desfilando hacia infantil, porque tú eres extremadamente gilipollas. —¡Qué a gusto me quedé! Si no lo llamaba gilipollas como mínimo una vez al día, sentía que me faltaba algo.

William ladeó la cabeza, con extremada lentitud, y clavó sus ojos grises en los míos. Me sentí incapaz de sostener su mirada.

—¿Me estás confesando que te resulto extremadamente guapo, Sarita? —me preguntó, llevándose una mano al corazón.

«Mierda».

Me quedé bloqueada.

«Lo he llamado guapo».

Yo nunca me quedaba bloqueada.

¿¡Dónde estaba mi privilegiado cerebro en esos momentos!?

Lo cierto es que William era guapo, no *guapillo*. No sabía en qué momento había pasado de ser el niño asqueroso y gilipollas que me hacía la zancadilla a ser el chico guapetón y gilipollas que me hacía la zancadilla. No me percaté del cambio, pero no podía negar lo evidente. A mis catorce años, ya era una persona racional, objetiva y muy inteligente... y no sabía cómo salir de aquel embrollo. Tenía que actuar con la mayor naturalidad posible.

—Como si no lo supieras... —Decidí que lo mejor era una retirada a tiempo y seguir mi camino. Tan solo había perdido una batalla.

—¡Eh, Sarita! —me gritó cuando ya me marchaba.

Me detuve, giré la cabeza y lo miré por encima del hombro. Se había apoyado en la pizarra, sobre uno de sus costados, y tenía las piernas y los brazos cruzados.

—Tú tampoco estás mal —me dijo, mirándome de arriba abajo con una sonrisa de clara autosuficiencia. Cuando terminó con su examen visual, me guiñó un ojo. ¿Tonteaba conmigo?

Me di la vuelta totalmente avergonzada. No hacía falta que me mirara en un espejo para darme cuenta de que tenía el rostro totalmente rojo. ¿Qué pasó

aquel día con las fuerzas del universo? Aquello no lo vi venir.

Entré en el aula de química y descubrí a mi hermano Daniel sentado en su silla habitual al fondo de la clase. El asiento de la derecha permanecía vacío. «Genial». Se me había olvidado que aquel curso compartíamos la clase de química, así que tendría que estar todo el año soportando la presencia de William y Daniel.

Me coloqué cerca de mi mesa, de espaldas a la puerta de entrada, junto a Oliver y Adam. Junto a ellos, tres de las chicas se sentaban encima de mi mesa. En clase de química nos sentábamos de tres en tres. Toda el aula estaba llena de enormes mesas de madera con tres taburetes por mesa. Desde el primer día, elegíamos quiénes serían nuestros compañeros para todo el curso. Detrás de nosotros se sentaban Natalie, Olivia y Pear. Y en la fila de más atrás, Brian, Marco y Moira, que aún no habían llegado a clase. Las chicas continuaban hablando de lenguas y saliva.

—Mi prima me ha aconsejado que practiquemos con la almohada. Yo os prometo que lo he intentado, pero no le veo el sentido —comentó Pear.

—¿Con la almohada? —pregunté yo—. Pero ¡qué tontería! ¿En qué se parece una almohada a...? —No pude terminar la frase porque súbitamente alguien me empujó y me hizo chocar contra la mesa.

—Perdona, Sarita. No te había visto, debe de ser por la altura.

«Gilipollas». Estaba segura de que William me había empujado a propósito. No todos podíamos medir tanto como él, pero yo era particularmente bajita. Aunque aún tenía esperanzas, estaba en edad de crecer. Tenía que llegar al metro sesenta como mínimo. «Por favor, por favor», supliqué.

—¿Qué pasa, Von Kleist? ¿Es que no miras por dónde cojones vas? —Adam siempre salía en mi defensa. También le gusta soltar tacos siempre que puede y empezó desde bien jovencito. Supongo que va con su fachada de tipo duro.

—Yo creo que los que se pelean se desean —me dijo Natalie al oído suavemente—. Te lo llevo repitiendo desde que teníamos diez años: William te desea.

Le hice una mueca de desagrado, pero no le contesté. El simple hecho de pensar que William me pudiera desear provocaba que sintiera cosas extrañas. Desconocidas.

«¿Es posible que me atraiga? No, no. No puede ser. Yo no lo soporto. ¿Y por qué se me eriza el vello de la piel siempre que está cerca de mí? Será un

mecanismo de defensa de mi cuerpo ante un posible ataque verbal. Eso sí que no tiene ningún sentido, Sara, y mira que tú eres lista de narices».

—*Totó*, vuelve —me dijo Adam—. Estábamos diciendo que...

—¡Que no me llames así!

—Pero ¿a ti qué te pasa esta mañana? —me recriminó mi mejor amigo.

—A mí, nada.

—Estás rara —me dijo Oliver—. Llevas así una temporada.

—Le dijo la sartén al cazo —recalcó Pear mordazmente. Oliver arqueó una ceja. Le encanta hacerlo.

—¿No estarás en *esos días*? —me susurró Brian al oído. ¿Pero de dónde había salido? Hacía un segundo no estaba ahí— Porque... ya tenéis el periodo, ¿no? ¿Ya podemos hablar libremente del tema?

—¿Y tu abuela?! —exploté.

Esa noche acudí a la pista de hielo a practicar. En un abrir y cerrar de ojos empezarían los campeonatos intercolegiales y quería estar preparada. Era buena, pero toda perfección requería un duro trabajo diario. Las clases extraescolares de patinaje sobre hielo se impartían los martes y jueves por la tarde, pero yo, además, practicaba casi todas las noches después de cenar, mientras el resto de mis compañeros veían la televisión en la sala de audiovisuales, estudiaban en la biblioteca o simplemente charlaban en la cafetería o en cualquier otro rincón del colegio.

La pista se cerraba a las nueve de la noche, pero la directora Peters, varios años atrás, me había prestado la llave de acceso al polideportivo para que pudiera practicar a mi antojo. Privilegios de ser la hija de uno de sus mejores amigos, o de ser una chica peculiar, o vete a saber. Me daba igual el motivo, tenía la llave y me gustaba ir sola y patinar a mi aire. Era mucho mejor que compartir clase con mis compañeras, especialmente con Tessa.

Qué horror de chica, siempre tenía que ser la primera en todo y le era indiferente a quién tuviera que llevarse por delante. Acostumbraba a obtener todo cuanto deseaba y a ser la primera en todo. Pero eso cambió cuando llegué yo, y me odió por ello. Me lo hizo pasar realmente mal, porque estaba enamorada de William Von Kleist, y él no le correspondía.

Algunos días se unían a mí los chicos. Todos ellos formaban parte del equipo de hockey y solían venir a practicar. Como decía Adam: la práctica hace al maestro. Y sabían que siempre dejaba la puerta abierta.

Oliver era el guardameta, se encargaba de defender la portería. Adam era el centro y el máximo goleador del equipo, y Brian y Marco eran los dos

defensores. Esos cuatro no sabían hacer nada solos. Si uno se apuntaba al equipo de hockey, se apuntaban todos. Si uno se ponía un pendiente en la oreja, se lo ponían todos. Decían de nosotras, pero ellos eran mucho peor.

Aquella noche tocaba ensayo del grupo, por eso no me acompañaban. Todavía seguían con su grupo de música y no, aún no tenían nombre. El estar en un internado todo el día encerrados hacía que ocuparas tu tiempo libre en actividades extracurriculares y no perdiendo el tiempo con la televisión o los videojuegos. Yo, cuando no entrenaba en la pista, me unía a los ensayos. Me lo pasaba en grande tocando junto a ellos. Eran algunos de los mejores momentos de la semana. Tenían un rollo *punk rock* mezclado con *metal rock* y, cuando los escuchaba tocar, me venían a la cabeza grupos como Simple Plan o Bad Religion.

Hacía años que Oliver me había enseñado a tocar la guitarra, ese fue el trato que hicimos. Yo le enseñaba a tocar el piano, y él me enseñaba a mí a tocar la guitarra. Me siento cómoda tocando la guitarra, pero no es un instrumento que me acabe de enamorar.

Interrumpí mis pensamientos y me concentré en mis ejercicios. De fondo, a través del hilo musical, se escuchaba Bangles con su *Eternal Flame*. Intenté acompañar mis movimientos al ritmo de la canción.

Varias horas después, miré hacia las gradas y reconocí a Oliver sentado en la primera fila. Esperándome. Estaba concentrado en un libro. Conociéndolo, sería algo de astronomía. Siente pasión por la astronomía. Es una parte importante de su vida. Si por él fuera, se pasaría las noches enteras estudiando las estrellas. O, como mínimo, la mitad de la noche; la otra mitad la dedicaría a sacar fotos. La fotografía es su otra gran pasión. Es un auténtico friki. Un friki superdotado, pero friki al fin y al cabo.

—Hola, rubio —lo saludé con cariño, al sentarme a su lado.

Lucía igual de rubio que a los nueve años. Llevaba el cabello tan alborotado como antaño y seguía teniendo ese brillo único en sus preciosos ojos verdes. Oliver es muy guapo, siempre lo ha sido, es de esos chicos que tienen las proporciones impecables y que parecen ángeles. Con catorce años, sus expresiones eran algo más duras que con nueve, pero no había perdido esa belleza que lo caracterizaba, incluso era más guapo que de niño.

No es porque yo lo quisiera tanto que le creyera perfecto. Lo hablaba con las chicas infinidad de veces y todas estábamos de acuerdo en que Oliver era el chico más guapo del colegio. Tenía la piel morena, la nariz perfecta y los pómulos marcados, y le asomaban dos preciosos hoyuelos siempre que se reía

con intensidad. Era de constitución delgada, pero fibrosa. Practicaba mucho deporte, entre el hockey y el *footing*, y más de una vez, cuando se quitaba la camiseta, le descubría unos inmejorables abdominales.

Puede que mi relación con Oliver no empezara de la mejor manera, pero ya no podía vivir sin él. Nos complementábamos el uno al otro. Y, aunque no tanto como debiera, había mejorado mucho en sus fobias sociales. Adam y yo lo tocábamos y abrazábamos sin ningún problema, porque para nosotros era algo completamente natural. El resto de nuestros amigos también lo tocaba asiduamente: un roce en el comedor, un abrazo cuando ganaban un partido de hockey... Brenda, la psicóloga, decía que era debido a la relación tan estrecha que mantenía con Adam y conmigo. Una vez abierta la veda...

A todo aquel que estuviera fuera de la pandilla no le permitía los mismos privilegios, aunque era mucho más dócil que de pequeño. Siempre intentaba evitar el contacto, pero, si alguien nuevo se presentaba y le daba un beso en la mejilla, no se apartaba con evidente rechazo, como cuando era más joven; simplemente suspiraba y se dejaba hacer. A mí me dolía el corazón al verlo. No era fácil para él.

—¿Estás de mejor humor? —me preguntó, rodeándome el cuello con su brazo.

—Estoy del mismo humor que todos los días, no sé qué os ha dado hoy a todos.

—Últimamente estás diferente, supongo que como consecuencia de la fase inicial de la adolescencia.

—¿Adolescencia?

—Sí, ya sabes, el período de transición psicológica y social entre la niñez y la vida adulta. Pensé que la pasarías mucho antes debido a tu inteligencia, pero ya veo que no.

—¿Y tú eres inmune a esa fase? ¿O también estás pasando de niño a hombre?

Oliver me miró divertido y se rio.

—Sin duda, también estoy en esa fase. —Se acercó a mi oído y me susurró—. Ayer me empalmé viendo cómo le botaban los pechos a Olivia en clase de gimnasia.

No pude evitar reírme a carcajadas. Oliver daba la apariencia de ser un chico serio y distante, pero, cuando se encontraba con su gente, sacaba su verdadero carácter a relucir. Y, en aquellos momentos, no era más que otro chico en pleno proceso hacia la madurez, como decía él. Y, además, a Olivia

le habían crecido los pechos considerablemente. ¡Qué suerte tenía! Y los míos, ¿dónde estaban?

—Olly, y a mí... ¿cuándo me van a crecer los pechos? —le pregunté, a la vez que le hacía un mohín infantil con la cara. Apoyé mi cabeza en su hombro y me acurruqué, mimosa.

Oliver me cogió la barbilla, pero no dijo nada. Durante lo que a mí me pareció un minuto, solo nos miramos el uno al otro. Siempre me ha impresionado cuando Oliver me observa de esa manera con sus atrayentes ojos verdes. Su mirada me llega al alma.

—Venga, vamos a la cama. —Me dio un beso en la cabeza y me ayudó a levantarme sin retirar su brazo de mis hombros. Y, así, nos marchamos a mi habitación.

Casi siempre dormíamos en mi dormitorio. En un primer momento, cada uno se dirigía a su propio cuarto, pero, al cabo de un rato, nos movíamos con sigilo por los corredores para cambiarnos sin que nos descubrieran los vigilantes nocturnos. Conocíamos todas sus rondas de memoria.

Hacia el Grand Prix Intercolegial

Nos adentrábamos en el mes de diciembre. Los entrenamientos en la pista de hielo se volvieron más intensos, dado que, en escasos meses, empezaban los campeonatos. No competía a nivel profesional porque mi padre no me lo permitía; decía que el patinaje era algo paralelo a mis estudios y que, en ningún caso, podía convertirse en un objetivo de futuro. Por eso me frenaba. Consideraba que dedicarme al patinaje de por vida sería un desperdicio para mi mente privilegiada. Yo creía que debería dedicarme a algo que me hiciera feliz, pero en aquella época no estaba segura de que el patinaje consiguiera ese objetivo.

Sería cosa de la edad, pero no sentía que mi vida estuviera completa. Era como si mi mente estuviera constantemente buscando algo que no encontraba. ¿Quería dedicarme al patinaje de manera profesional? ¿O a tocar el piano? Tenía aptitudes en ambas facetas y sabía que, si me centraba en desarrollarlas, podría ganarme la vida con cualquiera de las dos. Me divertían ambas e incluso me las tomaba muy en serio, pero lo veía más como un *hobby* que como algo a lo que dedicarle mi vida.

Y, entonces, ¿qué quería hacer con mi vida? Francamente, no tenía ni idea.

Una mañana, Adam, Oliver y yo nos entretuvimos corriendo más de lo habitual y llegamos al comedor cuando ya estaban a punto de cerrar el desayuno.

—Por los pelos, chicos —nos dijo Brian, untando la mantequilla en su última tostada—, ¿se le han vuelto a pegar las sábanas a Adam?

—Ja, ja, ja, me parto contigo, tío —contestó Adam con sarcasmo.

—Esta vez ha sido culpa mía —comencé a explicar—, tengo que estar en plena forma para el campeonato y he decidido incrementar el tiempo que dedicamos a correr por las mañanas y, dado que nos ha costado horrores despertar a Adam...

—Entonces sí que ha sido tu culpa, Adam —concluyó Pear.

—¿Por qué no os vais todos a la mierda? —Se levantó a coger su desayuno, y Oliver y yo lo seguimos, riéndonos. Adam tenía un humor terrible

por las mañanas. ¡Qué poco le gustaba madrugar! Solo lo hacía por nosotros, porque era uno de los momentos que compartíamos, solos, los tres.

Cogimos una bandeja y nos servimos el desayuno cada uno por un lado. Oliver seleccionaba las magdalenas con mejor aspecto, Adam vertía chocolate en polvo en la taza y yo introducía las tostadas en la tostadora, cuando alguien se colocó a mi lado. Mmm, ese olor a tierra mojada y hierba recién cortada...

—Buenos días, Sarita. Pensé que estabas a dieta y ya no venías.

—¿Por qué tendría que estar yo a dieta? —No es por presumir, pero debido a todo el ejercicio físico que realizaba al cabo del día entre el patinaje y el *footing*, tenía un cuerpo atlético. Plana, eso sí, pero bien proporcionado en el resto—. No me hace falta, estoy perfectamente.

—Si tú lo dices.

«Gilipollas».

Aproveché que Will estaba distraído, cogiendo una rebanada de pan, y le escupí en el zumo de naranja. Total, con tanta burbuja que salía de la máquina de zumos, no se notaría. Me arrepentí desde el mismo instante en que vi cómo caía mi saliva. Aferré con fuerza el plato de mis tostadas y me marché a toda velocidad hacia mi mesa.

Escuchaba la conversación de mis amigos en la distancia porque estaba concentrada vigilando la mesa donde se sentaban William, Daniel y el resto de sus amigos ¿Qué había hecho? Me empezaron a entrar remordimientos por el esputo. William cogió el vaso con la mano y lo acercó hacia su boca. «Mierda, se lo va a beber, se lo va a beber». Me levanté, con excesiva energía, y me precipité hacia la mesa de los macarras.

—¡NO TE LO BEBAS! —Mi grito provocó que cesaran todas las conversaciones y que me observara todo el comedor.

William me miraba sin saber que me refería a él. Llegué a su mesa y me detuve a su lado.

—No te bebas ese zumo.

—¿Perdona?—me preguntó William, alucinado.

—¿Qué te has tomado hoy, *Totó*? —me interrogó Daniel—. ¿No estarás experimentando con algún fármaco nuevo que ha salido al mercado? Ya sabemos que tus ansias de conocimiento no conocen límites, pero aun así...

Lo ignoré e insistí en mi cometido.

—Si yo fuera tú, no me bebería ese zumo.

—Ya le he dado un trago, ¿qué te pasa?

¡Oh, no! Abrí los ojos exageradamente. «¿Cuándo?». Debió de ser cuando

volvía a su mesa porque, después de sentarse, no le había quitado ojo de encima en ningún momento. No sabía qué decir. Otra vez me había quedado bloqueada.

—¿Qué pasa? —Me escrutó con sospecha. Deduje que su mente ya hacía conjeturas—. ¿Qué has hecho?

Su expresión pasó de la interrogación al hastío.

Me preparé para correr. Tomé impulso, me volteé y le grité:

—¡Te he escupido en el zumo!

Y ya cruzaba el comedor a toda velocidad.

Escuché un fuerte estruendo. Signo inequívoco de que William se había levantado de la silla y me perseguía.

—¡YO TE MATO, SUMMERS! ¡ME HE TRAGADO TUS BABAS! — Con asiduidad me llamaba *Sarita*, pero, cuando se disgustaba conmigo, me llamaba por mi apellido. Es curioso el comportamiento humano.

Bordeé mi mesa y divisé cómo me miraban todos mis amigos alucinados. Olly incluso tenía la taza a medio camino hacia la boca, y eso que era muy complicado sorprenderlo.

Acababa de llegar de hacer *footing* y otra vez a correr. Me podría haber ahorrado la sesión de aquel día.

Al final, conseguí escapar de William, pero sabía que no lo dejaría pasar.

Esa misma tarde los chicos tenían ensayo. Solían practicar en la sala de música.

—Sara, ¿cómo se te ocurre escupir en el zumo de Will? —me recriminó Moira, con obvia censura en sus palabras.

Moira era muy correcta y la rectitud personificada con su melena rubia y su pose perfecta. Jamás tenía nada fuera de lugar. Las medias del uniforme subidas hasta la altura de las rodillas, el jersey colocado encima del polo dejando los cuellos de este sacados por fuera y perfectamente alineados. Era como nuestro Pepito Grillo particular, la voz de nuestra conciencia. Sus padres son abogados; me imagino que ese tipo de cosas influyen en los hijos porque siempre ha ido por el camino correcto y ha cumplido todas las normas. Aunque, por otra parte, los padres de Adam también eran abogados, y siempre se salía del camino.

—¿Enajenación mental transitoria? —le contesté—. ¿Qué quieres que te diga? Me tocó las narices, y actué sin pensar.

—Yo me parto —dijo Adam. Era incapaz de contener la risa que le provocaba recordar el suceso—. Que se joda, por gilipollas.

—¿Te ha alcanzado? —Pear y su insaciable curiosidad tenían ganas de seguir indagando.

—¡Qué va! Me he cruzado con mi hermano Alex y lo he utilizado de parapeto.

—Vamos, que te has escondido en las piernas de tu hermano mayor —me dijo Brian, también sin poder disimular la risa.

—Sí.

—Y, ¿qué vas a hacer? Porque, cuando te encuentre, literalmente, te mata —me preguntó Pear.

—Metafóricamente.

—¿Qué?

—Que no creo que *literalmente* me mate.

—¿Qué? —insistió.

—Olvidalo, y que sepáis que no estoy dispuesta a pasarme el día correteando por el colegio por miedo a que me alcance, debo tomar una actitud más madura. —Medité durante unos segundos cuáles eran mis posibilidades—. Lo mejor será que me esconda y no acuda a clase hasta que se le pase el disgusto.

—Una decisión muy adulta, claro que sí —contestó Olivia.

—Entonces, ¿empezamos con el ensayo o seguimos discutiendo sobre lo adultas que son las acciones de Sara? —comentó Oliver, despreocupado.

—Yo me voy a la pista de hielo, tengo que entrenar. No vengáis a buscarme hoy porque voy a cerrar con llave por dentro. Solo por si acaso...

—Vale —contestaron Adam y Oliver.

—Chicos —interrumpió Marco—, acabo de encontrar las partituras de *Bohemian Rhapsody*. ¿La tocamos?

—Está bien, me quedo —contesté yo.

Me encanta esa canción, es una de mis favoritas. Lo sé porque no me canso de escucharla. Hay canciones que escuchas infinidad de veces durante un periodo de tiempo, pero que, años después, ya has olvidado, o, aun recordándolas, intentas evitar porque te aburren. Pero hay otras que permanecen a tu lado durante toda la vida. Para mí, *Bohemian Rhapsody*, de Queen, es una de ellas.

Me coloqué en el piano, y Oliver se sentó junto a mí. No tocó la guitarra; en aquella ocasión, tan solo cantó. Tiene una gran voz y, por ello, además de tocar la guitarra, también hace las veces de cantante.

Adam se colocó la guitarra, Marco el bajo y Brian se situó detrás de la

batería. Comencé yo con las primeras notas en el piano. En el tercer compás, Oliver se lanzó a cantar.

*Mamaaa
Just killed a man,
Put a gun against his head, pulled my trigger,
Now he is dead
Mamaa, life had just begun,
But now I've gone and thrown it all away
Mama, oooh*

A esas alturas de la canción ya se nos habían unido el resto de componentes. Dejé la mente en blanco, solo pensaba en la satisfacción que obtenía de tocar aquella pieza con mis chicos. Nos acompañábamos bien los unos con los otros, llevábamos años tocando juntos y es de las cosas que más nos complacía hacer. Cuando conocí a Adam y al resto, jamás pensé que podría compartir mi pasión por la música con todos ellos. Fue algo extraordinario.

Escuché cómo las voces de Brian, Adam y Marco se unían a la de Oliver.

*I see a little silhouetto of a man,
Scaramouch, Scaramouch, will you do the
Fandango*

Sus voces sonaban extrañas, a propósito, más graves de lo que deberían. Les encantaba hacer el payaso, y yo me lo pasaba bomba con ellos. No pude evitar que me asomara una gran sonrisa en el rostro.

Llegamos a la parte en la que Adam se lucía con la guitarra. Era mi parte favorita.

*So you think you can stop me and spit in my eye
So you think you can love me and leave to die
Oh, baby, can't do this to me, baby*

En ese «*oh, baby*» levanté la cabeza de las partituras y comprobé que Oliver se tronchaba de la risa y no podía ni cantar. Yo intenté aguantarme, pero no pude. No supe cómo, pero conseguimos acabar la canción y quedé

formidable.

Me quedé un rato más con los chicos y luego me acompañaron todos a mis entrenamientos, por si William me pillaba por los pasillos de camino a la pista.

La venganza se sirve en plato frío

Todo estaba demasiado calmado. Los primeros días, después de mi pequeño desafortunado incidente con William, no fui a clase. Me dediqué a practicar mis movimientos sobre los patines mañana, tarde y noche. Apenas quedaban dos meses para el campeonato. Oliver me acompañó en todo momento, ya que gozábamos del privilegio de poder saltarnos algunas clases siempre que tuviéramos un motivo.

La Dirección del colegio nos permitía ese tipo de prerrogativas a Oliver y a mí. Si acudíamos a clase, era para estar con nuestros amigos y llevar una vida común. Aun así, después de un par de días, la directora Peters vino a la pista de hielo a comunicarnos que no debíamos faltar a clase tantos días seguidos sin motivo aparente. No podíamos hacer lo que nos diera la gana porque eso no era llevar una vida ordinaria. Una cosa era saltarnos algunas clases de vez en cuando y otra muy diferente dejar de acudir. No nos quedó más remedio que volver a la rutina habitual.

Mentiría si dijera que no estaba inquieta. Era muy extraño que el impresentable no hubiera dado señales de vida. Cierto es que lo esquivaba como si del mismísimo diablo se tratara, pero, si hubiera querido encontrarme, lo hubiera hecho. ¿Qué tramaría?

Por desgracia, tardé muy poco tiempo en averiguarlo.

Era viernes, y habíamos vuelto a asistir a clase. Me crucé por los pasillos con Daniel y William, pero no me dijeron nada aparte del rutinario «buenos días, Sarita»; aunque sí detecté ciertas miradas entre ellos que no me dieron demasiada confianza. Era algo así como: hoy es el día de la venganza, prepárate a sufrir. «Mmm, tendré que andarme con ojo».

Después de un tedioso día, llegamos a la última clase: la de química. La clase que compartía con William. Había permanecido todo el día en alerta permanente y, curiosamente, llegué relajada al aula pensando «¿qué podría pasar?». Estábamos con el profesor y no se arriesgaría a hacerme nada. ¡Ilusa de mí!

Le pregunté a Adam sobre el contenido de las últimas clases que nos

habíamos perdido y me explicó que habían trabajado en el experimento del huevo saltarín.

Es un bonito truco que nos enseña cómo funcionan la osmosis, la difusión, la desnaturalización de proteínas y diversas reacciones químicas más. Observé el huevo de Adam y... ¡madre mía! Pero ¿qué tipo de huevos habían utilizado para ese experimento? Era enorme, como un huevo de avestruz. El experimento consiste en insertar el huevo dentro de un vaso de cristal. A continuación, se llena el vaso con vinagre. Comienzan a salir burbujas debido a la reacción química de la cáscara de huevo, que contiene carbonato de sodio, al entrar en contacto con el vinagre. Tres días después, la cáscara de huevo desaparece, el tamaño aumenta y es elástico.

Nos hallábamos en esa última fase del experimento, cuando jugábamos y manipulábamos el huevo. Se vuelve tan elástico que, si se deja caer desde una pequeña altura, rebota y da saltitos. Eso hubiera pasado en circunstancias normales, pero no es lo que sucedió con nuestro huevo. Cuando Adam se dispuso a manipularlo, William interrumpió la clase.

—Profesor, no me parece correcto que Sari... Sara Summers disfrute con los resultados de este experimento cuando no ha participado en el proceso. No es justo, Adam lleva tres días trabajando en ello y es ella la que se va a beneficiar de los resultados.

Su defensa de Adam debería haberme hecho sospechar que algo tramaba.

—Señor Von Kleist —le contestó el profesor Munro—, estoy seguro de que la señorita Summers entiende el proceso.

«¡Chúpate esa, Von Kleist!». Lo miré por encima del hombro. No era ningún secreto que Oliver y yo éramos más inteligentes que la media. Ese tipo de cosas, al final, se acaban sabiendo.

—Ya, eso es lo que dice usted. Alucino con los favoritismos de este colegio. —Eso último lo dijo muy bajito, como si estuviera hablando consigo mismo, pero lo suficientemente alto como para que toda la clase lo escuchara.

—Está bien. —Munro se dirigió a mí—. Señorita Summers, por favor, ¿podría explicar a la clase qué pasos hay que tomar para la realización del experimento y enseñar los resultados?

A continuación, expuse con todo lujo de detalle los pasos que habían dado mis compañeros hasta ese día, y arranqué a lanzar el huevo desde una altura de cincuenta centímetros hacia mi mesa para que vieran cómo daba saltitos. Pero, cuando el huevo tocó mi mesa...

¡¡BOOOMMM!!

Explotó y me cubrió el rostro, el cabello y el cuello de restos de huevo y vinagre.

«¡Me cago en...!»). De alguna manera, William lo había manipulado para que explotara al primer lanzamiento. Porque estaba segura de que había sido él.

—¡LO HAS HECHO A PROPÓSITO, GILIPOLLAS! —le grité a William.

—¡Te juro que no! —me contestó, de manera inocente y levantando los brazos a la vez en señal de rendición. Pero no era más que una pose, porque segundos después descubrí que intentaba contener la risa. Incluso tuvo que introducirse uno de los puños en la boca.

—¡ESTA ME LA PAGAS! —Me levanté de mi silla y me dirigí a su sitio con toda la furia que tenía dentro. Estaba enfadada, muy enfadada; aquello era pasarse de la raya. Yo me arrepentí del asunto del zumo al instante de haberlo hecho, pero él lo había hecho con alevosía y ensañamiento. ¡Apestaba a vinagre!

Unos brazos me rodearon, impidiéndome ir a por William para partirle la cara. Era Oliver quien me sujetaba. Sobra decir que toda la clase se desternillaba de la risa, incluso podía ver, desde mi posición, cómo le lloraban los ojos a mi hermano Daniel, de lo bien que se lo pasaba a mi consta. Otro que iba a recibir cuando menos se lo esperase.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido? No lo entiendo... —murmuró el profesor confundido.

—¡Lo que ha pasado es que ese gilipollas —grité señalando a William con el dedo— ha manipulado el huevo para que me explotara en la cara!

—Señorita Summers, deje los insultos, se lo ruego. No sé qué ha podido suceder. —Yo tenía clarísimo lo que había sucedido. Intentaba zafarme de Oliver cuando escuché, de nuevo, la voz de William.

—Déjela, profesor, se ha levantado esta mañana con el pie izquierdo y tiene el carácter A. VI. NA. GRA. DO —recalcó cada sílaba de esa última palabra. «Lo mato». Para aquel momento, ya veía todo negro. No era capaz ni de oír las carcajadas de mis compañeros. Me solté del abrazo de Oliver y fui directa a su encuentro. Pero, por el camino, tres personas más me sujetaron, de modo que no conseguí llegar a mi objetivo. Eran Adam, Marco y Brian.

—¡Soltadme! —pataleé desesperada, pero no me hacían caso.

—Caballeros, por favor —dijo Munro—, sáquenla de aquí hasta que se tranquilice.

Me empujaron por el aula hacia la salida y no me soltaron hasta que no

estuvimos a varios metros de distancia.

—¡Cómo apesta a vinagre! —me dijo Brian, cuando bajábamos las escaleras de caracol.

Si las miradas matasen, Brian habría caído fulminado al instante.

Cinco lavados de cabeza después, entré en el comedor para cenar. Me senté a la mesa con un cabreo considerable. No esperé a que nadie me dijera nada, hablé directamente.

—Me he lavado el pelo cinco veces. ¡CINCO!, y no he logrado eliminar el olor a vinagre. —Todos me escuchaban, pero no sabían qué decir. Permanecimos en silencio durante interminables segundos.

—A mí me hueles bien, a fresas y a miel, como siempre —dijo Oliver, despreocupado. No le hice caso.

—Sí que hueles a miel, ¿te has caído en un panal de abejas? —me preguntó Marco, mientras se aproximaba a mi olisqueándome. No me molesté en explicarle que había terminado el bote de mascarilla de esencia de miel con los cinco lavados que había sufrido mi cabello.

—¿Sabéis que? No pienso perder el tiempo planeando una venganza, estoy saturada. A partir de este momento, queda terminantemente prohibido nombrar a William Von Kleist; de hecho, esta es la última vez que pronunciamos su nombre. Fingiremos que no existe.

—Deberíamos apodarlo «el que no debe ser nombrado», como Voldemort, y así, cuando queramos decir algo de... —interrumpí a Pear en su diatriba.

—¿Qué parte de que no existe es la que no entiendes? ¡Ni «el que no debe ser nombrado», ni «el innombrable» ni nada! —Me levanté y fui derecha hacia su mesa, donde cenaba con mi hermano y compañía. Adam intentó detenerme.

—*Totó*, espera. Estás muy nerviosa.

Con el transcurso de los años, Oliver, Adam y yo habíamos aprendido a comunicarnos con los ojos, y los míos le dijeron: «No, Adam. Necesito hacer esto». Di media vuelta y proseguí mi camino.

Me aproximé enfurruñada al rincón donde se sentaba William y me percaté de que todo el comedor nos observaba. Intuían pelea, y nuestras peleas, desde los nueve años, eran épicas. Me situé frente a él y lo apunté con el dedo.

—A partir de este momento, olvídate de mí, William. Olvídate de que existo, olvídate de mi nombre y de mi cara. No voy a buscar venganza por lo de hoy, porque no pienso volver a pelearme contigo; para mí ya no existes. Puedes aceptar mi consejo o no, pero con nada de lo que hagas vas a obtener una reacción por mi parte, y, si es necesario que hable con mi padre para que

me saque de este estúpido colegio y así dejar de verte, no dudes que lo haré.

Me salió un poco Pimpinela, pero no me importó. Durante el segundo que tardé en darme la vuelta, advertí una expresión de dolor en su rostro. No se esperaba esa reacción por mi parte. Era la primera vez que le hablaba con tanta dureza, pero ¿qué esperaba? ¿Que nos peleáramos como críos hasta la eternidad? Daniel también parecía consternado.

Me dispuse a marcharme, pero William me sujetó por el codo y me obligó a darme la vuelta.

—¿Qué sucede, Sarita? ¿No aceptas una derrota? —me hablaba con ira, no con su indiferencia habitual. No había ni un ápice de burla en su voz.

—Suéltame, no tengo nada más que discutir contigo. —Intenté desprenderme de su agarre, pero era más alto y más fuerte que yo.

—Espera —me dijo, con un tono de voz más conciliador. Desde que nos conocíamos jamás había utilizado ese tono conmigo. Parecía arrepentido—, no te lo tomes así, tan solo ha sido una broma.

Se le notaba frustrado. No le contesté, lo único que quería era que me soltara para poder largarme de allí. Se me habían quitado hasta las ganas de cenar, tenía el estómago cerrado. Hice el amago de irme, pero me agarró más fuerte.

—No te vayas así, por favor. Perdóname, si hubiera sabido que reaccionarías de esta manera, no lo hubiese hecho. Créeme.

Durante unos segundos, su mirada gris me desarmó, y estuve a punto de ceder. No entendía qué me sucedía con él en los últimos tiempos, pero sentía cosas, cosas que nunca había sentido. «No», me reocriminé a mí misma, «no cedas. ¿A dónde te crees que te va a llevar este juego que os traéis? A ninguna parte».

—Me he cansado de jugar contigo, Will.

Will. Lo llamé Will, era la primera vez que lo hacía. Él también se percató de ello. La cosa iba en serio. Su amarre se aflojó y me soltó el brazo, fue bajando sus dedos con suavidad hasta llegar a mi mano, la rozó y una descarga eléctrica me recorrió todo el cuerpo ¿Qué me sucedía?

—Sara —me llamó Daniel.

Apunté a mi hermano con el dedo.

—Tú no hagas nada, sigue actuando exactamente como siempre has hecho, como si yo no existiera.

Me di la vuelta y abandoné el comedor. Me escondí en mi cuarto y me senté en el piano. Necesitaba relajarme y sacar todo lo que tenía dentro. Las

primeras notas de *Storm* de Vivaldi comenzaron a sonar. Al principio, golpeé las teclas con una fuerza inusitada y a una velocidad vertiginosa, nada acorde con la que requería la pieza, la que marcó Vivaldi, y que ya de por sí es bastante acelerada.

Compás tras compás me relajé, hasta que al término de mi interpretación lo único que padecía era pena, pena por la pérdida de algo, pero no sabía de qué. Rompí a llorar sin poder evitarlo.

Al día siguiente, mi humor no mejoró, me sentía taciturna. Las clases pasaron sin que fuera consciente de ello y, para cuando me quise dar cuenta, ya eran las cinco de la tarde. Los chicos tenían entrenamiento de hockey y decidí ir a sentarme a las gradas y verlos jugar, como tantas otras veces hacía.

Me gustaba estar sentada, tranquila y relajada, observando cómo se desenvolvían los chicos en el hielo. Casi todos los días acababan con disputas, sobre todo Oliver y Daniel, que no se llevaban bien, y tal y como andaban las cosas... Era increíble que llevándose tan mal consiguieran trabajar en equipo durante los partidos. Dejaban sus diferencias fuera del hielo.

Qué profesionales, si yo hubiera tenido que trabajar en equipo con Tessa, habría acabado con su cabeza dentro del hielo, aunque no se podía comparar la relación de ellos con mi relación con *Santa Teressa*. Lo nuestro era mucho peor.

—Hola, mi amor —me saludó una alegre Pear mientras se sentaba a mi lado.

—Hola. —Le devolví el saludo de manera vaga, la misma manera en la que se encontraba mi humor.

—¿Cómo van nuestros chicos? ¿Ya han empezado a liarse a tortazos?

—Observa tú misma.

—Sara, ¿quieres que hablemos de lo que te sucede, o ignoramos las señales y fingimos que no pasa nada?

Giré la cabeza para enfrentarla. ¿Señales? ¿Qué señales? Ella vio la pregunta en mis ojos porque no dejó de hablar.

—Bien, allá voy. Tienes razón al enfadarte con «el innombrable» por lo que te hizo en clase, y comprendo que estés cansada de pelear en todo momento, pero creo que, en el fondo, aunque no tan fondo, es posible que... ¿te atraiga «el innombrable»?

—¿Qué dices? ¿Atraer en qué sentido?

Miré rápidamente hacia ambos lados para asegurarme de que nadie nos

escuchara. En las gradas solo estábamos nosotras y algunas chicas más, varias filas atrás, pero estaban lejos y no podían oírnos. Los chicos tampoco nos prestaban atención. Acababan de terminar de patinar en círculos por la pista de hielo, para aumentar su resistencia y que pudieran aguantar todo el partido, y en ese momento entrenaban el frenado en ambos sentidos.

—En el sentido de que te gustaría lamerle todo el cuerpo. —Al momento levantó la mano para evitar mi replica—. Y no te pongas histérica, que nos conocemos. Asimila lo que te he dicho y reconócelo. No sucede nada, Sara, no hay nada malo en que te interese «el innombrable». Y, para ser sincera, yo creo que tú también le interesas a él. Lo he observado las últimas semanas y no te quita ojo, sabe dónde estás en todo momento. Deberíais dejar de pelear e intentar llevaros bien. Saldríais los dos ganando.

No era consciente de que William me observara de esa manera. Pero una cosa era clara, si mi amiga era capaz de verlo, existía la posibilidad de que todo el colegio lo viera. «¡Qué vergüenza! ¡Él dedicándose a fastidiarme y yo suspirando por él!». Apoyé los codos en mis rodillas y agaché la cabeza. Me armé de valor y lo admití.

—¡Qué tragedia, Pear! ¿Tanto se me nota? Ni siquiera yo era consciente de que me gustaba, no sé cómo ha sucedido y no sé si esto que siento significa que me gusta. Estoy hecha un lío. ¡No sé qué hacer!

—Tranquila, en primer lugar, no *se te nota*. Yo lo veo porque te conozco más de lo que crees, de hecho, te conozco más que tú a ti misma. Y, en segundo lugar, no tengo ni idea. Vamos a dejar que pase el tiempo y se calmen las cosas. ¿Te parece?

Mi amiga me rodeó los hombros con su brazo y me acostó sobre su regazo. Asentí con la cabeza y permanecimos así durante un buen rato. Cuando me incorporé, los chicos ya terminaban el entrenamiento. Se les veía a todos bastante relajados. Los contemplé un rato más hasta que caí en algo.

Observé a Pear muy concentrada mirando a los chicos. Nunca se había interesado por el hockey; no era lo suyo, el deporte en general no le interesaba, exceptuando la equitación. Le encantaba montar a caballo y solía pasear por los alrededores del colegio con su caballo, llamado Percy.

—Y tú... ¿por qué has empezado a venir a los entrenamientos de los chicos cuando jamás te han interesado?

—No digas bobadas, Sara. Yo siempre he venido a ver a los chicos.

Se lo había pensado mucho antes de contestarme. Mentía. La conocía bien.

—Mentira. En las últimas semanas, has venido más veces que en los

últimos cinco años. ¿Qué es lo que te interesa ver aquí?

—Sara, vengo para estar contigo. Nunca tienes tiempo para mí.

Me ocultaba algo. ¿A quién venía a ver aquí? A mí no, desde luego. Nunca antes lo había hecho. Volví a observar a los chicos; eran doce en total, entre titulares y reservas. Había demasiadas posibilidades. Y no pude descartar a ninguno de ellos. Aunque supe que lo descubriría tarde o temprano.

El concierto de Navidad

El colegio *Crowden School* se enorgullece del gran programa musical que ofrece a sus estudiantes. Desde edades muy tempranas, invitan a todos los padres de alumnos a que animen a sus hijos a tocar algún instrumento. La ciencia ha demostrado que la música aporta grandes beneficios en el desarrollo cerebral infantil a todos los niveles: cognitivo, emocional, social y afectivo.

En nuestra época, no teníamos un número pasmoso de alumnos con aspiraciones musicales, pero, desde luego, era más de lo que cualquier otro colegio pudiera presumir.

«Incluso *el innombrable* toca la guitarra... ¡Mierda! ¡Es por culpa de Pear! Si no me hubiera metido en la cabeza la idea de llamarlo así y no me hubiera obligado a reconocer que me atraía, no estaría siempre pensando en él. ¿O sí? No lo sé, solo sé que ya no sé nada». Está claro que, cuando me pongo filosófica, no hay quien me pare.

Es costumbre del colegio organizar un certamen musical todos los años justo el último día de clase antes del comienzo de las fiestas navideñas. Se celebra en la sala de exposiciones musicales y, además de todos los alumnos con edades superiores a los doce años, también acuden los padres y demás familiares. Para los más pequeños, hay una audición el día anterior.

Yo jamás tocaba en ese concierto porque nunca me ha interesado tocar en público. No tengo fobia ni nada parecido, sencillamente no me gusta. Toco para mí porque es mi manera de expresarme. Los únicos oyentes que tengo son mis amigos y mi familia. Pero, aquel año, eso iba a cambiar.

Faltaba un día para las vacaciones de Navidad. Todo el colegio lucía decorado con motivos navideños rojos y plateados. Colocaron, como todos los años, varios árboles de Navidad en el edificio principal, otro en la residencia y otro en la pista de hielo.

Había transcurrido un mes desde el incidente del huevo y mi relación con «el innombrable» había cambiado mucho. Yo no le dirigía la palabra, pero él todos los días me saludaba por los pasillos con un simple: «Buenos días,

Sarita». Me desafiaba. Llevaba dándome los buenos días desde los nueve años y, durante aquel mes, cada vez que lo hacía, me miraba como diciendo: «Atrévete a quitarme también esto». Yo lo ignoraba y listo.

Caminaba ensimismada en mis pensamientos cuando la directora Peters me detuvo.

—Buenos días, Sara. Tengo que hablar contigo de algo de gran envergadura. —No le contesté y la invité a que siguiera hablando—. Mañana es la gala de Navidad y tengo a Sophie lesionada. Ya sabes quién es Sophie. —Por supuesto que lo sabía. Conocía cada maldito rostro del maldito colegio, sus nombres, apellidos, caracteres, aficiones... Solo me hizo falta escucharlo una vez para recordarlo el resto de mis días—. Bien, resulta que Sophie era la encargada este año de acompañar con el piano a la banda en el *Canon* de Pachelbel y ya no puede hacerlo, por lo tanto, vas a hacerlo tú. No te va a implicar ningún prob...

—No.

—¿Perdona?

—La respuesta es no. No quiero tocar el piano en el concierto de Navidad.

—No es una petición, Sara, es una orden. Necesitamos a alguien con urgencia y nadie es capaz de preparar esa pieza musical en un día.

—Con no incluir el piano como parte de la banda es suficiente.

—No, Sara, esa no es una opción. He dicho que vas a tocar el piano y fin de la discusión. Te permito que lo interpretes a tu manera, haz la versión que más te agrade, me es indiferente. Habla con el resto de tus compañeros y poneos de acuerdo, que te obedezcan en todo. Ya me encargo yo de ponerlos sobre aviso.

Y se marchó, dejándome con la palabra en la boca. Beneficios de ser la directora del colegio, mucho ordenar y poco escuchar.

«De acuerdo, la versión del *Canon* que más me agrade. Perfecto. Si quiere *Canon* de Pachelbel, pues *Canon* de Pachelbel va a tener».

Al día siguiente, a media tarde, me preparaba en mi habitación para la audición. Debía vestirme de gala. Todos los familiares de alumnos venían ataviados como si se tratara del concierto de Año Nuevo, con trajes de chaqueta y corbata. Para el *Crowden School*, uno de los colegios más elitistas de Europa, el Concierto de Navidad era el acontecimiento del año, y las familias que acudían a verlo esperaban ver la rectitud y seriedad que inculcaba el centro.

A los alumnos se nos permitía un poquito de flexibilidad, aunque no

demasiada. Pero si, además, te tocaba participar, como aquel año a mí, debíamos vestirnos de rigurosa etiqueta.

Escogí un vestido verde botella. Tenía los brazos al descubierto, ya que la manga no bajaba más que al final del hombro. Debajo del pecho llevaba un lazo, que me rodeaba todo el cuerpo, y a continuación caía el tul hasta la altura de las rodillas. Me puse los zapatos a juego y me miré en el espejo. Me alisé mis rebeldes rizos y me maquillé un poco.

Pensé que, en el futuro, cuando la gente comentara lo que una alumna se atrevió a hacer en el Gran Concierto de Navidad del *Crowden*, no podrían criticar que iba mal vestida. Dejé de contemplarme en el espejo y salí por la puerta de mi habitación.

Subí hasta el noveno piso y entré en la habitación de Oliver. Utilicé la llave que guardaba, junto con la mía y la de Adam, en una fina cuerda colgada del cuello. No había nadie dentro. Eché un vistazo a las tres guitarras que tenía Oliver y me decanté por la Gibson. Dejé la habitación de mi amigo y me dirigí al *backstage*.

El auditorio era una sala gigantesca, capaz de albergar hasta 800 asistentes. La mayoría de los asientos se localizaban en la platea, pero también contaba con un pequeño palco. Las butacas eran de terciopelo granate y se dividían en dos zonas, con un corredor en medio como en cualquier teatro.

No estaba nerviosa. Oteé desde las bambalinas y advertí que mis amigos y mi familia se habían sentado en las primeras filas. Nunca nos sentábamos en las primeras filas, pero aquel año iba a tocar yo y, por lo tanto, nada era igual. Incluso vislumbré a Daniel y William sentados en la primera fila.

En el *Crowden*, las noticias se esparcían como la pólvora y, en las últimas horas, lo único que se escuchaba era que Sara Summers iba a tocar el piano en el concierto de Navidad. Era algo que no habían visto antes. Lo desconocido nos excita, nos crea expectación. Seguí observando a mis familiares y amigos y me di cuenta de que, desde mi posición, la sala parecía más extraordinaria.

Ya nos tocaba empezar. Todos mis compañeros se sentaron en sus respectivas butacas y la directora se subió al escenario para hacer la presentación. No atendí a su discurso hasta que oí mi nombre.

—Y, como novedad de este año, la alumna Sara Summers va a acompañarnos al piano. Es un gran placer para mí poder compartirlo con ustedes, y espero que disfruten del concierto. —Me miró y me hizo una señal para que me aproximara al escenario.

Agarré uno de los amplificadores que solía haber en el *backstage* y lo

enchufé a la pared. Me colgué la guitarra eléctrica de Oliver al cuello y suspiré.

Primero me situé al frente del escenario, donde coloqué el amplificador. Después, me encaminé con paso firme al centro del escenario, donde se encontraban mis compañeros. Todos me miraban anonadados. Escuché la pregunta «¿guitarra?» entre susurros. Le entregué a cada uno la partitura correspondiente del *Canon Rock*. Todos me observaban sin saber de qué iba todo eso, pero alucinados por lo que empezaban a sospechar que sucedería. Sus miradas oscilaban de mí a las partituras, y de las partituras a la guitarra. Comenzaron a ser conscientes de lo que pretendía hacer.

Era un motín en toda regla. Las familias venían al recital dispuestas a deleitar sus oídos con música clásica de la buena y no con un tipo de música que ni entendían ni querían escuchar.

—Cambio de planes, chicos. Vamos a tocar esta versión del *Canon*. El que no quiera, que se levante y se marche, o directamente que no toque, y el que no consiga seguirme que deje de tocar. —No les di la oportunidad de réplica. A continuación, me acerqué al micrófono que había dejado Peters en uno de los extremos del escenario.

Todos me observaban. Aún no quería fijarme en sus expresiones, iba a decir lo que había venido a decir y tocaría mi versión del *Canon*, la versión para la que Peters me había dado «total libertad».

—Buenas noches a todos. Les ruego me disculpen por estos cambios de última hora, pero esta noche no voy a tocar el piano. —Respiré—. Amanda Peters me suplicó ayer encarecidamente que hiciera la versión que más me agradara de este *Canon* de Pachelbel, y eso es lo que voy a hacer.

Juzgué, con acierto, que la directora se pondría nerviosa con mis palabras, porque no me «suplicó ayer encarecidamente» que tocara el piano sino que me lo ordenó, pero eso, de momento, solo lo sabíamos ella y yo. Preferí no mirarla aún.

Me puse en el frente del escenario de cara al público y dando la espalda a mis compañeros. Conecté la guitarra al amplificador. Máximo volumen. «Oh, sí, y, si consigo romper las ventanas, mejor».

Les di permiso a mis compañeros para que comenzaran a tocar. Las primeras frases eran suaves como la versión original del *Canon*. Escuché los primeros acordes de los violines.

«¿Estoy segura de lo que estoy a punto de hacer? ¿Estoy preparada para ver la decepción de mi padre? ¿Por qué me has puesto en esta situación,

Peters?». Nunca antes había tocado en público, desde luego no para un gran público, esa había sido siempre mi elección. Yo decidía quién quería que me escuchara. No es ningún capricho. Es porque, cuando toco, desnudo mis emociones y no me agrada exponerme de esa manera. «¡Ánimo, Sara! No permitas que otros decidan sobre tu vida, dales un escarmiento».

Comencé a tocar. Los primeros compases eran calmados. Acompañé a mis compañeros con sus instrumentos y, durante unas cuantas notas más, tocamos en perfecta armonía hasta que...

¡¡¡CHANG, CHANG!!!! Empezó a resonar el *Canon Rock* por toda la sala.

Observé a todos los oyentes. En la primera fila, desde la izquierda, las chicas me miraban con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Seguí paseando los ojos, Marco y Brian se reían y me levantaban los pulgares en señal de aprobación. Oliver y Adam me admiraban orgullosos y me invitaban a que continuara.

No las tenía todas conmigo, y empecé a ponerme nerviosa. Las abuelas de mis compañeros se taparon los oídos con las manos y más de una se levantó de su asiento dispuesta a abandonar el concierto.

Dudé. Todavía podía desistir de mi plan y continuar con la versión clásica. De pronto, percibí un movimiento en la primera fila. Era Oliver. Se había levantado de su butaca y se precipitaba hacia la salida. «¿A dónde vas? ¡No me dejes sola! ¡Tú no, por favor!».

Mi mirada continuó por la primera fila hacia el centro. Descubrí a mi padre examinándome como si un extraterrestre se hubiera colado en la cabeza de su hija. Me figuré que no entendía qué sucedía, sobre todo teniendo en cuenta que jamás me había visto tocar la guitarra. Él pensaba que solo tocaba el piano. «¿Se está disgustando?».

Continué por la fila, los padres de Adam alucinados, los padres de Oliver más alucinados todavía, mi hermano Alex flipando y Daniel negando con la cabeza totalmente en contra de mi actuación. Si tuviera que contar con los dedos de las manos las veces que hace mi hermano ese gesto para mostrarme su desacuerdo con lo que hago, no habría dedos suficientes en el mundo. Continué avanzando: William. ¿Era eso una sonrisa? No me dio tiempo a averiguarlo porque advertí movimiento en la parte izquierda del palco.

Moví mis ojos hacia allí. Era Peters. Me hacía aspavientos con las manos para indicarme que soltara en ese instante la guitarra. Junto a ella se ubicaban algunos de los profesores. Todos me indicaban que dejara de tocar.

Iba a rendirme cuando lo sentí. Oliver se había situado a mi lado y

conectaba otra guitarra a un nuevo amplificador. Nos miramos, me sonrió y deslizó sus dedos por las cuerdas de la guitarra. Al instante se reenganchó.

Oliver y yo llevábamos años tocando esa pieza juntos. Nuestros movimientos eran perfectos, como si una única persona estuviera tocando ambos instrumentos. No conseguía escuchar nada que no fueran nuestras guitarras. Íbamos a un ritmo tan vertiginoso que supuse que la mitad de nuestros compañeros habían decidido no acompañarnos en esa locura, y la otra mitad no había sido capaz de seguirnos.

Llegó un momento de la pieza en la que bajamos el ritmo, *decrecendo*, escuché el violín, alguien nos seguía o, cuando menos, se había unido a esa parte de la pieza. No me giré para ver de quién se trataba, aunque tenía mis sospechas. *Increscendo*, volvieron a resonar las guitarras más fuerte que nunca, solo las escuchaba a ellas y el frenético ritmo de mi corazón. Ya no miraba a nadie, solo a Oliver. Sus ojos verdes. Su cálida mirada.

Se acercaba el final y, durante varios compases, dejamos de tocar, porque así lo indicaba la partitura. Ahí seguía el violín. Me giré. Era Nick, el hermano mayor de Oliver. Nos había acompañado en todo momento. Nick tocaba el violín desde muy pequeño y siempre participaba en el concierto navideño. Aquel era su último año, el año siguiente iría a la universidad. Entonces, me sentí fatal, le había estropeado su última actuación. Él se dio cuenta del cambio de expresión de mi rostro y me sonrió para transmitirme su conformidad con lo que hacía. Confiaba en mí y, si aquello era lo que yo necesitaba hacer, adelante con ello. Nick y yo siempre nos hemos llevado muy bien, desde el primer día que nos conocimos. No es porque sea el hermano mayor de Oliver, es porque hay veces en que conectas con la persona desde el primer segundo, y Nick y yo conectamos desde aquel día en las pizarras. Continué tocando.

Últimas frases. Decreciendo. Otra vez sonaba el violín de Nick. Volvimos a la versión original, tocamos muy suave, marcamos los últimos acordes y acabamos la pieza.

Antes de dirigirme al público, le susurré un «gracias» a Oliver moviendo los labios, sin emitir sonido. Él me devolvió un «de nada».

Me aproximé al micrófono. No quería descubrir las expresiones de desagrado y decepción de nadie, de modo que me concentré en Adam, que me guiñó un ojo en cuanto se topó con mi mirada.

—Gracias y buenas noches a todos.

Alguien comenzó a aplaudir y a silbar. Eran mis amigos, eran pocos, pero

simulaban el alboroto de cincuenta personas. A ellos se les unieron varios compañeros más, y más, y algunos más. Me fijé, y eran todos alumnos, ningún adulto. Estos lucían conmocionados. Nick también aplaudió desde el escenario. Y Oliver, pero ningún compañero más de la banda.

Desenchufamos las guitarras y abandonamos el escenario. «*Show must go on*». Al pasar por delante de la banda, casi todos nos escrutaron con cara de pocos amigos. No se puede tener siempre el beneplácito de todos.

No habíamos dado ni veinte pasos cuando escuché los gritos.

—¡Summers!

—¡Sara!

—¡Aston!

—¡Oliver!

Nos miramos el uno al otro, suspiramos y nos dimos la vuelta. Hacia nosotros se dirigían los padres de Oliver, mi padre, la directora y no sé cuántas personas más.

—Sara, ¿qué demonios ha sucedido ahí dentro? —arrancó a interrogar mi padre.

—De esta no te libras, Summers —escuché decir a Tessa Marlock de refilón, mientras pasaba por mi lado. Tessa se había convertido en mi archienemiga desde el momento en el que empecé a ganar campeonatos de patinaje.

—Sara, esta vez te has extralimitado. Puedo pasar por alto ciertos aspectos de tu comportamiento, pero ¡la manera en que has ridiculizado esta tarde al colegio no pienso tolerarla! —Peters estaba muy cabreada. Jamás la había visto así. Jamás me había hablado así.

—¿Y dónde has aprendido a tocar la guitarra de esa manera? —me preguntó mi padre. Todos lo ignoramos, teníamos asuntos de mayor alcance que discutir.

Oliver y yo no decíamos nada. No todavía.

—¡Vas a estar castigada por el resto de tus días aquí, Sara! —Peters seguía chillando—. ¡Y tú, Oliver, también! —Entonces habló directamente con Oliver—. En cuanto regreses de las vacaciones de Navidad, te vas a ocupar tú de retirar los adornos navideños de todo el colegio. ¡Hasta la última estrella! Y, en cuanto a ti —me apuntó con su dedo acusador—, ¡vas a afinar todos los malditos pianos de este colegio!

Reaccioné ante su castigo.

—¿Qué? ¡No tengo tiempo para eso! ¡Tengo que entrenar para el

campeonato de patinaje!

—¡Haberlo pensado antes!

—Papá, por favor, di algo. No todo ha sido culpa mía, ella me obligó ayer a tocar el piano en la función, y ya sabes que no me gusta tocar en público.

—¡Eres una gran pianista y era una emergencia! —me interrumpió Peters.

—Me has obligado a hacer algo que no quería, ahora asume las consecuencias.

—Tú sí que vas a asumir las consecuencias. ¡Tú y tu amigo del alma!

Mi padre, ante esa nueva información, me sujetó por el brazo. No era un buen presagio.

—Sara, ¿estoy entendiendo bien? ¿Has armado todo este alboroto solo porque te dijeron que tocaras el piano en una emergencia? —Mi padre también estaba muy disgustado. «Vaya, y yo pensando que entendería mis motivos».

—¿Solo? —interrumpió Oliver—. No podéis obligar a nadie a hacer algo que no quiere.

—Tú cállate, que bastante has hecho ya. ¿Cómo se te ocurre subir al escenario y unirte a este sinsentido? —le gritó Peters. Definitivamente, jamás la había visto tan irritada. «No ha sido para tanto, ¿verdad?».

Los padres de Oliver no decían nada. De hecho, su padre intentaba contener la risa, imagino que consideraba que no era más que una travesura infantil. El padre de Oliver es así, siempre tiene una gran sonrisa en la cara y pocas veces lo he visto de mal humor. Tiene los mismos ojos que Oliver. Lo observé y me pareció verlo a él, a Olly. La madre de Oliver, Laura, le recriminaba con la mirada el comportamiento a su marido. Mi padre y Peters permanecían ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor. Solo se centraban en su hastío hacia mí.

—Hijo, muy mal comportamiento, estoy muy decepcionado. —Se me escapó una sonrisilla por la falsa reprimenda de Eric a su hijo.

—No vamos a seguir discutiendo este asunto en los pasillos. —Mi padre empezó a ser consciente del revuelo que comenzaba a montarse por todo el colegio y tomó medidas.

—Vayamos a mi despacho —le secundó Peters.

10

Navidades en Suiza

Mi padre estaba muy disgustado conmigo, tanto que incluso llegó a plantearse la idea de quedarnos en casa y no ir a la casa de los Aston en la nieve. Por suerte, y para alivio de todos, reaccionó, gracias a las suplicas de mis tres hermanos que exponían –de manera acertada– que no podían ser ellos castigados por mis errores.

Desde hacía cuatro años, la costumbre de pasar las Navidades en la cabaña que poseen los padres de Oliver en los Alpes Suizos se había convertido en una norma. La gigantesca casa está situada en Saas Fee, una preciosa localidad ubicada en el Valle de Saas. Rodeada por las montañas más altas de los Alpes, está a los pies de los espectaculares glaciares que la circundan en forma de concha; de ahí que sea conocida como la perla de los Alpes.

La cabaña es de piedra en el piso inferior y de madera en los pisos superiores. El tejado tiene forma de triángulo y casi siempre está cubierto de nieve. Los marcos de las ventanas y las contraventanas están pintados de rojo, y las cuatro terrazas que posee son de un blanco tan puro que armonizan con la propia nieve. La casa por dentro es de madera, y contiene dos amplias chimeneas que la convierten en uno de los emplazamientos más acogedores que conozco. Parece sacada de un cuento de Navidad. Siempre asocio la nieve con la Navidad.

Desde mi habitación de entonces tenía unas vistas increíbles: una gran montaña nevada. No me cansaba de observarla. La madre de Oliver hacía varios años que me había asignado una de las mejores habitaciones de la casa. La cama era de dos por dos metros y el baño era bastante amplio. Tenía terraza y una estantería llena de libros que Laura se encargaba de actualizar todos los años.

Nos juntábamos allí las tres familias: los Aston, los Wallace y los Summers. Se habían convertido en mis navidades favoritas y ya nada habría sido lo mismo sin ellas. Adam tenía tres hermanas pequeñas que se llevaban muy bien con mi hermana Kate. Nick solía juntarse con Alex, y Daniel andaba

de un lado para otro sin posicionarse en ningún grupo. Adam, Oliver y yo permanecíamos juntos casi a todas horas.

Los días transcurrieron con normalidad, sin sobresaltos. La madre de Oliver es una estupenda cocinera y, con la ayuda de la *Tata* de los Aston, la cena de Nochebuena fue un éxito, como todos los años. Yo no comí mucho, a pesar de estar todo exquisito. El resto de los presentes lo achacaban a lo sucedido en el festival de Navidad y a las sucesivas disputas con mi padre.

Para evitar estar demasiado tiempo en casa, me levantaba temprano por la mañana y subía a las pistas a esquiar. Oliver y Adam solían acompañarme casi siempre, pero en algunas ocasiones me gustaba estar sola. A veces, necesito a la soledad como mi única compañera.

La semana había pasado muy rápido, y llegó la Nochevieja. Todos preparaban sus disfraces para salir esa noche por el pueblo (nos gusta disfrazarnos en Nochevieja y en ese pueblo es tradición). Cada año nos disfrazábamos y dábamos una vuelta por la localidad, pero ese año no me apetecía.

Me di una ducha para relajarme antes de bajar a cenar. Una vez seca, me puse unos pantalones vaqueros, una camisa de cuadros roja y negra y unas botas marrones. Lucía muy navideña, algo de ilusión debía poner porque no quería arruinar el día al resto.

En la cena, mi hermana Kate sacó a colación el tema del concierto de Navidad. «¡Bocazas!». Explicó que tanto ella como todos sus amigos, que asistieron a la gala, consideraban que había sido el mejor festival musical de todos los tiempos. Yo observaba mi plato como si no existiera nada más en el comedor, no quería discutir y disgustar más a mi padre. Mi padre cambió de tema –tampoco quería discutir– y comenzaron a parlotear sobre el estado de la nieve en las pistas: blanca, fresca y perfecta.

Después del postre y durante la sobremesa, me sentía tan aburrida que ni los chistes verdes de Adam me animaban. Me levanté de la mesa y me senté al piano. Los padres de Oliver habían comprado hacía varios años un precioso Stainway que solo tocaba yo, y Oliver en escasas ocasiones. Antes de pensarlo, mis manos acariciaron el piano imitando a Ludovico Einaudi con su *I giorni*.

Las conversaciones no cesaron en la mesa, estaban todos acostumbrados a escucharme tocar y sabían que no me agradaba que me observaran con atención. Los únicos que osaban desafiarme con sus miradas y sonrisas eran Oliver y su madre Laura. Oliver no resistió demasiado tiempo y se levantó

para sentarse a mi lado. Tocamos durante un rato la pieza musical a cuatro manos. Cuando terminamos, nos miramos el uno al otro.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —me dijo Oliver mientras me obligaba a levantarme del taburete.

—¿Ahora?

—Sí.

Nos levantamos, y Oliver me arrastró hasta una de las puertas que daba acceso al jardín trasero. Cogió nuestros abrigos de un colgador y me ofreció el mío. También me tendió la bufanda, el gorro y los guantes.

—¿Afuera?

—Sí.

—¿Es necesario?

—Sí.

—Tu destreza lingüística hoy me tiene maravillada.

—No seas pedante y abrígate.

Nos abrigamos bien y salimos al jardín. Oliver me cogió de la mano y me llevó hacia una de las esquinas del porche, donde tenía su telescopio resguardado del frío y de la nieve. Oliver puede pasarse horas y horas contemplando las estrellas. A mí me gustan más las cosas que puedo tocar y palpar con las manos.

Hacia una buena noche, a pesar del frío, el cielo estaba despejado y lo cubría un gran manto de estrellas. Aun así, cuando salimos al exterior, el viento helado nos azotó los rostros. Estaba todo cubierto de nieve a nuestro alrededor. Oliver retiró la funda protectora del telescopio y lo colocó en el jardín. Yo observaba cómo preparaba todo. Lucía muy concentrado, había apagado todas las luces, se había quitado los guantes y manipulaba los diferentes componentes del telescopio sin pestañear. Cuando hubo terminado de ajustar los visores, se agachó para manipular el trípode y poner el telescopio a la altura deseada. Lo observé con atención, no entendía qué pretendía. Oliver tenía las rodillas apoyadas en la fría hierba y había puesto el trípode tan bajo que tendríamos que agacharnos para llegar al visor, sobre todo él, con lo alto que ya era. Y yo ya no era tan bajita.

—Ven, nena.

¿Nena? Lo miré con las cejas enarcadas y me sonrió burlón. Casi todas las noches, antes de acostarme, leo. Me gustan las novelas románticas, sobre todo aquellas en las que un guapísimo caballero de brillante armadura salva a la damisela en apuros. Muchas noches, Oliver se tumbaba a mi lado y apoyaba la

cabeza en mi hombro. Leía un ratito conmigo, para luego reírse de mí por las tonterías que él consideraba que me gustaban. Varias noches antes, acostada en mi cama, había leído una bonita historia sobre una niña bien que se enamoraba de un motero tatuado y arrogante que se dirigía a ella como «nena». Recordé a Oliver reírse de mí cuando lo leyó y deduje que había decidido tomarme el pelo.

Cuando me acerqué, Oliver colocaba los cojines de las sillas de jardín en el suelo. Se sentó, con la espalda apoyada en el muro que rodea todo el jardín, cogió unas mantas que había dejado antes sobre el telescopio y se las puso por encima, dejando sus brazos abiertos para que yo me metiera dentro.

—Ven, siéntate, para que te pueda mostrar lo que te pierdes cuando no levantas la vista hacia el cielo nocturno.

Me acomodé en su regazo, sentada delante de él y con nuestros cuerpos tocándose al completo. Mi espalda rozaba su pecho, y pasó sus brazos por encima de mis hombros para taparnos a ambos con la manta y poder manejar el telescopio. Crucé las piernas y él estiró las suyas para rodearme. Me dio un escalofrío, y Oliver me apretó más contra él. Percibí su calor por mi espalda que, respiración tras respiración, me fue recorriendo todo el cuerpo.

—Vamos a ver lo que localizamos hoy. Ponte cómoda, porque nos va a llevar un rato.

Muchas veces he observado a Oliver buscando estrellas en su telescopio, pasa muchas horas mirando por el objetivo y, cuando encuentra algo, se le nota, porque empieza a mover las piernas frenéticamente de la emoción y a sonreír sin poder evitarlo.

Al cabo de un rato observando, sus piernas empezaron a moverse. Había encontrado algo.

—Mira por el objetivo, a ver si adivinas qué es —me dijo, separándose del telescopio.

Me aproximé al visor y observé. Era la Osa Menor. La reconocí por su peculiar forma de carro. Me pareció preciosa.

—¿Qué ves? —me preguntó Oliver, acercándose a mi oído.

—Es la Osa Menor.

—Muy bien, listilla. ¿Cómo lo has sabido?

Oliver se toma muy en serio la astronomía. Decidí hacerlo rabiar un poquito.

—Por esa cosa del extremo que brilla tanto.

El joven astrónomo dio un respingo y giró la cabeza para enfrentar mi

mirada.

—¿«Esa cosa que brilla tanto»? ¿En serio? Porque esa «cosa que brilla tanto», como tú dices, es Polaris, la Estrella Polar.

No pude evitar comenzar a reírme al verlo tan indignado. Qué sencillo era tomarle el pelo. Me reí más fuerte y, al cabo de escasos segundos, Oliver se dio cuenta de mi juego.

—¿Me estás vacilando?

—Un poquito —reconocí juntando mis dedos.

—Ahora verás. —Se inclinó y me hizo cosquillas por todo el cuerpo. Tengo muchas cosquillas, no puedo evitarlo, y él lo sabe. Me retorcí para todos los lados, pero sus manos eran implacables y no me daban descanso. Me faltaba la respiración de tanto reírme.

—¡Para, para, por favor! ¡Te prometo que voy a tomármelo en serio!

Oliver se detuvo y me miró sonriendo abiertamente. Se le marcaron los hoyuelos y... es sin duda la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. Es sincera y estoy tan acostumbrada a verla que no podría vivir sin ella.

Nos volvimos a colocar en posición y seguimos viendo las estrellas y las constelaciones. Oliver me lo explicaba todo con mucha calma, a pesar de habérmelo contado ya infinidad de veces. Es como un libro abierto.

De repente, escuchamos cómo se abría la puerta de la casa que daba acceso al jardín. Yo miraba por el visor y no me molesté en volverme para ver quién era.

—Chicos —nos llamó la madre de Oliver—, están a punto de dar las doce, si queréis dar la bienvenida al año nuevo con todos nosotros tenéis que entrar ya.

—Vale, mamá—le contesto Oliver, pero ninguno de los dos nos movimos.

Laura no nos obligó a entrar al calor de la casa. Es una mujer muy perceptiva y siempre ha sabido interpretarnos a Oliver y a mí. Adoro a los padres de Olly. Desde el principio me llevé muy bien con ellos, y el cariño fue mutuo. Siempre me han tratado como si fuera su hija, desde el primer momento que me conocieron. Me figuro que me consideran fundamental en la vida de su hijo, igual que él lo es en la mía.

Minutos después, escuchamos la cuenta atrás y luego los gritos, los cohetes y la música. Ya se había acabado el año 2006 y acabábamos de entrar en el 2007. No entramos a la casa para celebrarlo con los demás. Mis últimos momentos del 2006 los viví donde tenía que vivirlos. Oliver es mi refugio, mi seguridad.

—Oliver —le susurré.

—¿Qué?

—Prométeme que tú... que tú no me vas a hacer sufrir.

Nos miramos a los ojos y juntamos nuestras cabezas.

—Te lo prometo.

Se abrió, por segunda vez, la puerta del jardín.

—Chicos, ¿os venís al pueblo a tomar algo?

Era Adam. Se acercó a nosotros y se sentó a nuestro lado. Levantamos la manta, de manera que él también quedó cobijado debajo de ella. No dijimos nada más, no íbamos a salir al pueblo, y Adam tampoco fue. Nos quedamos los tres viendo las estrellas hasta que se nos cerraban los ojos por el cansancio y nos fuimos a dormir.

Es una de las mejores Nocheviejas que recuerdo, pero, mirándolo en retrospectiva, jamás debí hacerle prometer algo a Oliver que estaba predestinado a incumplir.

Primeros besos

No podía creerme que ya estuviéramos de vuelta en el colegio. Debería haber vuelto relajada después de las vacaciones de Navidad, pero volví peor de lo que me había ido.

Mientras desayunábamos en el comedor, poníamos en común cómo habíamos pasado toda la pandilla las vacaciones y de vez en cuando se acercaba alguien a nuestra mesa para dejar caer sus impresiones sobre la gala de Navidad. Oh, sí, todavía se hablaba de ello. Escuché bastantes «buen trabajo en el concierto, Summers» o «impresionante actuación la del día de Navidad» y también algún «mi abuela dice que no viene más si vamos a convertir la audición en un Sodoma y Gomorra moderno»... ¡Qué exageración!

Pear interrumpió mis pensamientos.

—Esta tarde tenemos gabinete de crisis, chicas. —Ese era el nombre que asignamos a las reuniones urgentes que hacíamos cuando a alguna de nosotras le sucedía algo.

—Yo no puedo. —Bebí mi zumo de naranja—. Tengo que empezar hoy mismo a afinar los pianos y por la noche me voy a la pista de hielo, tengo que entrenar.

—Podemos trasladar el gabinete a la sala de música —sugirió Olivia.

—Magnífica idea —dijo Natalie—. ¿Puedes concentrarte en afinar esas cosas mientras hablamos?

—Supongo que sí.

Terminamos de desayunar y nos marchamos a clase. El día pasó rápido, y nos tocaba clase de química. No quería ver a William. No había podido sacarlo de mi cabeza en las últimas semanas. Pensé que sería una liberación el hecho de no dirigirnos la palabra, pero no lo era. Aunque siempre nos hablábamos mal y nos insultábamos, en el fondo lo echaba de menos. No los insultos, lo echaba de menos a él.

Nuestra «no relación» seguía igual. Yo no le dirigía la palabra, y él se limitaba a darme los buenos días, pero, aparte de eso, no había nada más. ¿Y si nos distanciábamos tanto que al final ya no quedaba nada? Se suponía que

ese pensamiento debería ponerme feliz, pero no quería tenerlo tan lejos, no quería que se olvidara de mí. Me sentía muy confundida.

Entré en clase, y mis ojos se dirigieron, sin consultarme, a su zona. Allí estaba, apoyado en la mesa, de espaldas a mí y hablando con mi hermano. Debí de sentir mi presencia porque, sin previo aviso, giró la cabeza y me encontré con sus ojos grises. No aparté la vista, ninguno de los dos lo hicimos. Yo, porque necesitaba empapar me de su mirada para poder sobrevivir el resto del día y él... supuse que para desafiarme.

Al final, fui yo la primera en romper el contacto visual. Me dejé caer en mi silla de la primera fila y sentí sus ojos clavados en mi nuca durante toda la clase.

Según afinaba el primer piano, pensaba que me parecía alucinante que mi padre hubiera consentido aquello. Más que un castigo era explotación infantil.

Apenas llevaba media hora cuando escuché la voz de Pear.

—Sara, ¿me estás escuchando? —Atisbé algo de recriminación en su voz.

—Por supuesto que te estoy escuchando. —Siempre lo hago.

—Y ¿qué he dicho? —me preguntó mordaz.

—Que te has besado con tu vecino estas Navidades y que ha sido muy desagradable. —De eso trataba el gabinete de crisis. Del primer beso de Pear y de los resultados catastróficos.

—¡No he dicho eso! —gritó—. ¡He dicho que, después de catorce años esperando recibir mi primer beso, tomo la gran decisión de concederle ese honor a mi vecino de toda la vida y resulta ser un completo desastre! Os lo juro, chicas, yo creo que nuestras bocas no se cerraron del todo porque notaba cómo se resbalaba la baba por mi barbilla y... Fue muy desagradable, ni siquiera sé si se trataba de mi baba o de la suya.

—Pues lo que yo he dicho.

—¡Qué asco, Pear! —bufó Natalie—. Debe de ser culpa del chico porque a mí no me sucedió eso. ¿Cuántos años tiene?

—Uno más que nosotras.

—¿Y no había besado antes a una chica? —dudó Moira.

—A mí no se me va a olvidar la imagen que tengo en mi cabeza de vuestras babas. ¡Puaj! —Justo me giré a tiempo para ver la cara de desagrado que había puesto Olivia—. Definitivamente, le diré a Brian que necesito practicar.

—¿Cómo sabes que no te va a pasar lo mismo que a mí? —le preguntó Pear.

—Porque Brian ya ha besado a muchas chicas, digo yo que algo habrá aprendido y que lo hará bien.

—Hazlo, y mañana nos lo cuentas.

Las chicas siguieron discutiendo sobre los besos mientras yo cumplía con mi castigo. Había un total de siete pianos en aquella sala de música, más el piano de cola de la sala de exposiciones musicales y los dos pianos que había en las aulas donde se impartían las clases escolares de música. Sumaban un total de diez pianos que debía afinar.

Mis oídos empezaron a captar notas musicales... la, si, do, re, mi, fa, sol... la, si, do, re, mi, fa, sol... Se notaba que las tocaban con un solo dedo.

—¡Escucha, Sara! —me solicitó Pear—. Estoy tocando do, re, mi, fa, sol, la, si... —Y seguía tocando la, si, do, re, mi, fa, sol, pero canturreando do, re, mi, fa, sol, la, si.

—En realidad estás tocando la, si, do, re, mi, fa, sol —le expliqué, sin girarme y sin dejar de afinar mi piano.

—No puede ser, estoy empezando a tocar desde la primera tecla del piano del lado izquierdo, ¿ves? —Escuché, por tercera vez, cómo aporreaba el piano, la, la, la—. Do, do, do —seguía cantando.

—Esa tecla que tocas no es do, es la —insistí en explicarle.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—No pienso ni contestarte a esa pregunta.

Dos horas después, un piano se me resistía. De una de las teclas salía un sonido muy extraño. Algo sucedía. Una vez más, la curiosidad me pudo. Mandé un mensaje a Oliver:

Sara: Necesito tu ayuda con uno de los pianos.

Me respondió un minuto más tarde.

Oliver: Yo te afinó un piano y tú retiras el árbol de navidad de la pista de hielo.

Sara: No esa clase de ayuda. Necesito desmontar un piano. Trae lo necesario.

Oliver: ¿Desmontar un piano? Ok, dame media hora.

En el rato que estuve esperando (ya me había quedado sola), trabajé con otro de los pianos para adelantar trabajo. Trabajo no remunerado. Cuando Oliver llegó, no venía solo.

—¿Adam?

—¡Adam al rescate! —me saludó contento—. Necesito desconectar, estoy hasta los cojones de guardar bolas y guirnaldas.

«¿¿Qué?? ¡Tendrá morro el rubio!».

—¡Olly! ¡Eso es trampa!

El susodicho me sonrió socarrón y comenzó a sacar utensilios de la bolsa que traía consigo.

—¿Y por qué no me has ayudado a mí? —le pregunté a Adam.

—Porque no tengo ni pajolera idea de lo que haces.

—Sara, deja de quejarte y cuéntame qué pasa con ese piano.

Acepté a regañadientes y le expliqué a Oliver lo que me sucedía con uno de los pianos. Después de pensarlo durante tres segundos, no existía otra opción. Debíamos desmontar el piano.

Oliver se pasó media adolescencia desmontando objetos. Abría todo lo que se le ponía por delante y lo volvía a montar. Ordenadores, teléfonos, telescopios... El problema era que no siempre conseguía montarlo de nuevo. Adam, en ocasiones, todavía se pregunta qué fue lo que sucedió con su PlayStation 2. De repente, un día, dejó de funcionar... Prometí llevarme el secreto a la tumba.

Nos pusimos manos a la obra y empezamos a desmontar el piano. No descubrimos el problema hasta que habíamos descompuesto casi la totalidad del piano. ¡Había un penique escondido en las tripas del piano y chocaba con una de las cuerdas! ¿Cómo habría llegado hasta allí?

—¿¿Qué estáis haciendo?? —Nos asustó una voz desde la puerta.

Nos giramos y vimos que era el señor Collins, el profesor de música. No entendí cómo fue capaz de formularnos la pregunta porque tenía la boca totalmente abierta.

—Yo, mirar.

Me giré hacia Adam para acusarlo con la mirada.

—¿No pensarás que se va a creer que yo tengo algo que ver con eso — señaló las piezas que reposaban en el suelo— que habéis organizado?

—Decidme que podéis volver a colocar todo en su lugar.

Miré hacia el pobre piano, que en su mayoría descansaba en el suelo,

convertido en una aglomeración de piezas inútiles por si solas.

—¿No había notado que el do central sonaba fatal? Resulta que había un penique dentro del piano —explicó Oliver. Yo le mostré el penique en cuestión para que viera que hablábamos en serio.

Seguía con la boca abierta. Me acerqué a él y le abrí la mano para darle el penique.

—De nada. —Soné bastante condescendiente.

—DECIDME. QUE. PODÉIS. VOLVER. A. COLOCAR. TODO. EN. SU. LUGAR.

Ya no tenía la boca abierta. Tenía los labios apretados y una mirada que daba miedo. «¿Volver a colocar todo en su lugar?». Oliver y yo nos miramos de reojo con cara de circunstancias. Los superdotados no siempre podemos hacer todo lo que queremos. De hecho, casi nunca conseguimos hacer lo que queremos. Recé para que aquello no se convirtiera en otro de los desastres de Oliver.

Después de tres largas horas recomponiendo el piano (con éxito), me puse unas mallas azul oscuro y mi sudadera rosa chicle, recogí mis patines y me marché a la pista de hielo. Apenas había podido practicar, por lo tanto, decidí que iba a ser una larga sesión.

Me coloqué los patines y entré en la pista. Me encantaba sentir el hielo a través de las cuchillas de mis patines. Primero practiqué los saltos. Empecé con un vals, era mejor empezar por lo elemental y poco a poco ir complicándolo. Comencé el movimiento hacia delante, salté, realicé una media vuelta en el aire y aterricé sobre el hielo. Lo repetí varias veces más y solo entonces practiqué saltos más complicados hasta acabar en el triple *axel*. Ese salto lo inventó el noruego Axel Paulsen y es el salto más difícil de todos. Preparé el salto deslizándome de espaldas, realicé un cambio de dirección y fui a por ello.

Una hora más tarde, practicaba giros sin descanso. Me incorporaba de mi pirueta baja, donde mi cuerpo había estado prácticamente sentado en el pie de apoyo, cuando distinguí a alguien sentado en las gradas. Mi corazón palpó cuando vio de quién se trataba.

William Von Kleist.

Estábamos en un momento de nuestra «no relación» en la que ambos no sabíamos cómo tratarnos. Siempre nos habíamos incordiado el uno al otro, pero después del arrebato aquel que tuve, tras su bromita en la clase de química, todo se había vuelto extraño e incómodo. Aquel fatídico día quien

habló por mí fue la cólera que me invadió el cuerpo, pensé que estaría disgustada con él a perpetuidad, pero me di cuenta de que no era así. Ya no estaba enfadada. Me aproximé a las gradas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con demasiada brusquedad. Una cosa era haberlo perdonado y otra muy diferente que él se diera cuenta de ello.

Se levantó del asiento.

—Pasaba por aquí.

No me lo creí. Él casi nunca visitaba la pista. A pesar de estar siempre con mi hermano, el patinaje no era lo suyo, así que optó por apuntarse al equipo de fútbol del colegio, y no al equipo de hockey con Daniel.

—Pasabas por aquí... Ya, claro.

Nos quedamos mirándonos, pero ninguno dijo nada. Quería decirme algo, pero no conseguía abrir la boca. Finalmente, tomó una decisión.

—Espera un momento, ahora vengo. —Y, sin más, salió corriendo.

Me quedé quieta, apoyada en la barandilla. ¿A dónde había ido? ¿Qué pretendía? La espera se me hizo eterna porque no sabía qué esperar. Por los altavoces de la pista sonaba *Total Eclipse of the Heart* de Bonnie Tyler. Empezaba a impacientarme cuando lo distinguí saliendo por los vestuarios. Venía con unos patines puestos. No entendí nada, ¿quería patinar conmigo? Su actitud no parecía hostil, era conciliadora.

Se aproximó a la entrada de la pista y entró. Vino hacia mí. No se sujetaba muy bien sobre las cuchillas, pero mantenía el equilibrio. Aunque a duras penas.

Se me escapó una sonrisa, no pude evitarlo. Me resultaba muy cómico ver a William Von Kleist en aquella situación.

—No te rías. —Levantó la mirada del suelo y el gesto provocó que perdiera el escaso equilibrio que tenía. Y se cayó.

Contuve la risa mientras se levantaba y llegaba hasta mí.

—Quería preguntarte una cosa —me dijo, cuando ya estábamos a escasos centímetros de distancia. Su voz sonó cálida, nunca antes me había hablado de esa manera. Me tenía desconcertada: primero me hablaba en tono conciliador, el día de nuestra gran pelea, y luego me hablaba así. ¿Era posible que yo también le gustara a él?

De pronto, dio un traspie. «Se va a caer... se va a caer... se va a caer...». ¡Pero no! Aguantó como un titán y no se cayó.

—¿Qué? —le contesté de malas maneras a su comentario anterior. Todavía estaba a la defensiva.

—¿Qué se siente al dar todas esas vueltas?

—¿Cómo?

—Llevo observándote patinar desde los nueve años... —Me miró fijamente a los ojos. ¿Cómo había dicho? Eso era imposible, no lo había visto en las gradas.

—No me mires así —continuó diciendo—, que tú no me vieras no significa que no estuviera ahí. Y siempre me he preguntado qué sientes cuando giras. ¿Ves lo que pasa a tu alrededor? ¿Ves cómo gira la pista? ¿Te mareas?

No sé qué fue lo que me llevó a hacer lo que hice a continuación. Lo agarré del brazo y lo empujé, con cuidado, hasta situarnos más alejados de la barandilla.

—Vas a tener que estar muy quieto y dejarte llevar si no queremos que esto sea un auténtico desastre.

—¿Qué vas a hacer? —Parecía asustado. Qué mono, el gran Von Kleist asustado.

—Voy a hacer que des vueltas, Von Kleist.

Me alejé de él y comencé a dar vueltas a su alrededor. Ahora sonaba *Fix You* de Coldplay. No tenía muy claro lo que iba a salir de aquella locura. Di mi última vuelta a su alrededor y me aproximé a él. Lo primero que hice fue rodear sus piernas con mi pierna derecha y, casi a la vez, lo sujeté por los hombros con mis manos. William me obedeció y se dejó hacer. Tenía el control absoluto de su cuerpo. La parte final de la canción que escuchábamos, la instrumental, empezó a sonar. Y, en ese momento, comenzamos a girar.

William se sujetó con fuerza a mi cintura. Estábamos girando. Controlé la velocidad, no quería ir rápido no fuera a ser que nos cayéramos, pero no íbamos lentos. Quería que lo disfrutara y que sintiera lo mismo que yo.

Seguimos girando y no quería parar. Sentía la calidez de sus brazos rodeándome. Tenía su olor metido en mi piel. Lo tenía cerca, muy cerca. Nuestras narices no se tocaban porque él era más alto que yo. Escuchaba su respiración agitada en mis mejillas y quise permanecer así mucho más tiempo, pero no podíamos, de modo que disminuí la velocidad hasta que nos detuvimos. No nos soltamos, continuamos abrazados, yo con mis manos sobre sus hombros y él rodeándome la cintura.

—¿Qué has sentido?

William me miró fijamente. «¿Qué es eso que atisbo en sus ojos? ¿Deseo?». Las palabras que me dijo a continuación permanecerán grabadas para siempre en mi memoria. Palabra por palabra.

—Siento el cuerpo extraño, las rodillas me flaquean, parece que un elefante está paseándose por mi estómago, tengo el ritmo cardiaco acelerado y me cuesta respirar, y...

—¿Y? —pregunté un tanto indecisa.

—Y... las vueltas tampoco han estado mal.

¡Oh! Hasta ese momento, mi cabeza permanecía gacha y mi mirada clavada en nuestros patines. Levanté los ojos y me choqué con los suyos. Su mirada me abrasó. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Aproximó poco a poco su boca a la mía.

«¿Va a besarme?», pensé. «¿Quiero que me bese? ¿Quiero que mi primer beso sea con él? ¡Sí! Bésame, por favor, por favor».

Si a él le flaqueaban las rodillas, a mí me flaqueaba todo el cuerpo. Si no fuera porque me sujetaba... Cerré los ojos, su aliento estaba más cerca de mi boca, hasta que por fin... me besó.

Al principio sus labios fueron cautelosos. Se aproximaron y se separaron a la vez. Eran muy suaves. Segundos después, cogió confianza y ya no fueron precavidos. Tomaron mis labios con precisión, y su lengua fue adentrándose en mi boca. La mía respondió de igual manera y me perdí en aquel beso. Fue un beso profundo, prolongado y acelerado. Se desencadenaron miles de sensaciones dentro de mi organismo, todas ellas muy placenteras. Afianzó su agarre a mi cintura y yo subí mis manos a su nuca. Nos abrazamos más fuerte.

Una vez, leí en un artículo que «con un beso se activan hasta unos treinta músculos faciales, diecisiete de ellos relacionados con la lengua, se transfieren nueve miligramos de agua, otros cero coma dieciocho de sustancias orgánicas, cero coma siete de materias grasas, cero coma cuarenta y cinco de sales minerales, además de millones de gérmenes, bacterias y microorganismos, y se queman, a lo largo de tres minutos, unas quince calorías». Todo aquello lo experimentaba mi cuerpo y era maravilloso. Quería que me besara hasta el fin de los días. ¿Cómo podía decir Pear que besarse era desagradable?

Will comenzó a separarse de mí. «¿Ahora es Will?» «Sí. Ahora es Will», le contesté a mi subconsciente.

¡No pares!, quería gritarle a mi exenemigo. Quería seguir sintiéndome así, quería que mis pulsaciones siguieran aumentando, quería seguir notando cómo revoloteaban las mariposas en mi estómago, ¡eso sí era cierto! Las sentía, había miles de ellas.

Al final, nos separamos, y lo único que deseé fue que él dijera algo,

porque a mí no me salían las palabras.

—Tengo... tengo literalmente un elefante dando brincos en mi estómago.

—Literalmente no, metafóricamente.

«¿Eso es lo único que se te ocurre responderle? ¿En serio?», me reprendí a mí misma.

—¿Qué? —Me sonrió. Nunca lo había visto sonreír así. Me gustó.

—Es imposible que literalmente tengas un elefante dentro de tu estómago, ya solo por tamaño sería... —Empecé a parlotear y me tensé. «Sara, ¡relax!».

—Cállate ya, empollona. —Me volvió a besar, y yo caí de nuevo en ese torrente de sensaciones que me embargaban desde el primer momento en que acercó sus labios a los míos.

Saqué la llave de la habitación de Oliver de dentro de mi sudadera y abrí la puerta. Descubrí a mis dos amigos sentados en la cama concentrados en algo. Me acerqué y me tiré sobre la misma quedando boca arriba. Una vez tumbada y relajada, me toqué los labios, que todavía me hormigueaban.

—Chicos, no os podéis imaginar lo que me acaba de pasar —les dije, soñadora.

—Ajá... —me respondieron ambos.

No me escuchaban. ¿Qué hacían? Levanté la cabeza y me fijé en qué era lo que los tenía tan concentrados.

—¿Qué estáis haciendo? —Seguían a lo suyo, pero Oliver me respondió.

—Un robot.

—Ajá. Y tú, Adam, ¿qué haces?

Adam despegó la cabeza de su tarea y me miró entrecerrando los ojos.

—Lo proveo de todo el material necesario y que conozco, cable rojo, cable azul... A Olly le ha entrado la vena constructora después de lo del piano.

—Ajá. —Suspiré—. Chicos... ¡Me acaban de dar mi primer beso!

Levantaron ambos la cabeza a la vez.

—¿En la boca?

—¿Con lengua?

—¿Cuándo?

—¿Dónde?

—¿Cómo?

Y la gran cuestión final en la que no habían caído hasta ese momento. Fue Oliver quien lo hizo.

—¿Quién ha sido?

—Sí, sí, hace media hora, en la pista de hielo, ¿cómo va a ser? Pues como se besa la gente, imagino, y... ha sido William.

—¿Qué William? —preguntó Oliver, confundido— ¿El empollón de gafitas de primero?

—Tiene gracia que tú llames empollón a alguien —respondió Adam—. ¿Con ese? Pero si es un pringado.

—Ese William, no. William... William Von Kleist

—¿Quéee? —Ya me esperaba una reacción así por su parte.

—¿Con Von Kleist? ¿Estás de broma?

—No, Adam. Hablo en serio.

—Pero ¿no es «el innombrable»?

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo qué «y qué», Sara?

—«Innombrable» no es lo mismo que «no *besable*».

—Yo no entiendo a las mujeres. —Adam se rindió y se tumbó en la cama.

—Empieza por el principio, por favor. —Oliver, siempre tan conciliador.

Les conté todo, con pelos y señales.

A la mañana siguiente, no me crucé con William por los pasillos del colegio en ningún momento. Así es el destino, siempre te da lo que no quieres y cuando lo quieres te lo arrebató.

Estuve toda la mañana nerviosa porque no sabía qué hacer. ¿Qué pasaría con nosotros? ¿Éramos amigos, enemigos, novios? Después de pensarlo durante un largo rato decidí que lo mejor era dejar que él diera el siguiente paso.

Para el final del día, mis nervios ya estaban a flor de piel. Se acercaba la clase de química. Pear se había dado cuenta de que algo me sucedía y llevaba toda la mañana insistiéndome para que se lo contara. No sabía por qué no les había hablado de ello aún a las chicas. Creo que me daba vergüenza. A Oliver y Adam se lo contaba todo, casi no había secretos entre nosotros, pero con las chicas era más comedida, excepto con Pear. De camino al aula de química, nos separamos del resto, y mi amiga aprovechó para interrogarme.

—Cuéntame qué te pasa o te juro que les cuento a todos que en sexto grado te morías por los huesos de Harry, el pirado.

—¡No serás capaz!

—Empieza a cantar por esa boquita.

—Vale, pero no se lo cuentes a nadie, aún no estoy preparada para que se sepa.

—Escupe.

Es mejor tirar de la tirita con rapidez, así duele menos. No me anduve con rodeos y se lo conté.

—Ayer William Von Kleist me besó.

—¿Qué? ¿Que William, qué? Digo... ¿que «el innombrable», qué?

—¡Que me besó!

—¡AHHHHHHH!

—¡Cállate, loca! Que se va enterar todo el colegio.

—Señoritas, por favor. Entren ya en clase —nos ordenó el profesor Munro.

—¡No me puedes dejar así!

—Luego te lo cuento todo. —La agarré de la mano y trotamos juntas hacia la puerta de entrada al aula.

Al entrar, no miré hacia el fondo, no quería verlo. ¿Y si pasaba de mí? Sería duro de sobrellevar, porque ya tenía claro que William me atraía. Me atraía mucho, de lo contrario no hubiera sentido todo lo que sentí con su beso. El primer paso era aceptarlo y yo ese ya lo había dado. El siguiente paso... no tenía ni idea.

Alguien me clavó un dedo en la espalda. Era Pear. Me giré y me pasó un papel con una nota escrita. La leí con disimulo. Quería que le contara todo en ese momento. Me pareció buena idea. Necesitaba hablarlo con una chica para que me aconsejara. Oliver y Adam no habían servido de mucho. No entendían que me hubiera besado con alguien a quien se suponía que odiaba.

Comencé a escribir. Le relaté, en grandes pinceladas, cómo había sido nuestro encuentro, y le devolví el papel. Ella volvió a escribir algo y me lo devolvió, y así sucesivas veces. En una de las idas y venidas del papel, Oliver lo cogió, lo leyó y escribió algo. Lo leí y no pude evitar reírme. Poco después, estaba concentrada en intentar responder a la última duda de Pear cuando alguien empujó mi silla con el pie. Levanté la cabeza y descubrí que el profesor Munro me miraba con interés. «Oh, no».

—Démelo, Summers.

—No.

—Sí.

—No, no, no, por favor.

—Ahora.

—Si quiere, limpio el laboratorio durante los próximos diez años, pero, por favor, no.

—Ahora estoy más intrigado, señorita Summers. Démelo. Ya.

Pensé en metérmelo en la boca y comérmelo, pero, por puro razonamiento lógico, lo deseché. Miré a Oliver, sentado a mi derecha, para que me echara una mano, pero estaba ocupado partiéndose de la risa. «Capullo». Con gran pesar, le entregué el papel al profesor. «Por favor, que no lo lea en alto. Por favor, que no lo lea en alto. POR FAVOR, QUE NO LO LEA EN ALTO», recé.

—Vamos a compartir con el resto de sus compañeros aquello por lo que se encontraba tan concentrada, señorita Summers.

«¡Nooooooo!».

—Por la letra parece una conversación con la señorita Wilshere. ¿Qué será lo que las tiene tan distraídas?

Comenzó a leer en alto.

—*Venga, Sara, cuéntamelo todo, y no pierdas detalle.*

»*Practicaba saltos en la pista de hielo cuando lo descubrí sentado en las gradas. Me preguntó qué se sentía cuando daba todas esas vueltas y a mí se me ocurrió sujetarlo y dar vueltas juntos. Cuando acabamos, estábamos muy cerca y seguíamos abrazados y me dijo...*

El profesor continuó contando mi relato. Yo no quería mirar a nadie porque sabía que aquel se convertiría en uno de los momentos más bochornosos de toda mi vida. ¡Y, además, delante de Will! De todos los profesores del colegio, tenía que pillarme justo el único que compartíamos. Aunque, por otra parte, si algún profesor debía pillarnos, la mejor opción era el profesor Munro. Era el más querido por todos los alumnos. Era bastante permisivo y casi nunca nos castigaba. Si llega a descubrirme cualquier otro profesor del *Crowden*, por mucho que yo fuera la niña mimada de la directora, no hubiera salido tan indemne como salí.

Munro seguía exponiendo mis más íntimos pensamientos ante toda la clase. Tendría que suplicarle a mi padre para que me sacara del colegio. Ya me inventaría alguna buena excusa. Si no aceptaba, me fugaría a un país remoto y no volverían a verme el pelo jamás. Más animada por mi posible fuga, seguí escuchando.

—*¡Por favor! Es lo más romántico que he escuchado en mi vida. Eso sí que es un primer beso y no el mío lleno de babas.*

»*Ha sido el primer beso más bonito que le pueden dar a alguien en todo*

el mundo mundial.

¡Pero cómo había podido escribir tal cursilada! La clase empezó a vitorear y yo me deslicé por la silla, a ver si, con un poco de suerte, desaparecía.

—Eh, *Totó* —me llamó Adam, que estaba sentado a la derecha de Oliver —, ¿no quisieras que se abriera un agujero a tus pies y desaparecer? —Puse los ojos en blanco y no le contesté. En su lugar, me deslicé más abajo por mi silla.

Ahora venía la parte de Oliver.

—*Estoy húmedo.*

El profesor se detuvo de repente y se dirigió a Oliver.

—Señor Aston, ¿es esta su letra?

—Mmmm... sí.

—¿Sabe? Me resulta usted extraordinario, no acabo de entenderlo. Siempre me sorprende. Resulta fascinante.

—Mmmm... ¿gracias?

—Sigamos.

—*¿Y luego qué sucedió?*

»*Nos estuvimos besando durante horas, hasta que nos dolieron los labios y nos marchamos a dormir.*

»*¿¿JUNTOS??*

»*¡No! Cada uno en su dormitorio.*

—Gracias a Dios... —interrumpió la lectura el profesor Munro. Había comenzado a transpirar.

—*¿Y no te metió mano?*

La transpiración del profesor Munro iba en aumento. Incluso creo que distinguí gotas de sudor perlado su frente.

—*No, solo me abrazaba la cintura.*

—Ohhh —irrupieron mis compañeros.

«No voy a mirar a William. No voy a mirar a William. No voy a mirar a William». Por suerte, nadie sabía de quién se trataba.

—*¿Y ahora qué? ¿W y tú sois novios?*

Ahí acababa nuestra conversación.

—¿W? ¿El nombre del misterioso chico que le ha robado su primer beso empieza por W? ¿Quién es W?

«Mierda».

Comenzaron a oírse murmullos por toda la clase. Todo el mundo dilucidaba sobre qué nombres empezaban por W cuando alguien gritó en alto:

—¡William!

Ya era oficial. Me fugaba.

—¿William? —El profesor Munro se calló por unos instantes—. Señor Von Kleist, ¿es usted el causante de semejante alboroto?

«Me fugo al país más lejano del continente. ¡Qué digo! ¡Me cambio de continente!».

No me hizo falta girarme para ver la expresión de William. Escuché a la perfección el tono petulante de su voz. Y supe que sonreía.

—Eso parece.

—¿¿Le has metido la lengua a mi hermana??

«Ups. Daniel». Me giré para ver qué sucedía entre esos dos. A William se le había borrado la sonrisa que intuía tenía en el rostro, y miraba a mi hermano con cara de «luego hablamos».

—Bien, continuemos con la clase. Señorita Summers, gracias por hacernos partícipes de su vida amorosa, pero que no se vuelva a repetir.

Lo último que recuerdo de esa clase es mi cabeza dándose pequeños golpecitos contra la mesa y la mirada cargada de odio de Tessa.

¿Quieres ser mi novia?

Un segundo antes de que sonara el timbre, anunciando el término de la clase, yo ya recogía mis cosas, de tal manera que, cuando lo escuché, me precipité hacia la salida sin esperar a nadie.

«Me traslado a otro continente. Ya lo he decidido». Pocos pasos después, alguien me llamó. Era Will.

—¡Sara, espérame!

Me apresuré todavía más. No estaba preparada para enfrentarme a lo que había sucedido en clase. Era demasiado vergonzoso. Capté su agarre en mi brazo.

—Ey, ¿a dónde vas tan rápido?

—¡A Tombuctú!

Will chasqueó la lengua y me habló, sonriendo y negando a la vez con la cabeza.

—No tengo tiempo para tus boberías, Sarita. Tu hermano quiere batirse en duelo conmigo por lo que ha sucedido. Si no es porque Pear lo ha placado a la salida de clase, no estaríamos hablando ahora mismo.

—¿Qué?

—Tú tranquila, que no creo que llegue la sangre al río.

—¡¡¡Will!!! —vociferó Daniel de camino hacia donde nos encontrábamos.

—¡Luego te veo y hablamos sobre eso de ser novios! —Me dio un beso fugaz en los labios y salió corriendo. Y del mismo modo, Daniel pasó por mi lado persiguiendo a Will.

«¿Qué demonios está pasando? ¿Qué le pasa a Daniel? ¿Ahora le entra la vena protectora? No entiendo nada. ¿Ha dicho *novios*? Quizá, después de todo, no tenga que mudarme a Tombuctú».

—¡Sara! —Pear, segundos después de que me quedara sola, alcanzó mi posición—. He intentado retener al idiota de tu hermano, pero se me ha escapado.

Segundos más tarde, las reacciones de mis amigos no se hicieron esperar.

—¿Te has enrollado con Will? ¿No se supone que no le hablábamos?

—Sin duda, ha sido la mejor clase de química de todos los tiempos.

—Cállate, Marco —le cortó Olivia—. ¿Qué te ha dicho Will?

—Joder, *Totó*, qué escondido lo tenías, pilluela... ¿Ya le podemos llamar por su nombre o aún es «el innombrable»?

—Cállate, Brian —interrumpió Olivia—. ¿A qué esperabas para contárnoslo? No contestes, ¡tengo una idea! ¡Gabinete de crisis, chavales! ¿En diez minutos? Primero tengo que ir al baño.

—Joder, yo no puedo escuchar otra vez la misma historia.

—No vengas entonces, Adam. ¡Yo quiero saberlo todo!

—¿Ha dicho novios? —Enfoqué la mirada en Pear cuando compartí mi pregunta.

—¿Hum?

Will

Corría a través del campo de fútbol cuando Dan me alcanzó. No se lo pensó dos veces y me dio un puñetazo en toda la cara. «¡Joder, cómo duele! Seguro que me ha partido el labio el muy idiota». Percibí el sabor metálico de la sangre en la boca.

—¡Joder! ¡Me has hecho daño, imbécil!

—¡Y más que te voy a hacer, gilipollas! ¿Mi hermana? ¿En serio, Will? Podías haber elegido a cualquier tía de este puto colegio, ¿y tienes que enrollarte con mi hermana?

Totalmente enfurecido, me asestó otro puñetazo, esta vez en el ojo. «¡Mierda! No veo nada. Vaya derechazo que tiene el cabrón. No pienso consentirle que me siga golpeando por muy mejor amigo que sea. Se está pasando.... ¡No me permite explicarme!».

—¡Ya vale, joder! ¡La próxima hostia te la devuelvo!

Me dio un tercer puñetazo, pero fue el último. Me recompuse, lo más rápido que pude, me agaché y lo cogí por la cintura a la vez que lo empujaba para tirarlo al suelo. Me sujetó con fuerza y caímos los dos. Rodamos por el suelo e intenté esquivar sus patadas, pero era muy rápido. Conseguí bloquearlo lo suficiente como para hacerle comprender que no jugaba con su hermana.

—Dan, escúchame —intenté explicarme, pero peleaba duro para zafarse de mi agarre—. ¡Escúchame, coño! ¡Me gusta tu hermana, me gusta muchísimo! De hecho, creo que estoy loco por ella.

Dan dejó de luchar y me observó extrañado.

—Pero ¿¿qué dices?!

Lo liberé del todo, pero me quedé a la defensiva, previendo un nuevo ataque por su parte, hasta que detecté que estaba dispuesto a escucharme. Nos incorporamos los dos y nos quedamos sentados en el suelo, cubiertos de barro desde la cabeza hasta los pies.

—Dan, ¿en serio crees que le haría eso a Sara? Joder, que sé lo importante que es ella para ti. Ya sabes que nuestros enfrentamientos no han dejado de ser gilipollices de niños, nada grave. Aunque, con lo del huevo saltarín, se cabreó muchísimo. Ahí se nos fue la mano...

—¿Por qué la has besado? ¿Qué pretendías?

Suspiré.

—La he besado porque me lo pedía el cuerpo, hace mucho que me lo pide. No sé si estoy enamorado de ella porque no sé qué es el amor; eso es algo que tendré que ir descubriendo con el tiempo. Solo sé que tu hermana me vuelve loco.

—¿Desde cuándo tienes esos sentimientos hacia mi hermana?

—Desde que me llamó gilipollas por primera vez, desde que la vi volar sobre sus patines, desde que me hundió en el fango cuando teníamos nueve años. Yo qué sé, desde siempre, supongo.

—¿Y qué quieres hacer?

—Estar con ella todo el tiempo que me sea posible y no dejar que ningún imbécil se le acerque. No sé si tú lo verás, pero tu hermana está... joder, está muy buena.

—Will, ya sabes que mi hermana es especial. No le hagas daño porque no te lo podría perdonar en la vida.

—Entonces, ¿me das tu consentimiento para cortejarla?

Le tendí la mano y sonreímos, por primera vez. A Dan le hizo gracia mi pregunta. Le di ese toque del siglo pasado porque necesitaba bajar la intensidad de la conversación. Dan me estudió. Sabía que confiaba en mí, llevábamos cinco años siendo amigos, y entre nosotros se había creado una lealtad extraordinaria. Su hermana Sara es su talón de Aquiles, es lo que más le duele. Era algo que la gente desconocía, pero yo sí lo sabía. Me tendió la mano y nos dimos un abrazo con palmaditas en la espalda.

—Tú sabrás lo que haces, si quieres pasar tiempo con ella no seré yo quien te lo impida, aunque debería hacerlo tu sentido común. Es bastante insoportable y tiene un carácter de mierda.

Me miré en el espejo y analicé el desastre que había ocasionado mi mejor amigo en mi rostro. No era para tanto, podría haber sido peor. Le mandé un mensaje a Sara, necesitaba verla, ya no aguantaba más. Me encontraba en una especie de éxtasis desde la noche anterior. Podría estar besándola todos los días de mi vida y no me cansaría.

Will: Tenemos que hablar, ¿dónde estás?

Minutos después llegó su respuesta.

Sara: En la pista de hielo.

Will: ¿Sola?

Sara: No.

No supe muy bien por qué le formulé esa pregunta. Casi nunca estaba sola. Fue un milagro encontrarla la noche anterior, sin sus guardaespaldas, en la pista de hielo. Jodido Oliver y jodido Adam.

Will: ¿Quedamos en la cafetería?

Sara: Vale, llego en 15 minutos.

Esperaba impaciente en la puerta de la cafetería cuando la vi aparecer por el fondo del corredor. Pensé que todo aquel cortejo iba a resultar más sencillo de lo habitual, teniendo en cuenta que, gracias al profesor Munro, sabía lo que pensaba de nuestro beso. ¡Qué gran momento! Lo recordaré toda mi vida. Aun así, estaba nervioso. Todavía no había pensado bien en lo que quería decirle, aunque hubiera dado lo mismo, porque no me dejó hablar.

—Pero ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Ha sido Daniel? ¿Estáis tontos? ¡Mira cómo te ha dejado! Vamos a la enfermería a curarte esas heridas.

Se me habían olvidado los morados que lucía mi rostro.

—Tranquila, Sarita. Estoy bien, no sufras por mí. Aunque no me vendría mal algún besito. —Esperé su reacción, aunque, conociéndola, o bien me mataba a besos o a hostias.

—Un par de leches te voy a dar, ¿cómo se os ocurre?

Eligió la segunda opción.

—Ya hemos arreglado nuestras diferencias.

—¡Sí, claro, a puñetazo limpio!

Me cogió del codo y me guio hasta la enfermería. Llamamos a la puerta y nos abrió una de las enfermeras. En cuanto me vio el rostro se llevó las manos a la cabeza. ¡Si no se me veía tan mal! «¡Qué exageradas son las mujeres!».

—¿Qué ha sucedido?

Sara no permitió que contestara y eso que el interpelado era yo.

—Se ha peleado con el idiota de mi hermano. Tiene el labio cortado y hay que bajar esa hinchazón del ojo.

—Tranquila, cariño. Yo me ocupo. —La enfermera tranquilizó a Sara para

después girarse y empezar a gritarme a mí.

—¡¡¿Se puede saber por qué os habéis peleado?!! ¡Está prohibido pegarse en el colegio! ¡No somos bárbaros, por Dios!

La enfermera continuó gritando a la vez que me hacía la cura. Escocía.

—¿Y dónde está Daniel? Tendré que examinarlo a él también. Asegúrate de que se pase por aquí antes de cerrar. ¿Me estás escuchando, Von Kleist?

—Que sí, jod....

—Has tenido suerte y no necesitas puntos de sutura en el labio. No es un corte muy profundo, de modo que no te quedará cicatriz. Te lo he limpiado bien con agua y jabón y te he aplicado peróxido de hidrógeno. Mantén el hielo en el ojo un rato más y, si sientes dolor, tómate esto. —Me facilitó un calmante —. Ahora, fuera de mi vista y... ¡ tráeme a Summers!

Quería ir a buscar a Dan, pero primero quise acompañar a Sara al comedor. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Esa enfermera gritona no tiene ni puta idea de cómo curar heridas de guerra. Se ha olvidado de lo esencial: el beso de la novia del herido.

Recalqué la palabra *novia* a propósito. Nos detuvimos a pocos metros del comedor y Sara me miró fijamente. «¡Joder, qué ojazos tiene!» Su mirada ya no era enojada, era tranquila. E incluso divertida.

—¿Y dónde está tu novia?

—Pues, si ella me acepta, está enfrente de mí.

—¿Tú crees?

—Me vas a obligar a hacer la pregunta, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Está bien, tú ganas, Sarita. ¿Quieres ser mi novia?

No me contestó. Se acercó a mí hasta que sus labios rozaron los míos. Temblé por la anticipación. Porque, oh, sí. Me besó en los labios, con cuidado, y después en el ojo. Y entonces pensé que estaba curado porque ya no me dolía ni escocía nada.

Quiero ser tu novia

Llegué al comedor como si caminara entre nubes. ¡Era la novia de Will! ¡Su novia! Eso significaba que lo podría besar todas las veces que quisiera. Y quería besarlo todo el tiempo. Incluso en aquel momento, aunque no se lo merecía después del espectáculo lamentable que habían protagonizado Daniel y él. Se podían haber hecho daño, ¿en qué pensaban? Aun así, cuando me pidió que le curase con un beso, no pude resistirme.

Divisé mi mesa con todos mis amigos sentados en sus asientos. Me acerqué y no me dio tiempo ni a sentarme.

—Sara, cuéntenos lo que ha pasado. Palabra por palabra. Gesto por gesto.

—Oh, sí, por favor. Y no vayas a dejarte nada, no sé si podré dormir sabiendo que me falta algún detalle.

—Cállate, Adam —replicaron Olivia, Natalie, Moira y Brian al unísono.

Todas nuestras miradas se dirigieron interrogantes a Brian.

—¿Qué pasa? Me mata la curiosidad. Venga, *Totó*, no te dejes ningún detalle escabroso.

Rodé los ojos, pero no era más que una pose para hacerme la interesante. No me iban a dejar cenar, pero no me importaba porque me sentía tan feliz que quería compartirlo con el mundo entero.

—Empezaré por el final que es lo más trascendente. ¡Me ha preguntado si quiero ser su novia!

—¡Oeoeoe!

—¿Y qué le has contestado?

—¿Qué le voy a contestar, Oliver? ¡Que sí! ¡Es obvio! —Todavía se escuchaban, de fondo, los vítores del resto de mis amigos.

—A mí no me parece tan obvio, cambias de opinión más rápido que de calcetines.

¡Eso no era cierto! Me cambiaba de calcetines tres veces al día, porque me sudaban los pies con los patines. ¡No cambiaba tan rápido de opinión!

—Oliver, qué obtuso eres —le recriminó Pear—. Vamos, Sara, cuéntenos todo.

Ignoré al rubio y les relaté, paso por paso, todo lo acontecido con Will. No se creían que fuéramos novios, y no me extrañaba, porque yo tampoco me lo acababa de creer. Observé cómo Natalie divisaba la entrada del comedor y abría los ojos desmesuradamente para luego taparse la boca con las manos. Me giré. Will y Daniel acababan de entrar en el comedor.

—¿Qué se han hecho en la cara? No nos habías dicho que estaban tan mal. Sobre todo, Will. Pobrecillo.

—Que se joda, por gilipollas.

—¡Adam!

—¿Qué? —Me miró como si no entendiera mi reprimenda.

Le hice un gesto con los ojos para que se retractase. Will era mi novio, ya no podíamos estar todo el día llamándolo gilipollas. Al ver mi expresión de censura, alzó las manos y se disculpó.

—Perdóoon.

Will me guiñó un ojo cuando pasó por mi lado y sentí, de nuevo, esas mariposas en el estómago. ¿Cómo un simple gesto como ese podía provocarme tantas sensaciones? Lo observé, sin interrupción, hasta que llegó a su mesa y se sentó.

—Tierra, llamando a Sara. Tierra, llamando a Sara.

—¿Qué pasa, Pear?

—¿Lo has besado con lengua y ni con el labio partido se le ha caído la baba?

No contesté, solo la miré entrecerrando los ojos. El resto del grupo parecía concentrado apuntando algo en un papel.

—¿Qué están haciendo? —le pregunté a Pear.

—Apostando sobre cuánto tiempo vais a durar Will y tú.

—¿¿Qué??

Me levanté de la silla lo suficiente como para arrebatárselos el papel a mis desconfiados amigos. Leí lo que habían escrito.

—¿Quién demonios ha puesto una semana?

—Culpable —confesó Adam levantando un dedo y sonriéndome con cara de inocente.

«Ten amigos para esto». Se suponía que Oliver y Adam deberían ser quienes más me apoyaran en esa decisión. Era mi primer novio y nadie se lo tomaba en serio. ¿Acaso veían algo que yo era incapaz de ver? El tiempo lo diría.

TERCERA PARTE
Casi dos años después

Septiembre de 2008

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

—¡Joder con el jodido despertador! ¡Apágalo! —gritó Adam todo lo que su estado de semisomnolencia le permitió.

—Apágalo tú —escuché mi voz igual de somnolienta—. Hoy no me apetece ir a correr, estoy agotada.

—¿Hasta qué hora estuviste ayer con Will?

—Hasta muy tarde, Oliver. Teníamos ganas de vernos. Hemos estado todo el verano separados.

Alguien me arrebató el cálido edredón de mi cuerpo. «¡Qué frío!».

—Levantaos los dos. ¡Ya!

Dulces dieciséis

Esperaba impaciente en la puerta del despacho de Brenda, la psicóloga. Tocaba charla semanal, como todos los martes. Y aquel era el primer martes del curso. Me esperaban nueve largos meses de sesiones por delante. No entendía qué hacía allí, siempre me repetía las mismas preguntas y yo siempre daba las mismas respuestas. Me parecía una auténtica pérdida de tiempo. Puede que una hora semanal, para la Dirección del colegio y para mi padre, no supusiera mucho, pero para mí era un hora menos de la que disponía para mis cosas, que no eran pocas. Entre las clases, los entrenamientos, la música, mis amigos y Will, cada segundo de mi vida contaba.

Contra todo pronóstico, Will y yo seguíamos juntos después de dos años de relación. Fueron dos buenos años. Buenísimos años. No estaba integrado en la pandilla, pero nunca pretendió tal cosa. Mis amigos eran mis amigos, y Will era Will. Sería como juntar el agua con el aceite, no van a transformarse en algo nuevo, siempre permanecerán como dos entes separados.

No se llevaban mal (no todavía). Lo habían aceptado todos de buen grado, incluso Adam y Oliver. Era simplemente que él era mi novio, y mis amigos lo aceptaban como tal, pero no serían sus amigos, nunca formaría parte de la pandilla. Lo llevábamos bien, el único inconveniente que me suponía era que debía dividir mi limitado tiempo libre entre ellos y Will.

La puerta en la que había acabado semiapoyada se abrió y casi consiguió que me cayera al suelo, pero trastabillé y conseguí enderezarme.

—Buenas tardes, Sara. Adelante. —La dueña del despacho me hizo un gesto con la mano para que entrara en el pequeño habitáculo.

—¿Qué tal te ha ido esta primera semana?

—Bien, como siempre. Sin novedades.

—Eso es bueno. —Me observó. Con Brenda, la psicóloga, siempre tenía la misma sensación. Era como si buscara penetrar en mi cabeza y acceder a todos mis pensamientos. Hasta los más recónditos. Hasta aquellos que ni yo misma sabía que tenía.

—Las clases, ¿bien?, ¿Oliver y Adam?, ¿los entrenamientos?

Hice un asentimiento con la cabeza.

Entonces vino la pregunta clave. Figuraba en el guion, y Brenda nunca se salía del guion.

—Y ¿qué tal las noches, Sara? ¿Has vuelto a tener algún ataque desde la última vez? ¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

Hacía muchos años que mis noches en vela dejaron de ser lo habitual para convertirse en la excepción. Desde que tenía nueve años. Aun así, había alguna ocasión en la que, por más que lo intentaba, no conseguía despejar mi cabeza y los acontecimientos del día empezaban a sucederse repetidamente en mi cerebro. Operaciones matemáticas, imágenes, mensajes de móvil, noticias del periódico. No sé qué era lo que lo provocaba, quizás una acumulación sobrenatural de estrés durante el día o... no lo sé.

Quizá si alguien me hubiera dicho cuál era el desencadenante, podría haberle puesto remedio, pero, como no lo sabíamos, todas las noches me acostaba pensando lo mismo: ¿será hoy el día? Era horrible. Me inquietaba, y eso provocaba que perdiera la concentración y que la situación se descontrolara un poco. En ocasiones, se descontrolaba mucho, tanto que incluso rompía a llorar de la impotencia y me levantaba nerviosa de la cama. Empezaba a dar vueltas por la habitación e incluso llegaba a sufrir palpitaciones y falta de aire.

A eso se refería Brenda, la psicóloga, cuando decía *ataques*. Claro que ella no sabía ni la mitad. De cada tres ataques le ocultaba dos. ¿Qué necesidad tenía de decírselo si no podía hacer nada? En realidad, casi nadie podía hacer nada, ni Brenda, ni mi padre, ni Will. Cosa que lo frustraba bastante.

Los únicos que sabían cómo tranquilizarme eran Oliver y Adam, y eso a Will lo mataba. No entendía que tuviera que dormir con ellos ni que fueran los únicos capaces de ayudarme. No sabía si era por experiencia o porque entre nosotros las cosas salían naturales, de manera que siempre sabíamos lo que necesitábamos los unos de los otros en cada momento. Quizá fue esa la razón que nos unió tanto cuando yo entré en el colegio, quizá estábamos destinados a conocernos porque ellos serían los únicos que me entenderían. No lo sabía. Lo único que sabía era que en seis meses cumpliría diecisiete años y no era capaz de dormir sola en una cama. ¿De qué me servían mis altas capacidades intelectuales?

Brenda, la psicóloga, me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Sara?

—Bien, las noches bien, hace meses que no tengo *ataques* —mentí.

—Venga, Summers, dame algo si quieres que te deje marchar.

La miré amenazante.

—¿Qué tal con Will?

—Bien.

Me hizo un gesto para que continuara. Quería que le hablara de Will, quería que le diera algo. «Está bien, aquí tienes algo».

—¿Todo lo que hablamos aquí queda bajo secreto de confesión?

Se lo pensó dudosa unos instantes hasta que la curiosidad ganó la batalla.

—Sí.

—Estoy planteándome comenzar a mantener relaciones sexuales con él.

Salí del despacho de Brenda y me apresuré hasta llegar a la pista de hielo. Me tocaba entrenamiento con el equipo. Cuando llegué, ya calentaban todos mis compañeros.

—Summers, llegas tarde —me recriminó Andrew.

Me disculpé, me puse los patines y me metí en la pista. Necesitaba despejarme después de la intensa charla que acababa de mantener con la psicóloga sobre las relaciones sexuales. Me gané una buena reprimenda por nada. Bueno, por nada, no. Atendiendo a la verdad, debía reconocer que no le había mentado del todo. No era algo que hubiera hablado con Will, pero sí me había rondado por la cabeza en los últimos meses. Sobre todo porque la pandilla no hablaba de otra cosa.

Hasta la fecha, nos manteníamos todos vírgenes excepto Brian, que ya había descubierto los beneficios del sexo aquel verano con la hija de unos amigos de sus padres. La hija en cuestión era tres años mayor que nosotros y le deleitaba ir desvirgando jovencitos, cualidad, por otra parte, bien valorada por nuestro Brian, que quedó muy satisfecho de sus primeras experiencias con el sexo opuesto. «La Desvirgadora», la apodamos.

Practicaba los saltos cuando escuché que alguien me increpaba.

—Summers, te veo desentrenada... ¿Todo bien?

Teressa Marlock. Mi archienemiga. Para mis amigos y para mí, Tessa Hamburguesa o Tessa Compresa. Por desgracia para ella y por suerte para nosotros, había infinidad de posibilidades. Como grupo unido, toda la pandilla teníamos los mismos enemigos. Si alguien peleaba, discutía o le hacía cualquier cosa a alguno de nosotros, esa persona entraba a formar parte de la lista de enemigos de la pandilla.

—¡Teresa! ¡Qué bien te sienta el turquesa! —Puse la mejor de mis sonrisas y pasé patinando por su lado ignorando su comentario.

Después del entrenamiento, y de una larga y placentera ducha con agua muy caliente, fui al comedor a cenar. ¡Tocaba pizza! Me retrasé más de lo habitual, ya que me había quedado practicando unos nuevos movimientos que andaba preparando con Andrew para el próximo campeonato. Aún quedaban bastantes meses, pero el tiempo pasaba volando.

Estaba a punto de entrar en el comedor cuando alguien me agarró por detrás y me gritó al oído.

—¡¡Sara!! ¡No te vas a creer lo que me acaba de pasar!

Reconocí la voz de Natalie. Lucía eufórica y no paraba quieta. Daba vueltas a mi alrededor dando saltitos y aplaudiendo con las manos. No me dio tiempo a preguntarle nada porque hablaba sin parar.

—¡No me lo creo, Sara! ¡Qué día tan maravilloso! ¿No te parece un día maravilloso? Corre, vamos a nuestra mesa y os lo cuento a todos a la vez.

Sin que me diera tiempo a reaccionar, me cogió de la mano y me arrastró al comedor a toda velocidad. En un abrir y cerrar de ojos me encontré sentada en mi silla y expectante a lo que nos pudiera contar Natalie.

—¡Chicos, dejad lo que estéis haciendo y escuchadme!

No se escuchó ni un sonido y no se vio ni un parpadeo. «Vaya poder de persuasión».

—¡Logan Morris me ha pedido una cita y hemos quedado el viernes para ir al cine!

El pueblo más próximo al colegio es Perth. Desde los dieciséis años, a los estudiantes se nos permite dejar el colegio durante el día, sin supervisión de un mayor. Hasta el año anterior siempre nos acompañaba mi hermano Alex. Nos llevaba de tiendas, a comer a algún restaurante o al centro comercial.

Aquel año, Alex ya no estudiaba en el colegio, se había ido a la Universidad de Edimburgo a estudiar Arquitectura. De todas las universidades que existen en el mundo, eligió la que más próxima a casa le quedaba. Después de tantos años en un internado, añoraba su verdadero hogar. Yo lo echaba de menos. Sentía que ya no me quedaba familia de sangre en el *Crowden*. De Daniel mejor no hablaba, y Kate... Kate y yo no teníamos demasiada relación. Siempre estuvo algo distanciada, quizá por la diferencia de edad. No estábamos en el mismo punto. Eso no significaba que no la quisiera. Simplemente, no formaba parte de mi rutina diaria.

—¿Al cine? ¿Todavía se llevan esas cosas? —Marco cogió un trozo de pizza con la mano y se lo acercó a la boca.

—¿El qué? ¿Llevar a una chica a un lugar oscuro para meterle mano? —le

dijo Brian con guasa—. Sí, Marco, de hecho, quienes lo seguimos haciendo ya no somos vírgenes.

—Adam lo hace siempre que puede y sigue siendo virgen —replicó Olivia.

—No por mucho tiempo —se defendió Adam—. Estoy a punto, el otro día pasé a la segunda base con Sophie.

—Adam —interrumpió Moira—, ¿vas a hacer «eso» por primera vez con la primera que se te ponga a tiro?

—Sí, y *eso* se llama follar, repite conmigo, Moira: F O L L A R.

—Eres idiota, Adam.

—¡Yo me destornillo de la risa!

—Destornillo, Pear. —No podía evitar corregir a mis amigos cuando veía que algo no lo expresaban bien. Ellos aprendieron a vivir con ello y no les irritaba, creo. Y, además, adquirirían un vocabulario más correcto y fluido.

—Chicos, nos estamos desviando del tema, ¡voy a salir con Logan!

—Y, por recopilar información para el futuro, en esa primera cita ¿hasta dónde le vas a dejar llegar? ¿Primera base? ¿Segunda? —Marco acabó con la primera porción de pizza y fue a por la segunda.

—No lo he pensado, desde luego besarnos seguro que sí. Y no sé si llegaremos a más. Me atrae mucho, pero no sé.

—¡Qué siesa eres! —interrumpió Pear—. Con esos pensamientos, virgen hasta los treinta. Ve y júntate con Oliver.

—¿Por qué coño siempre tenéis que meterme a mí en vuestras absurdas conversaciones?

—En este caso, por la ausencia en tu vida de esa palabrita tan fea que has dicho —le contestó Brian, aguantándose la risa.

Oliver lo fulminó con la mirada y no dijo más.

—Tienes toda la razón, Oliver, mejor hablemos de temas más jugosos. — Pear movió la cabeza dirigiéndose a mí—. ¿Tú cuando lo vas a hacer con Will?

—¿Cuándo va a hacer qué conmigo?

«Mierda, Will». No lo sentí llegar, estábamos tan concentrados en nuestra conversación que pasó desapercibido. Esperaba una respuesta, pero me había quedado en blanco. ¿Por qué siempre me quedaba en blanco con Will? Por suerte, aún masticaba el trozo de pizza, de modo que tenía unos segundos de margen antes de contestar.

Me giré, pidiendo a mis amigos ayuda con los ojos, pero lo único que

hicieron, todos ellos, fue mirar para otro lado y dejar que me las apañara sola. «Traidores».

—Ir al cine.

Fue lo único que se me ocurrió.

—Ya sé para qué quieres que te lleve al cine, pilluela. —Pensé que Brian se detendría ahí, pero me equivoqué—. Para sentaros al fondo y poder manosearlo a tu antojo. Vosotros dos, ¿hasta qué base habéis llegado?

—Brian, mejor te callas.

Le fui a decir algo a Will cuando me percaté de su expresión. Era puro deseo. Se acercó a mi oído y me susurró:

—Cuando quieras, Sarita. Soy todo tuyo. —Se aproximó a mi boca y me besó—. Luego te veo, preciosa.

Observé cómo Will se alejaba hacia su mesa con esos andares tan característicos suyos. Tenía las piernas largas y musculosas de jugar al fútbol. Fue imposible evitar que mi mirada se dirigiera a su trasero. Tenía un trasero excelente, de esos que apetece estrujar. Si solo fuera el trasero, pero no, todo él era apetecible, con su pelo castaño y sus ojos grises, y ese cuerpo duro y atlético que se iba formando a base de duro ejercicio. «Sí que lo manoseaba ahora mismo, sí».

Cuando volví a sentarme en mi silla, Oliver y Adam abrieron la boca e imitaron con dos dedos el gesto de vomitar. Siempre hacían eso cuando Will y yo nos besábamos delante de ellos.

—¡Superadlo ya! —les grité.

Por la noche, acudí al embarcadero a reunirme con Will. Se había convertido en nuestro lugar favorito. Nos agradaba ir a sentarnos un rato en las faldas de un árbol gigante cercano, hablar de cómo habíamos pasado el día y, sí, también magrearnos ocultos bajo el manto que nos ofrecía la oscuridad de la noche.

Cuando llegué, Will ya me esperaba.

—Señorita —me reprendió bromeando—, ¿no es un poco tarde para estar paseándose sola por estos lares?

—Estoy buscando a mi novio, he quedado aquí con él —continué con la broma.

—¿Con su novio? —Con paso lento se fue aproximando a mí—. Y ¿qué pensaba hacer aquí, en la oscuridad, con su novio?

—Magrearnos un poquito —lo provoqué, sugerente.

—¡Qué descarada eres! —Se rio y me besó.

En un principio, parecía que iba a ser un beso suave y corto, pero Will me agarró de la cintura y me acercó más a él, profundizando el beso. Le rodeé el cuello con los brazos y entremezclé mis manos en su pelo. Escuché un pequeño gemido que salía inocente de su boca, y nos besamos con más intensidad.

Me encantaba besar a Will. Movi6 una de sus manos y la introdujo por debajo de mi camiseta y de mi sudadera hasta llegar a mi piel. Imité su gesto y le toqué el abdomen, suave y cálido. Nos perdimos cada uno en el cuerpo del otro.

La apuesta

Los meses pasaban y no dejaba de pensar que mi tiempo en el *Crowden* se acababa. El año siguiente sería nuestro último año. Quedaban dos semanas para la eliminatoria que organiza el colegio todos los años para seleccionar a las dos representantes del *Crowden* que participarán en el campeonato intercolegial de patinaje.

Andrew se había puesto muy serio, como todos los años, y nos obligaba a trabajar muy duro cada día. Entrenábamos de lunes a domingo, cuatro horas al día, lo que hacía un total de veintiocho horas a la semana. Mis sesiones de *footing* matutinas también se volvieron más intensas. Era una manera de acostumbrar al cuerpo para que aguantara las sesiones diarias de entrenamiento de Andrew, que no solo consistía en practicar en la pista, sino también en sesiones de entrenamiento físico y de expresión corporal.

Un patinador completo necesita ambas destrezas: técnica y gran fortaleza, y resistencia física. Hay que fortalecer la musculatura del torso y las piernas para que no nos lesionemos practicando giros y saltos, y para disminuir el riesgo de traumatismos en caso de malas caídas. Para la expresión corporal nos uníamos a los equipos de danza o ballet del colegio.

Debía cuidar la dieta y mantener una alimentación equilibrada. Me encontraba en la fase de entrenamiento intenso y lo que más me convenía consumir eran hidratos de carbono de fácil absorción. También me saltaba algunas clases, sobre todo las que se impartían los martes y jueves por la tarde. Aprovechaba esas horas en que la pista de hielo estaba libre, para adelantarme a los entrenamientos de Andrew y practicar por mi cuenta. Nunca era demasiada preparación.

Consulté la hora y vi que disponía de diez minutos antes de volver a la pista. Entré al comedor y fui directa a nuestra mesa, donde comían mis amigos.

—Hola, chicos. —Me senté al lado de Oliver, como siempre.

—Hola, chica guapa. ¿Te conocemos de algo? Me suena tu cara. Yo soy Brian.

Le saqué la lengua a Brian en señal de burla.

—Brian tiene razón, Sara. No te vemos el pelo —me recriminó Olivia—. Este año te estás tomando más en serio que ningún año los entrenamientos. ¡Te

echamos en falta! ¿Te das cuenta de la cantidad de cosas que te estás perdiendo? ¡Adam ha perdido la virginidad y todo!

«¡Como si no lo supiera!». Tuve que escucharlo infinidad de veces. Adam casi nos llamó por teléfono a Oliver y a mí, en pleno acto, para hacernos partícipes.

—Practica lo mismo que todos los años, la única diferencia es que antes acudía a la pista por las noches, pero ya no puede porque a esas horas está rozándose, Dios sabe dónde, con Von Kleist.

—Si lo sé, no vengo...

—¿Has comido algo? —me preguntó Oliver con voz suave—. Tienes que comer, llevas varios días que no paras quieta ni un momento.

—No quiero comer mucho porque me va a pesar la tripa y no me va a hacer bien la digestión con tanto giro y tanto salto, prefiero ingerir pequeñas porciones cada poco tiempo. —Miré el reloj y comprobé que ya se había pasado mi escaso tiempo de descanso—. Me tengo que ir ya.

Me levanté de la silla, pero Oliver me obligó a sentarme de nuevo.

—¡Espera, Flash! Come algo primero.

Bufé de exasperación. Me aproximé a la bandeja de Oliver y curioseé su comida: crema de lentejas. Le arrebaté la cuchara de las manos y comí tres cucharadas seguidas. Cogí el plátano, le quité la piel y le di el primer mordisco mientras me incorporaba para irme.

—¡Me voy!

Escuché hablar a Marco y Pear cuando me alejaba del comedor.

—Mmm, Oliver, qué manjar tienes enfrente. Lentejas a cuchara chupada por Sara.

—Para eso no es escrupuloso, no...

—¡Eso no es comer! —me gritó Oliver. Yo ya salía por la puerta terminando de comerme el plátano. «Hidratos a tope, ¡bien!».

Por fin terminó el entrenamiento. Estaba agotada. Oliver y Adam hacía tiempo que se habían ido porque tenían ensayo con el grupo. Me quitaba los patines cuando se acercó a mi lado Tessa Mayonesa.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta, Summers?

—Sorpréndeme.

—De que no estás en tu mejor momento. Desde que sales con Will, ya no tienes tanto tiempo libre y entrenas menos, y eso se nota en el día a día.

«Solo quiere provocarte. No caigas en su juego, no caigas en su juego».

—Y ahora viene lo mejor, ¿sabes lo que va a pasar?

Continué poniéndome las playeras. «No caigas en su juego, no caigas en su juego», me repetía a mí misma.

—Lo que va a pasar, Summers, es que este año te voy a ganar.

Levanté la cabeza y la miré asombrada. Empecé a reírme a carcajadas. Eso no me lo esperaba, pensé que pretendía atacarme por otro lado.

—No te rías tanto, te lo estoy diciendo en serio. Estoy en mejores condiciones físicas que nunca, y este es tu peor año con diferencia. Voy a quedar la primera el próximo domingo y tú no vas a poder hacer nada para evitarlo. Tendrás que conformarte con un segundo puesto.

—¿De dónde te sacas tú que estoy en mi peor año?

—No solo lo digo yo, Summers, es el comentario general que se rumorea en la pista. He oído por ahí que incluso Andrew lo piensa...

Eso ya era más de lo que mis oídos podían soportar.

—Eso es mentira. Soy la mejor, y la favorita de Andrew, y si no puedes soportarlo es tu problema.

—*Eras...* la favorita de Andrew. Y este año vas a perder, Summers.

—No voy a perder.

Lo que estaba a punto de perder era mi autocontrol. Tessa poseía el don de desquiciarme.

—Sí, vas a perder.

«Le parto la cara. Eso es, le parto la cara para poder quedarme en paz conmigo misma».

—No siempre se puede estar en lo más alto, Summers. Y no siempre se puede tener todo. Yo solo te aviso para que la caída no sea tan dura.

Me acerqué violentamente a ella hasta quedarnos frente a frente, a escasos centímetros la una de la otra. Tessa apretó los dientes, y había tanto odio en su mirada que podría atravesarme y partirme en dos. Yo no me amedrenté.

—No voy a perder.

—¿Quieres apostar?

—Lo que quieras.

—Después no vale echarse atrás.

—No sé la tuya, pero mi palabra vale para algo.

—Muy bien, nos apostamos a Will; si yo gano, me lo quedo. Y, si pierdo, me retiro del resto del campeonato y te dejo vía libre para que seas la ganadora.

—¡Perfecto!

—¡Maravilloso! —Me lanzó una mirada maliciosa—. Tenemos un trato,

Summers. Buenas noches.

¿Qué acababa de pasar? Que había caído en su juego. «Mierda. Will me va a matar».

Días después, ya tenía la decisión tomada. No le contaría nada a Will ni a nadie sobre mi apuesta. Ni siquiera a Oliver y Adam. Iba a ganar, estaba segura de ello. Yo no perdía. No había necesidad de montar un alboroto por nada. Aun así, tomé la decisión de dejar de verme por las noches con Will durante esos días, para así seguir entrenando. A partir de ese momento, decidí que a lo único a lo que me dedicaría por las noches sería a patinar. Empezando por aquella noche.

De camino hacia la pista, recibí un mensaje en mi móvil. Ojeé la pantalla y vi que era Pear.

Pear: Sara, gabinete de crisis. Te esperamos en diez minutos en la habitación de Natalie.

Teniendo en cuenta que los gabinetes se alargaban horas y horas, no me lo podía permitir de ninguna manera.

Sara: Imposible, tengo que entrenar. Mañana me lo contáis en el desayuno.

Pear: No, Sara, ven ya, es urgente. Natalie nos necesita a todas.

La cosa parecía seria. ¿Qué habría pasado? No debía ignorar las necesidades de mis amigas, ellas siempre estaban ahí para mí. Decidí saltarme la sesión, pero me prometí a mí misma que a partir del día siguiente habría entrenamiento todas las noches. Sin excusas.

Sara: Voy para allá.

Pear: Más te vale.

Toqué la puerta de la habitación de Natalie. Escuché cómo se acercaban unos pasos hasta que Olivia me abrió. Entré y descubrí a todas mis amigas con malas caras. Natalie tenía los ojos hinchados. Había estado llorando. Mucho.

—¿Qué ha pasado?

Fue la propia Natalie la que me respondió.

—¡Creo que Logan me está engañando!

—¿Engañando?

—¡Con otra!

No me sorprendía. Logan no me daba buenas vibraciones. Siempre estaba rodeado de chicas y le atraían todas, no hacía ningún tipo de selección. Natalie y él llevaban casi tres meses saliendo juntos. En aquella primera cita, en la que fueron al cine, solo se besaron, pero luego llegaron muchas más citas, y fueron subiendo bases aunque, por el momento, no habían llegado hasta el final.

Me constaba que no era por falta de insistencia de Logan, pero, por fortuna, Natalie era una chica que tenía muy claro lo que no quería y, cuando dice no, es no. Logan era el típico guaperas que se creía que las chicas tenían que besar el suelo por donde pisase. Y, a pesar de que Natalie le frenaba en el sexo, porque estaba segura de no estar preparada aún, en todo lo demás era su perrito faldero.

—¿Por qué dices eso? ¿Lo has visto con ella?

Para ese momento, Natalie ya no podía hablar porque había comenzado a llorar.

—Ha descubierto un mensaje en su móvil en el que quedaba con una tía después de clase y se despedía diciendo: «Hasta luego, guapísima» —me aclaró Olivia—. No podemos adelantar acontecimientos, pero no tiene buena pinta.

—Quizá es alguna de sus amigas. Ya sabéis que es muy cariñoso con las chicas.

—Moira, por favor, los tíos no son cariñosos con las chicas sin motivo. Y todavía menos un tipo como Logan.

—No sé, Pear. Marco siempre nos dice cosas bonitas y no quiere nada con nosotras.

—Es diferente, nosotras somos sus amigas —explicó Pear—. Nos lo dice porque nos quiere mucho, como si fuéramos sus hermanas.

—A eso mismo me refiero yo con Logan y sus amigas.

—Que no, Moira. Que no es lo mismo y punto. —Olivia intentó zanjar el tema.

—¿Por qué no es lo mismo?

—Porque no y punto.

Así no llegábamos a ninguna parte. Decidí intervenir. Natalie estaba fuera de combate.

—Chicas, necesito comer algo, no he cenado nada. Acompañadme a las máquinas expendedoras a coger unas chokolatinas. —Les señalé con los ojos la puerta para que saliéramos fuera.

—¿Ahora te entra hambre? —inquirió Olivia.

—Sí, salgamos. —Las volví a mirar, indicándoles con los ojos que me siguieran. Esas cosas con Oliver y Adam no me sucedían.

—Ahora que lo dices, yo también tengo hambre —exclamó Pear, levantándose de la cama.

«¡Por fin!».

Una vez estuvimos las cuatro fuera y pude hablar sin que Natalie me escuchara, les comuniqué mi plan.

—Muy bien, chicas, esto es lo que vamos a hacer. —Todas me escuchaban con atención—. Tenemos que averiguar si Logan está engañando o no a Natalie y, para ello, nos convertiremos en su sombra. Lo vamos a seguir hasta que lo pillemos con las manos en la masa. Ya iré perfilando el plan, pero tenéis que concederme un paréntesis de diez días, y, en cuanto pase la competición, nos ponemos con el plan a máximo rendimiento.

—¡Sí, sí, me encanta la idea! Lo vamos a llamar «Operación Zorrón del desierto» —exclamó Pear entusiasmada.

—¿«Operación Zorrón del desierto»? —preguntó Olivia en alto.— ¿De qué me suena ese nombre?

—De la campaña de ataque de misiles crucero y bombardeos realizada por Estados Unidos y Reino Unido en Irak en...

—¡Eso es! —Pear me cortó la explicación—. Vamos a bombardear a Logan y a la «zorróna».

—Chicas, no sabemos si Logan es culpable.

—¡Cállate, Moira!

Tres noches después, aún seguíamos consolando a Natalie y perfilando nuestro plan. Conseguimos convencerla para que actuara como si no hubiera visto el dichoso mensaje. No podíamos levantar sospechas en Logan y que decidiera hacerse el bueno intentando que no lo descubriéramos.

Me quedaba una semana para la competición. A partir de ese día, sí que sí, me tocaba entrenamiento todas las noches sin excepción.

La competición

Llegó el gran día. El día de la eliminatoria de patinaje del *Crowden*. Solo la ganadora de cada colegio pasaría a la siguiente fase. Era domingo y, además de mi padre y mi hermano Alex, fueron a verme los padres de Oliver y Adam.

Estaba preparada. Me habría gustado entrenar más en las últimas semanas, pero, aun así, estaba lista.

Patinaba durante todo el año. De octubre a febrero eran los meses más duros, porque nos encontrábamos en plena temporada de campeonatos, pero yo no dejaba de patinar. Era muy constante, lo que era un punto a mi favor.

Fui hacia los vestuarios a dejar mi traje para la competición y asegurarme de que tenía los patines bien afilados. Para aquella ocasión, luciría un luminoso vestido azul marino de manga larga. Era precioso y se ajustaba a mis movimientos a la perfección.

Abrí la taquilla para sacar mis patines, pero... no había nada.

¿Dónde estaban? Estaba segura de que los había dejado allí el día previo por la noche. Segurísima. Me pasó por la cabeza la imagen de cuando los guardé en la taquilla. Salí acelerada de los vestuarios y fui derecha a mi dormitorio para ver si por casualidad los había guardado allí. Aunque estaba convencida de que no estarían, porque recordaba haberlos dejado en la taquilla, fui. No sabía qué otra cosa hacer.

«No te pongas nerviosa, van a aparecer». El corazón me latía frenéticamente y no era por correr. Pensé que quizás los habían cogido Adam y Oliver para dejarlos preparados. Les tenía que mandar un mensaje a mis amigos para comprobar mi teoría. Busqué mi móvil por todos los bolsillos que tenía, pero no lo localicé. Lo había dejado en mi habitación, no pensé que lo fuera a necesitar en la pista. Grité en cuanto divisé a mi hermano Daniel a lo lejos.

—¡Daniel! ¡DANIEL!

Me acerqué corriendo hacia él.

—¡No encuentro mis patines!

—¿Qué dices?

Continué trotando, camino de mi habitación, con Daniel a mi lado.

—¿Los que vas a usar en la competición?

—¡No tengo más patines, Daniel!

—¿Dónde los dejaste por última vez?

—En mi taquilla de los vestuarios, y ¡allí no están! —Debía localizar a Oliver y Adam como fuera para ver si ellos sabían algo—. ¿Llevas el móvil encima?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Llama a Oliver o Adam, quizá los han cogido ellos para afilarlos o... ¡yo qué sé! Te espero en mi dormitorio.

Corrí por todo el colegio, subí las escaleras de la residencia de dos en dos y, por fin, llegué a mi habitación, después de lo que me parecieron siglos. Busqué hasta debajo de las mantas, pero no había ni rastro. Me dejé caer en la cama y hundí la cabeza entre mis rodillas. No sabía qué hacer. Daniel abrió la puerta y entró.

—He hablado con Oliver y Adam, pero ninguno de ellos los han cogido.

«No, no, no, no, no. ¿Dónde estáis? Esto no me puede estar pasando. Hoy no, por favor».

—Daniel, ¿qué voy a hacer? —le pregunté desesperada. Acabaría sin cabello cómo continuara agarrándomelo de aquella manera.

—Coger prestados unos patines de la pista.

—¿Estás loco?! ¡No puedo hacer eso! ¿Cómo voy a patinar con unos patines que no están adaptados a mis pies ni a mis movimientos? No me van a responder bien. Es una locura. Es imposible.

—Lo que es imposible es que patines sin patines.

«Joder, joder, joder».

Me puse el traje de competición y me até mis *nuevos* patines. Ya no quedaba nadie en los vestuarios. Era la última. Aquel debería ser un día feliz, siempre estaba plétórica los días de campeonato porque me encantaba patinar. Pero aquel día no lo estaba. Estaba desolada. No tenía ganas ni de salir ahí fuera.

Comprobé que tenía el moño bien ajustado. Me levanté y me dirigí a la pista. Yo salía en quinto lugar.

Vi cómo salían mis compañeras unas tras otras, pero en realidad, no las observaba, en lo único en lo que podía pensar era en dónde podían estar mis puñeteros patines. Las cosas no desaparecen así, de repente. Era algo insólito.

Me temblaba el cuerpo y no conseguía calmarme. Bebí agua, pero no me

sirvió de nada, tenía la boca seca.

Llegó el turno de Tessa. Pasó por mi lado, radiante de felicidad, y me chocó el hombro, a propósito.

—Deséame suerte, Summers. Hoy me lo juego todo.

En cuanto la música sonó por los altavoces, arrancó su actuación. La observé patinar. Lo hacía bien, muy bien. Enlazó dos saltos complicados más de una vez y al temible jurado le encantó. ¿Cuándo había mejorado tanto?

«Por favor, que cometa algún fallo», deseé, pero no hubo suerte y lo hizo perfecto.

Me tocaba a mí. Salí y me situé en el centro de la pista. Me coloqué de cara a las gradas. Mi padre y los padres de Oliver y Adam me saludaron con las manos y me lanzaron besos sonriéndome ampliamente. Empezó a sonar la música: *Bitter Sweet Symphony*, de The Verve. Comenzaba el espectáculo.

Los elementos puntuables del patinaje artístico son las secuencias de pasos, las secuencias de ángeles, los saltos y las piruetas. Llevaba haciéndolo toda la vida y no cometía fallos, tenía los movimientos bien aprendidos. Sin embargo, sin mis patines de todos los días, me sentía desnuda e insegura.

Lo ejecuté todo mal desde el principio. Cada vez que daba un salto, percibía cómo los patines no se ajustaban lo suficiente al lateral de mis tobillos y fallaba. Eran pequeños errores, pero que contaban para el jurado. No lo hacía perfecto, y era un problema, porque Tessa sí lo había hecho perfecto. Acabé con una terrible sensación de fracaso en el cuerpo. Mala señal. Lo que mal empieza, mal acaba.

Y así fue. En la recta final del día, en el programa libre, no conseguí lucirme y cometí un fallo detrás de otro. Los patines y yo no estábamos en sintonía. No hubo nada que hacer desde el principio.

Escuché desolada cómo el jurado nos daba las puntuaciones totales. Yo ya había hecho mis cálculos. Había quedado la segunda.

Había perdido. Por primera vez.

Volé hacia los vestuarios, me quité los patines y me puse mis playeras. No me cambié de ropa. Me puse la sudadera por encima del traje. Necesitaba salir de allí lo antes posible.

—Sara, cariño. —La madre de Oliver tropezó conmigo a la salida de los vestuarios. Se acercó a mí y me dio un abrazo—. Lo has hecho muy bien.

Detrás de ella venía mi familia.

—No pongas esa cara, hija. Un segundo puesto también está muy bien. Estoy muy orgulloso.

—Papá, lo siento, estoy agotada y lo único que quiero es irme a dormir. ¿Podemos dejar la cena para otro día?

—Sara, no pasa nada por ser la segunda.

—Papá, por favor —le supliqué.

—Está bien, pero del próximo sábado no te libras. Toca fin de semana en casa, podemos salir a cenar todos juntos.

Asentí con la cabeza para que me dejara marchar y me fui a mi cuarto. De las demás personas que vinieron a verme ni me despedí, no tenía ganas. Esperaba que lo entendieran.

Me di una ducha relajante y me tumbé en la cama. Oliver no tardó en presentarse en mi habitación con ánimo de apoyarme, pero no me apetecía hablar. Solo quería olvidarme de aquel día.

—Nena, ¿qué ha pasado? —me preguntó con sumo cuidado.

Desde aquel día de Nochevieja, Oliver siempre me llamaba así, excepto cuando se disgustaba conmigo. Entonces me llamaba Sara. Empezó siendo un juego y ya no podía evitarlo. Era su «nena». No me incomodaba, al contrario, me encantaba.

—Hoy no, Olly.

Suspiró y se tumbó a mi lado. Apagamos la luz, y yo me quedé boca arriba mirando las estrellas brillantes que Oliver hacía años había pegado en mi techo, tanto de aquí como de mi casa de Edimburgo. Poco tiempo después, aprecié por su respiración regular que se había quedado dormido. Al cabo de un rato me propuse dormir, pero no hacía más que dar vueltas y más vueltas. Fue un milagro que no despertara al pobre Oliver.

A la mañana siguiente, no fui a desayunar. De camino al comedor, intercepté a Pear y la arrastré del brazo a nuestra aula. Me apoyé en una de las mesas.

—¿Qué pasa, *Totó*?

—Estoy en un lío, en uno tremendo.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho? Me estás asustando.

—Hice una apuesta con Tessa.

—¿Con Tessa Archiduquesa?

Suspiré.

—Sí.

—¿Qué te has apostado?

—La cuestión es que ya sabes que yo no pierdo, era una apuesta segura. ¿Cómo iba a imaginarme yo que perdería contra Tessa? Además, ella me provocó y me llevó hasta el límite y, si yo ganaba, me deshacía de ella para siempre y...

—¿Qué te has apostado?

—De hecho, si no hubiera sido porque mis patines han desaparecido no hubiera perdido. ¡Joder, que yo nunca pierdo! —Me incorporé y caminé nerviosa por la clase. Pear me seguía allí por donde iba.

—¡¡¿Qué te has apostado?!!

—Ojalá fuera un qué, pero no. Es un quién. —Me detuve para respirar y confesé—. He apostado a Will.

Me senté en mi silla y escondí la cabeza entre los brazos.

—¿¿Qué?? ¿Cómo que a Will? No lo entiendo.

Me froté los ojos con las manos. Dos círculos morados lucían debajo de ellos. Me iba a explotar la cabeza. No había dormido nada en toda la noche y no por uno de mis *ataques* sino porque no podía dejar de pensar en las consecuencias de mis estúpidos actos.

—Es simple. Si ella ganaba, se quedaba con Will. Si perdía, se retiraba del campeonato.

—¿Es una broma?

—Ojalá, pero no.

—¿Te has apostado a tu novio? ¡Joder, Sara! ¡De todas las estupideces que has hecho en tu vida, esta es la más grande! ¿Qué te han dicho Oliver y Adam?

—No lo saben, no he encontrado el valor para contárselo. —Seguí frotándome los ojos y empecé a sollozar—. ¿Qué voy a hacer?

Empezaron a llegar mis compañeros a clase. Nuestros amigos se extrañaron al vernos ya allí. Nos buscaban. Nos preguntaron que por qué no habíamos ido a desayunar y muchas cosas más que yo no era capaz de contestar. Y Pear no ayudaba, estaba bloqueada, y eso no sucedía todos los días.

—¡¡Sara!!

Will. Por el tono del grito, me di cuenta de que estaba cabreado. Tessa ya debía de haber ido a cobrarse su premio. Sí que se dio prisa, joder. Pear y yo nos miramos asustadas por lo que se avecinaba. Will entró por la puerta, con el rostro desencajado, seguido de Daniel y dos amigos más de su pandilla, Jack y Aaron. Por sus caras, me quedó claro que todos ellos sabían lo que

había pasado porque me censuraban con su actitud. Detrás de ellos venía Tessa. Tessa, la Diabla; Tessa, la *Perraca*, que había venido desde el infierno a joderme la vida. «Vale, eso no pega, pero me da igual. Es una perra y punto. No sé por qué me odia tanto. Y encima se está riendo la muy... ¡Joder!, lo está disfrutando».

Adam se puso delante de mí, dándome la espalda, pretendía defenderme con su postura. No sabía lo que sucedía, pero no le gustaba el tono de voz con el que me había llamado Will e intuía problemas. Oliver se situó a mi lado derecho y me preguntó con la mirada: «¿Qué pasa?».

—¡Sara! —Will intentó dirigirse a mí a través de Adam. Se movió hasta que localizó un resquicio en mi protección a través del cual nos podíamos mirar a los ojos— ¿Qué coño está diciendo Tessa? ¿Me has perdido en una apuesta?

Lo primero que vi fue la mirada alucinada de Adam. Había girado la cabeza y medio cuerpo para enfrentarme cara a cara.

—¿Qué? —me preguntó asombrado.

Después, fijé mis ojos en el resto, Brian, Marco, Olivia... Cada cuál parecía más sorprendido. Todos me miraban esperando mi respuesta y mis explicaciones.

—Puedo explicarlo.

—Ya lo he explicado yo, Summers. Solo tienes que dar tu confirmación para que yo pueda cobrarme mi apuesta. —Tessa se enredaba el dedo en el cabello y hablaba despreocupadamente. Se notaba que a ella la vida le sonreía en esos momentos.

—Tú, cállate, Vampiresa —me defendió Pear.

—¡Callaos todos, joder! —ordenó Will gritando. Estaba al límite y empezaba a sospechar, por mi reacción, que Tessa no le había mentado—. Sara, habla. Dime que es mentira, por favor.

No podía. ¿Por qué tuve que hacer esa estúpida apuesta? ¿Por qué?

—¡Es cierto! ¡Pero esto no tendría que estar pasando! ¡Yo nunca pierdo!

—Entonces, ¿es verdad que me has apostado? —me volvió a preguntar Will con la voz entrecortada. Sufría. Podía ver el dolor en sus ojos.

Se empezaron a oír murmullos de indignación por toda la clase. Se estaba enterando todo el mundo. Nuestros gritos se escuchaban desde los pasillos y se empezaron a asomar a la puerta los alumnos de las clases de al lado. Mis amigos no hacían más que preguntar y me agobié mucho. Iba a explotar.

—¡Vale ya! ¡Que se calle todo el mundo! —Con mi sonoro grito tuve la

atención absoluta de decenas de estudiantes—. Sí, hice una apuesta con Tessa. ¡Me provocó diciéndome que estaba en mi peor momento y que me iba a ganar en la competición de patinaje! ¡Ganarme a mí! ¡Cuando siempre ha estado a años luz por detrás! Y nos apostamos a Will; si yo perdía, Will sería para ella, pero esa no es la cuestión. ¡Yo jugaba sobre seguro! ¡Es indiferente lo que me apostara porque yo no pierdo! —Me dirigí a Tessa con mi tono más amenazador y la señalé con el dedo—. Y tú... ¡Jamás me habrías ganado si no hubiera sido porque han desaparecido mis puñeteros patines! Y, aun así, ¡me has ganado por los pelos!

Ya lo había dicho. Me había desahogado. Entonces, lo único que me interesaba era la reacción de Will. Mis ojos se encontraron con los suyos y ya no veía dolor. Había decepción y un cabreo monumental.

—No, Sara, respuesta equivocada. El problema no es que tú no pierdes. No. ¡ESE NO ES EL PUTO PROBLEMA! ¡El puto problema es que lo que deberías haber hecho es comerte toda tu jodida prepotencia y superioridad y reconocer que te has equivocado y que no deberías haberme apostado, pero no porque no pierdes, sino porque yo soy una persona, soy tu jodido novio y no tenías derecho a jugar así conmigo! —Se detuvo para respirar—. Eso es lo que deberías haber dicho. Que lo sientes, que te has equivocado y que la apuesta no es válida porque yo no te pertenezco.

Me dio un vuelco el corazón. Me asfixiaba. Aquello no podía estar pasando. Era mucho peor de lo que me imaginaba. «No pretendía jugar con él... yo, yo no... yo nunca pierdo».

—¡Contéstame, joder! ¿Qué tienes que decirme ahora?

No me dio tiempo a reaccionar. Adam se lanzó hacia delante dispuesto a enfrentarse a Will.

—¡¿Quién coño te crees que eres para hablarle así?!

—No te metas, Adam. Esto no va contigo —le respondió Will.

—¡Me meto donde me da la puta gana!

—Chicos, vamos a tranquilizarnos, por favor —intermedió Moira—. Sara se ha equivocado y no debería haber hecho esa apuesta, pero...

—Pero ¿qué dices, Moira? —Adam se enfureció más— ¿Es que no has escuchado nada? Ella no iba a perder. ¿Qué cojones importa lo que haya apostado?

—¡Adam! Sara es una de mis mejores amigas, pero no es perfecta, es humana, y, como tal, se equivoca. No puedes defender lo indefendible.

—Defiendo lo que me sale de las pelotas.

—Esto es cojonudo. —Will se rio, pero no era una risa sincera, era una risa de incredulidad—. ¡¿Cómo coño se va a dar cuenta de sus errores si está rodeada de gilipollas que son tanto o más prepotentes que ella?!

—¿Me acabas de llamar gilipollas, Von Kleist? —Adam agarró a Will por la pechera y lo empujó contra la pared— ¿Quieres que lo resolvamos en la calle?

«No, Adam, por favor, no lo provoques. Te puede hacer daño». La situación se nos iba de las manos.

—Adam, no. —Intenté acercarme a ellos, pero Oliver me agarraba con fuerza para que no me moviera. No había dejado de sujetarme la mano en ningún momento.

—Ni Adam ni yo somos tan débiles, ni Will es tan fuerte —me aclaró.

Will lo escuchó porque, a continuación, intentó zafarse del agarre de Adam y apuntó a Oliver con el dedo:

—Dame un motivo, Aston. Lo estoy deseando.

El aludido se lanzó contra Will dispuesto a enfrentarse a él. Oliver, que seguía odiando el contacto humano fuera de su zona de confort. ¡¿Qué clase de pesadilla estábamos viviendo?!

Por fortuna, Daniel reaccionó a tiempo y se dispuso a separarlos.

—¡Adam, suéltalo! ¡Will, contrólate!

Daniel y Jack sujetaron a Will. Y Brian, Olivia y Marco alejaron a Adam y Oliver de la pelea.

—¿Qué pasa contigo, Daniel? ¿De qué parte estás? —acusó Oliver a mi mellizo—. ¡Es tu hermana!

No le dio tiempo a contestar. Will estaba dispuesto a acabar ya con el asunto.

—Sara —me llamó—, la ganadora tendrá que cobrar su apuesta, ¿no estás de acuerdo?

«¿A qué se refiere? ¿Qué va a hacer?». Will se aproximó a Tessa, que permanecía en un segundo plano, la muy cobarde, la cogió de la cintura y me miró por última vez.

«No. No lo hagas, por favor. No».

Entonces la besó.

Y la clase empezó a girar a mi alrededor. Veía borroso, y las voces me sonaban amortiguadas. Era como si un tren de mercancías me estuviera pasando por encima. No podía creer que me estuviera haciendo eso. Que estuviera regalando sus besos, esos besos que solo eran míos, a mi peor

enemiga. Me rompió el corazón. Tenía que salir de allí. No soportaba seguir viéndolos.

Me abrí paso a empujones entre la gente, hacia la salida del aula. Se me caían las lágrimas mientras corría por los pasillos. Me crucé con el profesor de matemáticas, que se dirigía a nuestra clase, pero no me detuvo. Solo me observó preocupado. Bajé las escaleras. No sé hacia dónde huía. A esconderme a algún rincón para llorar tranquila. Quería dejar de ver ese beso.

Alguien me agarró del codo y me abrazó. Era Oliver. Debía de haber salido detrás de mí. Mis piernas ya no sujetaban más mi peso y me deslicé muy despacio por la pared hasta que mis rodillas me tocaban el pecho. Oliver vino conmigo. Nos quedamos sentados en el suelo.

—Abrazame, Oliver, por favor —le supliqué entre lágrimas. Hundí la cabeza en su pecho y le pasé los brazos alrededor de la cintura—. Abrazame fuerte.

—Siempre.

Consecuencias

No permanecemos solos demasiado tiempo. Pronto comenzamos a escuchar los gritos de Will. A Oliver se le tensaron los músculos, y yo me abracé a él con más fuerza.

—¡Sara! Sara, ¡¿dónde estás?!

—¡No te vuelvas a acercar a ella, Von Kleist! —Escuché cómo Adam gritaba a Will. Al parecer, venía detrás de él.

—¡Olvídame, Adam!

Detectamos el sonido de fuertes pisadas en las escaleras. Ya bajaban. Era cuestión de segundos que nos descubrieran.

—Apártate de mi novia, Aston.

Nos habían localizado. No solo venía Adam con él, también los acompañaba mi hermano. Me centré en Will, y nuestros ojos se encontraron. Su expresión era más suave, no quedaba nada de la ira con la que me había mirado hacía escasos minutos.

—¿De tu novia? —Oliver se separó de mí—. ¿En serio piensas que sigue siendo tu novia? Porque entonces eres más estúpido de lo que aparentas.

—Voy a pasar por alto tu comentario, Aston, porque me importas una mierda. Solo quiero hablar con Sara.

Y ahí renacía la ira. «Vaya poder más camaleónico».

—Ella no quiere hablar contigo —volvió a gritarle Adam. Se le veía muy cabreado.

—¡Que cierres la puta boca, Adam!

Intentarían pegarse si no hacía nada.

—¡Ya basta, por favor! No os peleéis más. ¿Qué quieres, Will?

—¿Que qué quiero? Hablar contigo para intentar arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar, te has enrollado con otra tía delante de mis narices y de medio colegio. Eso no te lo voy a poder perdonar.

—¿Qué es lo que no vas a poder perdonarme, Sara? ¿Que te haya ridiculizado delante de todos? ¿Te das cuenta de que eso es lo que tú has hecho conmigo al incluirme en esa apuesta? Tenía el orgullo herido y he tenido

que hacer algo para darte un escarmiento porque parecía que no acababas de entender lo insultado que me sentía.

—No, Will, no se trata de mi orgullo ni de lo que puedan pensar de mí en este momento. Lo que me duele es que le hayas dado uno de tus besos a ella, después de jurarme que eran solo míos. Le has dado algo que era solo nuestro. —Se me humedecieron los ojos de lágrimas por mi confesión. Intenté aguantarme las ganas de llorar, pero la situación me superó.

—Sara...

—No quiero seguir discutiendo. Vete, por favor, Will. Déjame en paz. Deseaba que se fuera para poder llorar tranquila.

—Sara, por favor, perdóname. Estaba muy disgustado, ha sido un arrebato. Me tapé los oídos con las manos.

—No quiero escuchar nada más, vete.

Hubo una clara determinación en mi voz. Will supo que no cedería. No en ese momento. Me conocía lo suficiente. Se dio media vuelta y se marchó derrotado. No luchó demasiado.

Daniel se dirigió a mí por primera vez desde que empezó la discusión.

—Esta vez no puedo apoyarte, Sara. No tienes razón.

No. Aquello era lo último que me faltaba por oír. ¿Que no podía apoyarme? Entonces no habló la Sara indignada por las consecuencias que había tenido la estúpida apuesta con Tessa, habló la Sara que se calló las humillaciones, los desplantes, los insultos y el abandono sufrido por su hermano mellizo en los últimos dieciséis años.

—¿Que no puedes apoyarme esta vez? ¿Y cuándo coño me has apoyado tú en la vida, Daniel? ¿CUÁNDO? ¡Lo único que yo recuerdo es cómo te alejabas de mí más y más como si de la peste se tratara! ¡Porque lo único que sabes hacer es humillarme, insultarme, pegarme y tratarme como si fuera una mierda! ¡Tú y yo solo nos podemos llamar hermanos porque nos corre la misma sangre por las venas, y eso sí a ti te corre la sangre, que lo dudo! ¡Me abandonaste hace mucho tiempo! Así que dime: ¿cuándo coño me has apoyado tú a mí?

Silencio. Nadie se movió. Oliver y Adam nos miraban de hito en hito, expectantes por cuál sería el próximo movimiento. No era ningún secreto para ellos lo que acababan de escuchar, era algo que me había carcomido desde niña y que siempre compartí con ellos. Por fin había puesto las cartas sobre la mesa. Ya no había vuelta atrás. Íbamos a sacar toda la mierda que llevábamos dentro y era probable que esa fuera la última vez que Daniel y yo nos

dirigíamos la palabra. Quizá aquella conversación debería haber sido privada entre hermanos, pero ni ellos hicieron el más mínimo amago por marcharse, ni nosotros el intento de decirles que se fueran. Al fin y al cabo, estábamos en familia.

Daniel estuvo a punto de darse la vuelta sin entrar en la batalla verbal, pero, en el último momento, se lo pensó mejor y vino directo hacia mí.

—¿Quién abandonó a quién primero, Sara? ¿Yo a ti? ¿O tú a mí?

«¿Qué? Él a mí, por supuesto». Yo jamás lo separé de mi lado. Fue él siempre quien me rechazó. Al menos, eso es lo que pensaba hasta aquel momento. No me vi capaz de contestar, estaba consternada por el significado de sus palabras. Aproveché mi indecisión para seguir hablando.

—¿No dices nada? Será la primera vez que te quedas sin palabras, porque tú siempre tienes algo que decir. Sobre cualquier cosa, tú lo sabes todo. Te creces pensando que sabes lo que pasa por mi cabeza y por qué hago o dejo de hacer las cosas. Oh, sí, eso te encanta, psicoanalizarme y echarme a mí la culpa de todos tus problemas. ¿Pero quieres saber algo? No tienes ni puta idea.

—No, no intentes confundirme, tú no me quieres, siempre me has apartado de tu lado, me has considerado toda la vida un bicho raro que no se merecía un solo segundo de tu tiempo.

—¿Estás segura? Mi percepción es otra. En mi cabeza, recuerdo cuando tú te reías de mí porque no sabía hacer todo lo que tú sí sabías hacer, y yo me defendía de la única manera que podía, atacando. Y te atacaba por la fuerza, ya que es lo único que siempre he tenido superior a ti. Mientras te juntabas con Alex, y os divertíais haciendo cosas que yo no sabía hacer, porque no era mi momento para hacerlas, no me quedaba más remedio que irme al rincón más lejano y seguir a lo mío. Siempre hay que escuchar las dos versiones de la misma historia porque ya sabes lo que dicen por ahí... ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos.

No podía ser. No era así como sucedieron las cosas. Yo no me burlaba de él a propósito. ¿O sí? Era posible que me hiciera gracia que no entendiera algo que para mí era claro, pero mi intención no fue separarlo de mi lado y aislarlo, eso lo hizo él solito. ¡Yo era una cría! No podía ser consciente del posible daño que le hacía.

—Eso no es así. Yo no quise hacerte daño de una manera tan cruel. Era una cría.

—Yo también era un crío, Sara. ¿O acaso te olvidas de que tenemos la

misma edad?

—Cuando papá nos trajo a este colegio, tú no querías saber nada de mí.

—Cuando papá nos trajo a este colegio, me tenías hasta los cojones. No es sencillo ser tu hermano mellizo.

—Te juntaste con Will y me hacíais la vida imposible.

—Cierto. ¿Y sabes qué es lo más curioso? Lo pronto que te olvidaste de todas las humillaciones que sufriste por Will. Un par de carantoñas, y borrón y cuenta nueva. Pero mi parte de culpa no, eso no se te olvida y no me lo vas a perdonar jamás. Y entonces te pregunto yo a ti: ¿por qué me odias tanto, Sara? Pero no, no me contestes, porque me importa una mierda.

Se dio media vuelta y se fue, dejándome con la palabra en la boca. Aunque, puestos a ser sinceros, no habría sabido qué contestarle. Lo que tenía claro era que se equivocaba en algo. No lo odiaba, no podría hacerlo. Lo quiero demasiado.

¿Es posible que te rompan el corazón por dos lados diferentes el mismo día?

Operación Zorrón del desierto

Había pasado un mes desde aquel fatídico día en que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Durante los dos días posteriores al encontronazo con Will, él intentó por todos los medios acercarse a mí, pero yo no quería. La relación que manteníamos, en ese momento, era la misma que teníamos antes de ser novios: enemigos acérrimos.

Mi relación con Daniel no había vuelto ni a los valores iniciales. Era inexistente. Pasamos todas las vacaciones de Navidad en Saas Fee sin dirigirnos la palabra. Tampoco se hablaba con Oliver, y con Adam lo justo. No estaba preparada para enfrentarme a su versión de nuestra historia y sentía un nudo en la garganta siempre que me acordaba de sus palabras. Esperaría a que pasase el tiempo y a ver lo que sucedía.

Fue un milagro que mi padre no se diera cuenta de que Daniel y yo no nos hablábamos. O andaba demasiado ensimismado para fijarse en nosotros, o no notó gran diferencia en nuestro comportamiento. No sé cuál de las dos opciones me entristecía más.

Lo más extraño de todo el asunto fue que, dos días después de la competición, cuando abrí mi taquilla de la pista de hielo, mis patines estaban allí. No entendí qué había podido pasar. No estaban allí el día de la competición, eso seguro... Más tarde resolvimos el enigma.

Ya estábamos en el mes de enero y, en pocas semanas, empezarán los exámenes del segundo trimestre. Pear, Olivia, Moira y yo nos reunimos en mi habitación, sin avisar a Natalie, para llevar a cabo, de una vez por todas, nuestro plan contra Logan. Planear maldades me mantenía ocupada y hacía desaparecer por algunos momentos el fuerte dolor de mi pecho.

Aunque había pasado el tiempo, Natalie seguía sospechando que algo sucedía, y su relación con Logan se había enfriado. Se había desencantado de él, y eso era algo que seguro le favorecería. No es aconsejable estar tan colgada de un chico, porque luego pasa lo que pasa: que sufrimos más de la cuenta.

Una vez que tuvimos todos los puntos bien definidos, se los resumí a las

chicas:

—Recapitulando, mañana después de las clases nos convertiremos en su sombra, lo seguiremos por todo el colegio hasta que descubramos si se reúne o no con alguna fresca en algún rincón oscuro. Si lo sorprendemos poniendo los cuernos a Natalie, le rajamos las ruedas de su flamante moto nueva.

—No sé por qué perdemos el tiempo. Yo, sin pensarlo más, le rajaba las ruedas de su flamante moto nueva.

—Pear... ¿Has oído hablar de la «presunción de inocencia»?

—Moira, ese tiene de inocente lo que yo de rubia.

—Bueno, chicas —terció Olivia—, vamos a ceñirnos al plan original. Mañana quedamos donde ya sabemos y a la hora que ya sabemos y prohibido hablar del tema delante de Natalie, no vaya a ser que sospeche algo.

—Vamos a necesitar unos prismáticos o algo similar para vigilarlo de cerca —opinó Moira.

—¿Y de dónde vamos a sacar unos prismáticos?

—De eso me ocupo yo, Oliver tiene unos en su dormitorio —añadí.

Al día siguiente, me dirigí al lugar indicado y a la hora indicada. Llegamos las cuatro a la vez. ¡Qué compenetración! Observé con atención de arriba abajo a todas mis amigas.

Pear: mallas negras, bailarinas negras y camiseta negra. «Bien».

Olivia: pantalones ajustados negros, playeras negras y jersey negro. «Bien».

Moira: pantalones vaqueros azules, zapatos negros... «¿Pantalones vaqueros azules?».

—¡Moira! ¡Quedamos en venir todas vestidas de negro! ¡Tenemos que camuflarnos con el entorno para que no nos descubran!

—¡No tengo pantalones negros! Y, de todas formas, todavía es de día, se nos va a ver aún más si vamos de negro.

Razón no le faltaba, no.

—Moira, ¡habíamos quedado en venir todas de negro! ¡Hay que ceñirse al plan y punto! ¡Tú no vienes! —Pear zanjó el asunto sin demora.

—Pero ¡yo quiero ir!

—Es mejor que vayas con Natalie, se estará preguntando dónde estamos.

—¿Y ahora reparáis en eso? Me parece que este plan está lleno de agujeros.

Las tres la fulminamos con la mirada.

Yo encabezaba la fila, con los prismáticos en la mano. Nos aproximamos a

uno de los bordes de la cancha de baloncesto; estaba llena de árboles, de modo que era difícil que nos vieran. Uno de esos árboles era nuestro árbol, el árbol de la pandilla. Nos gustaba sentarnos en él. Era como mi árbol con Will. Me acordé de Will. Moví la cabeza bruscamente para sacarlo de mi cabeza y me concentré en la misión. Desde aquella posición, usando los prismáticos, podíamos vigilar a Logan y a sus amiguitas, que jugaban en el embarcadero. Si hacía algún movimiento de acercamiento hacia alguna de ellas, ¡lo pillaríamos!

De repente, oímos unos murmullos. Nos miramos y nos mantuvimos en silencio. El sonido venía de abajo. Escrutamos lo que había debajo de nuestros pies y, como el colegio no era lo suficientemente grande para albergarnos a todos, Will, Daniel y sus amigos estaban justo debajo de nosotras, a escasos metros de las gradas del campo de fútbol. Volví a tener a Will en mi cabeza. «Genial». Llevaba su traje de entrenamiento y hablaba en susurros con sus amigos, ¿qué estarían tramando? Y eso lo pensaba yo, que iba vestida de negro y con unos prismáticos en la mano.

—Chicas, son Daniel y compañía —dijo Olivia entre susurros—. Debemos hablar bajito para que no nos descubran.

Pear y yo levantamos los pulgares en señal de aprobación.

Nos aproximamos más al borde para poder divisar mejor a nuestro enemigo. Oteé hacia abajo y comprobé que estábamos al límite. Era una caída de tres metros. Debíamos tener cuidado si no queríamos caer por el pequeño barranco de tierra.

Me coloqué los prismáticos en los ojos y observé.

—¿Qué ocurre?

—De momento nada, solo hablan —informé a mis dos amigas, sin apartar los prismáticos de mis ojos.

—Esto es una pérdida de tiempo. Podemos pasar aquí horas sin que ocurra nada interesante.

Detecté un movimiento. Logan se había aproximado a la chica que tenía al lado. Era una rubia un año mayor que nosotros. Se llamaba Lisa.

—Esperad.

—¿Qué?

—¿Qué está haciendo?

—Se está acercando a la rubia de bote de...

—¡Déjame mirar!

Pear pegó su cuerpo al mío con la intención de arrebatarme los

prismáticos. Me encontraba tan cerca del borde que di un resbalón e instintivamente me agarré a mi amiga, para no caerme, que a su vez se agarró a Olivia. Pero no conseguimos nuestro propósito, sino todo lo contrario.

Nos caímos las tres.

Empezamos a rodar por la tierra húmeda. Me clavé una piedra en el costado. ¡Cómo dolió! Pear y Olivia cayeron conmigo. Empezamos a chillar las tres, y así continuamos hasta que nos detuvimos, señal de que habíamos tocado fondo. Por suerte, no era mucha altura y lo más herido resultó ser nuestro orgullo. Porque mi exnovio, mi hermano y compañía todavía seguían abajo.

—Ay, ay, ay —escuché los quejidos lastimeros de Pear y Olivia.

—¡Pero qué demonios...! —reconocí la voz de mi hermano.

«¡Qué dolor!». Sentía como si la maldita piedra estuviera aún clavada en mi costado. «Me va a quedar moretón seguro», pensé.

Abrí los ojos y advertí cómo asomaban cuatro cabezas. Fue Will quien habló primero, con esa voz chulesca que lo caracterizaba.

—Sarita, por fin caes rendida a mis pies... ¿literalmente?

No tenía ni que esforzarse en humillarme, yo misma me servía en bandeja.

—Me duele... ay, ay, ay.

Nos llevaron a la enfermería. La enfermera nos hizo un chequeo general y nos dijo que nos encontrábamos las tres bien, salvo por unos cuantos arañazos. Will y Daniel nos acompañaron. No se les puede negar ayuda a unas moribundas, es un delito. No lo digo yo, lo dice la ley. En varios países europeos, aunque Escocia no es uno de ellos... «Delito de omisión del deber de socorro» lo llaman.

Le mandamos un mensaje a Moira explicándole lo sucedido y vino corriendo a ver qué nos habíamos hecho, junto con Oliver, Adam y Brian. Cuando llegaron, Will y Daniel ya se habían marchado, eso sí, no habían dicho una palabra. Solo me miraron girando la cabeza en señal de reprobación, como siempre.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Oliver, preocupado, acercándose a mí. Me levantó la camiseta para verme la herida de cerca, me rozó suavemente con las yemas de los dedos y yo emití una mueca de dolor.

—Es una historia muy larga —lo informó Olivia.

—Nos hemos caído por el barranco que conecta la cancha de baloncesto con el campo de fútbol mientras espíamos con tus prismáticos a Logan Morris.

Pear siempre ha tenido mucha capacidad de síntesis. Yo no podía hablar, me dolía mucho el costado. Mi umbral del dolor es muy bajo; en realidad, es inexistente. Oliver seguía acariciándome la piel en círculos mientras me aplicaba una pomada que había cogido del armario de la enfermera.

—Parece que no es una historia tan larga —admitió Olivia.

Brian se pasó el dedo por la barbilla, pensativo.

—¿Para qué quieres tú unos prismáticos, Oliver?

Esa misma noche, nos tumbamos las cuatro en mi cama como pudimos. Pear y yo descansábamos con la cabeza en la almohada, y Olivia y Moira estaban al revés, con la cabeza en los pies de la cama. Nos tomamos un calmante para mitigar el dolor, y ya apenas nos dolían los arañazos.

Los chicos tenían ensayo y se llevaron a Natalie con ellos con alguna excusa. Ya conocían casi todos nuestros planes; después de nuestro desafortunado accidente, no nos quedó más remedio que confesar.

Moira nos informaba de los avances que había hecho en nuestra ausencia.

—¿Qué has descubierto?

—Cuando me habéis mandado el mensaje, he ido corriendo a la enfermería y, de camino, he visto cómo... —se calló de repente, para darle más misterio.

—¿Qué has visto, por Dios? ¡No nos dejes en ascuas!

—He visto cómo Logan y Lisa salían del colegio en su flamante moto nueva.

—¡No puede ser!

—¡Será capullo!

—Os lo juro.

—Chicas, que no cunda el pánico, tengo una idea.

Pear tenía una idea. Miedito me daba. Se sentó en la cama y adoptó su pose de malvada de cuento, frotándose las manos y sonriendo con malicia.

—No va a ser sencillo, pero tampoco imposible. Lo más difícil de toda la operación va a ser robar el coche de tu hermano. —Pensaba en voz alta y, a la vez, miraba concentrada hacia el techo.

—¿Robar el coche de mi hermano?

—No, Olivia, tu hermano no tiene coche. Centrémonos, por favor. Me refiero a robarle el coche a Daniel.

—¿¿Daniel tiene coche?? —preguntaron Olivia y Moira al unísono. Se incorporaron y se quedaron sentadas en la cama. Yo seguía tumbada, me encontraba más cómoda, y no quería que me empezara a doler el costado por hacer movimientos bruscos.

—¡Pero si es menor de edad! ¿Para qué quiere un coche? —continuó protestando Moira.

—En realidad, es el coche de mi hermano Alex —expliqué—. Mi padre le ha comprado uno nuevo para que vaya a la universidad, pero, como ese viejo cacharro lo utilizó para aprender a conducir, le ha dado pena llevarlo al desguace y, de momento, lo ha dejado aquí. Dice Daniel que es suyo, para cuando cumpla los diecisiete años y pueda conducir de manera legal por Escocia.

—Es intrascendente de quién sea el coche, la cuestión es que la próxima vez que Logan y Lisa salgan del colegio... ¡Los seguiremos con el coche! Estoy segura de que van a darse el lote fuera del colegio para que no los descubra Natalie. ¿A que es un plan formidable?

No estaba muy segura, veía demasiadas fisuras en ese plan.

—¿Y quién lo va a conducir? —preguntó Olivia.

—La única que tiene permiso de conducir es Sara...

Hacía rato que me olía que aquello iba a acabar así. Todos los años veraneamos en Malibú, California. Mi abuelo posee una casa allí y a mi padre le gusta pasar las vacaciones con su familia. Aquel verano, Daniel y yo ya teníamos cumplidos los dieciséis años, por lo que mi padre nos enseñó a conducir a ambos y obtuvimos el permiso. Pero solo era válido en Estados Unidos. Aquí, en Escocia, hay que tener diecisiete años para poder conducir.

—En este país, no.

—Bah, tecnicismos.

Apoyé los codos en el colchón de la cama y me incorporé lo justo para encontrarme con la mirada traviesa de Pear.

—¿Tú crees? —le pregunté levantando las cejas.

—Sí, claro.

—¡No, no, no! ¿Estáis locas? —Moira se levantó de un salto de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación. Yo me tumbé, de nuevo, en la cama, porque empezaba a marearme— ¡Sara, no puedes conducir un coche robado y sin tener permiso de conducir! ¡Podríamos ir a la cárcel! ¡Estaríamos incumpliendo multitud de leyes y nos podrían expulsar del colegio! ¡Y un montón de cosas más! —Se detuvo para mirarnos y entendió que jamás nos convencería para que no lo hiciéramos. Nos conocía bien. Suspiró y se volvió a tumbar en la cama.

—¿Y por qué no le pides la moto a Oliver?

Oliver tenía moto desde que había cumplido los dieciséis años, a finales

de mayo del año anterior. Se la regalaron sus padres y la guardaba en el colegio. Como nos permitían salir al pueblo sin la supervisión de un mayor, les pidió una moto a sus padres para poder moverse con más facilidad. Siempre andaba pidiendo favores o dependiendo de su hermano, cuando aún estudiaba aquí, para que le trajera pedidos que hacía en el pueblo para sus cámaras fotográficas y sus recambios para el telescopio.

—Porque no entramos todas y, además, Logan podría reconocerme.

—Voy a llamar a mi padre para que nos vaya preparando la defensa... —
Moirá ya se había rendido.

Teníamos un plan.

Operación Zorrón del desierto II

El primer inconveniente de nuestro plan era conseguir las llaves del coche. Las llaves que tenía mi hermano en su poder. Hermano con el cual no me hablaba. La posibilidad de pedírselas y que nos las entregara con amabilidad y sin hacer preguntas no existía, por lo que debíamos atenernos a la segunda y única opción.

Robárselas.

Pear me aseguró que tenía un plan perfecto para ello, pero que no podía contarme los detalles. Me pidió que confiara en ella y que no se me ocurriera pensar en un plan B. No sabía cómo lo iba a hacer, pero decidí seguirle el juego. Si no salían las cosas bien, ya buscaría otra alternativa. «Llamémosle *otra alternativa* y no plan B».

Era viernes. Supimos por Natalie que no había quedado con Logan por la tarde porque este le había dicho que debía resolver unos asuntos en la ciudad. Sonaba muy muy sospechoso. Solo íbamos a tener una posibilidad y decidimos que aquel día era el indicado. Logan tenía la flamante moto nueva aparcada en el garaje del colegio, junto a la de Oliver. Y el coche de mi hermano también estaba en ese mismo garaje.

Era un Audi 90 verde, que tenía, como mínimo, quince años. Mi padre es de los que opinan que para aprender a conducir es mejor romper un coche viejo que estropear un coche nuevo. Mientras Pear conseguía las llaves, nosotras la esperaríamos escondidas detrás del coche para que Logan no nos descubriera cuando apareciera. Todas nuestras esperanzas estaban puestas en que Pear consiguiera las llaves antes de que Logan y Lisa llegaran al garaje.

Miré el reloj. Eran las cinco de la tarde. Hacía una hora que habían finalizado las clases y Pear no aparecía. Empecé a impacientarme. Logan había tenido tiempo suficiente para cambiarse de ropa y quedar con Lisa. Pensé que quizá incluso se dirigían hacia el garaje en esos momentos.

Se sucedían los minutos, pero allí no aparecía nadie.

—¡Se oyen pasos! —exclamó Olivia.

Las tres enfocamos nuestros ojos en la cuesta en espiral que daba acceso al

garaje. Era cierto, se oían pasos. «Por favor, que sea Pear», recé. Los pasos cada vez sonaban más cercanos. Intuí un par de tacones. Pear nunca llevaba tacones. No en el colegio.

—¡Son Logan y Lisa!

«Mierda. Se acabó el plan. ¿Dónde se ha metido Pear? ¿Por qué tarda tanto?».

—¡Sara! ¿Qué hacemos? Se nos van a escapar.

Por suerte, yo casi siempre tengo un plan B, digo... «otra alternativa». No me gusta dejar las cosas a la suerte del azar.

—Manteneos agachadas. Nos vamos sin Pear. En cuanto abra las puertas, entráis en el coche y os ponéis los cinturones, no vamos a ir despacio. —Me quité la mochila que llevaba colgada en la espalda, la abrí y cogí lo que necesitaba: la ganzúa.

—Sara, ¿qué es eso? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a forzar la cerradura y luego voy a hacer un puente al coche para arrancarlo.

—¿Sabes hacer eso? —me preguntó Olivia, con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto que sí.

Me puse manos a la obra; debía ser muy rápida o Logan y Lisa se nos escaparían. Inserté la ganzúa por la parte superior de la cerradura hasta que sentí los pernos. Empujé hacia arriba y... ¡*Voilà!*

—¡Rápido, subid!

—¡Eres la mejor, Sara!

—No es para tanto.

Miré hacia el final del garaje y descubrí, con pesar, que los traidores ya arrancaban la moto. Debía darme prisa. Me coloqué en el asiento del piloto, retiré la cubierta de plástico y liberé los paneles de acceso. Aparté los cables de la batería, los pelé y giré uno con el otro. Conecté el cable de encendido y apagado con el cable de la batería. Cómo odio trabajar a contrarreloj...

—¿Estás segura de que esos son los cables que tienes que manipular?

—Más me vale, o voy a acabar electrocutada.

Advertí cómo salían las chispas del cable de arranque y...

¡*BRUM, BRUM!*

—¡Bien! —gritaron Olivia y Moira dando palmadas con las manos.

Revolucioné el motor, rompí el bloqueo del volante y ¡allá íbamos! Logan ya subía por la cuesta, estaba a punto de salir del colegio. Al inicio de la cuesta, divisé a Pear, que bajaba acelerada con las llaves en la mano. «¡A

buenas horas!»). Pero no venía sola, detrás de ella venía alguien más... ¿Oliver?

Frené en seco y bajé la ventanilla del coche. Antes de preguntar nada, Pear me explicó lo sucedido.

—Oliver me ha descubierto mientras venía hacia aquí y, como no he querido decirle a dónde iba, ¡me ha seguido!

No teníamos tiempo para explicarle a Oliver qué estábamos tramando. Tendría que venir con nosotras.

—¡Subid!

—¿Qué hacéis? ¿Estáis locas? Sara, ¡tú no puedes conducir un coche! ¡En este país, no!

Utilizó mis mismas palabras. Suspiré de manera exagerada. Estábamos perdiendo mucho tiempo. Salí del coche. Me coloqué detrás de Oliver y lo agarré por la cintura a la vez que lo empujaba para encerrarlo dentro del coche.

—¡Ni de coña! ¡A mí no me metéis en vuestros líos!

—Oliver, o estás con nosotras o estás contra nosotras. Sube al coche ¡ya!

—Giré la cabeza para atrás y grité entre dientes por encima del hombro—
¡Pear, ayúdame!

Entre las dos conseguimos introducir a Oliver en el coche. Lo sentamos en los asientos de atrás, entre Moira y Pear.

—Pear, ¡dame las llaves! Y poneos todos los cinturones.

Arranqué el coche, por segunda vez, y salí a toda velocidad por la cuesta. Distinguí a lo lejos que Logan ya salía por las verjas del colegio. Aceleré para que me diera tiempo a pasar antes de que se cerraran. No llegaba. Aceleré más... No llegaba... Aceleré todavía más y cerré los ojos un segundo. Los volví a abrir y... ¡Pasamos!

—¡Bien! —grité eufórica. Me giré hacia mis amigos y estaban todos blancos. Se les había ido todo el color del rostro.

—Joder —exclamó Olivia. «Qué exagerados, pasábamos de sobra».

Una vez detrás de Logan, debía mantener una distancia prudencial, lo había visto en las películas de espías. Ya me podía relajar. Ya no se respiraba tanta tensión en el interior del coche.

—¿Cómo has conseguido arrancar el coche si yo no había llegado con las llaves?

Pear se había recuperado del susto y empezó a atacarme. Primero tendría que explicarme ella por qué no había llegado con las llaves. Casi se fue todo

el plan al garet. Estaba dispuesta a exigirle respuestas cuando Oliver se incorporó y asomó la cabeza por el hueco que quedaba entre los dos asientos delanteros.

—¿No tenías las llaves?

—No.

—¿Has hecho un puente al coche?

—Sí.

—Excelente, Sara, vas acumulando delitos cada segundo. —Se sentó dramáticamente en su sitio y cogió aire de forma exagerada. Pretendía que supiera que no estaba nada de acuerdo con aquella situación. No contento con lo que me había dicho, lo siguió intentando—. Hemos pasado por los pelos, has tenido suerte de que no nos vieran los vigilantes. ¿Qué excusa vas a poner cuando volvamos y nos tengan que dejar entrar?

—Ya me inventaré algo —le contesté escueta.

—Estoy deseando escucharlo.

«Tocapelotas sabelotodo. Santa paciencia que tengo».

Durante la siguiente media hora, no se escucharon más que discusiones en el coche. Oliver nos pedía explicaciones sobre lo que estábamos tramando. Pear me acusaba de no esperarla y no confiar en ella. Decía que si hubiera confiado, no hubiera tenido un plan B. El sinónimo de «alternativa» no coló. Moira miraba para todos los lados por si aparecía la policía y nos detenía, y Olivia nos gritaba para que dejáramos de discutir.

—Podrías haberme pedido la moto, quizá te la hubiera dejado.

¿Quizá? Decidí poner la radio. Dicen que la música amansa a las fieras. Paseé por los diferentes diales hasta que reconocí una de las canciones que sonaba: *Girls Just Want to Have Fun* de Cyndi Lauper. Me gusta esa canción. Me pone contenta y me da ánimos. Moví la cabeza y el pie izquierdo al ritmo de la música. Todavía escuchaba las quejas de Oliver y Pear, así que subí el volumen.

Pronto, la música se adueñó de mis actos y me lancé a cantar. No tengo una voz tan bonita como la de Oliver, pero no se me da mal del todo.

*That's all they really want
Some fun
Girls, they wanna have fun
Oh, girls just wanna have fun*

Me mantuve a una distancia prudencial de la flamante moto nueva de Logan. Nos adentramos en la ciudad, y Logan activó el intermitente izquierdo indicando que pretendía detener la moto. Me detuve en segunda fila con las luces de emergencia escasos metros más atrás. Vimos cómo se bajaba solo de la moto. Lisa no lo acompañaba.

Al cabo de unos instantes, salió de una tienda con una bolsa en la mano. Se acercó a la moto y le retiró el casco a Lisa. Hay momentos en la vida en que intuyes lo que va a pasar segundos antes de que suceda. Bajé mi ventanilla del coche y apagué la música.

—Olivia —la llamé y estiré mi mano izquierda sin desviar mi mirada del objetivo—, dame la cámara de fotos que he guardado en mi mochila.

Olivia escarbó en mi mochila y a los pocos segundos me tendió la cámara de fotos de Oliver. La encendí, enfoqué y apunté en el preciso instante en que Logan y Lisa se besaban.

«Lo sabía. Despídete de tus queridas ruedas nuevas, Logan». Sentí la cabeza de Oliver, otra vez, a mi altura.

—¿También has birlado mi cámara de fotos?

20

La fiesta

La semana siguiente hubo un gran revuelo en el colegio. Alguien le había pinchado las ruedas a la flamante moto nueva de Logan Morris. Investigaban el asunto, pero nadie sabía ni había visto nada. «Qué pena, pobre Logan. ¿Qué habrá hecho para merecer algo así?».

El lunes y el martes de aquella semana no se hablaba de otra cosa. Todos los alumnos hacían sus especulaciones y daban sus opiniones sobre lo que creían que había sucedido. Había un sinfín de posibilidades, pero ninguna se aproximaba a la realidad.

Natalie ya conocía toda la historia. Le enseñamos las fotos y se lo tomó mal, muy mal. Una cosa es tener la sospecha de que tu novio te engaña y otra muy diferente que te muestren la evidencia en tu cara. Al segundo de saberlo, quería ir a buscar a Logan para pedirle explicaciones y terminar su relación con él, pero la convencimos para que no lo hiciera porque podríamos levantar sospechas.

Por suerte para nosotras, el miércoles se anunció una noticia que eclipsó el asunto de las ruedas de Logan. Por fin un alumno había resuelto uno de los problemas planteados en las pizarras. Hacía siete años que no sucedía algo así, el último alumno que había resuelto una pizarra había sido Nicholas Aston.

El afortunado fue un alumno de último curso: Michael Banks. Lo recuerdo como un chico muy simpático y bastante inteligente. La Dirección del colegio decidió celebrar una fiesta ese mismo viernes en la cafetería del polideportivo para entregar el premio a Michael.

El *Crowden* no solía celebrar ese tipo de eventos, por lo que todos los alumnos estábamos bastante excitados. Durante tres días, el comité de fiestas – organización formada de manera urgente por cinco alumnos con mucho tiempo libre– se encargó de todos los preparativos necesarios para la fiesta: localización del evento, decoración, *catering*, bebidas, música, etc.

A la fiesta solo podíamos asistir los alumnos de los dos últimos cursos. Así lo decidió la Dirección, que consideraba que los alumnos menores de

dieciséis años no debían trasnochar hasta altas horas de la madrugada.

La mañana de la fiesta, estábamos todos entusiasmados en el desayuno. Yo acababa de llegar de mi sesión de *footing* con Oliver y Adam. Fuimos derechos al comedor, porque teníamos muchísima hambre; ya nos ducharíamos después de comer. Llevaba puestas las ajustadas mallas negras de correr con el top a juego y una sudadera por encima. Las chicas debatían sobre qué nos íbamos a poner esa noche para la fiesta haciendo un repaso general de todos los vestidos y zapatos que teníamos en nuestros armarios.

Al cabo de un rato, comencé a sentir el calor y me arranqué la sudadera. Quise beber un poco de zumo de naranja, pero me di cuenta de que con la urgencia por comer se me había olvidado cogerlo. Me levanté a por uno. Cuando volví a la mesa, ya casi era la hora de irse, por lo que me quedé de pie al lado de Pear mientras me bebía el zumo.

—¿Sara? —me preguntó Pear de repente.

—¿Qué pasa? —contesté alarmada.

—¿Te han crecido las tetas?!

—Sí —contestaron Oliver y Adam al unísono.

«¿Pero qué...?». Miré hacia abajo, hacia mis pechos, para ver qué era lo que había llamado tanto la atención de Pear. Era cierto que el top me quedaba muy prieto, más de lo que me quedaba hacía unas semanas. No me había dado cuenta con tanto lío en la cabeza. ¡No podía creerme que Oliver y Adam no me hubieran dicho nada! ¡Por fin me habían crecido las tetas!

—¿Vosotros lo sabíais?

—No hemos estado todos los días fijándonos en si te crecían o no, pero últimamente, alguna noche, cuando estamos durmiendo, sin querer te he rozado las tetas con el brazo, y eso antes no sucedía —me explicó Adam risueño.

—Felicidades, Sarita. Ya te tocaba, no se puede ser la primera en todo.

Pear miró a Brian y, de nuevo, a mí.

—¿Seguro que no llevas relleno? No te han podido crecer, así sin más, tan rápido.

—¡Por supuesto que no! ¡He estado haciendo *footing*, Pear!

—No sé yo, déjame tocar.

Pear se levantó y antes de que pudiera impedirlo me tocó un pecho. Estaba acostumbrada a esas salidas de tiesto por su parte.

—Vaya, sí que parecen auténticas. ¡Felicidades!

—¿Alguien más quiere tocarme las tetas?

Y, cómo no, era mucho esperar que ese comentario quedara entre mi grupo

de amigos, porque en el momento en que yo grité esa frase, Will pasaba por nuestra mesa para abandonar el comedor.

—¡Pero qué necesitada estás, Sarita!
«Gilipollas».

Eran las ocho de la noche, la fiesta empezaba en media hora. Las chicas y yo nos poníamos guapas en mi dormitorio. Para aquella ocasión, elegí un vestido rosa fucsia, con volantes desde el pecho hasta encima la rodilla, y unos preciosos zapatos Jimmy Choo plateados con un tacón de once centímetros y la punta abierta. El cabello lo llevé suelto y ondulado. Tuve que lucir dos trenzas durante toda la noche anterior y todo aquel día para conseguir ese efecto, pero el resultado mereció la pena. Pear insistió en que nos maquilláramos, así que nos pusimos sombra de ojos y colorete.

Estábamos las cinco muy guapas. Cada una de un color diferente, pero todos muy vistosos. Pear se puso un precioso vestido azul eléctrico. Olivia un conjunto rojo de falda y camisa y Moira un vestido largo verde aguamarina. Incluso Natalie, que andaba más animada, se vistió de amarillo chillón. Nos confesó que esa noche tenía la intención de provocar una gran pelea con Logan y ridiculizarlo delante de todo el colegio. Después, finalizaría su relación con él.

Íbamos de camino al polideportivo del colegio cuando nos cruzamos con nuestros chicos en las escaleras de la residencia. Permanecían los cuatro en círculo con las cabezas gachas y se reían de algo.

—¡Hola, guapísimos! —gritó Pear sin dirigirse a nadie en particular.

Nuestros cuatro amigos levantaron las cabezas y sonrieron. Estaban muy guapos con traje negro y pajarita.

—Mira que se lo tienen creído —me susurró Pear al oído.

Comenzamos a reírnos, pero Marco nos interrumpió.

—¡Venid, chicas! Mirad lo que hemos conseguido para la fiesta —Nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos.

Nos acercamos y nos obligaron a escondernos en un recoveco del corredor. Adam sacó su móvil, de uno de los bolsillos de la chaqueta, y nos mostró una foto. Una foto de bebidas alcohólicas.

—¿Qué es esa foto? —preguntó Olivia extrañada.

—No es solo una foto —nos aclaró Adam. Susurraba tanto que apenas

podíamos escucharlo—, son las bebidas que hemos escondido, en el polideportivo, para que la fiesta de esta noche sea más divertida.

Las reacciones fueron variopintas.

—¿Habéis metido alcohol en el colegio? ¡Es ilegal!

—¡Me encanta la idea!

—¿Dónde las habéis escondido? ¡Qué emoción!

—A mí no me vendría mal un poco de alcohol para olvidar que Logan me ha puesto los cuernos.

Nos dirigimos los nueve a la cafetería del polideportivo. Cuando entramos y me percaté de la decoración, reconocí que había quedado muy bonita.

Habían repartido globos de colores por el techo y habían recogido las mesas y las sillas, dejando la sala despejada. En la parte izquierda, colocaron unas extensas mesas llenas de canapés y refrescos. En el lado derecho, en una cabina improvisada, un alumno hacía las veces de DJ. La decoración floral también era muy bonita y estaba por toda la cafetería. Había un montón de preciosos centros de flores por las mesas. Esa vez se esmeraron bien. Incluso colgaron una gigantesca bola de espejos en el techo. Me encantó. Entraban ganas de bailar y a mí me encanta bailar.

Ya había llegado casi todo el mundo y se entretenían charlando en círculos. Antes de integrarme de lleno en la fiesta, Adam me agarró por el codo y me sacó de la cafetería. Anduvimos por el polideportivo hasta llegar a los vestuarios masculinos. Adam y Brian nos entregaron un vaso rojo de plástico a cada uno y sacaron las botellas de alcohol de la taquilla de Brian.

Había de todo: vodka, ginebra, ron y whisky. No escatimaron en gastos. ¿Cuándo las habían comprado? Y, ¿cómo? Supuse que habrían ido un par de ellos, en la moto de Oliver. No quería saberlo. Uno a uno, llenamos de líquido los vasos de todos. Escogí el vodka, por ninguna razón en particular, había que elegir una bebida. Cuando me fijé en que habíamos llenado los vasos hasta arriba, no pude evitar comentar lo evidente.

—Chicos, no quiero pasarme de lista...

—Tranquila, ya sabemos que no puedes evitarlo.

Fulminé a Brian con la mirada y continué con mi frase.

—Pero me parece que esto —señalé nuestras bebidas— suele mezclarse con algún refresco.

—Los tomaremos como si fueran chupitos —contestó Brian.

—Ni de coña, así vamos a acabar borrachos perdidos. Vamos a entrar en la cafetería para acabar de llenar los vasos con los refrescos. Y sed

disimulados, joder, que nos conocemos.

Todos asentimos ante la idea de Oliver. Ya de adentrarnos en el mundo de la bebida, al menos hacerlo con un poco de cordura.

Dos horas después, la cabeza me daba vueltas. Tenía serias dificultades para caminar y estaba segura de que balbuceaba, porque tenía la sensación de estar arrastrando las palabras. Me bebí cuatro vasos de vodka. Al principio me disgustó, pero, al final del primer vaso, noté que la presión que sentía en el pecho, cuando me acordaba de mi exnovio y de mi hermano, menguaba. No lo había compartido con mis amigos, pero me dolía más de lo que aparentaba. Aunque creo que ellos sí se percataron porque siempre intentaban animarme haciéndome reír con tonterías. Mientras estuve entretenida con la venganza de Logan, parecía que lo llevaba mejor, pero después tenía demasiadas horas para pensar en ello.

A medida que consumía más y más vodka, mejor me encontraba. Después de aquel mes transcurrido desde mi ruptura con Will, y pensándolo en frío, no creí que fuera una tragedia lo sucedido. Analicé palabra por palabra lo que me dijo Will y pensé que, tal vez, podía tener razón. Jamás debí haber hecho aquella apuesta. Independientemente de ganar o perder, Will es una persona, y no tenía ningún derecho a hacer lo que hice. Reconocí mi parte de culpa, que era casi toda. Bueno, toda.

El beso de Will y Tessa me dolió, pero me lo merecía. Aun así, no encontraba el valor suficiente para confesarle mis más íntimos pensamientos a Will, por lo que las cosas seguían igual. Y, con Daniel, era más complicado, mucho más complicado. Pero no me importaba nada, porque ambos eran una ligera nebulosa que apenas veía.

Me percaté de que a los que no veía hacía tiempo era a Oliver y Adam. ¿Dónde se habían metido? Eché un vistazo a mi alrededor y tampoco vi ni a Brian ni a Marco. «Seguro que están juntos, pensé. Los voy a llamar al móvil a ver dónde están, ¿y si les ha pasado algo?».

Saqué el móvil del bolso, que llevaba a juego con los zapatos, y me encaminé hacia la salida para alejarme del escándalo de la cafetería. Marqué el número de teléfono de Adam. Al cruzar la puerta choqué contra un muro. «¿Aquí hay un muro?».

Levanté la vista y descubrí que no era un muro. Era un chico. Tuve que entrecerrar los ojos para enfocarlos bien porque veía bastante borroso.

Era Will.

Apenas habíamos cruzado un par de miradas furtivas en toda la noche.

—Mira a quién tenemos aquí... A la reina de las apuestas.

—Ntengtimpopahabaconigo.

—¿Qué?

«Caramba. No me he entendido ni yo misma». Definitivamente, arrastraba las palabras. Me puse bien recta para que Will no se diera cuenta de que había bebido más de lo recomendable, y me propuse regalarle la siguiente frase muy despacio. A ver si, con un poco de suerte, dejaba de balbucear.

—Ejamepasar.

«Mierda».

El muro entrecerró los ojos y me observó con mucha atención. Se acercó a mí lento, muy lento. De hecho, más lento de lo que suele ser un movimiento humano común. Quizá no iba tan lento y era otro efecto del alcohol. Me agarró del hombro y se aproximó mucho a mí. «¿Me está olisqueando?».

—¿Estás borracha?

—No.

«¡Bien! Creo que empiezo a entenderme a mí misma».

—Hueles a alcohol, estás balbuceando, y ¡no eres capaz de tenerte tú sola en pie! ¿Qué cojones has bebido?

Me solté y lo empujé, pero en lugar de conseguir el efecto deseado y moverlo, fui yo la que me moví hacia atrás. Y si Will no me hubiera sujetado con la otra mano, incluso me habría caído al suelo. «Qué bochorno».

—Ol-ví-da-me —pronuncié las sílabas muy despacio, en un intento vano de que no descubriera (ya era tarde) mi lamentable estado.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa.

Y se marchó, dejándome sola y desconcertada. Menos mal que, como estaba borracha como una cuba, no me importaba nada de nada.

Logré salir de la cafetería y marcar el número de Adam.

El número marcado no existe. El número marcado no existe.

«¿Pero qué...? ¡¿Cómo que no existe?! Si me sé el número de Adam de memoria. ¡Me conozco toda la puñetera agenda de teléfonos de mi móvil de memoria!». Lo volví a intentar.

El número marcado no existe. El número marcado no existe.

Estuve a punto de ponerme a gritar por la desesperación, pero entonces escuché a Pear que me llamaba.

—¡Saga! ¡Saga! ¡Por fin te encuentro! ¿Onde estabas?

«¿Qué?».

—¡No sabes la que se ha organizado! Natalie ha insultado a Logggan.

«¿Qué?».

—¡Sara!

«¿Daniel?».

—¿Has bebido alcohol? —Mi hermano me agarró por los hombros y se acercó a mí.

«¿Pero qué pasa? ¿Otro que me olisquea?».

Miré a mi alrededor y descubrí a muchísima gente observándonos. Fue un milagro que ninguno de ellos fuera un profesor. No solo estaba Daniel, también estaba Will y algunos de sus amigos. Olivia movía los labios, lo que me indicaba que hablaba, pero no entendía nada. Escuché muchas cosas a la vez, pero no era capaz de responder. Solo sentía en mis oídos un pitido muy desagradable.

—No me contestes, ya veo que ni de eso eres capaz. Muy bien, Sarita, cada día te superas más a ti misma. Ven, vamos a dar un paseo.

Daniel me cogió de la muñeca tan fuerte que me hizo hasta daño. Me arrastró por los pasillos del polideportivo. No sabía a dónde íbamos. Pear y Olivia venían detrás de nosotros y les pedí ayuda con los ojos, pero no estaban en condiciones de ayudarme.

—¡Suéltame!

¿Es posible que el terror provoque que recuperes el habla?

—Enseguida te suelto, no vamos a tardar más de dos minutos.

—¡Suéltame, idiota! —repetí.

Daniel continuó arrastrándome a pesar de que yo intenté evitarlo. Si en un día normal era más fuerte que yo, con mis fuerzas mermadas por el alcohol todavía me pareció más fuerte. Entramos en los vestuarios de los chicos y fuimos derechos a... ¡las duchas!

—¡No, no, no, no, no! ¡Suéltame! ¡No te atreverás!

Pero sí se atrevió. Me introdujo en las duchas y de un golpe seco encendió el agua, que cayó congelada sobre mi cabeza. Chillé desesperada para que se detuviera y me soltara, pero no desistió en su empeño. Permanecimos bajo el agua lo que a mí me parecieron horas, hasta que Daniel decidió que ya nos habíamos mojado bastante, porque él también se mojó. Se me quitó la borrachera de golpe, estaba más despejada que nunca y sobre todo muy cabreada.

—¡Daniel! ¡Estoy empapada! ¡Voy a coger una pulmonía!

—Que duermas bien, Sarita —Eso fue todo lo que me dijo.

Contemplé anonadada cómo salía de la ducha y de los vestuarios. «Ah, no. No te vas a ir tan contento después de lo que me has hecho».

Salí corriendo detrás de él, intentando no tropezarme. Al dejar los vestuarios atrás, decidí quitarme los zapatos para correr mejor y, mientras tanto, no dejé de chillar e insultar a mi hermano. Le escupí todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Pear y Olivia me seguían, también parecían más despejadas. Sería por la sorpresa, porque mojadas no estaban. Ni una gota. Pasamos por la zona de la cafetería, y yo seguía chillando, pero Daniel no me escuchaba y estaba a punto de salir del polideportivo. Llamábamos la atención de todo el mundo, pero pensarían que no era más que otra pelea de los mellizos Summers, porque nadie parecía sorprendido.

—¡Vete a la mierda, Daniel! —Le tiré uno de los zapatos que tenía en las manos, pero no lo alcancé. Le tiré el otro zapato, pero tampoco logré acertar. Cuando me quedé quieta, fui consciente de que tiritaba de frío.

—¡No has dado ni una, Sarita! —me gritó Will.

Creí explotar de la furia que tenía contenida en mi pequeño cuerpecito. Necesitaba desahogarme.

—¡Te odio! —le grité a Will movida por la cólera.

—¡Y yo a ti! —me devolvió, encolerizado también.

¿Cómo habíamos llegado a aquello?

—¿Sara? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás empapada?

Oliver. A buenas horas aparecía. Él y el resto de mis amigos desaparecidos.

—¿Y vosotros, dónde coño estabais?

No esperaba una respuesta. Lo único que pretendía era hacerles saber que me habían dejado sola cuando más los necesitaba.

—Estábamos fumando —me susurró Adam, acercándose a mí, y mirando en derredor por si alguien más lo escuchaba. Mantenía la verticalidad de puro milagro.

Después de siete años, Adam seguía sin saber lo que era una pregunta retórica. Gruñí, me di media vuelta y salí del polideportivo dispuesta a meterme en la cama y olvidarme de aquel aciago día. Por supuesto, Brian tenía que decir la última palabra:

—Joder, qué carácter.

Mi primera resaca

Me desperté con los primeros rayos de sol. Me sentía fatal. Me dolía la cabeza y tenía nauseas. Me dolía todo el cuerpo, no creí que pudiera levantarme. No sabía qué hora era, pero no me importaba.

«¿Qué sucedió anoche?». No recordaba casi nada. Me venía a la cabeza mi propia imagen tomando vodkas en un vaso rojo de plástico, pero después de eso no recordaba nada. Levanté las sábanas y descubrí que estaba desnuda, no me había puesto ni el pijama. Y estaba sola, no estaban conmigo ni Oliver ni Adam.

Me concentré y atisé un recuerdo. Estaba indignada con mis amigos, por eso había dormido sola, porque desaparecieron sin decirme nada y no pudieron ayudarme cuando Daniel... «¿Cuando Daniel me metió en la ducha!». ¡Ya me acuerdo! ¡Idiota!». Me tapé los ojos con el brazo izquierdo. No tenía fuerzas ni para insultarlo más. Intenté recordar detalles nuevos, pero, momentos después, volví a caer sin remedio en los brazos de Morfeo.

Me desperté por segunda vez. ¿Qué hora sería? Había mucha luz en mi habitación, de modo que intuí que debía de estar ya muy entrada la mañana. Miré el reloj. Eran las once de la mañana. No había dormido tantas horas seguidas en mi vida. Pensé que quizá estar borracha me ayudaba a dormir más.

Tenía muchísima sed. Me levanté de la cama como pude y cogí una botella de agua que tenía en mi escritorio. Me la bebí del tirón. Me había perdido el desayuno, pero no tenía hambre; todavía tenía ganas de vomitar. ¡No pensaba probar el alcohol jamás en la vida!

Me metí en la ducha y fue la gloria. El agua caliente cayó sobre mi cuerpo y me revitalizó. Me senté en el plato de la ducha para estar más cómoda. «Oh, sí, qué maravilla». Salí de la ducha y me vestí. Recuperé mi móvil del suelo y vi que tenía bastantes mensajes de mis amigos informándome de que me esperaban en la pista de hielo. Y hacia allí me dirigí.

—Buenos días, *Toto*.

No contesté, aún estaba muy cansada. Me tumbé en las gradas con la misma necesidad de una persona que llevara diez horas haciendo deporte. Casi todos

mis amigos estaban sentados y desperdigados por los asientos. Los únicos que patinaban eran Marco y Moira, que se arrimaron a la barandilla en cuanto me vieron.

—Sara, ¿cómo estás? La que se lio anoche, entre unos y otros.

—¿Alguien puede contarme qué diablos pasó ayer por la noche? De principio a fin, por favor.

—¿No te acuerdas de nada? —me preguntó Oliver.

«Sí, me acuerdo de que me dejaste tirada, rubio».

—Solo me acuerdo de cuando me llenasteis el primer vaso de vodka y después hay un vacío. Lo último que recuerdo es a Daniel metiéndome en la ducha.

Escuché una risita. Levanté la cabeza y descubrí quién había sido.

—Brian, como vuelvas a reírte te juro que te meto el *stick* por ya sabes dónde.

Entre todos me contaron, detalle a detalle, lo sucedido la noche anterior. Hablaban todos a la vez y las explicaciones se solapaban las unas a las otras. Sus voces retumbaban en mi cabeza, que estaba a punto de estallar.

Recompusieron la historia de acuerdo con los recuerdos de cada uno, porque yo no era la única con resaca y pérdida de memoria. Natalie también bebió mucho y descargó toda su furia contra Logan. Le chilló, lo insultó y lo humilló, confesando a todo el mundo que no estaba muy bien dotado en sus partes íntimas. Pear y Olivia bebieron algo menos, pero lo suficiente como para estar borrachas y no acordarse de nada. Me contaron que apenas se separaron de mí en toda la noche y no sabían en qué momento desaparecí. Estuvimos horas bebiendo y charlando, pero no recordábamos nada de lo que habíamos hablado. Eso sí, las tres teníamos la misma sensación: hablábamos de algo muy importante. Algo que nos contaba Pear.

Moira era la que mejor se encontraba, ya que apenas bebió. Por eso patinaba tan feliz. Por lo que contaban, en el momento en que sucedió lo de Daniel, Moira acompañaba a Natalie a su habitación y hasta esa mañana no supieron nada de lo acontecido.

Los chicos también iban muy perjudicados, bebieron tanto o más que yo, todos excepto Marco, y les pareció buena idea robarle unos cigarrillos al profesor de literatura. No quise saber cómo lo hicieron. Me explicaron que nos avisaron de que se marchaban, pero que estábamos tan enfrascadas en nuestra conversación que no quisimos ir con ellos. ¿De qué estaríamos hablando? Cada vez me picaba más la curiosidad. Decidieron irse al

embarcadero a fumar y, cuando volvieron, se encontraron con todo el follón. Al acabar su exposición, comencé a pensar en voz alta.

—No estuve con Daniel en toda la noche y, aparentemente, bebíamos refrescos. ¿Cómo supo que estaba borracha?

Todos negaron con la cabeza. Oliver se sentó en el apoyabrazos de mi asiento y me ofreció un zumo de naranja que había conseguido en la cafetería. Me lo bebí como si se me fuera la vida en ello. Lo necesitaba.

—Ni idea...

—Apareció de repente —intenté concentrarme—, yo estaba fuera de la cafetería, me acuerdo de que Pear nos contaba algo... —Miré a Pear, pero seguía negando con la cabeza. No se acordaba—. Entonces apareció Daniel, pero no por casualidad, vino directo hacia mí. Sabía en qué estado me encontraba.

—Sé que estábamos juntas, pero no me acuerdo de qué hablábamos. Yo os contaba algo, pero no recuerdo qué. Sí recuerdo que tuve que salir a buscarte y que llevabas el móvil en la mano —me informó Pear. Hacía un esfuerzo enorme por recordar, al igual que yo.

«Llevaba el móvil en la mano. Quería llamar a Adam para preguntarles a dónde se habían ido, pero no llegué a llamar...».

—¡WILL!!

—¿Qué pasa con Will?

—¡Que estuve con él! Salía de la cafetería para llamar por teléfono y me choqué con él.

—¿Y qué pasó? ¿Os peleasteis? —me preguntó Olivia. También intentaba recomponer toda la historia.

Los recuerdos de la noche anterior empezaron a acudir a mi cabeza. Por supuesto que hablé con Will, y no tenía ninguna duda de que se dio cuenta de que yo había bebido. ¡Fue él quien se chivó a mi hermano!

—Ha sido Will, él le dijo a mi hermano que estaba borracha.

—¿Qué chivato! ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. Y os aseguro que las cosas no se van a quedar así. Si quiere guerra, guerra tendrá. Y vosotros dos —apunté con el dedo a Oliver y Adam, que me miraban cautelosos— me vais a ayudar con mi *vendetta*. Por dejarme sola.

De pronto, recordé que Natalie también la debió de liar.

—Natalie, ¿y qué sucedió con Logan?

La aludida, despatarrada en una de las sillas, no podía ni con su alma. Me

contestó con resignación.

—Pues que no me pude aguantar más y, cuando lo vi pasándose bomba con la asquerosa de Lisa, me acerqué a ellos y les grité. —Mi amiga se vino arriba. Se enderezó y continuó contándonos su noche—. Les dije a todos que Logan la tenía pequeña y tuve que contenerme para no darles un bofetón a cada uno.

—Te contuve yo —aclaró Moira—, porque ibas directa.

—Ya, bueno, y ¿sabéis qué? —Se levantó de su asiento—. No pienso volver a fiarme de un tío en mi vida, son todos unos cabrones y ¡no pienso dejar que nadie me mingunee!

—Ningunee, Natalie.

—¡Lo que sea! —me gritó, y volvió a sentarse en su silla.

—Bueno, chicos, ¿qué hemos aprendido de esta experiencia? —nos preguntó Marco sonriendo. Todos lo miramos irritados.

—¡No me miréis así, que era broma, coño!

Cada vez me venían más recuerdos a la cabeza.

—¿Sabéis lo que he aprendido yo? —informé a todos—. Que, si bebes, es mejor darle a la marcación rápida para llamar por teléfono y no intentar marcar el número de memoria.

—Por cierto —añadió Oliver—, esta mañana en el desayuno unos chicos me han dado uno de tus zapatos. Ha debido de aparecer tirado por ahí.

«¡Mis zapatos!». Me había olvidado de ellos. Al parecer, la noche anterior no solo perdí mi dignidad, también perdí mis Jimmy Choo.

—¿Y el otro?

Oliver se encogió de hombros.

Jamás apareció.

Vendetta

Me pasé días pensando en cuál podía ser el bien máspreciado que tenía Will y que no resultara del todo imprescindible para él. Necesitaba arrebatarle algo que le doliera, pero sin pasarme. Hay cosas que son insustituibles. Por más que pensaba y pensaba, siempre llegaba a la misma conclusión: su Fender Stratocaster, considerada por la mayoría de los entendidos como la mejor guitarra del mundo.

Will adoraba su guitarra, había estudiado música desde pequeño junto con Oliver y los demás. No tocaba en público, en eso nos parecíamos, pero siempre que podía se encerraba en su cuarto y se le pasaban las horas tocando. No estaba al nivel de mis amigos, pero no se le daba nada mal. Yo llegué a escucharlo en muchas ocasiones.

Estaba tan enfurecida con él, por la ducha fría de mi hermano y la pérdida de mi zapato, que no medí las posibles consecuencias de mis actos y decidí, erróneamente, robarle la guitarra. Tenía un plan y pensé que no podía fallar. «Seguro que después de esto se le quitan las ganas de meterse en mi vida».

—Sara, ¿en qué piensas tan concentrada?

Estábamos toda la pandilla sentados alrededor de nuestro árbol, justo encima del campo de fútbol.

—En nada bueno. De un momento a otro le van a salir rayos láser por los ojos si sigue observando a Von Kleist de esa manera.

Escuché cómo mis amigos dilucidaban sobre mis pensamientos. No iban mal encaminados. Me faltaban algunos flecos, pero pronto tendría un plan.

Will y sus amigos (entre los que se incluía mi exhermano) jugaban al fútbol en el campo, desde mi posición podía verlos con claridad.

No vi venir el balón, pero sí sentí el impacto en todo el costado. Miré hacia abajo, al campo de fútbol, y percibí cómo Will se ponía las manos en la boca, a modo de altavoz, para gritarme.

—¡Perdona, Sarita! Ha sido sin querer.

«Sí, claro, sin querer evitarlo. A ver, si no, cómo ha llegado el balón hasta aquí arriba. Maldito William». Me levanté con el balón en las manos y bajé

enfurecida las escaleras hasta el campo de fútbol. Cuando estaba a escasos metros de él, lancé el balón, con todas mis fuerzas, directo a su entrepierna.

—¡Joder! ¡Me has hecho daño, Sara! ¡Eres una bruta!

—Perdona, ha sido sin querer. —Le devolví la disculpa con mi voz más dulce. Me puso mala cara y se dio la vuelta. Aunque ya no podía verme, le regalé un corte de mangas.

Siempre intentaba fastidiarme. Tomé una decisión. Subí las escaleras y llegué a nuestro árbol.

—Oliver, no hagas planes para esta tarde.

—Tengo ensayo con el grupo.

—Pues no vas a ir.

—Sí voy a ir. Tengo un tema nuevo que quiero que escuchen los demás.

—No vas a ir y punto. Hoy me voy a vengar de Will, le voy a dar donde más le duele y necesito tu ayuda.

—¿No puede ir alguna de las chicas contigo?

—No, necesito que fuerces una puerta.

Ya había conseguido que enfocara toda su atención en mí.

—¿Qué planeas, Sara? Miedo me das...

—Vamos a entrar en la habitación de Will y le vamos a robar su adorable guitarra. Después lo voy a obligar a confesar que fue él quien se chivó a mi hermano de lo de la borrachera, tomando como rehén su guitarra.

Crucé los brazos y sonreí. Era un plan magnífico. Si no quería que le rompiera su guitarra en dos, tendría que confesar. Y, cuando lo hiciera y reconociera que él fue el artífice de que Daniel me metiera debajo de la ducha... Bueno, cuando lo reconociera, ya pensaría en la siguiente fase.

—*Totó*, últimamente no respetas las propiedades ajenas, empezaste robando un coche, unos prismáticos, una cámara de fotos y ¡ya no puedes parar! —me dijo Adam—. Pero que sepas que me parece una idea cojonuda. Que le jodan a Von Kleist.

—Joder, Adam, no le des más ánimos, que está descontrolada. —Oliver se frotó los ojos con las manos.

—No es para tanto —puntualizó Olivia—, solo va a secuestrar la guitarra del chivato hasta que confiese. Si me necesitas para algo, cuenta conmigo.

—No te preocupes. Solo lo necesito a él. —Señalé a Oliver con la cabeza—. Nos vamos a colar en el pasillo de la habitación de Will, y Oliver va a abrir la cerradura sin romperla, que no queremos que nadie se entere. Una vez dentro, cogemos la guitarra y nos vamos corriendo. Luego busco a Will y lo

amenazo.

—¿Y si aparece Will por su habitación? —me preguntó Adam.

—No va a aparecer, está jugando al fútbol. Pueden pasar horas hasta que decida ir a su habitación.

—Eso no lo sabes, Sara. El ser humano suele ser imprevisible.

Brian tenía razón. ¿Y si, de repente, se le ocurría ir a su dormitorio para algo? No podía dejar nada al azar. Desde luego que no me podría haber ganado la vida como creadora de planes perversos. Era un desastre.

—Tienes razón. —Apunté a mi mejor amigo con el dedo—. Adam, vienes con nosotros. Te quedarás en la puerta de la residencia por si ves aparecer a Will. Vamos, nene —le dije a Olly—, cuanto antes mejor. —El aludido resopló.

—Joder, siempre me metes en tus líos, ¿sabes qué? No pienso ir.

—Oliver, me lo debes. Si no me hubieras dejado sola el día de la fiesta, nada de esto estaría pasando.

Oliver chasqueó la lengua resignado. Ya lo había convencido, no solía costarme mucho.

—Está bien, tú ganas. Pero es la última vez que te ayudo en tus locuras. Ya lo sabes.

—Vaaale. —Lo agarré de la mano y lo dirigí hasta la residencia. Adam venía detrás de nosotros.

No nos resultó complicado colarnos en las plantas superiores de la residencia, que es donde se encuentran las habitaciones de los chicos. Por el día, no había tanta vigilancia. Adam se quedó en la puerta por si aparecía Will, y Oliver y yo fuimos a la habitación de mi exnovio. Conocía el camino de memoria, había pasado muchos ratos en su habitación. Hablando, tocando la guitarra, conociéndonos y explorándonos. Alejé esos pensamientos de mi cabeza y me concentré en el plan.

Le di una horquilla a Oliver para que abriera la puerta. Sabía que podía hacerlo sin dificultad, porque, hasta que conseguimos hacer copia de las llaves de nuestras habitaciones, tuvo que forzar más de una vez mi cerradura. La puerta se abrió sin apenas esfuerzo. Entramos despacio y cerramos con sigilo la puerta de la habitación.

Estaba todo como siempre. No vi que hubiera habido ningún cambio en los meses que yo no había parado por allí. Oliver no había entrado antes y lo observó todo con gran atención. Cogió una foto que descansaba sobre la mesita de noche. La miré de reojo y supe de qué foto se trataba. Era una foto

de nosotros dos juntos, de Will y mía. Estábamos en el embarcadero y nos dábamos un beso en los labios, a la vez que sujetábamos la cámara como podíamos para salir los dos. No creí que todavía la conservara. Yo tampoco había tirado a la basura mis fotos con él, aún no. ¿Eso significaba que no había llegado nuestro fin? No lo sabía. Tenía sentimientos encontrados hacia Will. Aparté mi mirada de la foto y busqué la guitarra.

—¿Dónde está la guitarra? —Oliver dejó el marco en su lugar y se acercó a mí.

—La suele guardar dentro del armario.

Abrí el armario y ¡bingo! Ahí estaba su preciosa Fender blanca y negra. La cogí y le hablé como si tuviera vida propia:

—Muy bien, preciosa, tú y yo vamos a negociar con tu dueño. No te preocupes, si todo sale como espero, no vas a sufrir ningún daño.

—Sara, coño, no seas teatrera y ¡vámonos!

Puse los ojos en blanco, por la poca complicidad de mi mejor amigo, y salimos por la puerta. Asomamos las cabezas y miramos hacia ambos lados, de izquierda a derecha y viceversa. No había moros en la costa. Cerramos con cuidado la puerta y salimos corriendo.

Nos topamos con Adam en la entrada y salimos con paso firme del edificio. Comenzamos a caminar hacia donde se encontraban nuestros amigos, pero, antes de que pudiéramos cantar victoria, escuché la voz de Will.

—¿Sara? ¿Es esa mi guitarra? ¿Qué haces con ella? ¿De dónde coño la has sacado?

«¡Maldita sea! ¡Es que nunca me pueden salir bien los planes!». Miré con ojos de terror a Oliver y Adam y entré en pánico. No sabía qué hacer, no pensaba cruzarme tan pronto con Will, por lo que no había preparado mi discurso. El instinto me dijo que huyera, y eso fue lo que hice. Hui.

Corrí, con la guitarra en la mano, sin saber hacia dónde dirigirme. Sorteaba obstáculos y esquivaba personas por doquier. Will venía detrás de mí. Lo escuché gritarme, pero, por suerte, cuando me descubrió, estábamos bastante lejos, lo que me dio ventaja.

Sin saber cómo, acabé en el embarcadero. Era nuestro lugar particular, quizá el subconsciente me guio hasta allí. No lo sabía, pero una cosa era segura: no tenía escapatoria.

—¡Sara, detente! ¡No avances ni un solo paso más!

«¿Pero este qué se cree? ¿Que me voy a tirar al agua?». Y, entonces, se me ocurrió. Sin pensármelo dos veces, levanté la guitarra por encima de mi

cabeza e hice como que pretendía tirarla al agua. Jamás se me ocurriría hacer una cosa así a propósito. Will adoraba esa guitarra, se la había regalado su padre hacía muchos años, la habían comprado juntos y le tenía un cariño especial. Me puse de espaldas al agua y me enfrenté a Will.

—¡Detente tú, Will! ¡No te acerques más o te juro que la tiro al agua!

Will levantó las manos en señal de rendición total.

—Está bien, no me muevo más. Pero, por favor, no tires la guitarra. Sabes lo importante que es para mí.

Ví la súplica en sus ojos. «Ahora me pones esa cara de cordero degollado, pero bien que te reías cuando Daniel me metió bajo el agua». Solo de acordarme de aquel momento, una ira, hasta aquel día desconocida para mí, se apoderó de todo mi cuerpo.

Miré detrás de Will y distinguí a Oliver y Adam. Habían venido corriendo detrás de nosotros. Oliver me decía que no con la cabeza, fuera lo que fuera lo que estuviera pensando hacer. Adam parecía preocupado, me miraba sin saber qué decirme.

—¿Le dijiste tú a mi hermano que estaba borracha?

—¿Qué?

—¡No te hagas el tonto, Will! ¡Me has escuchado perfectamente! —La ira se apoderaba más y más de mí—. ¿Fuiste tú?

No me contestó, pero vi la culpabilidad en sus ojos. Más alumnos vinieron corriendo hacia el embarcadero, movidos por el jaleo que estábamos organizando. Daniel encabezaba la marcha.

—¿Fuiste tú?

No hubo respuesta. Solo miradas suplicantes.

—¡Contéstame!

—¡Sí, fui yo!

«Lo sabía. Maldito gilipollas chivato». Antes de darme cuenta, mis manos cobraron vida propia, movidas por la furia acumulada en mi interior, y lanzaron la guitarra al agua. Me arrepentí al instante de haberlo hecho, pero ya no había vuelta atrás. La guitarra se hundía en las profundidades del río sin remedio.

—Pero ¿qué has hecho, Sara? ¡No voy a poder encontrarla!

Tenía razón. Ya había anochecido, y las aguas son profundas; era imposible que la localizara. No en ese momento. Aun así, no desistió y pasó por mi lado, empujándome, para, acto seguido, arrancarse las playeras y tirarse a las oscuras y frías aguas.

Todos los curiosos observadores se aproximaron a nosotros para ver lo que sucedía, pero yo era incapaz de moverme del sitio. Oliver y Adam me decían algo, pero no los escuchaba. Había tirado la guitarra de Will al agua. HABÍA TIRADO LA GUITARRA DE WILL AL AGUA.

Pensé que una fuerza oscura y maléfica me había poseído por unos instantes, aunque mi yo interior no estaba de acuerdo y me susurró que, en realidad, deseé tirar la guitarra al agua desde el primer momento. Quería vengarme. ¿En qué clase de persona me convertía eso? Ahí fue cuando me di cuenta de que Will siempre sacaba lo peor de mí.

Escuché un chapoteo en el agua y me giré para ver qué sucedía. Era Will, que había salido a la superficie y se disponía a salir del agua. En cuanto salió, señaló a mi hermano con el dedo.

—La voy a matar.

«Oh, oh, creo que se refiere a mí». Atisbé en sus ojos la misma ira que me había poseído a mí instantes antes. Eché a correr como si me persiguiera el mismísimo diablo. Corrí y corrí, pero Will se acercaba. Por suerte para mí, le costaba correr porque estaba empapado de pies a cabeza, no conseguía alcanzarme y, además, le sacaba mucha ventaja desde el principio, ya que tuvo que calzarse antes de empezar a perseguirme.

Atravesé el campo de fútbol gritando a la gente que se apartara de mi camino, subí por las escaleras y crucé la cancha de baloncesto que también estaba abarrotada de alumnos. «¡¿Pero cuántos vivimos en este colegio?! No hay más que gente por todas partes».

Giré la cabeza y descubrí, con pavor, que Will había conseguido más ventaja. Me alcanzaría tarde o temprano. Seguí subiendo las escaleras hasta que llegué al patio del colegio. A lo lejos, divisé a la directora, que charlaba con varios profesores. No lo pensé ni un segundo. Fui hacia ellos.

Cuando estaba a punto de alcanzar mi objetivo, Will me cogió del jersey, pero saqué fuerzas, ni sé de dónde, y conseguí soltarme y dar los escasos pasos que me quedaban hasta llegar a mi tabla de salvación. Frené y me coloqué detrás de la directora para que me protegiera de mi perseguidor.

—Directora Peters —me faltaba la respiración— me —paré para respirar —alegro —respiración— de verla tengo que —respiración— hablar con —respiración— usted.

—Sara, ¡¿qué te pasa, hija?! Te vas a desmayar, respira tranquila.

Peters siempre me tuteaba en la época escolar, algo que no era muy común en ella. Los demás profesores me observaban de manera interrogante. Entre

ellos estaba el profesor de matemáticas, el buenorro. «¡Qué guapo es este chico! Sara, ¡ahora no! Tienes cosas mucho más importantes en las que pensar». Llegó Will y yo seguía intentando recuperar mi respiración.

—¡Sara!

Me escondí detrás de Peters. Will estaba rabioso y empapado. Tenía el rostro rojo y le chorreaba agua por el cabello y por toda la cara. No pude evitar que floreciera el amago de una sonrisa en mi cara, estaba en las mismas condiciones en las que acabé yo el día de la fiesta, por su culpa. Una voz interior me susurró que la culpa fue mía por emborracharme, pero la ignoré. También llevaba la camiseta muy pegada al cuerpo y se le marcaban los músculos. ¡En qué cosas me fijaba, incluso en situaciones límite! Eché la culpa a las hormonas adolescentes.

Se agachó, apoyó las manos en sus rodillas y me miró. Estaba agotado, y también respiraba entrecortadamente, intentando recuperar el aliento. Al menos era deportista y estaba acostumbrado al ejercicio físico.

—Señor Von Kleist, ¿qué le ha pasado? ¿Por qué está empapado?

Ninguno de los dos pudimos hablar, estábamos demasiado cansados. Will se tiró en el suelo boca arriba para recuperarse. Veníamos corriendo muy rápido. Yo imité sus movimientos y me tumbé también. Que me matara si quería, pero no podía permanecer de pie ni un minuto más.

—¿Alguien va a decirme qué pasa aquí?

Permanecemos en silencio, todavía recuperándonos.

—Directora Peters, se ha caído un remo al agua, me figuro que Sara y Will ya la han informado.

«¿Daniel? ¿Un remo? Vaya excusa de mierda, no va a colar».

—¿Cómo que se ha caído un remo al agua? ¿Jugabais con él indebidamente? ¿Por eso se ha tirado al agua, señor Von Kleist?

Miré hacia Will, que dijo sí con la cabeza. Después, me devolvió la mirada. Fue como si estuviera dentro de su mente: «De esta no te vas a librar, Sarita».

Me arrepentí muchísimo de haber perdido la guitarra de Will. Es, sin duda, una de las peores actuaciones que he tenido. No me reconozco. La mirada de Will hizo que se incrementara mi sentimiento de culpabilidad.

—Por Dios Santo, me habéis asustado, no era necesario que vinierais tan veloces. Recuperaos tranquilos y usted, caballero, métase en la ducha con agua caliente, va a coger lo que no tiene.

Daniel ayudó a Will a levantarse cuando su corazón recuperó el ritmo

habitual, y se fueron. No sin antes amenazarme, una vez más, con los ojos.

—Will, perdóname —le dije arrepentida. Me miró por encima de su hombro y no me contestó. Siguió su camino. Parecía abatido.

¡Vaya racha que llevaba! Desde aquella apuesta que hice con Tessa, todo me salía mal, y no hacía más que tomar malas decisiones. No quería volver a apostar en toda mi vida. En fin, como decía Escarlata O'Hara: *Al fin y al cabo, mañana será otro día.*

Hay que recuperar la guitarra, como sea

Nos encontrábamos los tres sentados en el borde del embarcadero: Adam, Oliver y yo. Nuestros pies desnudos casi rozaban las frías aguas del río y estábamos dispuestos (unos más que otros) a darnos un buen chapuzón.

Eran las ocho de la mañana, y ya divisábamos los primeros rayos de sol. Antes de ir hacia allí, habíamos pasado por el polideportivo; no imaginé lo útiles que resultarían las llaves que me prestó Peters para poder patinar. Asaltamos la pequeña salita donde se guardaban los trajes de neopreno para las clases de buceo de la temporada estival, y nos los enfundamos. También nos habíamos provisto de tres pares de aletas, tres minibotellas de oxígeno y tres pequeñas linternas para la cabeza.

Con todo aquello, ya estábamos preparados para sumergirnos en el agua en busca de la guitarra de Will. Apenas habían pasado unas horas desde que la había arrojado al río, por lo que tenía esperanzas de poder recuperarla. Una vez lo hiciera –no me podía ni plantear a mí misma la posibilidad de no encontrarla–, trabajaría día y noche para intentar arreglarla.

No me había cruzado con Will desde el día anterior por la tarde, de modo que no sabía con qué humor se habría despertado. Me imaginé que no sería muy positivo; solo esperaba que ya no tuviera ganas de matarme. Y que no me odiara. Entre la apuesta y la guitarra, me había lucido.

—No entiendo qué estamos haciendo aquí.

—Ya te lo he explicado, Adam. Hay que rescatar la guitarra de Will.

—¿Por qué?

—Porque me siento fatal por haberla tirado. Y, como ha pasado poco tiempo, creo que podemos encontrarla.

—Pues no haberla tirado, en primer lugar.

«Puñetero Oliver, cuando quiere, cómo me toca las narices».

—¡Claro, y por eso me hacéis madrugar a mí! ¡Para que me meta al agua, que estará congelada, en busca de esa puñetera guitarra que me trae sin cuidado! ¡Y, encima, esta noche no he dormido una mierda!

Por supuesto que había dormido poco, desde que mantuvo relaciones

sexuales con Sophie no había parado de fornicar. Por lo que me contó, ya se había acostado con seis chicas diferentes. Creo que las volvía locas cuando se paseaba por los pasillos del colegio con sus pintas de rockero y la guitarra colgada del hombro.

—A mí no me metas, que también vengo aquí obligado —le replicó Oliver.

—Chicos, por favor —les supliqué—, ya sé que no debí tirarla, pero no puedo regresar al pasado y deshacerlo; por eso tenemos que localizarla como sea y, además, con los trajes de neopreno no vamos a pasar frío.

—No vamos a pasar calor precisamente —respondió Oliver mordaz.

Se habían levantado de muy mal humor aquella mañana. No creí que fuera para tanto darse un bañito a las ocho de la mañana en el río en pleno invierno... «O quizá sí». Me prometí a mí misma recompensárselo a ambos en un futuro cercano.

—No vamos a discutir más, ya estamos aquí y tenemos todo preparado —les dije—. Poneos las aletas.

Los tres nos colocamos las aletas en nuestros pies.

—Bien, ajustemos nuestras linternas.

Ajustamos las linternas que llevábamos en la cabeza. Aunque ya había salido el sol, el agua estaba muy oscura, de modo que íbamos a necesitar luz artificial si queríamos ver algo.

—Repasemos las señales. Si encontramos la guitarra, damos un fogonazo con la linterna y, si alguien tiene algún problema y necesita salir a la superficie, damos dos fogonazos de luz. ¿Listos, chicos?

—Esperad un momento —espetó Adam—. Y, si vemos un tiburón, ¿cuántos fogonazos de linterna damos?

Al menos, parecía que recuperaban el buen humor. Adam incluso tenía ganas de bromear. Sabía perfectamente que era imposible que hubiera tiburones en un río en Escocia.

—Muy gracioso, Adam. Pero en estas aguas no hay tiburones. Como tú mismo has dicho, están congeladas y los tiburones son de agua templada. Deja de decir tonterías.

—¿Ves, Sara? Esa es una de las razones por las que no te salen bien los planes, no reparas en los detalles.

—¡Oliver! Deja de tocarme las narices. ¡Aquí no hay tiburones! ¡Es un puñetero río!

Oliver se encogió de hombros. Cuando se unían los dos en mi contra para tomarme el pelo, no había quien pudiera con ellos. Lo mejor que podía hacer

era rendirme y continuar con la broma.

—¡Está bien! ¡Tres fogonazos de linterna si vemos un tiburón! —Los miré a ambos alternativamente de derecha a izquierda— ¿Contentos?

Ambos se troncharon de la risa. ¡Qué paciencia tenía!

Nos colocamos en último lugar las minibotellas de oxígeno, que nos ayudarían a respirar durante varios minutos. Hice la cuenta atrás con los dedos: «Tres, dos, uno, y ¡al agua!».

Nos sumergimos los tres a la vez. ¡Coño, qué fría! No importaba que lleváramos los trajes de neopreno como protección, el agua estaba helada. Deseé que apareciera pronto la guitarra o moriríamos de hipotermia.

Nos separamos y comenzamos a nadar en diferentes direcciones. No teníamos que cubrir demasiada distancia, ya que, en aquel lugar, las corrientes no eran fuertes, de modo que la guitarra no debía de andar lejos. O eso esperé.

Después de varios minutos buscando, me empecé a impacientar. ¿Y si no la encontraba? Tenía que plantearme de una vez por todas pensar bien las cosas antes de actuar. No podía continuar moviéndome por impulsos, porque las consecuencias cada vez eran peores.

Busqué entre las algas por si se había quedado enganchada en ellas, pero nada. No aparecía por ninguna parte y empezaba a tener mucho frío.

De pronto, alguien se acercó a mí y me agarró del codo. Era Adam. Me señalaba algo. Me fijé y descubrí que Oliver nos daba fogonazos con su linterna. Conté los fogonazos. Eran series de tres. No podía ser, ¿tiburón? Miré horrorizada a Adam y nadamos rápido hacia el exterior. Cuando asomamos la cabeza, nos deshicimos de las minibotellas de oxígeno y nos miramos asustados el uno al otro.

—Eran tres fogonazos, Sara.

—No puede ser. —Miré muy nerviosa hacia todos los lados porque Oliver aún no había salido del agua— ¡Oliver! ¡Oliver, si es una broma, no tiene gracia! ¡Oliver!

No se escuchaba ni un sonido, apenas nuestras respiraciones y algún chapoteo que hacíamos Adam y yo mientras movíamos los brazos para mantenernos a flote en el agua. Di una vuelta sobre mí misma, asustada de poder tropezarme con una aleta de tiburón. Un miedo que no había sentido antes en mi vida me recorrió todo el cuerpo, y no era por mí. Estaba dispuesta a sumergirme en el agua para buscar a Oliver cuando Adam se puso delante de mí para protegerme. ¡Como si hubiéramos tenido alguna posibilidad de haber habido un tiburón rondando debajo de nosotros!

Después de varios segundos que parecieron horas, Oliver salió a la superficie. ¡Por fin! Me había quedado sin respiración. Morí y resucité en aquellos segundos. Un gran alivio me inundó cuando vi la cabeza de Oliver. «Espera, ¿se está riendo?».

—¡Os teníais que haber visto la cara! —Oliver estaba doblado por la risa. «Será capullo». Me había dado un susto de muerte. «A ver si con un poco de suerte traga agua de tanto reírse».

—¡No tiene gracia, imbécil! Nos has asustado.

Adam me quitó las palabras de la boca, y Oliver siguió riéndose a carcajada limpia.

—¡No voy a olvidar esas caras en mucho tiempo! ¿No decías, totalmente segura, que no había tiburones en estas aguas, nena?

—¡Cállate ya, idiota! —Me acerqué nadando hacia él y lo salpiqué con el agua. Adam venía detrás de mí.

Cuando llegué hasta él, lo cogí del cuello y le hice una aguadilla, a ver si se le quitaban las ganas de reírse. Oliver me cogió de la cintura y me arrastró con él hacia el fondo del río. Nos peleamos en las profundidades y salimos a la superficie. Poco después, fue Adam quien sumergió a nuestro gracioso amigo. Así estuvimos un buen rato, jugando, hasta que, una vez pasado el susto, nos reímos los tres de la ocurrencia de Oliver.

—Chicos, no os he dicho lo mejor. —Oliver me miró y sonrió, dejando asomar esos hoyuelos que tanto me gustan—. He encontrado la Fender.

«¡La guitarra!». ¡Se me había olvidado con la historia del tiburón! Oliver se zambulló de nuevo y, al cabo de medio minuto, salió a la superficie... ¡con la guitarra!

—¡Oliver, te quiero! ¡Eres el mejor del mundo!

Oliver me sonrió de medio lado y nos aproximamos al embarcadero para salir del agua. A pesar de que nos habíamos movido mucho, estábamos los tres tiritando de frío y teníamos los labios morados. Aun así, nos quedamos sentados en la misma posición que habíamos mantenido a primera hora de la mañana.

—Y ahora, ¿qué?

Examiné la Fender, que, por desgracia, parecía estar bastante dañada.

—Voy a arreglarla. Primero la desmontaré entera para secarla bien y luego la volveré a montar y, si veo alguna pieza dañada, la sustituiré, aparte de las cuerdas, claro, que ya veo que están oxidadas.

Si había podido desmontar y montar un piano, no creí que una guitarra se

me resistiera.

—¿Y se la vas a devolver a Von Kleist?

—En cuanto la arregle. Esta vez me he pasado. No debí tirarla.

Nos levantamos y fuimos a nuestras habitaciones a darnos una buena ducha caliente. Total, ya llegábamos tarde a clase.

En el descanso para la comida, la pandilla nos preguntó la razón por la que habíamos llegado tarde a clase esa mañana. Les contábamos nuestra aventura en el río, cuando me llegó un mensaje al móvil. Era un mensaje multimedia, no se veía muy bien, porque, desde el día que Daniel me metió en la ducha, mi móvil no volvió a ser el mismo, pero se veía con claridad que era de Will y que era una foto.

Abrí la foto y distinguí unos patines, pero no unos patines cualesquiera... ¡eran mis patines! ¿Qué significaba aquello?

Debajo de la foto había un mensaje:

Will: Quid pro quo.

Una cosa por otra. «¡Oh, no! Will, ¿qué has hecho con mis patines?».

—*Totó*, ¿qué sucede? Te has puesto muy pálida de repente —me preguntó Adam.

Patines al agua

Después del susto inicial por la amenaza de Will hacia mis patines, otra vez esa furia desmesurada me recorrió el cuerpo sin control. Ya incluso éramos amigas.

Will podía hacerme a mí lo que quisiera (algo que ha hecho toda la vida), pero mis patines eran sagrados, y él lo sabía. Hubiera preferido que me robara el piano; se podía comprar otro y sonaría igual o mejor, pero las horas de entrenamiento que pasamos mis patines y yo no se podían sustituir. La forma en la que nos compenetrábamos, después de tantas horas juntos, tampoco se podía sustituir. Con ellos había ganado muchos premios, pasado muy buenos momentos y quería conservarlos toda la vida. Aunque dejara de usarlos, quería que estuviesen ahí como un recuerdo permanente de lo que fuimos juntos alguna vez. A las personas nos complace atesorar recuerdos; algunos están solo en nuestra cabeza, pero otros, además, son patentes.

Cuando mis patines desaparecieron el día del campeonato, no consideré la posibilidad de haberlos perdido; no tuve tiempo para ello, porque lo que más me importaba era no perder la apuesta (error del que aprendí una considerable lección de vida) y, además, aparecieron enseguida. Pero, después de lo que le había hecho a la Fender de Will, sentí auténtico pánico. Tenía la esperanza de que no les hiciera nada irremediable, pero ignoraba cómo iba a actuar Will. A pesar de esos dos años de relación que habíamos mantenido, no nos conocíamos al cien por cien.

Aquella furia incontrolable, junto con el pavor de perder mis patines, se extendía más y más por todo mi cuerpo.

—Si le ha hecho algo a mis patines, os juro que no se lo perdono en la vida. Y yo jugándome la vida, intentando recuperar su guitarra, ¡casi me tengo que enfrentar a un tiburón!

Queda claro que a exagerada no me gana nadie. Estaba desesperada.

—Nena, por favor, ¡no exageres! Cuando te pones en ese plan...

—¿Por qué me ha mandado esta foto? ¡Porque son mis patines! —Le planté la foto a Oliver en la cara— ¿A que son mis patines?

Oliver apartó, molesto, el móvil de su rostro y continuó comiendo.

—Tiene toda la pinta, sí, aunque es difícil saberlo con esa mierda de móvil que tienes. De todas formas, no creo que haga nada con ellos, sabe lo imprescindibles que son para ti y lo que sucedió la última vez que los perdiste.

Sí, eso lo sabía bien. Aún sufríamos las consecuencias.

—Tú le tiraste al río algo importante para él, Sara. Estará superenfadado y querrá devolvértela.

—¡No puedes comparar una cosa con otra, Moira! Vale que él quiera mucho a esa dichosa Fender, pero mis patines... ¡Son toda mi vida! —A dramática tampoco me gana nadie—. Además, yo me he tirado al río esta mañana para recuperar su guitarra porque no quiero que sufra por ella.

—Pero eso él no lo sabe —me recordó Pear—. Lo mejor es que vayas a hablar con él y confieses; se pondrá tan contento que te lo perdonará todo. Está loco por ti. Y, así, acabáis con esta guerra insulsa que os traéis entre manos.

—De eso nada, quiero saber qué ha hecho con mis patines. Ahí me voy a dar cuenta de si me quiere tanto como dice.

Di un mordisco a una manzana.

—¿No los habrá tirado al río? —Se le ocurrió a Adam, de repente.

«Ay, mi madre, mis patines». Tiré la manzana a la bandeja, me levanté de la silla y salí corriendo.

Will

Me costaba creer que Sara me hubiera tirado la guitarra al río. ¡Me entraban ganas de matarla! Aquello había llegado demasiado lejos. Después de la pelea por la apuesta, le quise dar a Sara unos días para calmar las cosas, pero se nos había ido de las manos y ya habían pasado casi dos meses. A esas alturas, pensaba que ya seríamos novios de nuevo. La echaba en falta. Aunque no podía olvidar que me había tirado la guitarra al río. Adiós a mi preciosa Fender, nunca más la sujetaría entre mis manos. Me gustaba mucho esa guitarra.

Sara debía entender que no podía actuar sin pensar en las consecuencias. Quise darle un pequeño susto con sus patines. Luego intentaría hacer las paces con ella.

«¡No, espera! ¡Concéntrate, Will! No olvides que primero te perdió en una apuesta, luego te abandonó por cumplir los términos de su apuesta y, para rematar la faena, te ha dado un balonazo en los huevos y te ha tirado la guitarra al río. *Quid pro quo*».

Sí, lo más justo hubiera sido que yo le pagase con la misma moneda, tirarle sus patines al río habría sido un buen escarmiento. No descarté del todo la idea. No quería llegar tan lejos, pero, después de acordarme de todo lo que me había hecho, cualquier venganza me parecía insignificante.

Por suerte, Daniel quiso aprovechar el descanso de la hora del almuerzo para ir a la pista de hielo a entrenar, por lo que estaba en el lugar indicado. Fue una señal, sin duda. Me levanté para ir hacia los vestuarios y, de camino, le hice una señal a Dan para que supiera que volvía enseguida. No quería confesarle que me proponía secuestrar los patines de su hermana porque seguro que intentaba impedírmelo. Estaba hasta los cojones de aquella guerra. Al final, la mierda lo había salpicado, y Sara y él no pasaban por su mejor momento.

Llegué a la zona de los vestuarios y eché un vistazo hacia ambos lados: no había nadie. Con paso firme, abrí la puerta del vestuario femenino. Estaba vacío, a esas horas la gente comía y había pocos alumnos en la pista. Tessa era una de ellas; vaya obsesión que tenía esa chica con el patinaje, siempre que acompañaba a Dan a la pista la veía practicando. Localicé la taquilla de mi exnovia.

Ya solo tenía que abrirla. Las taquillas de los vestuarios no eran muy difíciles de manipular, lo había hecho antes y sabía que no me llevaría mucho tiempo. Saqué un clip que me había guardado antes en el bolsillo, y lo inserté en la pequeña cerradura. Enseguida hizo *clic*. Tal como había anticipado, me resultó demasiado sencillo. «Podrían tener mayor seguridad, ¡cualquiera puede abrirlas sin dificultad!».

«Cualquiera puede abrirlas sin dificultad», repetí mis propios pensamientos. Una fuerte sospecha me vino a la cabeza. ¿Era posible?

Volví a la pista y entré en el hielo. Seguía con los zapatos del colegio, por lo que iba con cuidado de no resbalarme. Dan me vio y vino hacia mí.

—Eh, tío, no puedes entrar aquí con esos zapatos. Si te ve alguien, te va a amonestar. ¿Qué llevas colgado del hombro? —Abrió mucho los ojos cuando se dio cuenta de lo que era— ¿Son los patines de mi hermana?

—Solo será un minuto, Dan. Tengo que hacer algo. Confía en mí.

Dan notó la urgencia en mi voz y asintió. Fui directo hacia Tessa, que estaba en un extremo de la pista practicando giros.

—Hola, Tessa. —Frenó en seco y me miró con una gran sonrisa en la cara. La había sorprendido. Pocas veces me dirigía a ella. Y, después de lo que pasó entre nosotros, todavía menos. Más tarde supe que estaba enamorada de mí. Aunque yo más bien diría... obsesionada. Por eso tenía a Sara en su punto de mira y por eso hizo todo lo que hizo. Para mí era como si no existiera. Me acordé de lo desagradable que me resultó nuestro beso. Ni muerto la volvería a tocar. «A ver cuánto te dura esa sonrisa. Si las cosas son como sospecho, me parece que muy poco».

—Hola, Will, ¿has venido a ver a Daniel?

El susodicho se colocó a mi derecha con los brazos cruzados, quería saber qué sucedía y adoptó una pose defensiva. No entendía que me hubiera acercado a saludar a Tessa después de lo que pasó con su hermana y, además, llevaba sus patines colgados de mi hombro derecho.

—En realidad, he venido a secuestrar los patines de Sara. Cosas nuestras —le aclaré.

—Pero no habéis vuelto, ¿cierto? —El absoluto tono de terror con el que me hizo esa pregunta debió de darme una pista de los sentimientos obsesivos que esa chica tenía hacia mí.

—No.

Seguí hablando, quería exponer mi teoría y ver cómo reaccionaba.

—Me ha pasado una cosa curiosa ¿sabes? Cuando he ido a robar los

patines de Sara, he abierto la taquilla sin ninguna dificultad y he pensado que cualquiera podría abrirla. Y, justo después, me ha venido a la cabeza lo conveniente que resultó para ti que desaparecieran misteriosamente los patines de Sara justo antes de la competición.

—¿Qué insinúas? —me preguntó, sorprendida y asustada a la vez.

—Sí, ¿qué quieres decir, Will? —me preguntó Daniel, nervioso, mientras descruzaba los brazos.

—No quiero insinuar nada. Te lo pregunto a la cara, Tessa. ¿Robaste tú los patines de Sara?

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco?

—Contesta a la pregunta, Tessa —le ordenó Daniel.

—¡No! No me hace falta ninguna artimaña para ganar a Summers.

Dan se acercó a ella y se quedó a escasos milímetros de su rostro.

—Más te vale, Tessa. Porque, como me entere de que te metes en la vida de mi hermana, te juro que me las vas a pagar, y me importa una mierda que seas una tía.

—¡Yo no tengo la culpa de que tu novia te haya apostado! ¿Me oyes? —me gritó, sobresaltada— ¡No es mi culpa!

Todos nos observaban. Alejé a Dan de la bruja que tenía enfrente e intenté calmarlo. No tenía ninguna duda, había sido ella, pero no podía demostrarlo. Lo único que podía hacer era amenazarla para que no volviera a hacer nada contra Sara. De nada me sirvió.

—Más te vale que no me entere de que has sido tú, Tessa. Quedas avisada —la amenazó mi amigo antes de abandonar la pista.

Una vez en los vestuarios, hice participe a Dan de mis sospechas.

—¿De verdad crees que ha sido ella, Will?

—Sí, estoy seguro. Y te voy a decir más, sospecho que lo planeó todo desde el primer momento. Llevó a tu hermana hasta el límite, para que hiciera la apuesta, y después le robó los patines para así asegurarse la victoria. Ya lo entiendo todo. ¡Y yo echándole toda la culpa a Sara!

—¿Por qué haría eso? ¿Tanto le gustas?

—No me subestimes, Summers. Estoy bastaste bien —bromeé—. De todas formas, ya no podemos hacer nada. Los patines aparecieron dos días después y no tenemos pruebas contra ella.

—Intentaré vigilarla de cerca. Y, dime, ¿qué cojones haces con los patines de mi hermana?

—Pretendía tirárselos al río, pero, después de lo que he descubierto, no lo

tengo tan claro.

—¿Al río? Sabes que, si haces eso, lo más seguro es que la pierdas para siempre, ¿cierto?

—Sí, lo sé. Joder, ya... ya nos hemos peleado demasiado, Dan. Ya es hora de que las aguas vuelvan a su cauce.

Mi amigo no me dijo nada, no quiso entrometerse porque era de su hermana de quien hablábamos.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Cuándo vas a hacer las paces con ella? ¿No crees que deberíais hablar? Es tu hermana melliza, Dan.

—No lo sé, no me apetece pensar en ello, es complicado. —Cambió de tema—. Cuéntame qué nuevos planes tienes para esos patines, porque dudo mucho que fallezcan en el río.

Después de salir de los vestuarios, le mandé una foto a Sara de sus patines. Se pondría como una loca cuando la viera, y yo me alegraría por ello. Esperaba que esos minutos de incertidumbre le sirvieran de escarmiento. Divisé a sus amigos al entrar en el comedor, pero no había ni rastro de ella. ¿Dónde habría ido? Pocas veces se separaba de ellos.

Me di la vuelta para irme hacia mi clase y, entonces, la vi aparecer por el pasillo. Venía corriendo. «Ahí estás, preciosa. Que empiece el juego».

—¡Will! ¡Quiero que me devuelvas mis patines!

—¿Tus qué? —Decidí increparla, se lo merecía por lo de mi guitarra.

—¡Mis patines, gilipollas! No disimules, me has mandado una foto desde tu móvil.

¡Qué puta manía tenía de llamarme gilipollas cuando se cabreaba! Me sacaba de quicio.

—No disimulo, perdona, no te había entendido bien, hablas atropelladamente. ¿Estás nerviosa, Sarita?

—Will, me estás cabreando y mucho. Estás a punto de cruzar la línea, dime qué has hecho con ellos o te juro que me las pagas.

—¿Con qué te las voy a pagar, Sarita? Ya me has quitado todo lo que me importaba.

—¡No exageres! Tu vida no giraba alrededor de esa guitarra.

—No me refiero a la guitarra.

La dejé sin palabras. Sabía que me refería a ella. Se apartó un mechón que se le había escapado de la coleta de la cara. Pensé que debería hacerla sufrir

más, por prepotente y orgullosa. Aun así, decidí no hacerlo.

—Está bien, para que veas que estoy en plan conciliador, te voy a decir dónde están tus adorados patines.

—¿En plan conciliador? ¿Por eso me has robado los patines?

—¿Me vas a escuchar o no?

Se cruzó de brazos y me miró expectante.

—Vamos al polideportivo. —Le hice una señal con la cabeza para que me siguiera. Íbamos a faltar los dos a clase.

—¿Al polideportivo?

—Sí, tus patines están en la piscina.

Sara se detuvo de repente.

—¿En la piscina? Will, por favor, dime que te refieres a «fuera de la piscina» y no a «dentro de la piscina».

—¿Por qué cojones iba a dejarlos «fuera de la piscina»? ¿Qué gracia tendría eso? Tú has tirado mi guitarra al río. —Por la cara de espanto que puso, supe que había conseguido asustarla. «Bien».

—Will, ¿qué has hecho? ¿Cuánto tiempo llevan ahí? ¿Se van a oxidar las cuchillas! ¿Has roto mis patines!

Sara echó a correr en dirección a la piscina y yo la seguí. Joder, qué dramática se podía llegar a poner cuando se lo proponía.

¡No les había pasado nada a sus patines! Al final no los metí en el agua, pero quise que pensara que sí, para que escarmentara.

—No les ha pasado nada, Sara. Los vas a recuperar. No se puede decir lo mismo de mi guitarra, ¿verdad?

No quería dejarme llevar por su carita de preocupación y no quería olvidarme de mi guitarra. Pretendía que percibiera la amargura en mi tono de voz. Al fin y al cabo, el disgustado debería ser yo; no sé cómo lo hacía, pero siempre conseguía darle la vuelta a todo.

Llegamos a la piscina cuando ya había comenzado la clase de natación correspondiente. Parecían críos de no más de doce años. Sara dio vueltas por la piscina buscando sus patines. Los niños nos miraban embobados, no todos los días irrumpían alumnos mayores así en su clase.

—¿Sara?

«Esa voz me suena mucho». Me giré y descubrí a Kate, la hermana pequeña de Dan, y la de Sara, claro.

—Señorita Summers, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué está buscando?

Sara ignoró tanto a su hermana como al profesor de natación y vino hacia

mí.

—¿Dónde están?

—Por aquel extremo. —Señalé el extremo opuesto al que estábamos.

Mi preciosa e histérica exnovia salió corriendo —sin apenas concederme capacidad de reacción— y se tiró al agua. ¡Así, tal como estaba! ¡Sin quitarse los zapatos, ni el jersey, ni nada! Y sin darme tiempo a confesar que era broma y que ahí no estaban los patines. Aunque bien es cierto que un remojón no le venía mal.

Me acerqué a la zona donde guardaban las colchonetas y las espalderas y localicé los patines sin problema, ya que hacía apenas quince minutos que los había escondido en ese lugar. Fui hacia la zona de la piscina a la que había mandado a Sara y me apoyé en las escaleras con la bolsa de los patines en la mano.

Esperé tranquilo hasta que Sara no aguantó más y tuvo que sacar la cabeza para respirar. No se fijó en que tenía los patines en mi mano y volvió a sumergirse. Continué esperando con paciencia. Ya se rendiría. El profesor de natación vino hacia mí. No parecía contento.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¿Por qué se ha tirado Sara Summers al agua con ropa? ¿Y qué has sacado de debajo de las colchonetas?

Toda la clase se concentró en mí. Sara salió al exterior, por segunda vez, y me miró, indignada porque no había localizado su tesoro.

—¿Buscas esto? —le pregunté, socarrón, mostrándole la bolsa de los patines.

—¡Capullo! ¡Más te vale que no les haya pasado nada! —gritó mientras salía de la piscina.

Me cansé de tanta amenaza. Ella podía tomar lo que quisiera, pero los demás no podíamos coger sus cosas.

—Te repito que no les ha pasado nada, joder. Ni siquiera han tocado el agua.

Me miró encolerizada mientras abría la mochila de los patines. Comprobó que estaban dentro y la cerró mientras se aproximaba a la salida. Entonces cayó en la cuenta de mi confesión.

—¿Cómo que no han tocado el agua?

—No soy tan mezquino como tú, Sarita. Solo pretendía darte una lección.

—Te has pasado, Will. ¡Como siempre, cruzas los límites!

—¿Cómo siempre? ¿Y qué pasa contigo? ¿Todo lo que tú haces está bien? ¡Primero me incluyes en una estúpida apuesta y luego me tiras la guitarra al

río! Al río, Sara. ¡Muchas gracias! ¿Qué hubiera pasado si en lugar de fingir tirar tus patines a la piscina los hubiera lanzado al río? ¡Arde Troya! Al final, el único que sale perjudicado siempre soy yo. ¡El que no va a volver a ver su guitarra soy yo! ¡Lárgate con tus estúpidos patines y déjame en paz!

Estaba hasta los mismísimos cojones. Estúpida niña mimada. Estábamos condenados a no entendernos. Descubrí el charco de agua que dejaba a sus pies. Iba a darme la vuelta, dispuesto a olvidarme de todo, cuando me gritó:

—¡Tu estúpida guitarra está en mi habitación, para que lo sepas!

¿Cómo que en su habitación? No podía ser, yo mismo vi cómo la arrojaba al agua. Regresé a mi posición inicial frente a ella, aunque, esa vez, me acerqué más.

—Eso es imposible.

—No, no lo es. Esta mañana me he tirado al río y la he recuperado. Pensaba dártela después de arreglarla, pero ahora no te la pienso devolver, es más, ¡la voy a volver a dejar en el fango!

¿Se había tirado al agua para buscar mi guitarra? No podía creerlo. De golpe y porrazo, se me pasó todo el cabreo que acumulaba desde los últimos dos meses. ¡Se había tirado al río para recuperar mi Fender! De lo único que tenía ganas en ese momento era de estrecharla entre mis brazos y besarla.

«¡Qué demonios!» Me aproximé a ella, antes de que intuyera mis intenciones, y la abracé con todas mis fuerzas. Cómo echaba en falta aquella sensación. Era tan delgada y tan bajita que cabía entre mis brazos sin problema.

—Pero ¿qué haces? ¿Es que no me has oído? —Se apartó bruscamente de mis brazos— ¡Voy a volver a tirar tu guitarra al río!

—Me importa una mierda la guitarra, Sara. No quiero seguir peleando contigo. Estamos en paz. Los dos nos hemos hecho daño, pero se acabó. Vamos a volver a donde lo dejamos antes de esa estúpida apuesta, por favor.

—¡Ni loca vuelvo contigo después de esto!

Se giró indignada y continuó su camino.

—¡Summers y Von Kleist! De aquí no se mueven hasta que me expliquen qué ha pasado y por qué han interrumpido mi clase de esta manera.

En un intento desesperado de evadir un merecido castigo, huimos de la escena del crimen. Aunque pronto recibiríamos una llamada de nuestra querida directora. La bromita de los patines nos salió cara. Prefiero no recordarlo.

—Venga, Sara. Todavía me quieres y yo te adoro cada día más. — Caminaba detrás de ella.

—Yo no te quiero, Will. Ya me he olvidado de ti.

—Mentirosa. —Sonreí, pero no la desarmé. Con Sara no era tan sencillo como con las demás—. Un amor como el nuestro no se olvida tan rápido.

—Haber pensado en ese amor cuando besaste a Tessa o cuando te chivaste a mi hermano de que estaba borracha. ¡O cuando me caí por el terraplén y no fuiste capaz de ayudarme!

—Sara, te llevé en brazos a la enfermería a pesar de que estaba disgustado contigo porque me habías dejado. Si eso no es ayudarte, que baje Dios y lo vea. Y, hablando de Tessa, ándate con ojo con esa chica.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado?—me preguntó, inquieta.

Nos detuvimos fuera del polideportivo, dejando un rastro de agua desde la piscina hasta aquí. Al final, Sara agarraría una pulmonía. Estaba totalmente mojada. La sujeté de la cintura y la llevé hacia la residencia para que se pusiera ropa seca. Sara intentó apartar mi mano, pero no lo consiguió y, al final, se dejó hacer. «Vas lista si crees que voy a soltarte. Esta vez no te me escapas». A cada paso que dábamos, se escuchaba el sonido de sus zapatos, que estaban tan empapados como ella.

Entramos en el edificio y fuimos a su habitación. Sara necesitaba cambiarse de ropa.

—Habla rápido, Will. Tengo que entrar en calor —me dijo, despojándose del jersey.

—Si quieres, yo puedo hacerte entrar en calor de una manera rápida y eficaz. —No dejé que me replicara y me acerqué a ella. Olía a cloro, pero no me importaba, a ella le quedaba bien cualquier olor. Le aparté los mechones mojados que le cubrían el rostro y le acaricié las mejillas con mis dedos.

—Will...

Intenté besarla, pero se resistió. Continuaba molesta.

—Will, no me líes, ¿qué querías decir con lo de Tessa?

—Sospecho que fue ella quien te robó los patines el día de la competición —le dije, a bocajarro.

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso?

Compartí mis sospechas con Sara y le expliqué los últimos acontecimientos. Según me escuchaba, ambos nos dimos cuenta de que era bastante probable que yo tuviera razón. No sé cómo no nos habíamos percatado antes. Estaba clarísimo.

—Me dan ganas de ir y partirle la cara, Will. ¡Lo tenía todo planeado desde el principio! No sé cuándo ni cómo, pero voy a devolvérsela. ¡Por su

culpa nos hemos peleado y nos hemos hecho cosas horribles!

—Tranquila, Sara. Ya la hemos amenazado, no creo que vuelva a incordiarnos más. Y, además, sé una manera infalible de irritarla.

—¿Cuál?

—Que nos vea juntos. Que vea que su intento de separarnos no ha funcionado. —Fui al ataque, dispuesto a besarla, pero me frenó por segunda vez. Joder.

—Eso no va a pasar.

—Sara, no me hagas sufrir más, por favor.

—Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, estos últimos meses, ya no estoy segura de nada, Will. ¿Cómo es posible que dos personas que dicen que se quieren sean capaces de dañarse tanto el uno al otro, a propósito?

Sentí pánico al escuchar sus palabras. Jamás pensé que llegaríamos a aquella situación, y jamás dudé de que pudiéramos dejar de querernos. Nos hicimos daño porque estábamos disgustados y no había que darle más vueltas. Tenía que hacérselo comprender.

—Sara, no dudes de nosotros, por favor. Puede que las cosas se nos hayan ido de las manos, pero eso no significa que no nos queramos.

Su mirada me resultó indescifrable. No sabía lo que pensaba, y eso que Sara siempre ha sido muy expresiva, sus ojos suelen decirlo todo. Ya no estaba segura de nada y no sabía qué hacer.

Bajé la cabeza y le robé un beso en la comisura de la boca.

—Te voy a demostrar cuánto te quiero, Sara. Dalo por hecho.

La prueba de amor

Ese fin de semana nos quedamos toda la pandilla en el colegio. Era domingo, y Will disputaba un partido de fútbol contra los primeros de la liga intercolegial.

Al ser un partido importante, mis amigos me convencieron para ir a verlo. Marco era un loco aficionado del fútbol, así que fue a primerísima hora a coger buenos asientos y nos sentamos en primera fila. Incluso había dejado a su novia por ver el partido; porque Marco tenía novia (se acostó con ella y le dio reparo dejarla sin más). Era una chica un año menor que nosotros, muy simpática aunque algo intensa, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Me imaginé que, después del partido, le esperaría reprimenda por haber ido a un evento sin ella.

Durante el transcurso del partido, me entretuve leyendo un libro. No quería que Will pensara que había ido por él, eso sería ponérselo demasiado sencillo. Aquella semana pensé mucho en Will y en nosotros. ¿Qué nos había pasado? ¿Cómo habíamos llegado a aquella situación? Hacía apenas dos meses, nos queríamos, y nuestra mayor preocupación era poder pasar juntos el máximo tiempo posible. Nuestras únicas discusiones eran por Oliver y Adam, porque yo dormía con ellos y Will no lo entendía. Yo lo comprendía, pero no podía renunciar a mis noches con mis amigos, los necesitaba para dormir y para vivir y no podía apartarlos. Ni siquiera por Will.

Desde el día de la maldita apuesta, pensé mucho sobre las partes en las que se dividía mi corazón. Me lo imaginé como un gran armario rojo, con su característica forma, y repleto de cajones. Los había de todos los tamaños. Algunos de ellos, en su interior, solo albergaban a una persona, pero otros, sin embargo, contenían a varias.

Había diferentes zonas. Donde en un vestidor encontramos zona de abrigo, zona de zapatos y zona de bolsos, en mi armario-corazón había zona de amigos, zona de familia y zona de novios.

En la zona de novios vivía Will, porque mi corazón así lo catalogaba. Era un cajón considerable, pero en caso de siniestro no sucedería nada. El armario

seguiría en pie.

En la zona de familia había varios cajones de diferentes tamaños. El más pequeño era de Alex y Kate, otro un poquito más amplio de mi padre, y el más grande le pertenecía a Daniel. Era absurdo mentirme a mí misma. Daniel es la persona a la que más quiero de mi familia y siempre ha sido así. En el resto de cajones vivían el resto de mis familiares.

Todos esos cajones también podían destrozarse, pero quedaría un agujero tan extenso que haría tambalearse a toda la estructura. Y, dependiendo del cajón arrancado, ignoraba si podría reconstruirse.

Y los últimos cajones: zona de amigos. Había cuatro cajones. En el mediano: Olivia, Moira, Natalie, Brian y Marco. En el grande: Pear. Y Oliver y Adam tenían (y siempre tendrán) un cajón gigante para cada uno. Si tirabas de esos dos últimos cajones para arrancarlos, el armario caía.

Todo ello hacía que me replanteara cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia Will. Yo creía que estaba enamorada de él porque lo deseaba, pero ¿qué podía saber yo del amor? «¿Hay niveles de enamoramiento? ¿Puedes llegar a estar más o menos enamorada? ¿Se puede estar enamorada de dos personas a la vez? ¿Puedes estar enamorada de alguien, pero querer más a otra persona?».

Eran demasiadas preguntas sin respuestas. Ojalá existiera un manual del amor: *Cómo reconocerlo y cómo conservarlo*. No estaría nada mal. Quizá me habría ayudado a entender mi situación con Will. Querer a alguien y hacerle daño, a propósito, me parecía antagónico, pero, como decía mi amiga Natalie: «Los que se pelean se desean». Y eso, ¿qué significa? ¿Que sin pelea no hay amor verdadero?

Por una parte, no quería que mi historia con Will acabara, apenas florecía y quería darnos otra oportunidad. Pero, por otra parte, tenía miedo. Si seguíamos juntos, mis sentimientos hacia él crecerían y ¿qué pasaría si volviéramos a pelearnos? Los daños serían aún mayores, porque los sentimientos serían mayores también. No sabía si merecía la pena intentarlo, aunque, por esa regla, jamás me comprometería del todo en ninguna relación, y no quería eso.

Will me había confesado que me quería y que me lo iba a demostrar. Yo estaba segura de que lo quería. Sobre eso no tenía dudas. Mis dudas transitaban por otros derroteros, mi mayor duda era no saber si lo quería lo suficiente, lo que se supone que una novia debe querer a su novio.

Lo cierto es que poco libro estaba leyendo. Cada escasos minutos

levantaba la vista y lo observaba. ¡Qué bien le sentaba el traje de futbolista! Con esos pantaloncitos negros y esa camiseta de licra adherida a su musculoso cuerpo. Me entraban ganas de salir al campo y toquetearlo por todas partes. Mi deseo hacía él era evidente. «¿Es lo mismo amor que deseo?».

Me había pasado los últimos días arreglando su guitarra, ya la tenía casi lista, un par de retoques más y... como si no hubiera pasado nada. Esa era una de las razones por las que pensaba que lo quería. No hubiera estado tantísimas horas arreglando esa guitarra por una persona que no me importaba en absoluto.

Según escuchaba comentar a mis amigos, Will y sus compañeros jugaban bastante bien. No habían metido ningún gol, pero tampoco habían encajado ninguno y el partido estaba a punto de finalizar.

Volvía a concentrarme en mi libro cuando escuché las quejas de todos los alumnos sentados a mi alrededor y, sobre todo, las quejas de Marco, que, al estar sentado a mi lado, parecía metido dentro de mi oído.

—¡Penalti!! ¿Pero acaso estás ciego?

Levanté la vista para ver qué sucedía. Me dio el sol en la cara y tuve que entrecerrar los ojos. Will estaba en el suelo. Después de unos segundos observándolo, me di cuenta de que exageraba. No le sucedía nada. Y luego me llamaba a mí peliculera... ¡Qué valor!

Tuvo suerte y el árbitro pitó penalti. Era su ocasión para meter un gol.

Volví a mi libro, pero otra vez escuché murmullos a mi alrededor. «¿Y ahora qué pasa?». Levanté la vista del libro y descubrí horrorizada que Will salía del campo y venía directo hacia mí. Venía caminando con su pose de chulesco y prepotente jugador de fútbol.

—Sara, querías una prueba de mi amor, ¿no?

No sabía qué pretendía hacer, me pilló desprevenida. No le contesté, solo fruncí el ceño.

—Para que veas cuánto te quiero, voy a marcar un golazo y voy a dedicártelo delante de todo el colegio.

Chasquéé la lengua. Aquello no me parecía una prueba de amor. Quería más. Exigía mucho a las personas que me rodeaban. Demasiado. Por aquel entonces no era más que una cría inmadura. El tiempo se encargaría de ponerme en mi lugar.

—¿Eso es una prueba de amor? ¿Marcar un gol y quedar como el héroe delante de todo el colegio?

—¡Von Kleist! ¡Vuelve al partido, ahora mismo!

Era el entrenador, que llamaba a Will para que volviera al campo. Todo el mundo lo esperaba.

—Tengo que volver. Joder, Sara, no te conformas con nada. ¡Me vuelves loco!

Lo miré, pero el sol me seguía dando en plena cara, de modo que me puse la mano a modo de visera. Se me ocurrió una pésima idea. Sabía lo importante que era el fútbol para Will. Si aceptaba mis absurdas condiciones, nos daría una nueva oportunidad. Porque lo que pretendía pedirle era una prueba de amor con mayúsculas.

—¿Quieres demostrarme que me quieres?

—Depende, ¿en qué piensas? Sara, que te conozco.

—¿Has visto la película *Destino de caballero*?

—No —me contestó Will ladeando la cabeza.

—¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra pedirle eso! ¡Von Kleist, no la escuches! He tenido que tragarme esa película mil veces por su culpa y ya sé lo que va a decir. —Marco se volvió loco (con razón). Se levantó de su silla e intentó arrastrar a Will al campo.

—¡Marco, no te metas!

Pear me agarró fuerte del hombro para después hablarme al oído.

—Sara, que esto no es una película, es la vida real, la que vas a liar...

—¿Qué pasa en la película? —Will se soltó de Marco y volvió a mi lado. Le pudo la curiosidad.

—Es una preciosa historia, donde el protagonista quiere impresionar a una chica que pertenece a la nobleza y...

—¡Von Kleist, o bajas ya o te tengo toda la noche dando vueltas alrededor del campo de fútbol!

—¡Sara, abrevia, coño! Que, cuando empiezas, no hay quien te pare. ¿Qué quieres que haga?

—Que falles el gol.

—¿Qué?

—Ni caso, Von Kleist, ni caso. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y estamos a punto de ganar al equipo líder de la liga... —Marco continuaba intentando frenar aquella locura.

—¿Me pides que falle a propósito? ¿Por qué?

—Porque eso sí es una prueba de amor, Will.

—¿Te has vuelto loca? ¡Ni de coña! ¡Eso no es una prueba de amor, es una estupidez!

Y tenía toda la razón del mundo, pero ya no podía echarme atrás. Mi orgullo —que en aquella época era aún más fuerte que mi inmadurez— me lo impidió.

Me volví a sentar en la silla con el corazón latiéndome a mil por hora, y coloqué mi libro en posición de lectura. Will parecía una estatua de hielo, no se movía. Estaba consternado. Me sentí fatal. Yo solo necesitaba saber que Will me quería y que el daño que nos habíamos hecho solo había sido fruto de nuestros arrebatos. Y mira lo que estaba a punto de provocar.

Levanté la vista del libro y lo miré. Iba a fallar el gol, seguro, lo intuí en su expresión. Me quería. No necesité más. Me levanté y le hice aspavientos con los brazos para que abortara la misión, pero no me vio.

—Sara, ni lo intentes, ya es tarde. La que has liado. El entrenador lo va a matar —me dijo Olivia.

—¿En serio creéis que va a fallar el gol? —preguntó Marco nervioso.

—Sí —le contestaron todos, excepto yo.

A mí, de los nervios por lo que había hecho, me entraron ganas de vomitar, y Marco metió la cabeza entre las rodillas para evitar ver lo que iba a pasar a continuación.

—No quiero verlo, no quiero verlo...

En cambio, yo no pude apartar los ojos de Will: echó la pierna derecha para atrás y chutó con fuerza. El balón pasó por encima de la portería...

—¡¡¡NOOOOO!!!

Al final, Marco no pudo evitarlo y levantó la cabeza. Él no era el único decepcionado, todos los alumnos se lamentaban, mientras se levantaban cuando aún no había terminado el partido. Segundos después, el árbitro pitó con su silbato la finalización del mismo.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Pear.

—Nos vamos y dejamos solos a los tortolitos para que arreglen sus diferencias —le contestó Brian.

—No sé yo, ¿veis a los compañeros de equipo de Von Kleist? Miran a Sara con mala cara.

—No exageres, Adam. ¿Qué crees que van a hacer?

—Desde luego, si soy yo, Sara... ¡Es para matarte!

Marco estaba muy irritado. Calculé que estaría unos dos días sin hablarme. Luego se le pasaría y volvería a ser el de siempre.

—No te pases, Marco, que no es más que un partidillo de fútbol.

—¿Un partidillo de fútbol? ¿En serio, Oliver? Si a ti tu novia te pidiera

que dejases meterte un gol en un partido de hockey, ¿lo harías?

—Yo no tengo novia.

—¿Y si te lo pidiera Sara?

—¿Por qué me pediría eso?

—Chicos, trasladamos la discusión a otra parte. Me parece que Will quiere recibir su premio. —Natalie movilizó a toda la pandilla para dejarnos solos.

En el campo ya solo quedaban Will y el entrenador; todos sus compañeros y el equipo contrario se habían metido a los vestuarios. Se acercó a las gradas en mi busca. Tenía una sonrisa inmensa en su rostro. Entonces, yo también sonreí.

—Yo no le veo que esté muy afligido; todo lo contrario, está bastante contento—. Pear me deseó suerte y me dio un beso en la mejilla antes de irse.

—Yo también lo estaría, ha tomado la mejor decisión que podía tomar. ¿Ganar un partido o quedarse con la chica?

—Brian, ¿tú también te pones de su lado?!

—Venga, Marco, colega, vamos a tomar unas cervezas al pueblo, a ver si te animas. —Brian le pasó el brazo por el hombro y se fueron, dejándome sola, no sin antes guiñarme un ojo—. Oliver, ¿nos prestas la moto?

—No.

Cuando se fueron todos, bajé las pocas escaleras que me separaban de Will y me apoyé en la barandilla. Él permanecía al otro lado. Estaba sudado y se le pegaba el cabello al rostro. «Mmmm... para comérselo». Le pasé mis dedos por el pelo, dejándolo más despeinado todavía, y él cruzó sus manos por detrás de mi cuello.

—¿Te parece bonito lo que has hecho, Sarita?

Desde luego que no parecía afligido. Di gracias a los dioses. Sonreí y me acerqué para besarlo. Se lo había ganado con creces. Nuestros labios chocaron y su lengua se coló en mi boca sin miramientos. Introduje la mía entre sus labios hasta que ambas se enredaron y, juntas, iniciaron un baile desenfrenado.

—Disfruta lo que te queda, Von Kleist, porque vas a pasarte media noche dando vueltas por el campo. Y poco castigo me parece, ya pensaré en algo más.

Nos separamos y miramos al entrenador de Will, que ya se alejaba de nosotros, con bastante mala leche, hacia los vestuarios.

—Lo siento. ¿Quieres que te acompañe esta noche mientras das vueltas por

el campo?

—Debes —enfaticó la palabra— acompañarme esta noche y dar cuando menos la mitad de las vueltas, así asumes tu parte de culpa.

—Cuenta con ello.

Y nos volvimos a besar. Pero ya no nos conformamos solo con tocarnos el rostro. Mi renovado novio pasó por encima de la barandilla y me abrazó. Nos movimos, hasta que tocamos los asientos con las piernas, y Will se sentó, acomodándose encima de él a horcajadas. Teníamos dos meses de caricias que recuperar.

Nuestros cuerpos se buscaron, y no pudimos evitar toquetearnos por todas partes. Le acaricié los brazos, la cara, el cuello, el pecho, el abdomen, la espalda... No podía detenerme, me lo hubiera comido entero, cachito a cachito.

—¿Te han crecido las tetas, Sarita?

Le di un golpe en el hombro. «¡Será capullo! Qué poco ha tardado en darse cuenta». Él levantó las cejas, sugerente. Yo le devolví el gesto.

—¡Sí! —terminé por aceptar con entusiasmo.

De pronto, empezó a llover, y nos vimos obligados a levantarnos y a cobijarnos en el interior del colegio. De haber seguido en esas gradas, no sé hasta dónde hubiéramos llegado. No nos importaba estar en mitad de la calle, solo existíamos él y yo.

Novios, de nuevo

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi reconciliación con Will era el único tema de conversación.

—Así que Will y tú estáis juntos de nuevo. ¿Estás segura, Sara? —me preguntó Natalie.

Después de los últimos acontecimientos y de todas las faenas que nos habíamos hecho el uno al otro, no me extrañó que mis amigos dudaran.

—Sí, estoy segura. Nos merecemos una segunda oportunidad.

—Otra vez a soportar a Von Kleist, que nunca ha sido santo de mi devoción —me increpó Adam, disgustado. No le entusiasmaba la idea de que hubiera vuelto con Will.

—Vamos, Adam, no seas así, el chaval ha demostrado que quiere a nuestra chica.

—No me lo recordéis, joder —se quejó Marco.

—No ha demostrado nada, solo ha fallado un penalti, no me parece gran cosa. Ella se merece a alguien mucho mejor —insistió Adam.

—¿A quién, Adam? ¿Va a existir alguna vez alguien que sea lo suficientemente bueno para tu *Totó*? —le preguntó Moira.

Para Adam, yo siempre he sido como su hermana pequeña. Aunque no sé si hermana pequeña le hace justicia a nuestra relación. Somos mucho más, pero no sé ponerle nombre. Es comprensible que quisiera lo mejor para mí. Y, además, nunca se llevó bien con Will, nunca le gustó. Brian habló con Adam entre dientes.

—Yo sé de alguien que daría la talla...

—Cállate, Brian.

¿Qué se traían esos dos? Pear apareció por la puerta del comedor e impidió que les preguntara de qué hablaban. Mi amiga venía caminando a paso ligero hacia nuestra mesa. No traía buena cara, algo le sucedía.

—Buenos días, Pear. ¿Dónde te metes? —la saludó Olivia.

Pear no contestó al saludo, solo tenía ojos para mí.

—Sara, de camino hacia aquí he pasado por la enfermería y he visto dentro

a Daniel.

—¿A mi hermano?

—Sí, y tenía muy mala pinta, Sara. Creo que se ha peleado con un compañero suyo de clase. No sé por qué habrá sido, pero parecía grave.

«¡Madre mía! ¿Qué habrá pasado? ¿En qué lío te has metido, Daniel?». No era la primera vez que se peleaba con alguien y no sería la última. Él es así, impulsivo, y de los que creen que todo en la vida se arregla a base de golpes. Quise ir a ver qué le había pasado, pero me resistí y me quedé en mi silla sentada. No nos hablábamos, y no quería ser yo quien diera el primer paso. ¡Viva el asqueroso orgullo!

Ya había terminado de desayunar, de modo que decidí continuar con mi libro hasta que acabaran mis amigos. Poco después me di cuenta de que no había conseguido leer ni una frase. No podía concentrarme en el libro, solo pensaba en Daniel. Pear había dicho que parecía grave y estaba preocupada por él. No podía evitarlo.

—Sara, ¿por qué no dejas de fingir que lees ese libro y vas a la enfermería a ver qué le sucede a tu hermano? Lo estás deseando.

—¿Qué dices, Oliver? Estoy superconcentrada en mi libro y me da lo mismo lo que le pase a Daniel.

—Tienes el libro al revés, nena.

«¿Qué?». Me fijé en el libro y vi que Oliver tenía razón. Estaba boca abajo. Levanté la vista y descubrí que todos me miraban con las cejas arqueadas. Pear me dio unas palmaditas en la espalda animándome a levantarme. «¡Está bien!». No tenía ningún sentido seguir fingiendo despreocupación por alguien que obviamente me preocupaba, y mucho.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Unos quince minutos —me respondió Oliver disimulando una sonrisa.

«Estupendo». Me levanté como un resorte.

—Nos vemos en clase.

Fui camino a la enfermería. Todos los alumnos venían en dirección contraria a la mía, dispuestos a llegar a tiempo a sus primeras clases. Era como si fuera a contracorriente. Mientras caminaba, pensaba que era posible que Daniel ya no estuviera allí y que estuviera haciendo todo el camino en balde... Consideré la posibilidad de mandarle un mensaje de texto a su móvil para ver dónde estaba, pero sería inútil; no me contestaría.

Justo cuando llegué a la puerta de la enfermería, alguien salió con urgencia y chocamos. Era mi hermano. No pude evitar abrir los ojos de manera

exagerada. Tenía la cara hecha un cromo. El labio lo tenía partido e hinchado y lucía, por todo el rostro, rojeces que pronto se convertirían en moratones. Llevaba un apósito en una de las cejas y algodón en ambos orificios de la nariz.

—¿Qué ha sucedido?

—Sara, déjame pasar.

—Dime qué ha pasado, ¿con quién te has pegado? ¿Por qué?

—¡Que me dejes pasar!

Su postura era de clara amenaza y no me miraba a los ojos. Me ocultaba algo.

—Daniel, dime algo.

—He dicho que me dejes pasar, ¿acaso estás sorda?

Sabía que aquello sucedería. Daniel no quería ni verme. Y luego pretendía hacerme creer que era todo culpa mía. Desde luego que él no ponía nada de su parte. Como siempre sucedía, contesté a sus impertinencias con una impertinencia mayor y así hasta ver quién ganaba de los dos.

—Si me lo pides con educación, quizá te deje pasar.

—Sara, o te apartas o te aparto.

—Atrévete a ponerme un solo dedo encima.

Daniel suspiró muy fuerte. Yo había ido en son de paz, pero siempre acabábamos discutiendo. ¿Qué sucedía con nosotros? ¿No nos íbamos a llevar bien en la vida?

—Daniel, por favor, dime qué ha pasado.

—¿Y a ti qué cojones te importa, Sara? ¿No se supone que no me soportas? ¡Sigue por tu camino y no te metas en el mío!

Touché. Llevaba años diciéndole a él y a todo el mundo que no lo aguantaba. ¿Qué esperaba? Se recoge lo que se siembra. Y yo con Daniel siempre he sembrado indiferencia y desdén. Me aparté (a mi pesar) y lo dejé pasar.

—Sara —me llamó la enfermera —, tu hermano está bien. No tiene nada roto, no te preocupes, lo que pasa es que las heridas son muy aparatosas y parece algo peor.

Asentí con la cabeza y me marché triste a clase.

Me pasé todo el día pensando en Daniel, en cuál habría sido el motivo de su pelea. Por más que interrogué a Pear, ella me insistía en que no sabía nada, que pasaba por casualidad por la enfermería y que lo vio dentro. Le preguntó a ver qué le había pasado, pero tampoco le quiso decir nada a ella.

Por la noche, fui a la pista de hielo a entrenar, pero no lograba concentrarme. Después de un rato perdiendo el tiempo me rendí y le mandé un mensaje a Will:

Sara: ¿Dónde estás? No voy a entrenar más.

Me contestó al instante, como si tuviera el móvil en la mano en ese preciso momento.

Will: En mi habitación. ¿Vienes?

Sara: Ok.

Me di una ducha rápida en los vestuarios de la pista de hielo y me cambié de mallas y de camiseta. Me puse por encima mi sudadera morada. Al salir de la pista, llovía. No llevaba paraguas, nunca lo hago, de modo que me tapé la cabeza con la capucha de la sudadera y fui corriendo hasta la residencia. Primero pasé por mi habitación; hacía días que tenía la guitarra de Will lista para devolvérsela, pero esperaba el momento oportuno. La cogí y fui a su cuarto. No me costó nada, tenía demasiada experiencia en esquivar a los vigilantes para colarme en las habitaciones de mis amigos.

Toqué la puerta y Will, al segundo, me abrió. Escondí su guitarra detrás de mi espalda. Will asomó la cabeza, miró hacia ambos lados y, cuando hubo comprobado que nadie podía vernos, me cogió de la mano y me metió en su habitación.

—Hola, preciosa —me saludó con cariño. Enseguida vio la Fender.

—¿Es mi guitarra?

Asentí con la cabeza. Will la cogió y la olió. Qué cosas tan extrañas hacemos en algunas situaciones.

—Gracias, Sara. Significa mucho para mí.

Apoyó la guitarra en la pared y comenzó a darme dulces besos por el cuello. Yo no estaba muy receptiva y se dio cuenta.

—¿Qué te pasa?

—¿Tú sabes por qué se ha peleado mi hermano?

Will se separó de mí y se sentó en la cama mientras se desordenaba el cabello.

—Sospechaba que me lo preguntarías.

—¿Y me lo vas a contar?

—Sara, no hay nada que contar. No te preocupes, que no es nada grave. El chaval en cuestión dijo algo que a Dan no le gustó, empezaron a discutir y una cosa llevó a la otra. Ya sabes cómo somos los tíos.

—Ya, y sospecho que no me vas a contar por qué empezaron a discutir.

—Joder, ni me acuerdo, sería una tontería, pero Dan estaba de mal humor y el resto ya lo sabes.

«Sí, claro. No me lo creo».

—Que sepas que no me lo trago. Me ocultas algo.

—Sara, confía en mí, por favor. No ha sido nada grave, solo un comentario desafortunado, unido a que tu hermano hoy se ha levantado con el pie izquierdo. De haberse encontrado de buen humor, no habrían llegado a las manos, estoy seguro.

Me pareció sincero. Tendría que confiar en él. No quise insistir más en el tema porque me quedó claro que nadie pretendía contarme más de lo poco que ya sabía.

Me tumbé en la cama y me tapé la cara con el brazo. Estaba cansada, pero no físicamente, sino emocionalmente. Llevaba unos meses intensos. Deseé tener un tiempo de aburrida tranquilidad. Will se tumbó a mi lado y me apartó el brazo de la cara.

—¿Un día duro?

—Un año duro.

—Lo siento, en parte es por mi culpa.

—Por nuestra culpa, Will. No podemos decir que mis últimas actuaciones hayan sido muy correctas.

—Olvídate de todo, para un rato que tenemos para estar juntos, no quiero pensar en nada más que en ti —me dio un suave beso en los labios—, tus besos —bajó su boca hacia mi mandíbula y descendió por el cuello—, y tu risa. —Desanduvo el camino hasta llegar a mis labios. Y nos besamos.

Fue un beso dulce. Un beso entre dos adolescentes que comenzaban a saber lo que era el amor. Le acaricié el cabello e intensifiqué más el beso. Me encantaba su sabor. Le pasé la lengua por los labios y ataqué la suya. Will se colocó encima de mí, agarrándome la nuca con una de sus manos y metiendo la otra mano entre la cama y mi trasero.

Yo seguía acariciándole el cabello y fui bajando mis manos hasta llegar a la parte baja de su espalda. Llevaba puesta demasiada ropa. Le levanté la camiseta para tener acceso directo a su piel y, al parecer, a él también le

sobraba ropa porque, acto seguido, dejó de besarme, se incorporó y se quitó la camiseta. Antes de volver a besarnos, le puse las manos en el pecho. Sentí su corazón. Latía muy rápido. Le pasé las manos por el abdomen y me recreé en las sensaciones. Era tan suave. Will tenía poco vello en el pecho, aún era muy joven. Me retiró las manos y me obligó a rodearlo con los brazos. Se acercó a mí y me besó.

Empecé a sentir calor, mucho calor. Me incorporé para quitarme la sudadera y, con la urgencia, me llevé la camiseta por delante. Me quedé en sujetador. Estábamos piel con piel. Mi pulso se aceleró. Continuamos así durante un largo rato, hasta que me dolieron los labios de tanto besarnos.

Will disminuyó el ritmo de nuestros movimientos.

—Sara, es mejor que paremos. Si seguimos así, no sé si voy a poder hacerlo.

Tenía razón. Si continuábamos así, perdería la virginidad esa noche. Antes de que cortáramos, tenía bastante claro que quería dar el gran paso y descubrir lo que era hacer el amor, con Will. En aquel momento, no era que no quisiera, pero acabábamos de volver a estar juntos y prefería esperar a que afianzáramos nuestra relación.

—Tienes razón. Es mejor que paremos. —Le di un suave beso en los labios.

—Sara, me vuelves loco. En todos los sentidos.

Nos reímos. Yo también tenía esa sensación con él. A veces me entran ganas de matarlo y, otras, de comérmelo a besos.

—Me voy a la cama. Mañana nos vemos.

—¿Te vas con Oliver?

Tenía que salir el tema. Era inevitable.

—Will, no empecemos, por favor.

—Joder, Sara. ¡Es que me desquicia pensar que duermes con él todas las noches!

Tenía que hacerle entender que no dormía con Oliver de la misma manera que dormiría con él.

—Will, no duermo con él todas las noches. Compartimos cama como dos buenos amigos, nada más.

—¿Y por qué no te quedas a dormir aquí? Prometo no tocarte de una manera sexual.

—¿Estás de broma? Precisamente yo lo que quiero es que me toques de esa manera...

—No cambies de tema, Sarita.

—Vamos, dame un beso de buenas noches para que me vaya contenta.

Will dudó, no le hacía gracia que me fuera a dormir con otro chico. Se cruzó de brazos.

—Por favor. —Le puse morritos. No pudo resistirse y me besó.

—Sara, te quiero —dijo antes de volver a besarme.

—Y yo.

Le dije adiós con la mano y me marché a mi habitación a dormir, si es que podía dormir después de esa intensa sesión de besos.

Durante las siguientes semanas, todo marchó sobre ruedas. Ya había pasado un mes desde que Will y yo habíamos vuelto a estar juntos. Aprovechábamos cada segundo que teníamos libre para vernos. Siempre que mi estricto horario me lo permitía, acudía a verlo al entrenamiento y me quedaba en las gradas observándolo. Podía pasarme así horas y horas.

Al principio, sus compañeros de equipo me miraban mal y no me hablaban (no los culpaba), pero, después de comprobar que mi presencia en el público hacía que Will lo diera todo y jugara mejor que nunca, me perdonaron y me hablaron de nuevo.

Al acabar los entrenamientos, esperaba a que se duchara y nos íbamos juntos al embarcadero. Nuestras sesiones de besos se volvieron más intensas.

Era feliz. La única espinita que tenía llevaba nombre y apellido: Daniel Summers. Lo nuestro no avanzaba. A pesar de que la última semana lo vi más contento de lo habitual, seguía sin querer saber nada de mí.

Mi diecisiete cumpleaños

Todas las mañanas tenía la misma sensación al despertarme: una gran calidez que me arropaba y me hacía sentir segura. Provenía del cuerpo que dormía a mi lado. Me estiré. Aquel era un día único. Era veintisiete de febrero y era mi cumpleaños. Cumplía diecisiete años. Soy la mayor de mis amigos, la primera que cumple años; luego me sigue Adam un mes después. Oliver no cumple años hasta el mes de mayo.

Era viernes, y aquel fin de semana nos íbamos a casa a celebrarlo. También era el cumpleaños de Daniel, claro. Mi padre había organizado una riquísima cena en un famoso restaurante italiano de Edimburgo a la que, por supuesto, asistíamos las tres familias: los Aston, los Wallace y los Summers.

Pear y Marco también fueron invitados a la celebración. Mi mejor amiga pasaría ese fin de semana en casa con su familia y, como ambas vivimos en Edimburgo, mi padre la invitó a la cena. Los padres de Marco viven en Roma y él solo salía del colegio en vacaciones. Como el resto de nuestros amigos residen en Edimburgo (excepto Natalie, que es de Perth) y también se marchaban esos dos días a casa, Pear invitó a Marco a su casa para que no se quedara solo en el colegio.

Era algo que hacíamos muy a menudo. Cuando coincidía que todos nos íbamos a nuestras casas, alguno de nosotros invitaba a Marco para que no se quedara solo en el colegio. Italia está lejos, no tenía la misma suerte que teníamos los demás con la cercanía de nuestras casas.

—Feliz cumpleaños, nena —me susurró Oliver en cuanto se despertó—. ¿Ya estás despierta?

Estiré los brazos y bostecé.

—¡Gracias! Sí, ya estoy despierta.

Justo en ese momento, Adam entró en la habitación.

—¡Felicidades, *Totó!*

Adam dio un salto y se metió en la cama con nosotros. Seguía con el pijama de cuadros puesto. Me lo imaginé despertándose y caminando hacia mi dormitorio, con esa pinta, por los pasillos. Me dio mucha ternura. Nos dio

empujoncitos con el culo a Oliver y a mí para que le dejáramos espacio.

—¿Cómo te sientes? ¿Alguna diferencia con respecto a los dieciséis?

Nos quedamos los tres tumbados boca arriba y con las manos detrás de la cabeza.

—De momento, no. Pero intuyo que va a ser un año movidito.

Oliver se rio y se levantó de la cama. No llevaba pijama. Casi nunca se lo pone, ya que siempre tiene calor.

—Anda, *movidita*, dúchate y vamos a desayunar, que hoy quiero ir con tiempo.

—¿Hoy no toca *footing*?

—No, hoy toca pasar un largo rato en el desayuno.

Antes de meterme en la ducha, me entró un mensaje en el móvil. Dio un zumbido bastante extraño, le quedaba poco tiempo de vida. Esperaba que mi padre hubiera entendido la indirecta que le había lanzado hacía unos días y me regalara un móvil nuevo por mi cumpleaños.

Will: Buenos días, cumpleañosera. ¿Te veo en el desayuno?

Se me iluminó la cara.

Sara: Me ducho y voy.

Will: Qué tempranera, ¿hoy no corres?

Sara: No, me han dado el día libre :)

Veinte minutos después, llegamos al comedor. Entré mirándome los pies, se me había quedado un papel pegado en el zapato, y, cuando levanté la mirada, contemplé maravillada lo que habían organizado mis amigos en nuestra mesa.

Había globos de todos los colores atados a las sillas, y la mesa estaba rebosante de comida. No faltaba de nada: zumo de naranja, de piña, chocolate, tortitas, tostadas, huevos con salchichas y beicon, donuts... ¡No sabía por dónde empezar! ¡Qué buena pinta tenía todo! Mis amigos no me permitieron ni sentarme y, en cuanto me vieron, me cantaron el *Cumpleaños feliz*.

¡Qué vergüenza pasé! Me puse roja, notaba cómo me subía el calor por la cara. Miraba hacía todas partes y contaba los segundos que faltaban para que terminaran. ¡Y no se acababa la canción! Chillaban tanto que nos observaba

todo el mundo y, la verdad sea dicha, mis amigos no cantan muy bien, exceptuando a Oliver; se escuchaban varias notas desafinadas.

Adam se subió a una de las sillas e hizo gestos con los brazos al comedor invitándolos a cantar con ellos. Fue un alivio que no hubiera demasiada gente porque aún era temprano. Algunos enseguida se animaron y se unieron al cántico, otros daban palmas y otros se cruzaron de brazos y pusieron mala cara; bueno, solo una mesa tomó esa actitud: la de Tessa tarta *Comtessa*.

Will se acercó en mitad de la canción a darme un beso y a felicitarme en persona y me hizo prometerle que, después de las clases y antes de ir a comer, tendríamos un momento a solas. Quedamos a la salida de mi aula.

Cuando por fin acabaron la canción, me lancé hacia todos ellos para llenarlos de besos y abrazos. Miré a mi hermano de reojo y me encontré con su mirada. «Felicidades, Daniel», le dije mentalmente.

Nos sentamos a la mesa y nos dimos un gran festín. Nos tiramos una hora desayunando sin dejar de comer en ningún momento. Los chicos pusieron diecisiete velas a las tortitas con chocolate y me obligaron a soplar y pedir un deseo.

Después me dieron el regalo, emocionados. Era un iPod nuevo color rosa; siempre me quejaba de la música que ponían en la pista de hielo, por lo que decidieron regalármelo para que seleccionara yo la música que quisiera. También me regalaron unos altavoces para poder conectarlo en mi dormitorio y retirar, de una vez, la vieja y destartada minicadena de música.

—¿Has felicitado a Daniel? —me preguntó Pear.

—¿Tú que crees? —le pregunté yo, con media tortita aún en mi boca.

—Que no.

—¿Para qué preguntas entonces?

—¿No pensáis felicitaros ninguno de los dos? —insistió Olivia.

Me encogí de hombros. Yo, por lo menos, lo había felicitado mentalmente. Seguro que él ni eso había hecho.

—Últimamente, tu hermano está guapísimo. A ver, siempre ha sido guapo, pero no sé, creo que los diecisiete le han sentado bien —me confesó Moira, risueña.

—¿Guapísimo, dices? ¡Eso es quedarse corta! Está de toma pan y moja.

—No te pases, Natalie. No es para tanto —puntalicé yo.

—¿Que no es para tanto? Sara, tu hermano es uno de los chicos más *macizorros* de todo el colegio.

Por instinto, miramos todos hacia la mesa de mi hermano. Terminaban de

desayunar y hablaban susurrantes de vete a saber qué. Yo no pensaba que Daniel fuera feo, por supuesto que no, pero de ahí a que estuviera de toma pan y moja... Me parecía una exageración.

—Y tú, Pear, ¿no dices nada? —preguntó Olivia—. ¿No es Daniel tu amor platónico desde los nueve años? ¿O ya no te atrae?

—Pss, no está mal... —contestó la interpelada.

—¿Que no está mal? ¿Dónde está Pear y qué has hecho con ella?

Pear nos miraba a todos mientras se pensaba la respuesta. Estaba a punto de decir algo, pero Brian propuso un nuevo debate.

—¿Y quién creéis que es el chico más guapo de todo el colegio? —nos preguntó—. Sara, tú no hace falta que contestes, ya conocemos la respuesta: Von Kleist.

No quería contestar. Sobra decir que Will era uno de los chicos más guapos que había conocido en mi vida, y que solo de verlo... en fin. Pero de ahí a que fuera el más guapo del colegio había un trecho. No era de las que pensaban que su novio era el ser más perfecto sobre la faz de la tierra.

—No iba a decir Von Kleist, listillo.

—¿Cómo? ¿Quién te parece más guapo que tu novio?

—Ahora te vas a quedar con la duda, por espabilado.

—¡No seas así!

—¿Para qué queréis saber quién es el chico más guapo del colegio? —insistió Moira.

—Curiosidad —contestaron Adam, Brian y Marco al unísono.

—Pues, ya que lo preguntáis, siempre hemos dicho que el más guapo de todos es Oliver. Lo siguen de cerca Daniel, Will y, ejem, Logan.

Natalie puso mala cara. El simple hecho de mencionar al traidor de su exnovio provocaba que se le revolvieran las tripas.

—¿Oliver? ¿Pero qué tenéis todas siempre con Oliver? ¡Joder! ¡Toda la vida igual! ¿Es porque es rubio?

—Marco, no preguntes si sabes que no te va a gustar la respuesta.

—Tranquilo, Marquitos, si preguntamos a tu novia, seguro que dice que el más guapo eres tú —lo vaciló Pear.

—¿Pero os parece que Oliver es el más guapo de nosotros o del colegio?

—Del colegio —contestaron Moira, Pear, Olivia y Natalie.

—Y tú, Sara, ¿qué opinas?

No quise opinar. Tenía la sensación de que, si reconocía en voz alta que Oliver era más guapo que Will, traicionaría a mi novio. No creía que pasara

nada por ver a otros chicos guapos, pero me sentía rara.

—Yo me callo.

Miré a Oliver y vi que se reía, descaradamente. ¿Acaso me leía el pensamiento?

—¿Qué pasa, Sara? ¿No quieres reconocer que nuestro Oliver es más guapo que tu querido novio?

¿Su Oliver? Era más mío que suyo, pero me abstuve de expresar ese comentario. No le quería dar más munición para que se riera de mí.

—¿Y qué pasa contigo, Oliver? Las chicas dicen que eres el chico más guapo del colegio y te quedas ahí, impasible. No te pones ni rojo —lo criticó Brian con evidente resquemor.

—Ya sé que soy guapo, me veo en el espejo todos los días —explicó el rubio con aires de suficiencia.

Estallé en carcajadas. Ese es mi Oliver. Nunca se anda por las ramas, expone las cosas tal y como son.

—Cuidado, Aston, no te vayas a caer de la silla, tu ego está ocupando espacio —le dijo Adam con cariño.

Cuando finalizó mi última clase, Will ya me esperaba fuera del aula. Les hice señales a mis amigos para que se fueran y nos dejaran solos. Cuando el último de ellos salió por la puerta, agarré a mi novio de los cuellos del uniforme y cerré la puerta de un portazo.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé. Su lengua rozó mi labio inferior y yo presioné todo mi cuerpo contra el suyo. Un gemido de placer salió de su garganta y, antes de que me diera cuenta, me empotró contra la pared y me besó desesperado. Sus manos me recorrieron todo el cuerpo. Me subió la falda del uniforme y me rozó los muslos con las manos. No había experimentado un placer así en mi corta vida. Me uní a sus gemidos sin poder evitarlo.

Will me levantó los pies del suelo, guiándolos alrededor de su cintura, y nos movimos juntos hasta que me sentó en una de las mesas de clase. Era la mesa de Adam. Me reí para mis adentros, si se enteraba...

Nos seguimos tocando y besando durante unos minutos. Siempre que teníamos un encuentro como ese, al final, Will se frenaba, pero en aquella ocasión tuve la sensación de que no se detendría.

Sus besos bajaron por mi cuello, los dos respirábamos de manera entrecortada y Will presionó su entrepierna contra mi cuerpo. Moriría por combustión espontánea en cualquier momento. Cuando sus manos levantaron

mi camiseta para colarse dentro, oímos un bullicio fuera, en el corredor. Nos separamos al instante y nos ajustamos la ropa. Me bajé de la mesa y me aproximé a la puerta. Pusimos el oído en la pared para intentar escuchar lo que sucedía, pero quien quiera que fuera había pasado de largo.

—Joder, Sara.

«Sí, eso digo yo. Joder, Sara». Aquello no podía ser bueno para el cuerpo. Detenerse así, de repente. Era como pasar del fuego al hielo.

Me despedí de Will y me fui al comedor a almorzar algo rápido. No tenía demasiada hambre después del desayuno que me había metido en el cuerpo. Los chicos se habían marchado a una reunión urgente con el entrenador de hockey, pero Pear me esperó en el comedor para acompañarme mientras picaba algo. Recreaba en mi mente lo que acababa de suceder con mi novio, cuando Pear interrumpió mi ensimismamiento.

—Sara, ¿estás bien? Parece que estés en la luna.

—Estoy caliente.

«¿Qué he dicho?»

—Digo... estoy hambrienta.

—Ya sé yo de qué tienes tú hambre... ¿Siguen siendo tan intensos tus encuentros con Will?

—¿Tú crees que te puedes morir por combustión espontánea?

—Si no lo sabes tú, que eres la lista del grupo...

Después de la última clase del día, esperábamos entretenidos en mi habitación a que mi padre viniera a recogernos para llevarnos a todos a casa. Del colegio a Edimburgo teníamos unas dos horas de viaje en coche. Nos pusimos guapos, ya que cuando llegáramos a nuestro destino nos iríamos directos a cenar. Allí nos esperaban mi hermano Alex y las familias de Oliver y Adam.

Preparaba la mochila para pasar el fin de semana en casa cuando la música llegó a mis oídos. Adam había conectado mi iPod nuevo en los altavoces y sonaba un remix de *Grease*.

Mi mejor amigo comenzó a bailar y se acercó hacia mí para cogerme de las manos y así bailar juntos. Nos encanta bailar, es otra de las cosas que hacemos desde pequeños. Nos juntamos los tres, ponemos música y nos inventamos pasos de baile. Después de horas ensayando, estamos muy sincronizados y solemos ser los reyes de la pista. No porque lo hagamos bien, sino porque lo hacemos acompañados a la perfección y resultamos graciosos.

Empezamos a mover los brazos y las piernas al ritmo de la música y a dar

vueltas, y nos subimos encima de la cama para seguir haciendo el tonto. Cuando intentábamos seguir los pasos de baile, encima de la cama y carcajeándonos de la risa, Oliver salió del cuarto de baño y se unió a nuestra fiesta. Aún tenía el cabello húmedo por la ducha que se acababa de dar. Se acercó, sugerentemente, hacia mí y extendió los brazos. Yo salté de la cama y me cogió al vuelo para comenzar a darme vueltas y más vueltas. Me mareaba, pero era delicioso, y seguimos bailando, mientras la música seguía sonando.

De pronto, el volumen disminuyó. Miramos hacia los altavoces, depositados encima de mi mesita de noche, y vimos a toda la pandilla apoyada en el marco de mi puerta. Nos habíamos dejado la puerta abierta.

—¿Esto es lo que hacéis cuando os encerráis en la habitación de Sara? No me extraña que siempre interpretéis los pasos de baile a la perfección. ¡Tramposos! Y nosotros que veníamos a despedirnos. —Brian nos miró con falsa indignación.

—¡Yo también quiero bailar!

Pear entró la primera en la habitación y se unió a nuestro baile. Después, entraron el resto de nuestros amigos, hasta que estuvimos todos bailando como locos. Algunos saltábamos encima de la cama y otros bailaban por la habitación.

Subimos el volumen. Ya no sonaba *Grease* de fondo, entonces bailábamos al ritmo de los Sex Pistols con *Brown Eyed Girl*. Esa canción nos exaltó. Oliver y Adam simulaban tocar la guitarra, y las chicas movíamos la cabeza exageradamente. Me daba mucha pena que no vinieran todos mis amigos a mi cumpleaños, pero entendía que ellos también tenían ganas de ver a sus familias.

Tres horas, dos sándwiches y una cabezadita después, entraba por la puerta del restaurante pizzería Amarone junto con mi padre. Es una cadena famosa de restaurantes italianos en Escocia. Cuentan con un salón privado para cenas especiales, y las pastas y las carnes están buenísimas. Detrás de nosotros venían todos los demás. El local lo tenían decorado con velas, y de fondo se escuchaba una suave melodía.

Me senté entre Oliver y Adam, en frente tenía a mi hermano Alex y a mi padre, al otro lado de mi padre se sentó Daniel y, junto a este, mi hermana Kate. Al lado de Oliver, se acomodó Pear y al lado de Adam, Marco. Nick y

los padres de mis amigos se colocaron a ambos extremos de la mesa.

Me decanté por un plato de pasta, mientras que mis amigos prefirieron pizza o carne. Como siempre, acabamos compartiendo todos los platos. Durante la cena, les conté a los adultos la sorpresa que me habían preparado mis amigos en el desayuno y seguimos hablando sobre las clases y el hockey. En unas semanas, los chicos disputarían un partido de hockey hielo importante –si ganaban, se clasificarían para la semifinal– y entrenaban duro para dar la talla.

También hablamos de las notas; por el momento, íbamos muy bien todos en general, pero siempre nos recordaban que íbamos al colegio para estudiar y poder labrarnos un futuro prometedor gracias al nombre y las buenas referencias del *Crowden*. El caso de Oliver y mío era distinto, ya que nuestras notas eran muy buenas. La preocupación de nuestros padres se centraba más en qué queríamos hacer el día de mañana que en el presente.

Cuando terminamos de cenar, los responsables del restaurante bajaron las luces y dejaron el local en penumbra. Había llegado el momento del brindis y nuestros padres nos permitieron tomar cuatro gotas de champán para brindar por los cumpleaños. Cuatro gotas, ni una más. ¡Qué considerados! «Si supieran que nuestros organismos ya han conocido el alcohol... ¡Y de qué manera! ¡Por la puerta grande!».

Cuando brindamos con las copas, mis amigos y yo nos miramos, cómplices. Ya habíamos decidido que, cuando celebráramos el próximo fin de semana mi cumpleaños en el colegio, íbamos a llevar alguna botella de alcohol. Solo para brindar en condiciones.

Nos trajeron la tarta con velas y Daniel y yo las soplamos, a la vez que nos cantaban el *Cumpleaños feliz*. No quise pedir ningún deseo, ya lo había pedido en el desayuno y no quería que no se cumpliera el anterior por ser avariciosa. La tarta era de chocolate y me supo a gloria. Adoro el chocolate. Me comí mi porción y la de Pear, porque no le entusiasma el chocolate. Otra de sus rarezas, ¿a quién no le gusta el chocolate? Mi padre habló con uno de los camareros y, poco después, le trajeron un gigantesco postre de helado a Pear con cuatro bolas. Mi padre se fija mucho en los detalles, es igual que yo. Bueno, yo soy igual que él.

Nos dieron los regalos y hubo de todo. Para mi hermano: un equipo nuevo de hockey hielo, un reloj, ropa y alguna cosa más; para mí: un móvil nuevo. ¡Sí! Lo levanté y se lo enseñé a todos los comensales, sobre todo a mis amigos, que ya no podrían burlarse más de mi móvil. También me regalaron

otro reloj, unos zapatos y un libro. Laura, la madre de Oliver, siempre me regalaba libros, compartimos nuestra pasión por la lectura y solemos intercambiar correos electrónicos con las reseñas de aquellos libros que consideramos más recomendables.

Después de cenar, convencimos a nuestros padres para que nos dejaran ir a tomar algo por nuestra cuenta. Les prometimos que, más pronto que tarde, cogeríamos un taxi para llegar a casa, y que, además, Alex y Nick podían cuidar de nosotros. Al principio se mostraron reacios, pero acabaron cediendo, no sin antes advertirnos: «Sed buenos, por favor». A mí hermana pequeña Kate no la dejaron venir, aún era muy joven, tenía once años.

Edimburgo tiene mucha marcha nocturna, sobre todo concentrada en el centro de la ciudad. El único inconveniente residía en que éramos menores de edad. Por suerte, un compañero de universidad de mi hermano Alex trabajaba de camarero en un pub, de modo que nos dejaron entrar sin ponernos impedimento alguno por nuestra edad.

No era la primera vez que entrábamos en un pub, desde los dieciséis años veníamos colándonos en ellos. Lo que no habíamos experimentado hasta entonces era emborracharnos dentro, nos conformábamos con tomar una cerveza. Aquella se convirtió en nuestra primera borrachera en una pub escocés.

Comenzamos por tomarnos unas Guinness, convencimos a mi hermano de que no sucedía nada por tomarnos una cerveza y, milagrosamente, nos lo permitió. Su buen humor era visible, quizá había conocido a alguna chica guapa en la universidad... Tendría que intentar sonsacarle algo más adelante.

Oliver andaba como loco con mi nuevo móvil, no hacía más que sacar fotos a todo y a todos. Según él, tenía muy buena cámara.

Dos horas después me bebía mi cuarta Guinness, igual que el resto de mis amigos. Cuando Alex se sentó a la mesa después de venir del servicio, vio mi cerveza casi llena y me preguntó por ella.

—Sara, ¿has pedido otra cerveza?!

«Recuerda, Sara, prohibido balbucear. Habla despacio y pronunciando cada palabra para que no sospeche».

—No, aún es la primera.

Había estado tan distraído hablando con Nick que ninguno de ellos se dio cuenta de que Oliver se había camelado a la camarera y nos servía todas las cervezas que le pedíamos.

Pear comenzó a reírse de manera descontrolada. ¡Siempre nos pillaban por

su culpa!

—Vamos a bailar. —Oliver, en un intento de alejar las miradas de nuestros hermanos mayores hacia Pear, me cogió de la mano y me levantó de la silla.

—¿Qué dices? ¡Aquí no se puede bailar!

—¿Quién lo dice? Tenemos música. ¿Qué más necesitas?

El pub tenía forma cuadrada. En el frente, junto a la puerta principal, se encontraba la barra, con varios tiradores de Guinness, y una pared acristalada repleta de estanterías con botellas de todo tipo. En las tres paredes restantes había mesas rectangulares, divididas por pequeños tabiques de madera y con sofás de terciopelo verde a ambos lados. La parte central del pub estaba llena de pequeñas mesas de madera con sillas alrededor. No había ni un solo espacio para bailar. A no ser que quisiera que nos subiéramos en la barra...

—Necesitamos espacio.

Oliver se alejó y se situó en el centro del local. Movi6 las sillas y las mesas desocupadas y las apart6 a una esquina.

—¿Y ahora? —me pregunt6, ofreciéndome la mano.

Me fijé en su atuendo: pantalones vaqueros oscuros, camiseta gris de manga larga y unas botas Panama Jack. La camiseta se le ceñía tanto al bíceps que era como si no llevara nada; se intuían todos los músculos que había debajo. No me extraña que la camarera se quedara prendada de él. Era toda una maravilla para la vista. Me encantaba ver a los chicos vestidos de manera informal. Me aburría verlos siempre con el uniforme del colegio o con el equipamiento deportivo.

Fui hacia él y comenzamos a bailar. La música no acompañaba, ni siquiera sabía quiénes eran. Uno de los camareros, al principio, nos puso mala cara, pero, al ver que el local se animaba y que todos nos aplaudían, decidió dejarnos hacer.

Oliver y yo sorprendimos al público con nuestros mejores bailes, aquellos que llevábamos años practicando. Adam no tardó en unirse a nosotros. Paso a paso, el pequeño espacio de baile que había creado Oliver para nosotros se llenó de gente, entre ellos, mis amigos Pear y Marco y mi hermano Daniel. Este último había bebido bastantes cervezas y se le veía muy animado bailando con Pear. De vez en cuando, me dirigía miraditas para asegurarse de que no me pasaba con la bebida.

El responsable de la música se solidarizó con los bailarines y nos pinchó canciones más bailables. Sonaba *Kiss Me*, de Sixpence None The Richer. Yo continuaba dando vueltas en los brazos de Oliver, ya no necesitaba más

cervezas, había bebido suficiente, el pub daba vueltas y más vueltas. Y me sentía bien, muy bien. Cuando acabó la canción, ya no bailábamos, solo nos reíamos e intentábamos dar algún paso de baile.

—Vamos, chicos, es hora de irse —nos interrumpió Alex.

—Alex, no seas aguafiestas, quiero bailar y bailar toda la noche. —Y tuve tanta mala suerte que, mientras lo decía, intenté dar una vuelta sobre mí misma, pero me tropecé y me caí. Habría besado el suelo con la nariz sino hubiera sido porque Oliver fue capaz de sujetarme a tiempo.

—Sara, ¿no estarás borracha? Mírame a los ojos.

Intenté enfocar la vista, pero era imposible.

—¡Mierda, Sara! ¡Estás borracha!

La música cesó de repente y solo se escuchaban las risitas (de borrachos) de Pear y Daniel.

—¿Estáis todos borrachos? ¿En qué momento ha sucedido esto, joder? —Nick se acababa de dar cuenta de nuestro estado.

—Algunos más que otros, hip. —A Adam se le escapó un hipido e intentó sostenerse en pie.

Mi hermano nos escrutó a Adam y a mí.

—Estupendo, Sara, estupendo. ¿Y cómo cojones te llevo yo así a casa de papá? ¿Y qué coño hago contigo, Adam?

—Tengo una idea —interrumpió Oliver—, os quedáis a dormir en mi casa, entramos rápido y nos vamos derechos a la cama. Mi madre no se va a dar cuenta, piensa que eres la chica más buena y responsable del mundo, no va a reparar en ti. Y, respecto a Adam... lo esconderemos detrás de nosotros.

—¿Y quién te esconde a ti, enano? Arrastras las palabras más que ella —lo reprendió Nick mientras me señalaba con el dedo.

No me había dado cuenta de que Oliver no hablaba bien, yo lo entendía perfectamente. «Será que entre borrachos nos entendemos».

—No pienso volver a traeros a ningún sitio —nos amenazó mi hermano mayor.

Por fortuna, la noche acabó perfecta. Adam y yo nos quedamos a dormir en casa de Oliver, y nadie notó nada extraño ni sospechoso, aunque no es que nos dejáramos ver en exceso. Dormimos los tres juntos en la cama de Oliver. Esa noche, las estrellas se posicionaron de nuestra parte. Fue una gran día.

Una noche muy especial

El lunes por la mañana, mi padre nos dejó en el colegio. Tuvimos que levantarnos muy temprano para estar puntuales a primera hora y, al final, llegamos tan pronto que incluso me sobraron unos minutos para pasar por mi habitación a recoger unas cosas.

Cuando estaba a punto de salir de mi dormitorio, tocaron a la puerta. No sabía quién podía ser. Todos mis amigos me esperaban en clase. Abrí la puerta y me topé con Will, que, al instante, se lanzó a mis brazos a besarme, cerrando a la vez la puerta de la habitación con el pie.

—Te he echado de menos —me dijo entre beso y beso.

Yo no podía ni hablar, solo podía pensar en las sensaciones que me regalaban sus manos y su cuerpo. Nos tiramos en la cama sin miramientos, cayendo Will encima de mí. Le rocé las caderas suavemente con mis manos, y Will se apartó rápido sin poder evitar reírse. «¿Qué ha sido eso? ¿Cosquillas?»

—¿Tienes cosquillas? ¿Tú? ¿El malote del colegio?

Lo rocé por la misma zona y volvió a apartarse, riéndose de nuevo.

—Para, boba, que me desconcentras. Por si no te has dado cuenta, estoy en mitad de algo importante.

Comencé a reírme muy fuerte; no me podía creer que Will tuviera tantas cosquillas y que no lo hubiera descubierto antes. Sí que lo disimulaba bien.

Colé mis manos por debajo de su camiseta y le rocé ambos costados; sus risas se tornaron más fuertes. Ya no podía detenerme, quería hacerle cosquillas por todo el cuerpo para descubrir cuáles eran sus puntos débiles.

Nuestras risas resonaban por toda la habitación. Will intentaba resistirse, pero no fue capaz.

—¡Tú te lo has buscado, provocadora!

Will se aproximó a mí, con la clara intención de hacerme cosquillas, pero fui más rápida que él, me levanté de la cama a toda velocidad, y salí escopetada de mi habitación. Él salió poco después y cerró la puerta. Miré para atrás, riéndome, y descubrí que estaba muy cerca y que tenía las manos en

posición de «ataque de cosquillas».

Bajamos las escaleras del edificio persiguiéndonos, un vigilante nos vio y nos hizo señales para que frenáramos, fingimos obedecerle, pero, en cuanto lo perdimos de vista, volvimos a lo nuestro.

Así llegamos hasta mi clase de primera hora. El profesor de matemáticas ya había entrado, y cerraba la puerta justo cuando llegué yo. La volvió a abrir para dejarme pasar. Giré la cabeza y le mandé un beso a Will. Me devolvió el gesto y se fue hacia su clase. Entré en clase muy acalorada; por una razón o por otra, en los últimos tiempos, siempre estaba en este estado.

—Por los pelos, Summers —me regañó el profesor.

Me dirigí a mi sitio y me dejé caer en la silla con una sonrisa en la cara. No me enteré de nada de lo que nos explicó el guaperas en clase, estaba perdida en mis pensamientos.

A la hora de comer, Pear se quejaba por algo. Todavía estaba algo desconectada, así que le pregunté qué le sucedía.

—¿Cómo que qué me pasa? ¿Es que nadie ha estado en clase de matemáticas?

Todos la miramos sin entender a qué se refería, lo que la indignó aún más.

—Yo, como si no hubiera estado —confesó Olivia—, no he sido capaz de escuchar ni una palabra. En realidad, llevo meses sin enterarme de nada, ¡es el profesor de matemáticas más guapo que existe sobre la faz de la tierra!

Olivia llevaba enamorada del profesor en cuestión desde que había llegado al colegio, y no era para menos, estaba como un queso: unos treinta años, ojos azules, cabello castaño tirando a pelirrojo, cuerpo de infarto... ¡Todo un escocés!

Pear no la escuchaba, seguía con lo suyo.

—¿No habéis oído lo que ha dicho? ¡Nos va a obligar a hacer el próximo examen sin calculadora! ¡¿Cómo piensa que vamos a poder hacer un examen de matemáticas sin calculadora?! ¿Cómo?

—No habrá que hacer grandes operaciones; si no, no nos la quitaría. —Marco intentó tranquilizarla.

—¡Eso no lo sabemos! ¿Y si tenemos que hacer una raíz cuadrada? ¿Quién demonios sabe cuál es la raíz cuadrada de... —se detuvo para pensar en una cifra—... 5.780 sin calculadora?

—76,026 —contestamos Oliver y yo a la vez.

Pear chasqueó la lengua y suspiró.

—Siempre me olvido de vosotros dos cuando hago este tipo de

preguntas...

—Cambio de tema —retomé la conversación—. Estoy pensando en ir mañana al pueblo, en coche, a pasar la tarde con Will, en plan cita, y así, de paso, celebramos mi cumpleaños. ¿Dónde podemos ir? ¿Qué me recomendáis?

—¿En coche? ¡Sara, tú no tienes coche! —Moira dejó que el tenedor que sostenía en la mano cayera de manera estruendosa sobre su plato.

Debía haber iniciado esa conversación cuando no estuviera Moira delante. Me levanté de mi silla y acerqué la cabeza al centro de la mesa, para crear intimidad. Todos me entendieron y juntaron sus cabezas con la mía. Brian primero se metió una patata frita en la boca.

—Voy a coger prestado el de mi hermano, no creo que Will tenga reparo en robarle las llaves.

—¡No puedes hacer eso, Sara! ¡Es ilegal!

—Ya tengo edad suficiente para conducir en Escocia, por si no te habías dado cuenta.

—¡Pero no tienes coche! Si te detiene la policía y tiene que llamar al propietario del vehículo, ¿qué crees que va a pasar?

Lo pensé durante un momento. Me imaginé a mi hermano Daniel respondiendo al teléfono. El agente en cuestión lo informaba de que una tal Sara Summers conducía su coche; él diría que no me conocía, que no tenía ninguna hermana con ese nombre y que se lo había robado, bla, bla, bla.

—Lo más probable es que acabe en el calabozo —reconocí.

—¡Exacto! Me alegro de que los diecisiete te hayan hecho madurar.

—No he dicho que no vaya a robarlo, Moira.

Por la noche, fui a la habitación de Pear con un propósito y no pensaba irme sin conseguirlo.

—Ánimo, Pear, yo confío en ti.

—No sé, Sara. Me parece mucha responsabilidad, no sé si seré capaz de hacerlo.

—Sí que puedes. Venga, coge las tijeras y hazme un flequillo como el que lleva la presentadora esa de televisión que está tan de moda.

—Está bien, pero, si no te queda bien, tendrás que sujetártelo con horquillas durante un par de meses.

—Que sí, pesaaaada.

Me humedecí el cabello y juntas seleccionamos el grosor del flequillo. Pear me miró antes de dar el primer tijeretazo, y yo le dije que sí con la barbilla. Cerré los ojos y escuché el sonido inconfundible que hacen las tijeras

al cortar el pelo.

Tris, tras.

Poco después, terminó su labor. Me secó el cabello con el secador y me pasó las planchas. Me levanté y me observé en el espejo. Había quedado muy bien. Me apetecía un cambio.

—¡Estás guapísima! ¡Me encanta! ¡Córtamelo tú ahora a mí!

Seguimos el mismo procedimiento, le humedecí el cabello, separé los mechones que formarían el flequillo y... tris, tras.

Observé el flequillo de Pear y quedé satisfecha con los resultados. Estaba muy guapa. Claro que donde hay una buena base...

Nos miramos las dos en el espejo, orgullosas de nuestro trabajo.

—Sara, ¿ya tienes todo preparado para la escapada de mañana?

—¡Sí! —contesté entusiasmada—. Will se encarga de conseguir las llaves del coche de Daniel, no me ha costado nada convencerlo, es un pequeño delincuente como nosotras. Yo conduzco hasta el pueblo y nos vamos a cenar a algún sitio chulo. Después, daremos un paseo y a casa. —Tras tantos años en el *Crowden*, es lógico que nos refiriéramos a él como «casa»—. Bueno, ya me entiendes. Tendremos que estar aquí a una hora prudente para que nos abran la verja y poder entrar con el coche. Quizá vayamos al embarcadero antes de dormir, ya veremos.

—Me parece un buen plan, ¿quieres que esté atenta por si llegáis más tarde del toque de queda y tengo que abriros la puerta?

—Eso sería estupendo, Pear. Eres la mejor.

Al día siguiente, Will y yo nos dirigimos al garaje del colegio. Estábamos emocionados por pasar una tarde entera juntos, los dos solos. En el colegio, nuestros momentos eran escasos. Me entregó las llaves, que le había robado a mi hermano, y arranqué el coche. Me senté en el lugar del piloto, y Will en el del copiloto.

—¿Sabes? En mi imaginación siempre era yo el que te llevaba a ti en coche y no al revés.

Yo me reí y quité el freno de mano para salir del garaje.

—Abróchate el cinturón, Von Kleist —le contesté, a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Te he dicho que estás guapísima con ese flequillo?

—Pues no, pero me alegro de que te guste, ha sido un éxito total. Pear se lo ha cortado igual. ¿No se lo has visto?

—No me he fijado, pero no me extraña nada. ¿Hay alguna cosa que no

hagáis igual?

—¿Llevar en coche a jóvenes impertinentes como tú?

Will me hizo un mohín y me dio un fugaz beso en los labios. «Mmm... quiero más».

Salimos del garaje y conduje hacia las verjas de acceso al colegio. Habíamos pedido permiso para salir, por lo que el vigilante me abrió sin pedir explicaciones. Era inevitable no recordar mi último viaje en aquel coche. Puse la radio y busqué alguna canción que me agradara. Me sonaba que había una cadena de rock. Busqué por los diales hasta que la localicé. ¡Sí! Sonaba *Sweet Child of Mine*, de Guns and Roses.

—¿Has conducido este coche antes? —me preguntó Will.

Era preferible que no supiera nada de mi primera aventura con ese coche, podría utilizarlo en mi contra en el futuro. No era que no confiara en él, sí que lo hacía, pero solo en un noventa por ciento.

—Ehhhh... no, ¿por qué?

—No sé, te veo muy suelta.

Lo miré de reojo.

—Es que todos los coches son iguales —titubeé. «No sé si ha sonado convincente».

—Ya...

Pues no, no sonó convincente. Algo sospechaba, me conocía lo suficiente como para darse cuenta de que le mentía.

El viaje no era muy largo, el tráfico fue fluido y pronto llegamos a nuestro destino. Localicé un espacio libre frente a un restaurante de comida rápida y aparqué el coche.

—¿Necesita que le abra la puerta, señorita? —vacilé a Will.

—Muy graciosa estás tú hoy.

Nos dimos un beso en los labios y bajamos del coche.

Perth es precioso, siempre me ha cautivado. Tiene muchísimas cosas para ver. Paseamos por la ciudad cogidos de la mano. Abundan las pequeñas calles repletas de tiendas. Yo me paraba en casi todas, me encantaba ver los escaparates, pero no entramos en ninguna. No quise aburrir a Will yendo de compras.

Seguimos paseando hasta que nos entró hambre, paramos en una pequeña pizzería del centro y le preguntamos al camarero si nos podía preparar una pizza para llevar. No nos apetecía sentarnos en una mesa. El simpático camarero nos informó de que no había ningún problema y nos preparó la pizza.

Salimos del local con la caja en la mano y fuimos corriendo al coche, que no estaba lejos; no queríamos que se enfriara. Montamos en el coche, encendí el motor, arranqué y di un paseo por la ciudad, buscando un buen sitio para parar y poder cenar tranquilos.

Ya era noche cerrada y las calles estaban desiertas, apenas había viandantes. No me extrañaba, con el frío que hacía. ¡Brrr! Cuando pasamos por uno de los tres puentes del río Tay, distinguí un estrecho espacio peatonal donde podía dejar el coche. Mientras no viniera la policía, estábamos seguros.

—Sara, no puedes dejar el coche aquí, es una zona peatonal.

—No va a pasar nada, todos los agentes de la ley están calentitos en sus casas, viendo la televisión con sus mujeres e hijos.

—No sé cómo tienes la desfachatez de decirme que yo soy «el malote del colegio».

Recogimos la caja de pizza y salimos del coche. Nos habíamos abrigado bien, no nos faltaba de nada, bufanda, gorro, guantes...

Admiramos las vistas que nos ofrecía el río y cenamos. La pizza estaba muy rica, yo ya conocía el restaurante de las veces que visitaba Perth con mi hermano Alex. Will se apoyó en el morro del coche y yo me apoyé en él. Mi espalda contra su pecho. Me envolvió con los brazos para darnos calor. Hablamos y reímos mientras nos terminábamos la pizza. En un segundo, Will me giró y nos miramos de frente.

—Sara, quiero darte una cosa —me dijo, quitándose el anillo que llevaba en la mano derecha. Era el anillo de su abuelo; Will me contó una vez que estaba muy unido a él y que, cuando falleció de un ataque al corazón hacía tres años, quedó desolado. Ese anillo era una de las pocas cosas que le quedaban de él. Sus padres vendieron la casa donde vivía con casi todas sus pertenencias dentro. Su madre decía que tenía demasiados recuerdos de esa casa y que no quería saber nada de ella.

—Will, ni se te ocurra, no puedes darme el anillo de tu abuelo. No lo voy a aceptar.

—Sara, escúchame. —Lo miré a los ojos y advertí un atisbo de dolor en ellos—. Cuando nos peleamos, no podía dejar de pensar que podrías dejar de quererme y que no volveríamos a estar juntos.

—Will, no...

—Déjame terminar —me cortó—. No quiero que eso vuelva a pasar. Este anillo será como una señal entre nosotros. Si lo llevas puesto, sabré que todavía me quieres. No importa que nos enfademos o que creas odiarme

porque hemos tenido una discusión. Prométeme, por favor, que solo te lo vas a quitar si algún día descubres que tú y yo ya no tenemos ningún futuro juntos.

—Will...

—Prométemelo, Sara.

Will enterró mis manos entre las suyas y se las llevó a la boca. Me besó los nudillos. Levanté la vista y clavé mi mirada en la suya. Estaba muy decidido a darme el anillo. No me lo regalaba, era un préstamo. Decidí aceptarlo.

—Está bien. Te lo prometo.

—Bien, no lo olvides, Sara. Aunque el destino decida separarnos, si hay algo tuyo que aún me pertenezca, por muy pequeño que sea, no te lo quites.

Will me puso el anillo y me dio un beso más en la mano. Aquella relación se tornaba demasiado seria, pero mis sentimientos hacia Will eran intensos y estaba dispuesta a cumplir mi promesa.

—¿Y qué pasará si llega ese día, Will? —No era que quisiera pensar en ello, pero no quería tener ninguna duda de lo que hacíamos, porque, a mi entender, sellábamos un compromiso.

—Que me devolverás el anillo y yo me alejaré de ti, para siempre. —Me besó con ternura en la boca—. Pero no te preocupes, porque eso no va a pasar.

Me envolvió entre sus brazos hasta que mis pies ya no tocaban el suelo. Me sentó en el capó del coche y se inclinó hacia mí. Comenzamos a besarnos... un beso, otro y otro más, y acabamos los dos recostados en el coche. Cuando Will se apretó contra mí, sentimos, y oímos, cómo se abollaba el coche. Dejamos de besarnos y nos miramos. Nos reímos a carcajadas y nos metimos en el coche.

—Si se entera Dan de que hemos sido nosotros, nos mata.

—Quizá no se dé cuenta...

Llegamos al colegio un minuto antes de que cerraran la verja principal.

—Summers, Von Kleist, casi no llegáis. La próxima vez no vengáis tan justos, por favor —nos reprendió uno de los vigilantes.

Dijimos que sí con la cabeza y pusimos cara de buenos. Aparqué el coche en el garaje, pero no me apetecía irme a la cama, aún no, quería estar más tiempo con Will.

—¿Te apetece que vayamos a patinar a la pista? Tengo la llave —le pregunté, sugerente, a mi adonis.

Saqué la llave del bolsillo de mi chaqueta (siempre la llevaba encima por si me apetecía patinar) y la hice tintinear delante de sus ojos.

—¿Ahora?

Le confirmé que sí con la cabeza. Me pareció una buena manera de acabar el día.

—¿Prometes no reírte de mí cuando me caiga al hielo?

—No te preocupes, tontito, yo te enseño a patinar.

Entramos en la pista con mucho cuidado de que nadie nos viera. Encendí las luces y nos pusimos los patines. Yo los míos, y Will, unos de los que tenía la pista de reserva. Ambos íbamos con pantalones vaqueros; no era muy cómodo patinar así, pero, para pasar un rato divertido, nos valía.

No nos quitamos los abrigos ni los gorros, necesitábamos entrar en calor, nos habíamos quedado fríos de camino hacia la pista. Al encender las luces, también se activó el hilo musical: *Bed of Roses*, de Bon Jovi.

Acompañé a Will hasta el centro de la pista y le expliqué cómo debía moverse para no caerse. Como era un chulito redomado, no me permitió que lo ayudara, por lo que acabó varias veces tirado en el hielo. Después de unas cuantas caídas, tenía los vaqueros empapados.

Una de las veces, antes de caer, se agarró a mí tan fuerte que caímos los dos. Nuestras risas las debían de estar oyendo hasta en Perth. Al caernos, Will quedó tumbado encima de mí. Me agradaba sentirlo encima de mí. Las risas cesaron, y nuestras miradas se encontraron una vez más. Se acercó a mí y presionó sus labios contra los míos. Me chupó con la lengua el labio inferior y luego el superior. Yo no aguanté la espera y le introduje la lengua para intensificar el beso. Nos besamos, y los minutos pasaban tan rápido que parecían segundos.

Se me quedó el culo frío. Will pareció leerme el pensamiento porque cambió nuestras posiciones, hasta quedar él debajo de mí. Me retiré los guantes y los arrojé al hielo, necesitaba tocarlo. Le introduje las manos por debajo de la ropa y Will se estremeció.

—¿Tienes frío?

—No, nada de frío —me dijo, moviendo la cabeza para enfatizar su negación. Me besó. Él también se quitó los guantes y paseó sus manos por todo mi cuerpo. Se me puso la piel de gallina por la sensación.

Ya no tenía frío; es más, empecé a transpirar. Me incorporé, quedando a horcajadas encima de sus caderas, y me quité el abrigo. Lo coloqué en el suelo y le sugerí que se tumbara encima, para que no se mojara más, ya que su chaqueta también estaba empapada. Se arrancó la chaqueta y la puso en primer lugar, luego puso encima la mía y nos movió para que quedáramos ambos

sobre las chaquetas.

—Creo —interrumpió nuestro beso— que deberíamos —me besó— quitarnos los patines.

¡Todavía los llevábamos puestos! Nos deshicimos de ellos y seguimos riéndonos nerviosos.

—Quítate el jersey y así apoyamos los pies encima —sugerí, mientras mi jersey pasaba por encima de mi cabeza.

En los minutos o segundos siguientes, ya no lo sabía, casi toda nuestra ropa descansaba en el hielo, a modo de cama, con nosotros encima. Nos habíamos quitado los vaqueros y las camisas, y ya solo llevábamos puesta la ropa interior y las camisetas térmicas. Cada roce de sus manos dejaba una estela de fuego en mi cuerpo. Fuego contra hielo. Estábamos sudando, y tenía metido el olor de Will en toda mi piel. No podía dejar de tocarlo, y él tampoco a mí.

No hablamos, pero hubo algo que dimos los dos por sentado. Aquella sería la noche. La noche en la que nuestros cuerpos se unirían como nunca antes lo habían estado. Nunca antes me había sentido tan excitada y preparada. Claro que... era mi primera vez.

—Cuando te he traído aquí, no era esto lo que pretendía —le susurré a Will al oído. Me había bajado la camiseta térmica y me daba besos cerca de los pechos. Se detuvo y me observó.

—¿Primero conduces el coche y ahora me robas la frase?

Me reí, pero era de los nervios. Temblaba, porque estábamos a punto de hacer el amor por primera vez.

—Sara, ¿estás segura?

Dejó de besarme y me sujetó las mejillas con sus manos. Me incorporé y lo levanté a él a la vez, de manera que quedamos sentados conmigo encima. Lo miré a los ojos, tenía las pupilas muy dilatadas. Le metí las manos entre el cabello y lo besé en los labios y en la mandíbula.

—Sí.

Will me colocó con suavidad sobre nuestra cama improvisada y buscó algo en sus pantalones vaqueros. Lo encontró y rasgó el paquetito metálico. A continuación, escuché cómo deslizaba el preservativo por su piel. Se colocó entre mis piernas. Nuestros corazones latían desbocados, creí que el mío se me saldría del pecho en cualquier momento. Nos miramos a los ojos, y los suyos brillaban con gran intensidad. Le dije que sí, de nuevo, con la cabeza. Se introdujo dentro de mí, poco a poco. Sentí una pequeña molestia y se me escapó una mueca de dolor.

—¿Te duele? ¿Quieres que pare?

—No. —Negué con la cabeza—. Sigue, por favor.

Se movió despacio en mi interior, y el dolor fue menguando hasta convertirse en la sensación más placentera que había vivido hasta ese momento.

Para cuando nos vestimos con nuestras ropas empapadas por el hielo y salimos de la pista, ya era la una de la madrugada. A esas horas, hasta los vigilantes dormían, pero había que ser precavidos. Anduvimos ligeros pero silenciosos, cogidos de la mano, hasta llegar a la residencia. De camino, saqué el móvil para llamar a Pear para que nos abriera la puerta.

Cuando ojeé el móvil, descubrí que tenía un mensaje de Oliver. Me preguntaba si estaba bien. Decidí contestarle una vez estuviéramos dentro del edificio, no quería demorarlo más, por si al final nos descubrían. Llamé a Pear y me contestó al primer tono. Había estado esperándome toda la noche. Muchas veces pienso que no me la merezco.

A los pocos segundos de llegar a la puerta, Pear nos abrió, y nos adentramos en el edificio. ¡Qué calorcito hacía! Estábamos congelados y empapados. Comenzamos a hablar en susurros.

—¿Qué os ha pasado? ¿Por qué tenéis toda la ropa mojada? ¿Está lloviendo? —Asomé la cabeza a la calle y comprobó que no llovía. Antes de que empezara a interrogarme, la frené.

—Mañana te lo cuento.

—Oh, ya lo creo que sí, señorita misteriosa.

Me miró de manera sospechosa. Esperé que no hiciera cábalas y se imaginara lo que había pasado, porque era capaz de ponerse a saltar allí mismo y de preguntarle a Will a ver qué tal había ido la experiencia.

Le di un beso, las buenas noches y prometí contarle todo al día siguiente. Cuando Will y yo llegamos a mi piso, me cogió de la mano y me abrazó.

—Ven a mi habitación y duerme conmigo —me suplicó—, solo por esta noche, por favor. No quiero que hoy duermas con ninguno de ellos.

Dudé, no sabía qué hacer. ¿Y si me daba uno de mis ataques? No dormir cerca de Oliver o Adam me creaba mucha ansiedad.

—Por favor, Sara —me suplicaba.

A mí también me apetecía dormirme entre sus brazos. Decidí dejarme llevar.

—Vale.

—¿En serio? —Will me levantó del suelo.

—Sí.

—Te quiero, Sara.

Nos dimos un beso y comenzamos a subir las escaleras, sin hacer ruido, hasta llegar a su habitación. Una vez dentro, me puse una de sus camisetas y me metí en la cama. Antes de taparme con las mantas, le contesté el mensaje a Oliver, informándolo de que estaba bien y de que nos veríamos al día siguiente. Para cuando Will salió del baño, yo ya estaba medio dormida. Había sido un día muy intenso. Se metió en la cama y me abrazó. Nos quedamos dormidos al momento.

El día después

Me desperté con los primeros rayos del sol, como casi todas las mañanas de mi vida. Me sentí desubicada. «¿Dónde me encuentro? En la cama de Will», me acordé al instante. Abrí los ojos del todo y me topé con el musculoso pecho de Will. ¡Había perdido la virginidad con él! Se me escapó una sonrisa de los labios.

—¿De qué te ríes? —me preguntó mi novio, aún adormilado y acariciándome la espalda.

—No me estoy riendo —le contesté, haciendo mi sonrisa más ancha.

—Te estoy sintiendo en mi pecho, Sara.

Me besó en la cabeza, y yo me incorporé. Experimentaba una gran sensación de vergüenza, no sé por qué. Después de lo que habíamos hecho el día anterior, no sabía cómo comportarme ni qué se suponía que debíamos hacer. Le di un beso en los labios y me levanté de un salto.

—¿A dónde vas?

—A mi dormitorio, es mejor que me marche antes de que se llene el corredor de gente. —Fue la excusa que le puse.

—Sara, ¿te da vergüenza hablar conmigo?

El rubor subió a mis mejillas. Seguro que tenía la cara más roja que la nariz de Santa Claus.

—¡No! Para nada.

—Ya, claro.

—¡No te rías de mí! —lo reprendí, mientras recogía mi ropa. Will se sentó, apoyando la cabeza en el cabecero de la cama, y me observó de arriba abajo. No quería enfrentarme a su mirada, me intimidaba. «¿Por qué me comporto así? ¿Por qué me da vergüenza hablar con él? Tengo que ponerme mi ropa».

Hacía algunas horas, la habíamos dejado extendida sobre los muebles de la habitación y comprobé, con alivio, que estaba seca. Aunque si hubiera estado mojada, no me hubiera quedado más remedio que ponérmela. No tenía más ropa, y la idea de desplazarme por los corredores del edificio en ropa interior

no me atraía del todo. Me puse la camisa y el jersey con presteza, me daba apuro que me viera desnuda. La noche anterior no nos habíamos quitado la ropa del todo, de modo que no nos habíamos visto desnudos. Me agaché, para recoger los pantalones vaqueros, que se habían caído de la silla al suelo, e introduje uno de mis pies dentro.

—Es que me lo pones muy fácil, Sarita. —Se levantó y me dio un cachete en el culo—. ¿Te veo luego?

—Sí, ¿hoy te toca entrenamiento?

—Ajá —exclamó desde el baño.

—Te veo allí, me sumaré al resto de admiradoras que suspiran por tus huesos.

—¡Excelente! —me chilló para hacerse oír, ya que había abierto el grifo de la ducha.

Pasé por mi habitación y me di una ducha rápida. Antes de vestirme, me observé en el espejo, por si descubría algún cambio en mi cuerpo. Todo parecía estar en el mismo lugar. Le envié un mensaje a Pear para que quedáramos antes de entrar en clase. No me dio tiempo ni a salir de la habitación, porque al instante tocaron a la puerta. Abrí, y era ella. Qué rapidez, se me pasó por la cabeza que quizá había estado haciendo guardia.

—Buenos días —la saludé con alegría—, ¿me acompañas a las máquinas expendedoras a comer algo?

—¿No quieres ir al comedor a desayunar?

—No, tengo el estómago cerrado.

Tenía los nervios instalados dentro de mi cuerpo. Se habían construido una casa con jardín y pretendían quedarse a vivir allí mucho tiempo.

—Qué extraño... Con lo que te gusta a ti comer. —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Fuimos hacia la zona de las máquinas y compré una chocolatina y un chocolate caliente. Me apoyé en una de las máquinas y retiré el envoltorio de la chocolatina. Me lo comía por meter algo en el estómago, no porque tuviera hambre.

—¿Me vas a contar ya por qué ayer estabais Will y tú con toda la ropa mojada? —Pear se apoyó de costado en la máquina de al lado—. Venga, suéltalo ya, que no quiero estar aquí hasta mañana y, conociéndote...

Hice un gesto con la cabeza y nos dirigimos a clase mientras me bebía el chocolate caliente. Si no se lo decía en ese momento, no se lo diría jamás. Le pasé mi brazo por el hombro y le hablé al oído.

—Te voy a contar una cosa, pero tienes que prometerme que no te pondrás a chillar como una loca.

—Prometido —me dijo, levantando la mano y mostrándome la palma.

—Ayer Will y yo... ya sabes... eso.

Su reacción no se hizo esperar.

—¡Noooooo!

—Síiiii.

—¿¿¿En serio??? ¡¡¡Cuéntamelo todooooooo!!! ¿Te dolió? ¿Llegaste al orgasmo?

—¡Que no chilles, inconsciente! ¡Y menos la palabra «orgasmo»! —Le reñí por su nulo intento de mantener las emociones y, a la vez, oteé hacía todos los lados, asegurándome de que nadie nos hubiera oído.

—Perdón, ¡es que no he podido evitarlo! Vamos, cuéntamelo todo. Y no te guardes los detalles.

Se lo resumí todo (con detalles) de camino a clase. Nos acercábamos al aula cuando nos cruzamos con Adam. Le hice una señal a Pear para que guardara silencio. No quería que los chicos se enteraran todavía, ya vería cómo se lo contaba más adelante.

—¡Totó! ¿Dónde te metes? No sabíamos nada de ti desde ayer.

—Me quedé con Will hasta tarde, le mandé un mensaje a Oliver —le expliqué a mi amigo. Fui a meterme en clase, pero me agarró de la cintura para impedírmelo.

—¿Qué te pasa en los ojos?

«¿Qué me pasa en los ojos?».

—Nada, ¿por qué?

—Déjame verte mejor... Te noto algo diferente, no sé, tienes un brillo especial en la mirada.

Acercó sus ojos a los míos y nos quedamos a escasos centímetros de distancia. No era posible que se hubiera dado cuenta. «No, no, no, no puede ser. Tierra, trágame». Cuando me había mirado al espejo en mi habitación, no había notado nada diferente. Miré a Pear, que me negó con la cabeza como diciendo «yo no he sido» y, además, se reía. A mí no me hacía gracia. La censuré con los ojos.

—¡Pero qué tonterías dices! —le espeté nerviosa a Adam.

—¿Qué cojones hiciste anoche con Von Kleist? —No hizo falta que le respondiera porque, de repente, abrió de manera exagerada los ojos, lo que me hizo pensar que él mismo había sacado su propia conclusión.

—¿¿¿Has perdido la virginidad???

Parecía una pregunta, pero no lo era, era una afirmación. Me acerqué a él y le cerré la boca con mis manos.

—¡Cállate, Adam! ¡Te va a oír todo el colegio!

—¡Adam, eres un genio! ¿Cómo te has dado cuenta?

«Gracias, Pear, por confirmar sus sospechas tan acertadas». No acababa de creerme que se hubiera dado cuenta. ¡Era imposible!

—¿Es eso? —Adam apartó mis manos de su boca para poder hablar con libertad, y me cogió de los hombros— ¡Joder con Von Kleist!

—Shhhh... ¡Callaos, ya!

Me solté de su agarre con la intención de meterme en clase, pero Adam me alcanzó con apremio.

—¡*Totó*, no nos dejes así! ¡Queremos saber!

Giré la cabeza y les ordené que se callasen. A ese paso, se enteraba medio mundo antes de segunda hora. ¡Qué vergüenza! ¡Adam se había dado cuenta! Debió de ser porque les había robado la virginidad a tantas chicas que ya conocía, al dedillo, los efectos secundarios.

Durante la clase, me dediqué a observar mi libro como si fuera la cosa más bonita del mundo y no pudiera apartar mis ojos de él. Cada vez que miraba hacia Adam o Pear, me incitaban para que les contara mi noche al detalle, y se tronchaban de la risa porque me ponía roja y les decía que no.

Ni loca quería que se repitiera la situación que viví el día después del primer beso con Will; por poco me tuve que mudar a Tombuctú. Respondí a todas las preguntas y los comentarios que hicieron mis dos impertinentes amigos con «mmms» y «ajás».

Cuando acabó la clase, salí un momento a airearme, aprovechando el ratito que tardaba el profesor de la siguiente clase en llegar a nuestra aula. Oliver vino hacia mí, aquel día le tocaba sesión con Brenda, la psicóloga.

—Sara, ¿qué te pasa en los ojos?

«¡No puedo creerlo! Pero ¿qué coño les pasa a mis ojos? Esto es increíble». Estaba tan irritada con Adam y Pear, por su insistencia en que les contara lo de Will, que no pensé antes de hablar.

—¡Sí, he perdido la virginidad! ¡Dejadme ya todos en paz!

No me dio tiempo a ver la reacción de Oliver, porque salí corriendo sin dar más explicaciones. No asistí al resto de las clases de la mañana, no me apetecía. ¡Me habían chafado el día! «Con lo contenta que me he despertado».

A la hora del almuerzo, no me quedó más remedio que ir al comedor. Tenía

mucha hambre, ya que apenas había desayunado. Me acerqué a la mesa de mis amigos y, antes de sentarme, percibí que evitaban reírse, todos ellos. ¿Qué les pasaba? Hasta donde yo creía, solo sabían mi secreto Pear, Adam y Oliver. «¿No habrán sido capaces de contárselo?».

—Hola —los saludé, escueta. A continuación, me acomodé, muy digna, en mi silla.

—Hola, Sarita —me devolvió el saludo Brian—, bienvenida al mundo de los «no vírgenes». Cada vez somos más.

—¿Os habéis chivado? —acusé a mis amigos.

—No ha hecho falta —continuó Brian—, lo has gritado en mitad del pasillo, se ha enterado medio colegio. Miedo me da cuando llegue a los oídos de Daniel. Si le dio una paliza a Von Kleist por meterte la lengua... a saber qué le hará por meterte, ejem, ya sabes.

«¿¿Se ha enterado medio colegio?? ¡Joder! La culpa es de Adam y Pear, si no me hubieran estado pinchando en clase, yo no le hubiera chillado a Oliver y nada de esto se sabría».

—A mi hermano le es indiferente lo que yo haga o deje de hacer.

—Ya, lo que tú digas.

—Enhorabuena, *Totó*, has sido la primera de las chicas en perder la virginidad. —Marco me mostró un gesto de orgullo y me guiñó un ojo.

Ya no tenía sentido seguir evitando hablar del tema. Todos mis amigos lo sabían (y, al parecer, medio colegio también) y no pararían de reírse de mí hasta que vieran que yo misma me lo tomaba con naturalidad.

—Ya sabéis que me gusta abrir el camino.

«Oh, mierda». En el contexto en el que estábamos hablando, aquello había sonado fatal. Mis amigos se rieron y me hicieron la ola.

—Ese comentario ha sido... —comenzó a decir Oliver, divertido.

—¿Desafortunado? —continué yo.

—Sara, estoy pensando que, no solo has sido la primera chica en mantener relaciones sexuales, ¡también has ganado a Oliver!

—Joder, ya estamos otra vez —se quejó el aludido.

—Dejadlo en paz —lo defendió Adam—. Solo espera a que aparezca la chica indicada. Con Olly, no vale cualquiera.

—¡Eh, tío! ¿Estás diciendo que los demás lo hemos hecho con cualquiera? —se quejó Brian.

—Sí.

—Yo, por lo menos, lo he hecho con mi novia, no como vosotros.

—No te confundas, Marco. Tú lo hiciste con la primera que se dejó y, como te sentías fatal por echarla de tu cama al terminar, le preguntaste si quería ser tu novia. ¡Hay que ser pringado!

—Joder, es cierto, y ahora no sé cómo quitármela de encima.

—No cambiemos de tema —insistió Brian—. Venga, Sarita, queremos saber si Von Kleist dio la talla.

Miré a todos mis amigos, que permanecían expectantes por mi respuesta. «¡Serán cotillas!».

—¡A ti te lo voy a contar!

El rato que teníamos después de comer y antes de que empezara la primera clase de la tarde, lo aproveché para ir a la biblioteca a coger algún libro. Después de media hora ojeando las novedades, seleccioné un par que me parecieron interesantes y rellené la ficha de préstamo de la biblioteca. Los guardé en la mochila y me fui a clase. Según me aproximaba, escuchaba los chillidos de alguna loca. ¿Qué pasaría?

No había acabado de entrar por la puerta cuando Natalie empezó a chillarme sin control.

—Y a ti —me señaló con el dedo—, ni se te ocurra ponerte de su lado. ¡Esta vez no, Sara! ¡No tiene razón y se merece que no le hablemos en una semana, como mínimo! ¡Más te vale apoyarme a mí!

Resulta que «la loca» era Natalie. El ambiente estaba muy caldeado. ¿Qué pasaba? No tenía ni la más mínima sospecha de lo que hablaba mi amiga. «¿Que no me ponga del lado, de quién? ¡Si acabo de llegar!».

—¡A mí no me chilles, Natalie! —vociferó Oliver.

«Vaya, parece que la disputa es con Oliver. Unos cuantos datos más y seré capaz de saber qué ha pasado».

—¡No puedo creerme que hayas sido capaz de hacerme algo así! ¡Se supone que eres uno de mis mejores amigos! ¡Y me has apuñalado por la espalda!

Estaba intrigadísima. No me imaginaba qué había podido hacer Oliver para haber puesto a Natalie en ese estado. Olly no se mete con nadie, siempre va a lo suyo. No entendía nada. Todos seguimos la discusión como si se tratase de un partido de tenis. Mis ojos oscilaban de uno a otro.

—¡Deja de decir gilipolleces!

—¡No es ninguna gilipollez! ¡Y menos mal que te he visto, que si no estarías aquí fingiendo ser mi amigo!

—¿Sabes qué? Me importa una mierda lo que me digas, no tengo por qué

aguantarte, Natalie. ¡Ni a ti, ni tus cambios de humor! —Oliver me buscó entre nuestro grupo de amigos y me señaló—. ¡Bastante tengo con aguantar los de ella!

«¿Qué? ¡Eso es mentira, yo no tengo cambios de humor!».

—¡Yo no tengo cambios de humor! —Miré a Adam exigiéndole una respuesta— ¿Yo tengo cambios de humor?

Adam no se esperaba mi pregunta y no sabía qué contestar, lo que sí sabía era que pisaba terrenos farragosos. Brian intentó darle un consejo que solo escuchara él, pero, dado el silencio que reinaba en la clase, lo escuchamos todos.

—Tío, no contestes.

Los fulminé con la mirada, a los dos.

—¡No son cambios de humor, Oliver! ¡Te he pillado haciendo migas con Logan! ¡Después de lo que me hizo!

«Ahh, o sea que es eso. ¿Y por qué me meten a mí?».

—No hacíamos migas, Natalie. —La voz de Oliver parecía hastiada—. Se ha acercado a mí para hacerme una consulta de física y solo le decía que hablara con el profesor Munro.

—¡Me da igual! ¡No tenías que haberle dicho ni eso!

—¿Y qué coño querías que hiciera, eh? ¿Darme la vuelta sin más?

—¡Por ejemplo!

—¡Esto es de locos! —Oliver levantó los brazos y se sentó en su silla.

—¡Sara!

«¿Y ahora, que?».

Me giré hacia la voz y vi que Daniel venía disgustado hacia mí.

—¡Me has abollado el coche! ¡Sé que has sido tú, Sara! ¡Le pienso decir a papá que me has robado el coche sin permiso! ¡Esta vez no te libras del castigo!

¿Cómo se había enterado de lo del coche?! Era imposible que Will se lo hubiera confesado. Decidí ponerme a la defensiva. Confesar es lo último que debe hacerse.

—¿Me acusas de robarte y abollarte el coche? —Me puse la mano en el corazón para darle más dramatismo.

—Sí —me dijo muy tranquilo.

—¡Cómo te atreves!

Escuché un bufido. Escruté a ver quién era el causante y, cómo no, Moira me miraba con cara de «te lo dije».

—Estás avisada, Sara. —Daniel se dio la vuelta y se marchó. Siempre me dejaba con la palabra en la boca.

Pear se colocó a mi lado y me dio palmaditas en el hombro a modo de consuelo.

—Hoy te dan por todas partes...

Después de un durísimo día de confesiones, discusiones, descubrimientos y reconciliaciones, me repantigué en las gradas a ver el entrenamiento de Will. Tessa, Cabra Montesa, se sentaba con sus adláteres al final de las gradas. Solía ir mucho por allí, para mi desgracia. Su obsesión por Will crecía más y más. Desde el día de la apuesta apenas habíamos hablado, ni para insultarnos. No se me había olvidado que fue ella quien me robó los patines el día del campeonato. Me entraban ganas de cogerla de los cuatro pelos rubios que tenía en la cabeza y arrastrarla por todo el colegio. Pero era tan feliz en aquellos momentos, por lo bien que me iban las cosas, que no merecía la pena amargarse por ella. Eso sí, una y no más. Si se le ocurría volver a engañarme y a jugármela de esa manera, no respondía.

Oía sus risitas desde mi posición. Seguro que buscaba llamar la atención de Will, o la mía, o la de cualquiera. No me giré ni para cotillear, no quería darle ese placer. Abrí la mochila y seleccioné al azar uno de los libros que había cogido antes en la biblioteca. Lo abrí y, durante los siguientes cuarenta minutos, me sumergí en las aventuras de la protagonista.

—Hola, novia. —Will se sentó a mi lado y me dio un beso en la mejilla.

«¿Ya ha acabado el entrenamiento?». Miré hacia atrás y descubrí que Tessa y compañía ya se habían ido.

—Hola, novio. —Lo besé en los labios. Estaba sudado y cubierto de barro — ¿Un día duro?

—No, he tenido un día redondo, será que me he levantado con el pie derecho, o con una morenita preciosa a mi lado. ¿Tú qué tal?

—No sé ni por dónde empezar, ha sido un día surrealista.

—¿Qué ha pasado?

«Qué no ha pasado, diría yo». De pronto, me acordé de dos cuestiones que me interesaba saber cuanto antes.

—¿Sabes que mi hermano se ha atrevido a acusarme de robarle el coche y abollárselo?

Will simuló un gesto de indignación.

—¡No puedo creérmelo! ¡Qué osado!

—No te burles, Will. Me ha dicho que se va a chivar a mi padre para que

me castigue. ¿Cómo sabe que he sido yo? ¿A ti te ha dicho algo?

—Pues no me ha dicho nada, pensará que te has ido con tus amigas a hacer alguna locura de las vuestras. Vamos, Sara, no me mires así, no era muy complicado que adivinara que habías sido tú... Estoy bastante seguro de que no es la primera vez que lo coges.

«Si tú supieras...».

—Nosotros, Will —le corregí—. Hemos sido nosotros, los dos juntos: tú y yo.

—No te preocupes, hablaré con él.

«Bien, y ahora la otra cuestión».

—¿Y crees que te va a hacer caso? ¿O hay algo por lo que quiera... no sé... partirme la cara?

Will me miró alucinado.

—¿Por qué querría Dan partirme la cara?

Will siempre ha llamado Dan a mi hermano, desde muy pequeños, a mí no me sale llamarlo así. Y no creo que nunca lo haga.

—Resulta que... verás, esta mañana estaba nerviosa y puede que, accidentalmente, haya chillado en mitad del pasillo que...

No me atrevía a decírselo. Me moría de la vergüenza. ¡Qué dura era la vida de adolescente! Y qué ganas tenía de que acabara ese día.

—Hayas chillado... ¿Qué?

—Que... ¿ya no soy virgen?

Will se levantó de la silla sin apenas darme tiempo a asimilarlo.

—¡No me jodas, Sara!

—Ojalá.

Will se paseó por las gradas nervioso: derecha, izquierda, derecha, izquierda.

—¿Cuándo ha sido eso?

—A segunda hora...

—Recemos para que no le llegue el rumor a tu hermano. De todas formas, hoy no lo he visto, no sé dónde demonios se ha metido.

Yo me encogí de hombros.

—A mí no me mires, llevo sin saber lo que hace con su vida desde los cuatro años.

Las cosas van bien

Durante el resto de la semana, las cosas estuvieron muy tranquilas. Los chicos entrenaban a tope para el partido de la semana siguiente. Se jugaban mucho. Hacía años que el *Crowden* no se colaba en una final de campeonato y, si ganaban aquel partido, nuestro equipo tendría muchas posibilidades de hacerlo. Los últimos partidos no habían ido bien, habían ganado por los pelos, así que entrenaban sin descanso.

Oliver y Natalie ya eran amigos de nuevo; ella reconoció que se había puesto como una loca y se excusó también diciendo que Logan la sacaba de sus casillas, algo que, por otra parte, era cierto.

Las cosas con Will marchaban mejor que nunca. Aprovechábamos cada ratito que teníamos para vernos y tocarnos todo lo que podíamos.

Esa mañana, nos despertamos temprano y fuimos a hacer *footing*. Los días que comienzo corriendo por las mañanas me siento mejor. Me gusta correr, sobre todo porque lo hago con mis dos mejores amigos. Es nuestro momento exclusivo.

Después de ducharnos y ponernos el uniforme, fuimos al comedor a desayunar. Era tarde, por lo que nuestros amigos debían de estar ya allí. Entramos, y lo que vimos a continuación nos dejó sin palabras. Nuestra mesa estaba vacía, completamente vacía. Era la primera vez que sucedía algo así desde hacía siete años. Nos miramos interrogantes entre nosotros. ¿Dónde estaban todos?

Hicimos un recorrido rápido con la vista por todo el comedor y los vimos sentados en una mesa al fondo, una de las mesas que había en el comedor para que se sentaran los «apartados» del colegio. ¿Qué hacían allí? Nos miramos entre nosotros sin entender nada y fuimos hacia la mesa del fondo. Todo el mundo nos observaba al pasar. Lógico. Will me puso cara rara cuando me vio pasar por su lado, y yo me encogí de hombros. Era como si un día entraran en clase y vieran al profesor sentado en una de las sillas de los alumnos. Ese no es su lugar.

Según nos acercábamos, hubo algo que me llamó la atención. Se habían

sentado igual que si estuvieran en nuestra mesa de siempre y habían dejado nuestros sitios libres. Ignoraba si lo hicieron a propósito o si se sentaron así porque les había obligado su subconsciente. Las mesas del comedor eran rectangulares y largas; entraban unas doce personas en cada mesa. Marco, Brian, Natalie y Moira se sentaban en uno de los lados y, enfrente, por orden, nos sentábamos Oliver, yo, Pear y Olivia. Adam presidía la mesa entre Marco y Oliver.

—¿Qué hacéis aquí sentados? —les preguntó Adam en cuanto llegamos.

—¡Shhh! No habléis tan alto —nos ordenó Marco—, estamos de incógnito.

«¿De incógnito? No sé si quiero preguntar más. Si, precisamente, nos mira todo el mundo por cambiarnos de mesa».

—¿Y por qué estamos «de incógnito»? —insistió Adam, al sentarse en «su sitio».

Marco suspiró y escondió la cabeza entre los brazos.

—Marco ha dejado a su querida novia, ahora exnovia —nos explicó Brian—, y ella no se lo ha tomado muy bien y lo persigue desesperada por todo el colegio. Quiere volver con él, dice que está locamente enamorada. Joder, Marco, ¿qué les darás?

Oliver me quitó las palabras de la boca.

—¿Y os habéis sentado aquí porque...?

—Si entra Penny buscando a Marco, verá que nuestra mesa está vacía y se dará la vuelta —terminó de explicar Olivia.

«¿En serio? ¿A quién se le ha ocurrido semejante estupidez?». Penny era la novia de Marco, bueno, exnovia al parecer. Penelope Watson.

—¿A que es un plan excelente? A veces las cosas más sencillas nos dan la solución a nuestros problemas, ¿no creéis? —preguntó Pear, entusiasmada.

—No —contestamos Oliver y yo al unísono.

—Aguafiestas... —murmuró Pear.

—Nosotros os hemos localizado un segundo después de entrar en el comedor —explicó Adam.

—Eso es porque nosotros tenemos un vínculo especial —nos aclaró Natalie.

«En fin. A otra cosa». Me levanté dispuesta a conseguir mi desayuno, pero, al instante, me volví a sentar.

—¿Puedo levantarme a coger mi desayuno?

—Sí, claro, a ti no te busca Penny, solo a Marco —me dijo Moira, como si fuera algo obvio.

En ocasiones como aquella creía que mis amigos estaban todos pirados. Nos levantamos los tres y fuimos a por los desayunos. Cuando volvimos, seguían hablando del tema.

—¿Qué queréis explicarle a Penny?

—Que Marco no quiere volver con ella y que se olvide de él y lo deje en paz, para siempre.

De pronto, me acordé de una canción que nos había enseñado a cantar Pear en castellano muchos años antes. Era de una cantante italiana, Laura Pausini. Se puso de moda en los noventa, y Pear la escuchó tantas veces con su madre que, años después, todavía le gustaba; al final, nos la aprendimos todos de memoria. Y, como el chico de la canción se llamaba Marco, de paso nos reíamos de nuestro amigo. Hubo una época en que se la cantábamos todos los días. ¿Se acordarían mis amigos de la letra?

—¡Tengo una idea! —Mis amigos me miraron con intriga mientras yo abría el sobre de cacao—. Ya sé qué le podemos decir a Penny.

—¿Qué?

Terminé de volcar el contenido del sobre de cacao en la leche, lo mezclé con la cuchara y bebí un poco. Me puse de pie y coloqué mi mano derecha a modo de micrófono cerca de mi boca. Empecé a cantar.

Marco se ha marchado para no volver

Todos mis amigos me miraron sorprendidos y divertidos, excepto Marco, que me miraba horrorizado.

Puse mi mano en la boca de Pear para que continuara ella con la siguiente estrofa. Sujetó mi mano-micrófono con las suyas y cantó.

El tren de la mañana llega ya sin él

Le pasamos el micrófono-mano a Olivia.

Tan solo un corazón con alma de metal

Olivia le pasó la vez a Moira.

En esa niebla gris que envuelve la ciudad

Natalie.

Su banco está vacío, Marco sigue allí

Ninguno nos habíamos olvidado de la canción. Turno de Brian.

Le siento respirar, pienso que sigue aquí

Nos saltamos a Marco, era obvio que no quería unirse a nuestra canción; de hecho, volvía a tener la cabeza escondida entre los brazos, quizá pensaba que así podría desaparecer. Me entraron ganas de decirle que eso no funcionaba, lo había comprobado en mis propias carnes. Le pasamos el turno a Adam.

Ni la distancia enorme puede dividir

Por último, Oliver.

Dos corazones y un solo latir

Llegó el estribillo y nos lanzamos los ocho a cantar como locos.

*Quizás si tú piensas en mí
Si a nadie tú quieres hablar
Si tú te escondes cómo yo
Si huyes de todo y si te vas*

...

Le cantamos a Marco la canción completa. En las últimas estrofas nos vinimos arriba y Oliver, Pear y yo nos subimos encima de las sillas. El resto de mis amigos también seguían cantando, algunos más bien gritando, y agitaban las manos de manera exagerada. Todos los alumnos del comedor nos observaban sin entender una palabra de lo que decía la canción. Apenas unos pocos alumnos hablaban castellano. Por eso, cantarla me pareció un acierto. Incluso los trabajadores de las cocinas se asomaron para escucharnos.

Al final de la canción nos vinimos arriba del todo.

*Por eso espérame, porque
Esto no puede suceder
Es imposible separar así
La historia de los dos
La soledad
Ohhhhh*

Todos los alumnos nos aplaudieron al terminar.

—Sois idiotas. —Marco nos señaló a todos con la cucharilla—. Todos.

Nos reímos y nos levantamos de nuestras sillas para darle un gran abrazo de oso. La vida es así, unos días atrás me habían dado a mí por todas partes, como dijo Pear, y ese día le tocó el turno a Marco. No todos los días se puede ser la protagonista.

—Vamos, Marquitos, ánimo, hombre —le dijo Adam, intentando quitarle hierro al asunto—. Dentro de unos días ya ni se acordará de ti y podrás vagar libre por los pasillos en busca de nuevas conquistas. Aunque ya te adelanto —añadió penumbroso—, que no queda mucho donde elegir.

Después de ese día, Penelope Watson nunca más persiguió a nuestro amigo, no sabemos qué paso, a qué se pudo deber ese cambio de actitud. Quizá se enfureció porque descubrió que nos habíamos cambiado de mesa para que no nos viera, o porque alguien le dijo que habíamos cantado una canción burlándonos de ella (en realidad, nos burlábamos de Marco) o quizá encontró otro chico al que perseguir. El caso era que Marco estaba libre.

El secreto de Pear

Esa mañana, Adam no se despertó con nosotros; había tenido una noche intensa y se había dormido tarde, de modo que no hubo manera de levantarlo. Oliver y yo nos levantamos temprano y decidimos comer algo ligero antes de ir a correr y, así, después de la ducha, nos iríamos directos a clase.

Eran poco más de las siete de la mañana y estábamos en pleno desayuno cuando recibí un mensaje.

Pear: ¿Dónde estás?

Me sorprendió. Pear es de las que se levantan tarde, aprovecha la cama hasta el último minuto, prefiere desayunar rápido y poco para poder dormir diez minutos más.

Sara: Desayunando en el comedor.

No me dijo nada más. No insistí. Pear tiene sus rarezas; antes intentaba entenderla todo el tiempo, pero un día me rendí. La quiero tal y como es y no cuestiono sus actuaciones.

Oliver y yo terminábamos nuestro desayuno cuando mi amiga apareció por la puerta del comedor. El resto de la pandilla aún no había llegado, era temprano para ellos.

—¿Cómo tú tan temprano por aquí? —le pregunté a mi amiga cuando se sentó a mi lado.

—Tengo que contarte una cosa.

—Bien, cuéntame.

—A solas —me dijo, mirando a Oliver de reojo.

—Me lo va a contar en cuanto te des la vuelta —la pinchó Oliver con una magdalena rellena de chocolate en la boca.

Pear nos observó pensativa y tomó una decisión.

—Tienes razón, puedes quedarte.

—Qué magnánima —contestó mi mejor amigo con desdén.

Estuve a punto de corregirlo, diciéndole que no se lo contaba todo, pero me percaté al instante de que era cierto, se lo contaba todo (en aquella época), de modo que decidí quedarme callada y comerme yo también una magdalena rellena de chocolate. Me había dado envidia. Le robé una magdalena a Oliver (había cogido varias) mientras Pear se decidía a arrancar con «eso» que tenía que contarme. Me metí un buen trozo en la boca y lo disfruté como si fuera el mayor manjar que había probado en mi vida. «Mmm... qué rica», pensé para mí misma cuando me explotó el chocolate dentro de la boca.

—Ayer tu hermano y yo perdimos la virginidad, juntos.

«¿¿Quéee??». La magdalena me entró por otra vía, como se suele decir, y comencé a toser sin control. Me faltaba la respiración. ¿Tenía que elegir justo ese momento para soltarme aquella bomba? Oliver me daba golpecitos en la espalda para que me recuperara, a la vez que le preguntaba divertido a Pear:

—¿Con cuál de los dos?

—Sí, claro, como si Alex fuera virgen.

—Daniel ya tampoco lo es.

Yo seguía tosiendo sin descanso. Mi mente no llegaba para más, aparte de para seguir respirando. Oliver continuaba dándome golpecitos en la espalda.

—Para cuando te recuperes —me informó mi amiga, arrancándome de la mano el pedazo de magdalena que no me había comido—, necesito que te olvides de que ha sido con tu hermano porque quiero contártelo todo, con pelos y señales.

—¿Con pelos, Pear? Demasiada información.

«¡Santo Cielo, que paren ya!». ¡Me venían a la cabeza imágenes que nunca querría ver ninguna hermana de su hermano! Después de mucho esfuerzo, conseguí tragar la magdalena y recuperé el ritmo habitual de mi respiración.

—¡Lo has hecho a propósito!

Ella no me hizo caso. Miró la magdalena, a la que ya le había dado un mordisco, y puso cara de desagrado.

—¡Puaj, qué asco! Tiene chocolate por dentro.

La dejó a un lado de la mesa como si se tratara de una bomba fétida. Oliver la contempló de la misma manera. Prefería quedarse sin magdalena antes que comerse una ya mordida por otra persona que no fuera él.

—Ay, Sara, estoy en una nube, ha sido increíble. ¡Soy la chica más feliz del mundo!

—¿¿¿Pero...??? No puedo... ¿Cuándo...?

No me salían las preguntas. Estaba colapsada.

—Sara, ya sabes que siempre he estado loca por tu hermano.

—Sí, pero pensé que era un amor platónico, no un amor de esos en que acabáis juntos y desnudos en la cama, o donde haya sido —farfullé atropelladamente.

—Sí, ha sido en la cama, en su dormitorio. No te imaginas lo que me ha costado ducharme esta mañana, no quería desprenderme de su olor. —Mi amiga miraba al techo, soñadora, casi seguro que evocando recuerdos de...

Resoplé. «No quiero saberlo, no quiero saberlo».

—Sara, ¿te incomoda? ¿No te gusto para tu hermano?

—No, Pear, todo lo contrario. Eres demasiado buena para mi hermano. Ya sabes cómo es. Es egoísta, prepotente, orgulloso, chulo... No te enamores de él, en serio, te hará sufrir.

—No me voy a enamorar de tu hermano, ya sé lo que hay. No somos novios ni lo vamos a ser, solo somos amigos con derecho a roce.

—No me convence, estas cosas nunca acaban bien. Lo he visto en las películas.

—Anda que no hay tíos en el colegio y tenías que elegir al más *especialito*...

—No, Oliver, ese eres tú —lo corrigió Pear muy tranquila.

Oliver bufó.

—¿Por qué no me habías dicho que te atraía mi hermano? Somos amigas, Pear.

—Porque me daba pavor que no me apoyaras.

—No digas tonterías, yo te voy a apoyar toda la vida. Hagas lo que hagas.

Pear me dio un beso en la mejilla, me cogió de la cintura y apoyó su cabeza en mi hombro. Se quedó abrazada a mí. Entonces caí en algo.

—¿Por eso venías tanto a los entrenamientos de los chicos!

Pear sonrió y puso una mueca de disculpa.

—¿No venías por nosotros? Me decepcionas, Pear —se burló Oliver.

Los chicos aparecieron por el comedor. Nosotros llevábamos cuarenta minutos desayunando, cualquiera se marchaba a hacer *footing* con semejante descubrimiento.

—¿Qué hacéis aquí todavía? —nos preguntó Adam—. ¿Y tú qué haces aquí tan temprano?

Uno a uno, todos nuestros amigos se sentaron en sus sitios. Oliver y yo miramos a Pear y la invitamos a que lo contara ella. Nunca ha tenido pelos en

la lengua.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia.

—Chicos, tengo que confesaros algo... ¡Ya no soy virgen!

Las preguntas se entremezclaron unas con otras y no se entendía nada.

—¡Esperad! —Adam mandó callar a todos—. ¿Con quién ha sido?

—Con el chico más guapo y maravilloso de todo el colegio.

—Desde ya, os adelanto que no ha sido conmigo —informó Oliver a todos.

Pear puso los ojos en blanco, y los demás nos reímos.

—¡Por supuesto que no! Ha sido con... ¡Daniel!

Lo primero que hicieron todos mis amigos fue mirarme a mí.

—¿¿Summers?? ¿Daniel Summers?

—El mismo —dijo Pear, orgullosa.

Durante los siguientes minutos, seguimos hablando del tema, hasta que Pear se acordó de algo.

—¡Lo mejor de todo es que ya te lo había contado!

—Imposible, te aseguro que me acordaría.

—Vas a alucinar con lo que he descubierto. ¿Recuerdas que el día de la fiesta hablábamos de algo y que no nos acordamos de qué?

—Sí —asentí levemente. Le habíamos dado muchísimas vueltas, pero no llegamos a nada.

—Pues ya sé de qué hablábamos. ¡Os contaba que acababa de enrollarme con tu hermano en el baño! ¿No es alucinante?

«¿¿Quéee??». Vaya mañanita llevábamos. Al parecer, aquello venía de lejos. Pero no me encajaba, ¿cómo pudimos olvidarnos de una cosa así? Que tu mejor amiga y tu hermano no se enrollan todos los días.

—No puede ser, ¿cuándo te has acordado?

—Me lo dijo Daniel ayer y empecé a acordarme. —Pear nos explicó toda la historia paso por paso—. Todo empezó porque hace tiempo que nos rondamos el uno al otro, y yo ya no podía más, así que ayer fui a su habitación y le dije que a ver por qué no tenía narices de besarme. Imaginaos mi sorpresa cuando me dijo que ya me había besado el día de la fiesta, pero que estaba demasiado borracha como para acordarme.

—¿No te acordabas de que te habías enrollado con Daniel? Muy bien no lo haría.

—Del beso no me acuerdo mucho, pero de lo de ayer, uff, Sara. Por cierto, tenemos que comentar diversos aspectos íntimos: duración, sensaciones, preliminares, tamaño...

«¡Hasta aquí puedo leer! ¡Que estamos hablando de mi hermano!».

—Pear, no pienso hablar de tamaños contigo si la conversación incluye la anatomía de mi hermano.

—¡Jolín, Sara! No seas así, necesitamos comentar ciertas cosas.

—Qué obsesionadas estáis siempre las tías con los tamaños —comentó Marco resoplando—. Que si este grano es desmesurado, que si este diamante es muy pequeño, que si el tamaño del pene de mi novio no sé si es grande o pequeño...

—¡Nosotras no hemos dicho eso!

—¿Lo del grano, lo del diamante o lo del pene?

No me dio tiempo a contestar. Brian apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y me miró picarón.

—Entonces, ¿no nos vais a decir quién es el más afortunado de los dos?

Aquella conversación rozaba ya los límites de la cordura. Pear también lo pensó, porque no tardó ni un segundo en preguntarles de malas maneras:

—¿Acaso os pregunto yo quién la tiene más grande de vosotros cuatro?

Se miraron los cuatro, pensativos.

—No lo sabemos —confesó Adam sorprendiéndose por la revelación.

—¿Y por qué no vais y os la medís?

No tardaron ni un segundo en levantarse de la mesa y salir corriendo del comedor.

—Lo he dicho en broma.

Treinta minutos tardaron en volver con nosotras. Habíamos abandonado el comedor y descansábamos en nuestro árbol; hacía un bonito día y aprovechamos para salir un momento al patio antes de entrar en clase. Se sentaron junto a nosotras, pero no decían nada.

—¿Verdicto? —les preguntó Pear.

—Hemos hecho un juramento —nos dijo Adam—. Esa información jamás saldrá de nuestro círculo.

—¡Anda ya! ¿No nos lo vais a decir? —preguntó Olivia.

—Jamás —afirmó, tajante, Brian.

«Ya los tengo».

—Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que ni Adam ni Brian han salido victoriosos —les dije sonriendo.

—¿Por qué no? —me preguntaron los dos.

—Porque os conozco a los dos. Y, de haber sido alguno de vosotros el vencedor, jamás hubieseis hecho esa promesa. Estáis demasiado pagados de

vosotros mismos y hubierais venido corriendo a contárnoslo.

Mis amigas y yo nos reímos y chocamos los cinco. Tenía razón y todos lo sabíamos.

—Tú eres muy listilla, Sarita —me dijo Brian—. Pero, esta vez, te equivocas.

«No lo creo».

—Lo que tú digas, guapito de cara.

—¿Y ya lo habéis medido bien? —preguntó Moira.

Todos la miramos con las cejas levantadas.

—Quiero decir, que esas cosas se miden... ya sabéis, que no se mide cuando estáis... relajados, ¿cómo lo habéis hecho?

—Con mucho tacto, Moira, y con la mano derecha.

Todos lloramos de la risa, y Moira fue cambiando del tono blanquecino de su piel a un rojo intenso.

—Bueno —interrumpió Marco nuestras risas—, Oliver con la izquierda, siempre con la izquierda.

Desconocía esa actividad de mi mejor amigo, pero, si lo piensas, tiene su lógica. Oliver es zurdo.

Por la noche, en mi habitación, Pear y yo nos confesamos nuestros secretos más íntimos y compartimos nuestras experiencias. Las dos teníamos muchas preguntas que hacernos y nos desahogamos del todo. Mi amiga me confesó todos los encuentros que había tenido con mi hermano en los últimos meses. Llevaban tonteando el uno con el otro desde antes de que yo perdiera la apuesta. Si lo pensaba, era cierto que últimamente Pear y mi hermano estaban desaparecidos.

No me daba vergüenza hablar con Pear de las cosas que Will y yo hacíamos, era como si lo hablara conmigo misma. Pero me daba un poco de reparo cuando ella me contaba sus cosas, porque no podía evitar pensar que se las provocaba mi hermano. Lo superaríamos. Y, diez años más tarde, quizá hasta nos reiríamos de todo aquello. Entonces me acordé de algo.

—Pear, ¿tú sabes por qué se peleó mi hermano aquel día?

Mi amiga me miró con cara de culpabilidad. Lo sabía y no me lo había contado.

—Pear.

—Sí, me lo contó hace poco. Pero le he prometido que no te diría nada.

—Y a mí me juraste lealtad a los diez años. ¿En serio no vas a contármelo? Con el recuerdo del juramento ya me la había ganado. Hacía un año que

nos conocíamos cuando decidimos jurarnos que seríamos amigas para siempre y que esa amistad estaría por encima de todo, excepto por encima de Oliver y Adam. Pear cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Está bien, pero prométeme que no vas a decirle a Daniel que lo sabes.

Dudé. Pear golpeó el suelo con el zapato y me obligó a prometérselo.

—Lo prometo —acepté a regañadientes.

—Se peleó por ti. Por defenderte.

«¿Qué? No puede ser».

—¿Cómo que por mí? Eso es imposible.

—No, Sara. Después de que Will fallara ese gol por ti, hubo gente que se enervó mucho. Aquella mañana, un alumno dijo que eras una caprichosa de mierda y que alguien debería darte dos sopapos, o algo así, y tu hermano lo escuchó. El resto ya lo sabes.

—¡Eso es absurdo! ¡No tenía por qué defenderme! No lo entiendo...

—Sara, me has prometido guardarme el secreto. Ya sabes los motivos, ahora olvídalos.

No contesté. La miré y asentí con la cabeza. Me entraron ganas de buscar a mi hermano en ese mismo momento y pedirle explicaciones. ¿En qué pensaba? No entendía que le entrara esa vena protectora de vez en cuando. Pensé que quizá se sentía en la obligación de defender el apellido Summers. En cualquier caso, no podía decirle nada. Sentí un nudo en el estómago. Casi hubiera preferido no saber el motivo de su pelea. Me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo, pensando.

«A lo mejor lo que pasa es que en el fondo me quiere».

Ataques

Practicaba en la pista de hielo mientras mis amigos entrenaban; apenas quedaban tres días para el gran partido. Después de seleccionar una canción, guardé mi iPod nuevo en el bolsillo de la sudadera. Sonaba *Viva la vida*, de Coldplay. No le quitaba ojo a Daniel. «¡Mira que hay chicas en este colegio y tiene que liarse con mi mejor amiga!».

—Suéltalo ya, Sara —me dijo, en una de las ocasiones en que pasó por mi lado. No tenía la música muy alta, de modo que lo escuché a la perfección.

Me quité los auriculares. Ya no podía guardarlo ni un segundo más en mi interior porque me produciría una úlcera.

—¿Con Pear, Daniel? ¿No hay suficientes chicas en este colegio?

—A ti no tengo que darte explicaciones de lo que hago, Sara. —Me rodeó patinando y continuó hablando—. Tú también te liaste con mi mejor amigo, ¿te acuerdas?

Abrí los ojos desmesuradamente. «¿Por eso se ha liado con ella? ¿Para devolvérmela?» No, no podía ser, él no era así. Me negaba a pensar de aquella manera. Mi hermano adivinó lo que pensaba por la expresión de mi cara.

—¡Joder, Sara! ¿Pero qué clase de persona te crees que soy? ¡Jamás haría algo así!—me gritó, con una mezcla de hastío y dolor.

—No sé qué clase de persona eres, Daniel. No te conozco.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

¿Lo sabía? Con Daniel ya no sabía a qué atenerme. Habíamos estado más tiempo separados que juntos. Creía que lo conocía, pero, con el paso de los años... Era muy complicado.

—No, no lo sé, Daniel. No finjamos que somos hermanos. Solo —cogí aire—, solo prométeme, por favor, que no juegas con ella y que no le vas a hacer daño a propósito.

Mi hermano se pasó las manos por la cabeza y se frotó los ojos.

—Yo jamás pensaría algo así de ti, Sara. —Se dio la vuelta y se alejó patinando. En su línea.

Decidí seguirlo; aquella vez no me dejaría con la palabra en la boca. Quería aclarar el asunto de Pear. Me giré hacia las gradas y vi que mi amiga me miraba medio horrorizada, medio curiosa. Le hice una señal con el pulgar para informarla de que tenía todo bajo control. Me acerqué a Daniel y lo agarré de la muñeca.

—Daniel.

—Sara.

Nos miramos fijamente. Ninguno de los dos apartó la mirada. Entonces lo vi, vi sinceridad en sus ojos; hacía tiempo que mi hermano no me miraba de esa manera, mostrándome sus sentimientos.

En aquel instante, me acordé de que se había peleado por mí, por defenderme. Tuve ganas de abrazarlo, hacía mucho tiempo que no tenía ganas de hacer algo así. Lo necesitaba, aunque sabía que no podía hacerlo. En primer lugar, porque él no me lo permitiría y, en segundo lugar, porque no quería que sospechara que Pear me había hablado sobre el asunto de la pelea. Tendríamos que dejar el abrazo para otro momento. «Pero ¿para cuándo?».

Ignoraba si mi hermano estaba enamorado de Pear, eso solo lo sabía él. También ignoraba si se harían daño el uno al otro, eso el futuro lo diría. Pero sí sabía que mi hermano no me mentía cuando me decía que jamás estaría con Pear por motivos oscuros.

—Bien, confío en ti. Solo prométeme que vas a ser siempre sincero con ella. —Extendí mi brazo derecho para sellar el trato. No era un abrazo, pero...

Daniel nos escrutaba, a mi brazo y a mí. «Vamos, estoy dándote un voto de confianza, no lo estropees». Todavía quedaba esperanza para nosotros dos, ¿verdad? Seguía teniendo un hermano mellizo.

Extendió su brazo y nos dimos la mano. Como hermanos. No como dos buenos hermanos que se querían y respetaban, pero.... Hacía años que no teníamos un acercamiento como ese. Me volví sonriendo a mi rincón, me puse los auriculares y seguí practicando.

El resto del día transcurrió relativamente rápido. Estaba contenta por mi último encuentro con Daniel. Los chicos se pasaron casi todo el día en la pista de hielo, y yo aproveché para pasar la tarde con Will. Le mandé un mensaje para quedar con él. Primero, me acerqué a la biblioteca para devolver los últimos libros que había cogido prestados y pedir algunos nuevos. Will vino a buscarme a la biblioteca; leía las sinopsis de algunos libros cuando me sorprendió por detrás.

—¡Ya estoy aquí!

Le di un golpe en el brazo.

—¡Casi me matas del susto!

—¡¡Shhh!! —La bibliotecaria nos mandó callar desde su lugar. No nos podía ver desde allí, pero oyó susurros y mandó callar a todos en general y a nadie en particular. Will y yo miramos en su dirección un segundo y volvimos a lo nuestro.

—Eso pretendía, Sarita.

Bromeaba conmigo, me di cuenta por las ganas de reírse que tenía y que intentaba contener sin éxito.

—Ja, ja... ¡Qué gracioso!

—¿Qué buscas? —me preguntó, quitándome el libro que tenía en las manos y echándole un vistazo.

—Algún libro entretenido para leer por las noches.

—¡Joder, Sarita! ¡Pero si esto es porno! No puedo creerme que tengamos estos libros en la biblioteca del colegio.

—No exageres, no es para tanto. —Me giré, dándole la espalda para seguir seleccionando libros.

—¡Me he puesto cachondo! —Will se acercó a mí y pegó su entrepierna a mi trasero. ¡Pues sí que se había puesto cachondo!

—Will, tú te pones cachondo por todo —lo reprendí. Empezaba a tener mucho calor, por su contacto, y aquel no era el lugar más indicado. Will ignoró mi comentario y comenzó a darme besos por la nuca y a pasar su lengua por el lóbulo de mi oreja. Me excitó y me hizo cosquillas a partes iguales. Se me escapó una risa nerviosa de la boca.

—¡¡Shhhh! —La bibliotecaria nos reprendió, por segunda vez, a todos.

—A partir de ahora, ni un sonido, Sarita.

¿Qué pretendía hacer?

Will dibujó con sus manos toda mi silueta. Las metió por debajo de mi falda y acarició el borde de mis braguitas. Introdujo la mano hasta que llegó al centro de mi sexo. No podía creerme que estuviéramos haciendo eso en la biblioteca del colegio. Escuché la respiración acelerada de Will en mi mejilla y me puso a cien. Comenzó a moverse, rozándose contra mi trasero, al principio muy lento, pero, según nos íbamos excitando, sus movimientos se volvieron más rápidos. Me sujeté a las baldas de la estantería y apoyé mi frente en los lomos de los libros. Will escondió la cabeza en mi cuello y me mordió el hombro para silenciar sus gemidos mientras me acariciaba por todas partes. Estábamos a punto. Mi cuerpo no aguantó más y explotó.

—¡Joder! —exclamé. Había sido rápido, pero intenso, muy intenso.

—Sí. —Will recuperó su respiración—. Lo acabo de leer en tu libro. Para que luego digas que no es porno.

Miré hacia abajo, hacia la entrepierna de Will, y estallé en carcajadas.

—¡No puedes salir así ahí afuera, Will!

—¡Shhhh! —La bibliotecaria insistía en mandarnos callar. Se tomaba muy en serio su trabajo.

Will miró hacia su entrepierna y rio conmigo. Tenía los pantalones empapados. Se quitó la sudadera que llevaba puesta y se la ató a la cintura, tapando así la evidencia de su orgasmo. Quedó muy kilt escocés.

Salimos de la biblioteca riéndonos y fuimos a mi habitación. Necesitaba cambiarme de ropa interior. Will se dio una ducha y salió con unos pantalones vaqueros que no eran suyos. Se tumbó conmigo en la cama. Me fijé bien en los pantalones.

—Esos vaqueros son de Adam.

—Me lo he imaginado —me dijo, mientras intentaba despegárselos de su cuerpo sin éxito—, cómo le gusta a ese chico ir apretado. Dile que los he cogido prestados.

—¿También le has cogido unos calzoncillos?

—No, no tenemos tanta confianza.

Abrí mucho los ojos.

—¿Vas en plan «comando»?

—Sí —me dijo, sugerente. Me acarició el brazo y me dio besos en el hombro. Si Adam se enteraba de lo de los pantalones, le daba un ataque seguro. Con el cariño que le tenía a mi novio...

—Cuando te los quites, mejor los quemas.

Nos quedamos tumbados en mi cama, disfrutando el uno del otro. Hablamos, leímos, reímos y así pasamos la tarde. Cuando Will se tuvo que marchar, decidí acompañarlo, para poder estar un ratito más con él.

Poco después, cuando regresé a mi cuarto para dormir, Adam esperaba en mi cama leyendo un libro de coches.

—¿Tú no ibas a la biblioteca?

—Mmm... Sí.

—¿Y por qué no traes ningún libro?

Buena pregunta. Al final, con la urgencia con la que tuvimos que abandonar Will y yo la biblioteca no pude coger ninguno.

—No he visto ninguno interesante —mentí.

Adam me puso cara rara. Era difícil de creer que no hubiera encontrado ningún libro, teniendo en cuenta que no hacía ascos a nada y leía cualquier cosa. De hecho, era la primera vez que iba a la biblioteca y salía con las manos vacías.

—Ya...

—Estoy agotada, Adam. Me voy a dormir.

—Vale —me miraba frunciendo el ceño—, yo me quedo un rato leyendo esta revista —y añadió—. Estás rara. Otra vez.

Asentí con la cabeza y me puse el pijama. No era necesario que me escondiera para ponerme el pijama, Adam y yo nos vestíamos y desvestíamos juntos desde hacía muchos años, no había nada que no hubiéramos visto el uno del otro. Lo observé mientras me cambiaba. Me gustaba observarlo mientras leía, su fachada de tipo duro desaparecía por completo, y tan solo quedaba él. Él no levantó la mirada de su revista, ni una sola vez.

Terminé de ponerme mi pijama azul de ovejitas y me metí en la cama. Dejé la luz de la mesita encendida para que Adam pudiera seguir leyendo. Después de unos minutos, empecé a sentir mucho calor y me deshice los pantalones. «Mejor así, mucho mejor».

Intenté no concentrarme en nada, pero era imposible. Todos los acontecimientos del día acudían a mi cabeza y empecé a ponerme nerviosa. No quería tener un ataque, lo odiaba. Me di la vuelta para ver si cambiando de postura estaba más cómoda y me vencía el sueño, pero nada. Respiraba con dificultad y noté que tenía el cuerpo empapado en sudor. Las imágenes seguían en mi cabeza, las páginas de matemáticas que aquel día habíamos estudiado en clase, el menú del comedor, las sinopsis de los libros que leí en la biblioteca, podía ver palabra por palabra en mi cabeza, como si los tuviera delante.

—Sara, ¿estás bien? —Adam ya había apagado la luz y dormía tumbado de espaldas a mí. Debí de despertarlo con tanto movimiento. Se dio la vuelta y quedamos frente a frente.

—¿Estás bien? —repitió.

—No, no consigo dormir —le contesté, frotándome los ojos con las manos.

—Ven. —Me pasó su brazo izquierdo por encima del hombro y me acurrucó junto a él—. No te puedes ni imaginar lo que ha pasado hoy en la pista de hielo.

Adam me habló de anécdotas que se suponía que habían sucedido por la tarde, pero estaba bastante segura de que la mitad se las inventaba con el

único propósito de entretenerme y alejarme de mis pesadillas.

El efecto de su voz es como una especie de analgésico para mí. No es tanto lo que me cuente, solo escucharlo hace que me relaje y se me destensen todos los músculos. Quizá llevaba tanto tiempo durmiéndome con el sonido de su voz que mi mente se había acostumbrado y activaba el modo «off» nada más escucharlo. Solo era una suposición, realmente no tenía ni idea de por qué Adam conseguía dormirme. Funcionaba y punto.

Esa noche tuvimos suerte. Otros días no era tan sencillo. Me sumergí en un profundo sueño hasta el día siguiente.

El partido de hockey

Por fin era sábado. Al día siguiente, sería el gran partido. Los chicos llevaban semanas entrenando muy duro, mientras yo practicaba saltos y giros en una de las esquinas de la pista.

Como novedad, aquel día las chicas fueron a la pista para dar ánimos a los pobres jugadores que llevaban varios días matadores. En mi iPod sonaba *This Kiss*, de Faith Hill. Es una canción animada, yo estaba muy animada. Sin poder evitarlo, la letra se escapó de mis labios.

*It's the way you love me
It's a feeling like this
It's centrifugal motion
It's perpetual bliss.
It's that pivotal moment
It's impossible
This kiss, this kiss*

Enfoqué la mirada en las gradas. Pear no le quitaba ojo a Daniel. Se había enamorado. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Era tan obvio. Me fijé bien y descubrí que Daniel también miraba hacia las gradas de vez en cuando. Todo marchaba bien, me alegraba de corazón. No quería ver sufrir a Pear, no se lo merecía. Es la persona más sincera y buena del mundo entero.

A Daniel también lo prefería con mi amiga; estaba mucho mejor con ella que con cualquiera de las guarrillas que lo rondaban como mosconas. Y sí, eran las mismas guarrillas que rondaban a mi novio.

Era la hora del almuerzo, y los chicos seguían practicando en la pista. Las chicas habían ido a comer algo, pero yo me quedé para acompañarlos. Habíamos tomado un desayuno fuerte a la mañana y hacía poco habíamos comido algunas barritas energéticas. Oliver se acercó a las gradas y salió de la pista. Apagué la música de mi iPod y fui hacia él.

—¿Ya te escaqueas del entrenamiento, rubio?

—No puedo parar ni un solo tiro más. Estoy hasta los cojones. —Vi cómo buscaba algo dentro de su mochila—. Y, además, me apetece sacar unas fotos.

Eso andaba buscando en su mochila, la cámara de fotos, la misma que yo le cogí «prestada» el día que perseguimos a Logan y Lisa hasta Perth. Oliver volvió a la pista y tiró fotos por doquier de los chicos y mías. Todos estaban exhaustos y necesitaban un momento de diversión.

—Espero que mañana no te cuelen un solo gol, Aston —lo increpó malhumorado mi hermano porque había dejado de entrenar.

—Olvídame, Summers.

Oh, sí, mi hermano y mi mejor amigo tenían una relación idílica. Y cada día se llevaban mejor. Me resultaba muy extraño escuchar a Olly decir «olvídame» y luego mi apellido. Sabía que no iba dirigido a mí, sino a mi hermano, pero aun así, era extraño.

Hubo un momento en que yo daba un giro con un pie levantado, tenía la pierna derecha en posición vertical hacia mi cabeza, de manera que me sujetaba el tobillo con mis manos. Oliver vino patinando y se puso de rodillas a escasos centímetros de mí para sacarme una foto. Era una bonita foto, pero Adam nos sacó una foto mucho mejor.

No nos dimos cuenta y nos fotografió con mi móvil nuevo en el mismo instante en que Oliver se agachaba a mi lado. Yo seguía girando y él levantó la cámara enfocando la parte superior de mi cuerpo. Cuando Adam nos la mostró semanas después, nos quedamos alucinados. Era preciosa. Oliver la imprimió en 40 x 53, la enmarcó y la colgó en su habitación de Edimburgo. Aún permanece ahí.

A media tarde, los chicos no querían saber nada más de la pista de hielo. Oliver no quería ver la portería hasta el día siguiente, en el partido. Se pasaba muchas horas parando golpes, no era como los demás, que patinaban y se movían por toda la pista. Se me ocurrió una idea.

—¿Te apetece que vayamos a patinar un rato por los alrededores?

Me miró extrañado.

—¿Por los alrededores?

—Sí, podemos desenterrar nuestros patines en línea, andarán por alguna parte.

A Oliver le brillaron los ojos. Le había encantado la idea.

—Vale, vamos.

—¿A dónde vais? —nos preguntó Natalie.

—A patinar un rato por los alrededores.

—¡Uff! Cómo os gusta andar encima de los patines, no os cansáis, es agotador —murmuró Olivia, pareciendo cansada de solo pensarlo.

No nos llevó mucho tiempo localizar nuestros patines en línea, ambos los teníamos encima del armario de nuestras respectivas habitaciones. Somos bastante ordenados; bueno, vale, somos muy ordenados. Si hubiera que buscar los patines de Adam, otro gallo cantaría.

Salimos al patio del colegio. El cielo estaba despejado, pero hacía frío. Nos pusimos los patines y comenzamos a patinar; no nos lo tomamos en serio, tan solo jugamos. Abandonamos el colegio y fuimos bajando a gran velocidad por la carretera que da acceso al mismo y que nos lleva a nuestro lugar secreto. Paso a paso, cogíamos más velocidad, y el frío viento azotaba nuestros rostros. Era la única porción de piel que teníamos sin tapar, el resto de nuestros cuerpos estaban totalmente cubiertos por la ropa. Oliver llevaba un pantalón de chándal negro, una sudadera gris oscura, una chaqueta por encima y guantes negros. Yo llevaba un pantalón de chándal azul marino con la sudadera a juego y un plumífero blanco. Un gorro y unos guantes rosas completaban mi atuendo.

Cuando estábamos a punto de llegar a «Once metros» empezamos a cantar *Take Me Out*, de Franz Ferdinand. Primero, simulamos que tocábamos la guitarra mientras patinábamos y luego acompasamos nuestros movimientos al ritmo de la canción. Oliver venía detrás de mí, me sujetó las muñecas, me estiró los brazos en cruz y, cuando llegamos al *Take me out*, se agachó en el primer *Take*, quedando yo levantada y él agachado. Cuando cantamos el *Me*, hicimos lo contrario: yo me agaché y él se levantó. Así fuimos cantando y bailando toda la canción hasta que nos acercamos a nuestro paraíso.

Todavía no habíamos llegado a nuestro destino cuando se me metió una piedra entre las ruedas. Esa piedrecita provocó que cayéramos los dos al suelo. No nos hicimos daño, teníamos el trasero duro de tantas caídas en el hielo que cargábamos sobre nuestras espaldas.

Nos reímos de nosotros mismos y nos quedamos tumbados en el suelo. El sol había calentado la tierra y la hierba del suelo. Íbamos bien abrigados, por lo que no teníamos frío. Me acerqué a Oliver y apoyé mi cabeza en su hombro. Permanecimos largo rato en silencio, pero no era un silencio incómodo. Nada de lo que hacíamos Oliver y yo resultaba incómodo.

—¿En qué piensas, nena? —me preguntó, largo rato después.

—En que, últimamente, las cosas marchan muy bien.

—¿A qué te refieres?

—A que soy feliz, todo va encajando. —Hice una pausa y proseguí—. No tenemos ningún drama en la pandilla, con Will las cosas están mejor que nunca y hasta parece que Daniel y yo empezamos a entendernos.

—¿Cómo es eso? —me preguntó mi amigo, interesado.

—Ayer estuvimos hablando en la pista, mientras entrenabais. Le dije que cuidara de Pear y que no le hiciera daño a propósito. Y no nos chillamos el uno al otro, hablamos como dos personas civilizadas. Es todo un logro, conociéndonos.

—Sí, ya vi que hablabais. Ya sabes que tu hermano no es santo de mi devoción, nunca nos hemos llevado bien y no sé si algún día... El caso es que, a pesar de todo, él te quiere. Eso lo sé. Y tú también lo quieres, más que a cualquier otro miembro de tu familia.

Oliver siempre me ha leído a la perfección. Es como si estuviera dentro de mi cabeza y pudiera acceder a todos mis pensamientos. Seguimos otro rato en silencio, cada uno ensimismado en sus propias historias.

—Me alegro de que estés feliz —se acercó y me dio un beso en la cabeza.

Bien, había llegado la hora de confesar lo que tenía dentro desde hacía un tiempo, desde que todo marchaba bien.

—Pero tengo miedo, Olly, mucho miedo.

Oliver, que permanecía mirando al cielo que ya se teñía de azul oscuro, giró la cabeza para hablarme.

—¿Por qué?

—Porque no creo que dure. Me refiero a este estado de felicidad, estoy esperando el próximo golpe que hará que todo se desmorone. Cada noche, cuando me meto en la cama, pienso: «Un día más de felicidad, ¿cuántos me quedarán?». Es agobiante.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no se puede ser así de feliz durante demasiado tiempo, porque algo, tarde o temprano, va a acabar saliendo mal, y porque, cuanto más alto estás, más fuerte es la caída.

—No te hagas eso a ti misma, disfruta del momento, no puedes vivir por debajo de tus posibilidades por miedo de perder lo que tienes.

Y aún quedaba lo mejor. Tomé aire y me sinceré del todo con mi mejor amigo.

—Y hay algo más... sobre Will. —Mi amigo no me contestó y continuó escuchándome—. No me entrego al cien por cien con él, me guardo una pequeña parte para mí, por si acaso.

—¿Qué quieres decir?

Suspiré.

—Pues que, a ver, no me malinterpretes, yo lo quiero mucho y estoy muy bien con él, pero no le he entregado todo mi corazón, así, cuando me lo rompa, me podré sobreponer antes. No sé si me estoy explicando bien...

—Perfectamente, no confías en él.

—Sí que confío, pero no del todo. Es complicado. —Me froté los ojos.

—Tú eres complicada, nena. —Lo miré poniendo mala cara—. Yo no sé nada de relaciones amorosas, pero creo que la confianza en el otro es de lo más básico. No puedes guardarte una parcela para ti, no es justo para él. ¿Cómo os van a salir bien las cosas si tú ya las das por perdidas?

—No las doy por perdidas. —Me separé de Oliver y me quedé tumbada boca arriba mirando el cielo—. Solo quiero protegerme el corazón, por si acaso.

El domingo llegó. El gran día llegó. El día del partido llegó.

Vinieron muchos padres de alumnos, no solo los padres de los jugadores, sino también otros padres a los que les gustaba el hockey hielo del *Crowden*, aunque sus hijos no formaran parte del equipo. También vinieron las familias del equipo rival. Mi padre llegó de los primeros, junto con mi hermano Alex y las familias de Adam y Oliver. Nuestros padres siempre andaban juntos, habían pasado tantas horas compartiendo momentos con nosotros (fines de semana, vacaciones de verano, navidades...) que se habían hecho amigos íntimos. Alex me contó en alguna ocasión que siempre que podían quedaban para cenar en Edimburgo. Él pasaba mucho tiempo con todos ellos, al vivir en casa con mi padre.

Un poco más tarde, llegaron las familias de Brian y Marco. Para los padres de Marco implicaba un gran sacrificio venir desde Italia para ver un partido y volver a marcharse a trabajar al día siguiente, pero, aun así, no se perdían ningún partido importante de su hijo.

Nos sentamos todos juntos en la primera fila, yo entre Alex y mi padre. Mis amigas se sentaron detrás de nosotros. Mi padre hablaba con todas ellas animadamente.

Los chicos ya estaban en la pista. El equipo lo formaban doce personas, aunque jugadores en la pista solo eran seis. Cinco jugadores de cancha y un

portero. Y eso, en el mejor de los casos, cuando no había ningún jugador expulsado. Lo que no solía ser muy habitual.

Había tres árbitros en la pista; es bastante común en hockey hielo. Se debe a que es uno de los deportes más rápidos que hay, y un solo árbitro no podría ver todo lo que sucede.

Uno de ellos se colocó entre los dos jugadores que comenzarían el juego (un jugador de cada equipo) con la pastilla entre las manos. Los *sticks* de los jugadores ya se peleaban por conseguirla mientras la pastilla volaba en el aire, cayó al suelo y... ¡comenzó el partido!

El primer gol lo marcó Adam a los treinta segundos de empezar el partido. «¡Bravo, Adam!». Me levanté de mi silla y les grité para animarlos:

—¡Ánimo, chicos! ¡A por ellos!

El equipo contrario intentó hacerse con el disco, de malas maneras, y el árbitro pitó falta. Mis chicos seguían al ataque, Adam se plantó solo enfrente del defensa contrario y lanzó, pero el portero no permitió el segundo gol. Los defensores del otro equipo tenían que estar muy atentos, porque Adam era muy rápido y habilidoso.

La primera expulsión fue para el equipo contrario, por hacer una zancadilla a Brian, dos minutos de sanción para el jugador en cuestión, que era uno de los mejores. ¡Qué pena! El partido continuaba. La pastilla la controlaba el equipo contrario, se aproximaron y lanzaron a portería, pero Oliver la frenó. «¡Bien, Olly!».

Cada vez que veía cómo mis amigos se empotraban contra el cristal lo sufría yo más que ellos. Me constaba que iban muy protegidos con los trajes, pero aun así...

Al chico expulsado ya le tocaba volver en seis segundos al hielo. «Mierda». Entró y fue directo a intentar marcar un gol, pero Olly la volvió a parar.

—¡Bien, bien, bien! —grité. Estaba eufórica. Nuestro equipo jugaba mejor que el contrario. Teníamos posibilidades. Adam se estaba luciendo.

Si no fuera porque llevaba muchísimos años viendo cómo se jugaba al hockey, creo que sería incapaz de seguir el disco. Brian recuperó la pastilla y se la pasó a Adam, que avanzó un poco más. Qué bien se movía el disco, disparó y...

¡¡GOOOOOOOL!!

El equipo contrario se exasperó y empezaron a jugar más sucio de lo que venían haciendo. Lucharon por la posesión del disco, pero al final se la quedó

el equipo contrario, se acercaron a portería y metieron gol. ¡Mierda! Todo el equipo lo que más protege siempre es a su portero, pero hay ocasiones en que el gol es inevitable.

Terminó el primer tercio con dos a uno en el marcador. Los dos goles fueron de Adam. Nos relajamos durante el descanso y charlamos distendidamente. Mi padre me preguntó por Will, le caía bien, pero no le agradaba la idea de que su hijita tuviera novio formal a los diecisiete años. Sabiendo las cosas que hacíamos Will y yo en cuanto teníamos ocasión, a mí tampoco me gustaría.

Comenzó el segundo tercio. La pista estaba en perfectas condiciones y el disco resbalaba sin problemas. Ese tercio transcurrió en las mismas condiciones que el primero: nuestro equipo controlaba la pastilla la mayor parte del tiempo y el equipo contrario fue expulsado varias veces por infracciones. Terminó el segundo tercio con tres a uno a favor. «Vamos a ganar, ¡vamos a ganar!».

—¡Ánimo, chicos! —gritaban y silbaban mis amigas. Volvíamos a encontrarnos en el descanso. Me moría de sed, había gritado tanto que se me secaba la boca. Me levanté de mi silla.

—Voy a la cafetería a comprar algo para beber, ¿queréis algo? —pregunté a todos los que estaban a mi alrededor.

—Yo quiero un batido de fresa —me dijo Pear.

—Yo también —añadió mi hermana.

—¿Quieres que te ayude con algo, cariño? —La madre de Adam siempre me hablaba con mucha suavidad, era un amor de mujer. Desde luego, su hijo no había sacado la mala leche de ella.

Fui pasando por todos mis familiares y los de mis amigos y salí al amplio corredor. Subí por las escaleras y me encaminé hacia la cafetería. Cuando estaba a punto de llegar, Will me alcanzó por la derecha. También había venido a ver el partido, pero desde otra zona de las gradas, con sus amigos y los de mi hermano.

—¿A ti también te ha entrado sed?

—No. —Will me dio un beso en los labios. Yo miré para todos los lados por si había salido mi padre a tomar el aire y nos pillaba. No quería que me viera besándome con mi novio, me daba mucha vergüenza—. Te he visto levantarte y te he seguido, me apetecía darte un beso y ponerte nerviosa por si nos ve tu padre.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a la barra de la cafetería. Le pedí a

la camarera mi comanda y esperé a que me sirviera. Cuando ya lo tenía todo, Will me ayudó con los batidos de fresa. Me acompañó hasta mi sitio y, cuando mi padre lo vio, se levantó a saludarlo.

—Hola, muchacho. —Mi padre le dio un fuerte apretón de manos.

—Hola, señor Summers. —Qué educadito era mi novio cuando quería.

—¿Qué tal tus padres? —Mi padre conocía a los padres de Will desde hacía años, al fin y al cabo es el mejor amigo de mi hermano.

—Muy bien, les hubiera gustado venir hoy para ver a Dan, pero ha sido imposible.

—Ya los saludaré en otra ocasión. ¿Cómo va el fútbol?

—Muy bien, vamos los primeros. —En los últimos partidos, Will no hacía más que meter goles.

—Me alegro de que todo marche bien.

Mi padre y Will hablaron un poco más de fútbol. Los padres de Adam y Oliver se unieron a la conversación y, cuando acabó el descanso, todos volvimos a nuestros asientos.

En el tercer tiempo, los nuestros se relajaron al creerse vencedores, lo que influyó negativamente en el marcador. Les colaron dos goles en los primeros cinco minutos, pero se recuperaron y tomaron el control del disco.

Quedaban escasos segundos para el final del partido y el marcador apuntaba cuatro a tres a nuestro favor. «Venga chicos, aguantad, que ya no queda nada».

Ocho segundos.

Los contrarios se tornaron más agresivos que nunca.

Cinco segundos.

Ya saboreaba la victoria.

Dos segundos.

«¿Hemos ganado?».

Un segundo.

Fin del partido.

«¡Hemos ganado! ¡Síiiii!».

Me levanté la primera y corrí hacia la pista. No me importó ir en playeras, jamás me resbalaría en el hielo. Llegué hacia la mitad de la pista, donde ya se abrazaban todos mis amigos, y el primero con quien choqué fue Adam. Me lancé a sus brazos y mis pies ya no tocaban el suelo. Dimos vueltas riéndonos y lo felicité por la victoria. Habían jugado genial.

Uno a uno, abracé a todos mis amigos: Oliver, Brian, Marco... También

abracé al resto del equipo. A mi hermano Daniel le di un breve asentimiento de cabeza. A todos les chorreaba sudor por el esfuerzo, pero no me importó, los besé a todos. Estábamos pletóricos y éramos incapaces de dejar de sonreír. Mis chicos habían trabajado mucho para llegar hasta allí, se lo merecían. El otro equipo también jugó bien, pero no lo suficiente.

Pronto la pista se llenó de gente y de felicitaciones. Todas mis amigas bajaron, y los familiares de los jugadores. En los altavoces de la pista comenzó a escucharse *We are the champions*, de Queen.

Los componentes del equipo contrario se acercaron a nuestros jugadores para darles la mano. Reconocieron que, en esa ocasión, su juego había sido superior. Will también bajó a felicitar a mi hermano con un gran abrazo; a mis amigos les dio la mano y pudieron darse por satisfechos. Incluso entre tanta felicidad, hay cosas que no cambian.

Al cabo de un rato, la pista ya estaba casi vacía, solo quedábamos mis amigos y nuestras familias.

—¡Hemos ganado, nena! —Oliver me cogió en volandas y me dio vueltas.

—Yo también quiero que me des vueltas, Olly —le suplicó mi hermana a Oliver.

Oliver se lo pensó durante unos segundos, las muestras de afecto no eran lo suyo.

—Ven aquí, pequeñaja —claudicó, por fin. La cogió en brazos y le dio vueltas.

Las hermanas de Adam se pusieron a la cola. Podrían pedirselo a cualquiera, pero preferían que fuera Oliver quien las cogiera. Eran pequeñas, pero no tontas, yo a su edad también me iría con el más guapito. ¿Qué tendrán los rubios que enamoran?

—Venga, chicos —el padre de Oliver interrumpió la celebración—. Id a cambiaros de ropa y pegaos una buena ducha, os esperamos en la recepción del colegio. Tenéis una pequeña sorpresa.

Celebraciones

Seguíamos todos pletóricos con el resultado del partido. Hacía varios años que los nuestros no conseguían algo así. El *Crowden* organizó una gran fiesta para padres y alumnos. Por supuesto, ya estaba todo preparado antes de que empezara el partido; de lo contrario no habría dado tiempo. Si ganaban, perfecto, y, si perdían, a guardar todo de manera discreta.

En aquella ocasión, la fiesta se celebró en la recepción del colegio. La decoraron con los colores del *Crowden*: blanco y azul (también son los colores del equipo de hockey), y dispusieron bebidas y canapés sobre unas amplias mesas por toda la recepción. Como es natural, no se invitó a todo el colegio, solo a los jugadores y sus familiares. Después de muchas súplicas y promesas hechas a la directora Peters, conseguí colar a mis amigas.

Apenas llevábamos quince minutos en la fiesta cuando aparecieron los protagonistas del día, vestidos con el chándal del colegio. Nos lo pasamos muy bien y brindamos con refrescos por la victoria. De toda la fiesta, los que más comimos fuimos nosotros; los chicos llevaban tantos días con los nervios a flor de piel que, una vez relajados, se les abrió el apetito de manera bestial.

Durante un par de horas, todo fueron risas y apretones de manos. A la hora de marcharnos, nos despedimos de nuestras familias, con más besos y abrazos, y nos marchamos a la residencia. Iba a ser difícil que nos durmiéramos, estábamos todos muy despiertos. Nos metimos en la habitación de Oliver para estar un ratito más todos juntos. Algunos nos tumbamos en la cama, otros en el suelo, otros encima de la mesa de estudio de Oliver...

Cuando la pandilla se fue, a medianoche, nos quedamos solos los tres juntos: Adam, Oliver y yo. Me desvestí y me puse una camiseta de Oliver de manga larga. Fui la primera en meterme en la cama. Mis amigos continuaron comentando las jugadas y viendo las fotos que Nick les había sacado durante el partido con la cámara de su hermano. Cerré los ojos e intenté dormir. Las voces de Oliver y Adam sonaban más y más lejanas hasta que caí en un profundo y reparador sueño.

A la mañana siguiente, en el desayuno, todo el mundo hablaba del partido.

A los chicos les llovieron las felicitaciones, no pudieron ni desayunar tranquilos, pero no les importó, estaban felices.

—Chicos, qué divertida la fiesta de ayer, lo único que faltó fue el champán para brindar —comentó Natalie.

—Ya brindamos con refrescos —le dijo Olivia.

—Pero no es lo mismo, deberíamos brindar siempre con champán.

—No seas pija, Natalie —la reprendió Pear.

—¿Pija? ¿Me llamas pija por querer brindar con champán?

Ninguno contestamos. Silencio positivo. Estábamos todos de acuerdo con Pear. Consideramos que brindar siempre con champán era de pijos.

—¡Qué morro tenéis! Tú —dijo señalando a Adam mientras se ponía de pie—, vas de rockero perdonavidas, pero con la chaqueta de cuero que llevas podríamos comer todos durante semanas. Tú —entonces atacó a Oliver—, tienes dieciséis años y una moto que vale más que algunos coches del profesorado. Moira solo puede ponerse joyas de oro porque, si no, le salen sarpullidos en la piel y tú —me señaló a mí con el dedo—, llevas de marca hasta las bragas. —Se sentó con los brazos cruzados, orgullosa de su discurso y haciéndose la disgustada.

—¿Qué culpa tengo yo de que mi piel reaccione de esa manera?

No importa de lo que se quejaron el resto de aludidos por el ataque de Natalie, porque con lo que se quedó la mayoría fue con la última parte de la frase, la que se refería a mi ropa interior.

—¿Bragas de marca? ¿En serio, *Totó*? —me preguntó Brian.

—Es por el tipo de algodón, que me agrada —intenté defenderme.

—¿Por el tipo de algodón? ¿Qué tiene de singular? —preguntó Marco.

—No lo sé, simplemente me gusta. Discutid sobre la moto de Oliver o la ropa de Adam.

—No, no, no. Tengo curiosidad. Enséñame las bragas para ver qué tienen de especial.

—No pienso enseñarte las bragas delante de medio colegio.

—Solo tienes que mostrarlas por encima del uniforme.

Solté el aire con brusquedad. Puñetera Natalie.

—Pero si ya las has visto mil veces —le dijo Adam a Brian, con cansancio en la voz.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Cuando nos hemos bañado todos en ropa interior en «Once metros», por ejemplo.

—Disculpa, pero en esas ocasiones no me fijaba en las bragas de Sara.

—¿Y en qué te fijabas? —le preguntó Marco, curioso.

Brian nos miró a todos, como si la respuesta fuera obvia.

—Pues en las tetas y en el culo, como todos ¿no?

Los ojos de Brian oscilaron entre los tres chicos. Ellos se hicieron los locos como si no supieran de qué hablaba Brian. Yo intenté cambiar de tema y volver a hablar del partido, pero no hubo manera. Dos minutos después, Brian seguía insistiendo.

—Venga, Sarita, enséñame las braguitas.

Will eligió ese preciso momento para aparecer por nuestra mesa y apoyó ambas manos en ella. ¿Por qué siempre aparecía en los momentos más bochornosos de mi vida? Mis amigos y yo nos miramos de reojo.

—Ni os molestéis, prefiero no saberlo —nos dijo, antes de que intentáramos darle cualquier tipo de explicación—. Tengo un rato libre en media hora, ¿te apetece quedar? —me preguntó, cariñoso, obviando al resto de la pandilla.

—Sí, claro, ¿quedamos en la puerta del colegio? Podemos ir al embarcadero, hace un día estupendo.

—Me parece perfecto —me dio un beso en los labios y se marchó.

Cuando levanté la vista, Brian me seguía observando como esperando algo.

—Brian, no pienso enseñarte las bragas.

—¡Joder! ¡Qué tiquismiquis estás últimamente! —Puso cara de indignado y se metió un trozo enorme de tostada en la boca.

Sin comentarios.

En clase, nadie parecía concentrarse. Los chicos continuaban excitados por el resultado del partido, y las chicas seguían embobadas con el profesor de matemáticas. Bueno, vale, *seguíamos* embobadas. Pero yo podía permitírmelo, ya me lo sabía todo. Con muchísima lentitud, fueron pasando todas las clases de la mañana.

Por fin llegó la hora del almuerzo y fuimos todos al comedor. Como premio por el partido del día anterior, en las cocinas del *Crowden* prepararon un postre muy típico de Escocia: tarta de zanahoria. ¡Qué rica! Me encanta esa tarta, es muy dulce y no sabe demasiado a zanahoria.

Después de comer, salimos un rato al patio. Tenía un ratito libre antes de reunirme con Will en la entrada. Nos sentamos en nuestro árbol, encima del campo de fútbol. Olivia había comprado una revista juvenil donde venían unos

tests muy interesantes. Escogimos uno de ellos: «¿Hasta dónde serías capaz de llegar con tu pareja?». Conseguimos papel y boli y contestamos todos a las preguntas, mientras Natalie anotaba nuestras respuestas. Eran un total de quince preguntas.

Leíamos los resultados del test cuando me di cuenta de que ya era la hora de irme. Llegaba tarde, no me extrañaba que Will siempre se molestara conmigo, por una cosa u otra nunca llegaba puntual a nuestras citas.

—Chicos, lo siento, yo me tengo que ir ya —interrumpí a Olivia que, en ese momento, leía los resultados.

—Te acompañamos, nosotros queremos ir un rato a la sala de música —me dijo Adam.

—Nosotras también vamos, hace mucho que no os vemos tocar. —Pear hizo un gesto al resto de las chicas para que se levantaran.

Íbamos todos juntos hacia la entrada del colegio cuando nos topamos con Tessa, Alcaldesa, y dos de sus esbirros: Megan y Marvin. Juro que nosotros íbamos a pasar de largo, pero ellos buscaban pelea.

—Vaya, vaya, el grupito de los más *guays* al completo.

—Buenas tardes, Tessa, Mayonesa. Qué grata sorpresa —la saludó Brian con ironía.

—No me llames así, me tenéis harta con vuestros puñeteros apodos.

—Cámbiate de nombre —le respondió Adam.

«Aunque se cambiara de nombre, seguro que encontraríamos otra cosa para fastidiarla».

—¿Sabes, Adam? Resulta que no todos podemos hacer siempre lo que nos dé la gana, no somos como vosotros.

—¿Como nosotros? —preguntó Marco confuso.

—Sí, ya sabes, unos enchufados.

¿A qué venía eso? ¿Enchufados? No tenía la menor idea de qué era lo que había podido molestar a Tessa para decirnos aquello, pero, conociéndola, podía tratarse de cualquier cosa.

—Sí, enchufados. ¿O acaso ayer vosotras cuatro —señaló con el dedo a mis amigas— no os colasteis en la fiesta de después del partido?

«Ah, o sea que es eso. Envidia, envidia y más envidia». Debe de ser agotador vivir así. Añorando todo lo que tienen los demás. En el fondo, hasta me daba pena.

—¿Quiénes, nosotras? —preguntó Pear señalándose y haciéndose la inocente.

Tessa no dijo nada. Se cruzó de brazos y nos mostró todo su hastío.

—Te han informado mal, no fuimos a la fiesta, estuvimos en nuestros dormitorios.

—Oh, vamos, Olivia, os vi salir de allí.

—¡Qué feo es espiar a los demás, Tessa Hamburguesa!

—¡Que no me llaméis así, idiotas!

Ya se había puesto roja del enfado, qué sencillo era disgustarla. Mis amigos y yo nos miramos y decidimos que ya habíamos tenido suficiente. No queríamos perder ni un minuto más con ella. Cuando nos alejábamos, Adam se dio la vuelta y le chilló delante de todo el colegio:

—¡Tessa me la pone tiesa!

Casi me muero de la risa. Esa era nueva. Me la apunté. «Gracias, Adam». Cuando entramos en el colegio, Will ya me esperaba.

—Toda tuya, Von Kleist —le dijo Adam con desdén.

Will puso los ojos en blanco y no le contestó. Jamás se llevarían bien.

—Llegas tarde.

—Perdóname, hemos tenido una pequeña pelea con mi archienemiga. — Omití el hecho de que se me había ido el santo al cielo con el test de la revista.

—¿Con Tessa?

—La misma.

—¡Joder, qué pesada es!

—Me has quitado las palabras de la boca.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Will, mientras salíamos por la puerta.

—Al embarcadero. Me apetece leer un ratito tumbada con mi guapísimo novio.

—No me hagas la pelota, Sarita. Y el próximo día no llegues tarde o tomaré serias medidas.

Le hice una mueca cariñosa y lo besé en la mejilla. Lo cogí de la mano y salimos al patio. Al salir, Tessa y sus amigos seguían donde los habíamos dejado. Le conté a Will, muy bajito para que solo me escuchara él, la última ocurrencia de Adam, y empezamos a reírnos. Miré de reojo a Tessa, intentando que no me descubriera; no quería darle pie a discutir, me apetecía estar tranquila un rato con Will. Como apenas nos habíamos visto durante el día, Will me sugirió que me pasara esa noche por su habitación y, claro, ¡cómo negarme!

Fuimos hasta el embarcadero y nos sentamos en nuestro árbol favorito.

Saltaba de árbol en árbol, como en el juego de la oca. Will se sentó con los brazos detrás de la cabeza y la espalda pegada al tronco, y yo apoyé mi cabeza en su abdomen. Me encantaba estar así con él. Era muy cómodo. Cuando Will se reía, se le movía el abdomen y, si ascendía por su cuerpo un poquito más, podía escuchar su corazón latir.

El principio del fin

Tessa

—*¡Tessa me la pone tiesa!*

Escuché sus risas alejándose hacia el colegio. «¡Imbéciles!». ¡Los odiaba, a todos! Sobre todo a Summers. «¡Maldito el día en que entró en este colegio y Will se fijó en ella!».

—¡Son unos imbéciles! —Me desahogué con los inútiles de mis amigos, Megan y Marvin —. Pero me la van a pagar. Quien ríe el último ríe mejor.

—¿En qué piensas? —me preguntó mi mejor amiga.

—No lo sé, pero algo se me ocurrirá.

Minutos más tarde, vi a Summers y a Will salir del colegio. Iban cogidos de la mano y se reían por algo. ¡Qué asco daban! «¿Por qué no te fijaste en mí, Will?». Pasaron por nuestro lado y no se dignaron ni a mirarnos, claro, porque ellos estaban por encima de cualquiera. Se creían mejores que los demás y se sentían poderosos cuando estaban juntos.

Intenté cotillear sobre qué hablaban cuando pasaron junto a nosotros, pero con las chirriantes voces de mis amigos era imposible.

—¡Callaos, los dos! —les ordené.

Me puse de espaldas a la parejita y me acerqué con disimulo para escucharlos.

—*¿Vas a entrenar esta noche?*

—*Sí, estoy descuidando mucho mis patines, me apetece estar un largo rato con ellos.*

—*¿Cómo de largo? ¿Te dará tiempo a pasarte por mi cuarto antes de irte a dormir?*

«Vaya, vaya con Santa Summers, a su cuarto, ¿eh?».

—Bueno, acabaré temprano y, sobre las diez, me paso por tu cuarto, bobito.

—Vale, bobita.

Se alejaron y no fui capaz de escuchar más. Cada vez eran más empalagosos. Y luego Will iba de duro por el colegio, cuando no era más que otro pringado que había caído en las redes de Summers.

Era un milagro, porque aquel día brillaba el sol como hacía semanas que no lo hacía. Seguí a los tortolitos con la mirada, se dirigían al río. Siempre se tumbaban en ese árbol cerca del embarcadero. Will apoyado contra el tronco del árbol y ella con la cabeza encima del abdomen de él.

Acerté de pleno, porque esa fue justo la postura que adoptaron. Summers abrió el libro que traía en las manos y se puso a leer. Parecían felices y me corroyó la envidia. Yo debería de ser la novia de Will. Lo supe desde el primer momento en que lo vi, cuando tan solo tenía siete años. Fue un flechazo.

Todavía podía saborear el triunfo de ganar a Summers en el campeonato, y la fuerte discusión que tuvieron después ella y Will. Fue un gran día. «Pobre enamorado, su novia lo pierde en una apuesta, pero aun así, él pierde el culo por volver con ella. Patético».

Una idea comenzó a forjarse en mi mente. Cada segundo, tomaba más forma. Tenía que hacer algo que los separase para siempre. Pero no podía ser nada que molestara a Will, no, debía de ser algo que Summers no perdonara. Estaba visto que él perdonaba cualquier cosa, pero ella no lo creía...

Lo decidí en ese instante. Era un plan magnífico, no podía fallar y tenía que ser esa noche, no sabía cuándo se me presentaría otra oportunidad igual.

—Se me está ocurriendo un plan de venganza contra esos dos idiotas. — Señalé con la cabeza a los enamorados. Mis amigos siguieron mis ojos y observaron a los susodichos.

—¿Contra Summers y Von Kleist? —me preguntó mi amigo.

—Sí.

—Tessa, no sé cómo puedes pensar en hacer algo contra Sara después de la amenaza de su hermano —me advirtió Marvin ante mi respuesta.

—Bah, Daniel pasa de ella.

—¿Y por qué te amenazó?

—Por fingir que su hermana le importa algo, pero todo el colegio sabe que es mentira. La realidad es que los hermanitos Summers se llevan a matar y se odian.

—No lo sé, yo me andaría con ojo, no me gustaría tener a Daniel de enemigo.

—A mí tampoco —dijo Megan—. Y Will, ¿qué? ¿No tienes miedo de su reacción?

—No. ¿Qué puede hacerme?

—Yo qué sé, Tessa. Esos dos son peligrosos, y más si unen sus fuerzas.

No me convencerían, quería separarlos costara lo que costara.

—El plan ya está en marcha y no se hable más, solo necesito dos cosas. Una: que alguien me consiga un tranquilizante, algo que se les dé a los caballos para que se relajen, por ejemplo. Y dos: necesito que tú —señalé a Megan— vigiles a Summers hoy en la pista de hielo, sin que te descubra, por supuesto, y me mandes un mensaje cuando se dirija a la habitación de su futuro exnovio.

—¿Qué vas a hacer con los tranquilizantes?

—Necesito que Will esté bien dormidito para que no dé problemas y se deje hacer.

—Tessa, ¿qué vas a hacer? Me estás dando miedo. Ten cuidado con el tranquilizante, a ver si le vas a hacer algo a Will.

—No te preocupes, le daré una dosis pequeña. Y, en cuanto a lo que pienso hacer, no seas impaciente, mañana estará en boca de todo el colegio...

«Disfruta mientras puedas, Sara Summers, porque esta noche se te va a caer el mundo encima y ojalá no te levantes en mucho tiempo».

36

El fin

Esa (fatídica) noche me fui a la pista a practicar antes de mi encuentro con Will. En los últimos tiempos, lo tenía descuidado. A pesar de haber practicado mientras los chicos entrenaban, no era suficiente. Los campeonatos en los que yo podía participar ya habían finalizado, pero, aun así, me gustaba ir a la pista y patinar. Era casi todo mi mundo.

Aquel año no gané nada. Después de perder contra Tessa, quedé descalificada para el campeonato. Pero el año siguiente no pensaba perder. Iría a por todas, aunque tuviera que entrenar doce horas diarias, para mí no entrañaba ningún sacrificio.

Pensaba que podía ser mi último año para competir porque, luego, con la Universidad... No quería pensarlo, se me abría un pequeño abismo bajo mis pies al pensar que no podría seguir patinando con asiduidad.

Hacía algunos meses no estaba segura de querer dedicarme al patinaje de manera profesional. Pero ya no tenía dudas. Tantos meses sin competir hicieron que me diera cuenta de que el hielo era mi vida. Lo amaba, y ya había tomado la decisión. Quería convertirme en patinadora profesional. Mientras me movía en el hielo pensaba: ¿y si le confesaba a mi padre que ansiaba dedicarme a patinar? Podía estudiar una carrera universitaria en cualquier momento, no tenía prisa. Podía patinar unos años y, más adelante, estudiar algo que me satisficiera. Qué ilusa, desconocía lo que la vida tenía preparado para mí.

—¡Sara! —me llamaron mis amigos.

—¡Chicos! No esperaba veros por aquí después de la gran victoria de ayer. ¿No queréis descansar de patines?

—Hemos venido a verte, como te pasas el día con Von Kleist... —me acusó Adam. Pero lo hacía desde el cariño.

—¿Os apetece echar un partido de los nuestros? —nos preguntó Marco.

Todos asentimos. Yo lo que quería era patinar, me daba igual practicar giros o jugar un partido de hockey hielo con mis amigos.

—Estupendo —dijo Brian—, Oliver y yo seremos los guardametas.

—Vale —añadí yo—, Oliver y yo contra vosotros tres.

Todos estuvieron de acuerdo. Oliver fue hacia una de las porterías y yo me acerqué a él.

—Vamos a darles una paliza, nene.

—¿Estrategia de siempre? —me susurró mientras se ponía en posición.

—Por supuesto, es infalible.

Nos reímos y nos pusimos en nuestros puestos. Cuando Oliver y yo jugábamos en el mismo equipo, casi siempre ganábamos.

Comenzó el partido. Cuando jugábamos entre nosotros, no seguíamos las reglas a rajatabla; bueno, no seguíamos las reglas, punto. Todo valía para ganar: empujones, subirnos en la espalda del otro, zancadillas, tirones de pelo... Nos lo pasábamos genial. Hacía tiempo que no jugábamos todos juntos, aunque faltaban las chicas. Cuando estábamos toda la pandilla, era más divertido porque éramos más y nos hacíamos más perrerías.

Después de una hora jugando, habíamos hecho tantas trampas que no sabíamos ni quién había ganado. Ya era tarde y los chicos se querían ir a descansar.

—¿No vienes, *Totó*? —me preguntó Adam. Los cuatro se quitaban ya los patines, pero yo quería quedarme un rato más en la pista.

—No, he quedado con Will en media hora, hago un poco de tiempo aquí y voy para allí.

—Vale, ¿te espero en tu cuarto? —Adam se acercó a la barandilla de la pista. Ya estaba preparado para irse, siempre es el primero en estar listo. Con lo vago que es para algunas cosas y lo rápido que es para otras.

—No, ya voy yo al tuyo, no tardaré mucho, no vamos a hacer gran cosa. —Tan solo queríamos vernos un ratito antes de irnos a dormir y el dormitorio de Adam estaba justo enfrente del dormitorio de Will.

—No quiero saber nada de lo que vais a hacer Von Kleist y tú, y con más motivo ahora que ya habéis hecho... «eso». —Adam se tapó los oídos mientras caminaba hacia la salida.

—Follar, Adam. Se dice follar. Repite conmigo. —Brian se burlaba de Adam parafraseándolo.

—¡Cállate! —le dijo Adam, dándole una colleja en el cuello.

Practiqué un poco más yo sola, hasta que vi que el reloj marcaba las once de la noche. Le había dicho a Will que me pasaría sobre las diez... ¡Me iba a matar! ¡Otra vez tarde! Esperaba que no se hubiera quedado dormido. Salí de la pista y fui hacia los vestuarios. Decidí darme una ducha caliente rápida; ya

que pretendía estar un ratito con mi novio, no quería oler a sudor y, entre el partido y el entrenamiento, sudaba bastante.

Me metí en la ducha y noté cómo se me destensaban los músculos. Estuve cinco minutos bajo la agradable agua. Me sequé bien la piel con la toalla y me eché crema hidratante por todo el cuerpo. Después, me sequé el cabello con el secador, me peiné y me vestí. No había llevado gran cosa para cambiarme, unos *leggings* negros, un jersey largo que me llegaba hasta el culo y la trenca. En Escocia hace mucho frío, aun en esa época del año. Metí la ropa sucia en la mochila y me marché.

Cuando salí del polideportivo llovía, no muy fuerte, pero lo suficiente para que me mojara si estaba mucho rato a la intemperie.

Me colgué la mochila en el hombro derecho, me puse el gorro de la trenca y corrí a la residencia. Se me había hecho muy tarde. Llamé a Will para que me abriera la puerta, pero no contestó al móvil. Me pareció extraño. Pensé que se habría quedado dormido. No creí que estuviera disgustado por llegar tarde. Llamé a Pear, que me contestó al segundo tono.

—¿Sara?

—Hola, estoy en la calle, ábreme la puerta, por favor.

—¿Qué haces a estas horas en la calle?

—Me he liado en la pista.

—¿Liado como la última vez que te tuve que abrir?

«Qué graciosa».

—No, hoy estoy sola, graciosa. Venga, ábreme que me estoy congelando.

—Bajo, tardaré un poco, estoy en el noveno piso.

Me colgó. ¿En el noveno piso? Ese era el piso de Will y los chicos y, claro, el de mi hermano también. Para ser solo «amigos con derecho a roce», pasaban mucho tiempo juntos a mi entender. ¿Se estaría enamorando mi hermano de mi mejor amiga? Pear interrumpió mis pensamientos cuando me abrió la puerta.

—Venga, pasa, que hace mucho frío —me susurró.

—¿Qué hacías tú en el piso de los chicos? —la piqué, mientras subíamos las escaleras despacio, intentando hacer el menor ruido posible. A esas horas, los vigilantes solían andar dando paseos de última hora.

Pear me miró con un brillo en los ojos que jamás había visto en ella. «Joder, está colada por él». Solo esperaba que aquello acabara bien o tendría que recoger los pedacitos de mi mejor amiga. Perder a Daniel sería letal para ella. Pensé entonces en lo que sería perder a Will: devastador.

—¿Y tú a dónde vas?

—He quedado con mi novio.

Me sonrió socarrona.

—Ay, brujilla...

Nos reímos la una de la otra durante varios tramos de la escalera. Era maravilloso estar enamorada y poder compartirlo con tu mejor amiga y que ella estuviera viviendo eso mismo.

Llegamos a nuestro destino. La habitación de mi hermano era la primera del corredor. La de Will era la última.

—Nos vemos mañana, Pear.

—Hasta mañana, cuñada —me despidió pletórica. Abrió la puerta y se metió decidida en la habitación de mi hermano.

Me dio apuro pensar que mi hermano supiera que me dirigía a la habitación de Will; seguro que Pear le había dicho que salía a abrirme la puerta y seguro que nos había oído despedirnos en su puerta. Aquellas paredes eran de papel. En época de exámenes, escuchaba hasta el despertador de la habitación de al lado, siempre a las cuatro de la madrugada, para repasar. La gente necesitaba repasar; yo no, las páginas de mis libros de texto se quedaban grabadas en mi memoria con solo leerlas una vez. Pensé que me encantaría saber qué se sentía al olvidar las cosas.

Llegué a la habitación de Will con el gorro puesto, aún no había entrado en calor. Qué ganas tenía de verlo y estar un rato con él. Decidí no golpear la puerta, no quería hacer ruido, y Will siempre la dejaba abierta cuando sabía que me pasaría a hacerle una visita.

Entré, y lo que descubrí se quedó grabado en mi retina para siempre. Sí, puedo jurar que anhelaba saber qué se sentiría al olvidar las cosas.

La cama de Will estaba en una posición diferente a la mía. La mía descansaba a la derecha de la puerta, pegada a la pared. La de Will estaba al fondo de la habitación, debajo de la ventana. Will dormía en la cama, como me imaginaba. Pero no estaba solo. Mi corazón dejó de latir y la habitación comenzó a dar vueltas. Podía ser por la falta de aire en mis pulmones, ya que se me había olvidado cómo respirar. Cerré fuerte los ojos para ver si se trataba de una pesadilla. Los abrí de nuevo, pero todo seguía igual.

El dormitorio estaba en penumbra. A tientas, busqué el interruptor y, cuando lo localicé, encendí la luz. La rubia que abrazaba a la persona que me acababa de clavar un cuchillo en el corazón se levantó desorientada.

Era Tessa.

Tenía ganas de vomitar y me ahogaba. Tessa lucía horrorizada al ver que los había descubierto.

—¡Oh, joder, Will! ¡Sara nos ha descubierto! —le dijo Tessa a un Will todavía dormido.

Pensé que debía de estar muy cansado para no despertarse ni siquiera con la luz de la habitación. El cuchillo clavado en mi corazón salió y volvió a entrar. Se me cayó la mochila al suelo. No hizo apenas ruido, pero, al parecer, el suficiente para que Will se despertara.

—¿Sara?

«¿Cómo puede ser tan falso como para llamarme con ese tono de dulzura en su voz, como si me estuviera esperando?». Percibí su vista desenfocada. No terminaba de despertarse del todo, parecía drogado, pensé que quizá lo estuviera. ¿Acaso no se acordaba de que se había acostado con Tessa? ¿De que me engañaba con ella a saber desde cuándo? Quizá ni siquiera era virgen cuando lo hizo conmigo. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Intenté vocalizar, pero mi garganta no emitía ningún sonido. Todos los órganos de mi cuerpo habían dejado de funcionar; todos, excepto mis ojos.

Will me miró y vio la expresión horrorizada de mi cara. Siguió mi mirada hasta su compañera de cama. Tessa se levantó completamente desnuda, no se había puesto ni las bragas la muy zorra, después de tirarse a mi novio. No podía soportarlo más, si no salía de allí en ese instante, acabaría vomitando. Me di la vuelta y salí de la habitación.

—¿Pero qué coño haces tú aquí?

¿Que qué coño hacía yo allí? Escuché sus palabras cuando ya volaba por el pasillo. «¡He venido porque habíamos quedado! Qué mala suerte, Will, que se te haya olvidado y te haya pillado con tu amante. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?». Ese era el único pensamiento que tenía.

—¿Sara! —Escuché los gritos de Will mientras bajaba corriendo las escaleras. No sé cómo no me caí, no sé cómo las piernas me respondieron. Las lágrimas brotaban de mis ojos sin freno y veía todo borroso.

—¿Will, qué pasa?

—¿Dónde está Sara? Acabo de dejarla aquí hace un minuto.

Creí escuchar la voz de mi hermano y de mi mejor amiga, pero no estaba segura, tenía un fuerte pitido en los oídos que no me dejaba escuchar otra cosa que no fueran mis sollozos y el fuerte latido de mi corazón, que había pasado de estar parado a ir a mil pulsaciones por segundo.

Bum, bum, bum.

Lo escuché en mi pecho más fuerte que nunca, estaba a punto de salir de mi cuerpo. Seguí bajando las escaleras, tan rápido que parecía que volara. Llegué a la planta baja y salí por la puerta. Desde fuera estaba cerrada, pero desde dentro siempre permanecía abierta por motivos de seguridad.

Salí a la fría y oscura noche. Seguía lloviendo, pero no sentía nada. Aún no me había quitado el gorro. Aunque no lo llevara puesto, no habría hecho el más mínimo amago de ponérmelo. Necesitaba que la lluvia se llevara todo rastro de Will de mi piel.

Bum, bum, bum, repetía mi corazón.

Desconocía a dónde me dirigía, solo necesitaba correr más rápido para que Will no pudiera alcanzarme.

Bum, bum, bum.

Corrí como si se me fuera la vida en ello. Mis piernas tenían vida propia y decidían mi camino. Mi mente se colapsó, solo repetía la imagen de Will y Tessa abrazados en la cama y, luego, la imagen de ella desnuda saliendo de debajo de las mantas, y otra vez Will y Tessa abrazados en la cama. Era un bucle.

Me metí entre los arbustos y, aunque continuaba corriendo, estaba más tranquila, porque estaba segura de que no podría alcanzarme. Era imposible que me vislumbrara entre aquella oscuridad y me conocía esos caminos mejor que nadie. Podía moverme por allí con los ojos cerrados.

—*¡Sara! ¡Sara!*

La voz de Will se escuchaba más lejana, hasta que dejó de oírse. Yo seguía corriendo bajo la lluvia, sin destino, sin alma, sin nada. Con todo.

Sola.

Continuará...

Agradecimientos

Cuando un día me senté a pensar sobre a quién le daría las gracias en los agradecimientos de mi libro, lo primero que me vino a la cabeza fue: ¿qué personas me han ayudado con este libro? ¿Y con el siguiente de la saga? ¿Y con los últimos? Entonces me di cuenta de que, en realidad, *Los saltos de Sara* no es el libro uno de la saga Sara Summers, sino que es la primera parte de un único libro: el libro de Sara Summers. Porque mi intención siempre fue la de escribir un libro, pero se hizo tan largo que sería imposible publicarlo en un único tomo (sería un libro de... no sé, ¿1500 páginas?), y por eso publico la historia de Sara en cuatro tomos. Pero el tratamiento que le voy a dar es como si fuera un único libro, por lo tanto, estos agradecimientos son idénticos para los cuatro.

A la primera persona que quiero agradecer es a Alberto, mi compañero de vida. Tengo tantas cosas que agradecerte que no sé por dónde empezar. Gracias por estar ahí siempre, por apoyarme, por no permitir que me rindiera cuando las cosas se complicaron. Escribir y autopublicar un libro no es un camino de rosas y hay muchos momentos (demasiados) de agobios, desánimos, ganas de renunciar por creer que lo que estás haciendo es una locura. Y tú siempre has estado ahí para regalarme uno y mil abrazos y decirme que estaba haciendo un buen trabajo. Gracias, porque aquella tarde que llegué a casa y te dije: «Voy a escribir un libro», me tomaste en serio. Siempre te tomas en serio mis locuras. Gracias por creer en la historia de Sara y por tus consejos. Y gracias por aquella propuesta de última hora sobre la portada cuando yo estaba obcecada en una idea que no tenía futuro: «¿Y si ponemos unos patines en la portada?». Siempre me sorprendes. No dejes de hacerlo nunca.

Gracias, Raquel. Iba a decir que eres mi mejor amiga, pero esas dos palabras se quedan demasiado pequeñas para nosotras. Entonces: gracias, Raquel, mi hermana, mi alma gemela (porque creo que las almas gemelas también existen en la amistad y en la familia, y tú, sin duda, eres la mía). Gracias por estar ahí cada momento, por leer mi historia, capítulo a capítulo, y lo digo literalmente. Han sido varios años de avanzar juntas en la historia, de emocionarnos con los personajes, de discutir sobre las escenas clave (hubo una noche concreta que cruzamos como cientos de *whatsapps* pensando en

dónde podrían pasar Sara y Will su primera noche). Eres uno de los mayores apoyos de mi vida, no sé qué haría sin ti.

Gracias, Vanessa, mi otra lectora cero. Gracias por tus aportaciones, por la paciencia, por las bonitas palabras, por meterte conmigo en la historia. Y, sobre todo, gracias por aquel día en el que me llamaste por teléfono para decirme que ibas en el coche pensando en los protagonistas, que te tenían tan enganchada que no podías dejar de leer, que necesitabas saber que más cosas les pasaban. Ni te imaginas la fuerza que dan esas palabras.

Gracias, Daniel y Ariane, porque, sin daros cuenta, con vuestras inocentes frases, vuestras ocurrencias y vuestros arranques inesperados de amor, sois capaces de sacar una sonrisa hasta en los peores momentos. Gracias, solo, por existir.

Gracias, Abril, por tu ayuda en esta historia, por tus consejos y por responder, siempre con tanta sinceridad, a todas mis preguntas. Me encontraba terriblemente perdida con el tema de la autopublicación y con convertir mi manuscrito en libro hasta que te encontré y, poco a poco, fuiste solventando todas mis dudas, además de pegarle un buen repaso a mi historia. Gente como tú es necesaria en todos los aspectos de la vida. Has sido como una especie de red salvavidas para mí.

Gracias Kevin (para mí siempre serás Kevin O'Seamus), por esas explicaciones de ultimísima hora sobre la procedencia de los nombres y apellidos escoceses; gracias por la pasión con la que explicas las cosas y por esas aportaciones que le han dado un toque especial a la novela.

No puedo olvidarme de un agradecimiento muy especial. Quiero dar las gracias a la música. Por acompañarme, siempre, en todos los momentos de mi vida y por darme tantísimas escenas y diálogos para Sara y compañía. Gracias a ti, los personajes se mueven solos en mi cabeza y yo tan solo he tenido que plasmar los movimientos que tú me has dado, en papel.

Y gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a Sara.

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primer libro: *Los saltos de Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia, pero no pudo darles la espalda a Sara Summers y compañía.

Puedes encontrarla en [su blog](#), su [página de Facebook](#) o en Twitter como [@susanmelusi](#)

El 11 de mayo, *Las caídas de Sara*



El 30 de junio, *Las decisiones de Sara*



Y el 16 de agosto, el desenlace: *Simplemente Sara*

